



SOMBRA

Laura López

avant

SOMBRAS

-

Hay sensaciones que son características, que reconocemos con facilidad y no podemos confundir con ninguna otra. Del mismo modo que identificamos el sabor del chocolate, el olor de las páginas de un libro o la textura grumosa de la mermelada, sabemos cuándo tenemos otros ojos clavados en la nuca.

Laura L. Lobo.

Índice

Índice	
Prólogo	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
Epílogo	

Prólogo

No es verdad eso de que es mejor arrepentirse de lo que se hace. Cualquier escenario posible es mejor que este, lo que me lleva a pensar que no debería haber hecho absolutamente nada.

Claro que, por extensión, no debí hacer demasiadas cosas. No tengo excusa. No puedo aferrarme a que tuve mala suerte, o que estaba deprimido, o más loco que cuerdo. La autocompasión no nos lleva a ningún sitio, y menos donde estoy.

No sé cuánto tiempo voy a estar aquí. El que ellos quieran. Mi situación está lejos de ser tranquilizadora. Un necio podría relajarse creyendo que ahora estaría a salvo, pero yo sé lo que hay de verdad tras estas paredes. Me tienen justo donde querían.

Y no. No espero que nada cambie. No planeo escapar en un futuro. Ni siquiera me atrevo a soñar con la posibilidad de poder salir de aquí. Por desgracia, esto no es una película.

Me llamo Bruce. Tenía treinta y cinco años cuando empezó todo. Perdí la noción del tiempo hace demasiado, así que no sé ni en qué día vivo.

1

Cada vez me quedo más convencido de que sería fácil engancharse a esto. Entiendo perfectamente a los que lo hacen.

Me encanta cuando cojo el colocón. Aunque me hayan rebajado la dosis, adulterándola, para evitar que sea un peligro. En cualquier caso, es indescriptible esa sensación cuando empieza a actuar y el dolor desaparece lentamente. Al principio apenas se percibe, pero, poco a poco, como si dejara que me recreara, empiezo a flotar. A la par que dejo de sentir, la cabeza se expande y, al final, ya no pienso. Cuando quiero darme cuenta, estoy en un grado de relajación tal que todo lo que pase de respirar hondo es irrealizable. No es que sea incapaz de moverme; es que echaría a perder el único momento de paz al que puedo aspirar. Y es tan fácil dejarse llevar por esa nube que no tardo en caer en un profundo sueño, sin sueños.

Las consecuencias o efectos secundarios no se quedan solo en el colocón, el cual me cuesta cada vez más conseguirlo. El organismo se termina acostumbrando a casi todo, y llega un momento en que exige más para lograr lo mismo. Ocurre con cualquier droga. Aparte, es frecuente que me dé por vomitar. A veces pienso que es la respuesta del cuerpo a algo que en el fondo sé que no necesito.

Desde que me lo recetaron, no he podido dejarlo. Consigo por la vía legal, con receta médica, una mínima parte. No puedo exponerme a dejar que el dolor empiece, y eso es lo que no entiende el sádico de mi médico. A veces tengo la seria tentación de mezclarlo con la bebida adecuada, fantaseando con la idea de que acabe con toda esta mierda de una vez. Llego a planearlo, pero luego siempre me echo atrás. Mi psiquiatra, reacio a que me dieran morfina para el dolor, insistió en que se me administrara cualquier paliativo, o un preparado que redujera los riesgos que conlleva una sobredosis de morfina, por lo que lo máximo que conseguiría es un pedo más fuerte. Además, está más que comprobado. Así que lo que me impide llevarlo a la práctica no es solo la certeza de que perdería el tiempo. Es la cobardía, así de simple.

Es lo que no entiendo: por qué quiero desaparecer y, sin embargo, me cuesta tanto hacerlo.

Tomo la decisión de intentarlo e, inmediatamente después, surge el miedo a que haya algún fallo en la medicación que me deje como un vegetal. No quiero quedar como un vegetal, ni que encuentren mi cadáver putrefacto tras semanas de peste que alerte a alguien que pase por delante de mi casa. No quiero acabar así.

Apenas recuerdo nada de los últimos dos años y pico. Técnicamente no es tanto tiempo, pero comparando el antes y el presente, me parecen dos vidas distintas. La principal diferencia, que lo resume todo, es que antes tenía una vida en el más amplio sentido de la expresión. Tenía un presente y, sobre todo un, futuro; con proyectos, planes, objetivos... Lo mandé a la mierda en un segundo.

Hay tantas tonterías que se oyen a las que no les damos importancia que luego resultan ser verdad que no se pueden enumerar, aunque quisiera. No se pueden hacer planes con certeza, porque no sabes lo que te vas a encontrar a la vuelta de una curva. La rutina es un asco que atonta la mente, convirtiéndote en un ser a la misma altura que las ovejas. No valoramos lo que tenemos hasta que lo perdemos. A la vuelta de esa curva te puedes encontrar un coche que se empotra de morros contra ti. Si sales de esa, debes considerarte afortunado porque tienes una segunda oportunidad, aunque no la quieras. La rutina adormece, hasta que pierdes la tranquilidad y

seguridad que te proporciona. Suena muy goloso eso de «me levanto sin saber lo que va a ocurrir» como señal de una vida menos aburrida, presumiendo que tiene que acabar bien. Nadie se imagina que eso que va a ocurrir es que pierdes aquello que le da sentido a tu vida.

La única certeza que tengo es que no debería estar aquí. Tienen razón esos que salen en televisión o que escriben diciendo que debería estar condenado a la perpetua como poco. He matado a tres personas. Y, aunque suene tópico, fue un accidente; y, si hubiera muerto yo, también. Sería solo una tragedia más de las que dan las carreteras. No me libraría de la etiqueta de irresponsable y asesino en potencia por la tasa que llevaba de alcohol en sangre, pero al menos todo habría quedado ahí. No puedo volver a conducir, esa fue mi condena oficial. La madre del estudiante que iba en el coche que me comí ha venido a gritarme varias veces, como si creyera que celebro haberme librado.

Sigo vivo únicamente por inercia. Este nuevo estado de cosas ha derivado en un abandono físico. Cualquiera aprecia a simple vista que hace mucho que mi aspecto o mi salud me importan poco. No es que le dé importancia, pero nunca he descuidado hasta ahora una ducha, ni he llevado más barba de la que he querido, ni he salido con ropa sucia o maloliente aunque fuera solo por el correo. Tengo que aclarar que el negro del pelo es natural, aunque suele estar sucio. Es frecuente que me caiga por los hombros una especie de escamas blancas. No es caspa, porque no pica, y, como digo, son escamas. Aunque no tengo una dieta variada, he perdido mucho peso, de tal forma que los ojos verdes parecen querer salirse de sus huecos. A veces, cuando me aburro de no ver más que pelo por mi cara y me afeito, aprecio cierto tono amarillento. En otro momento me hubiera comido el coco, pensando que tengo algún problema de hígado o algo así. Veo imágenes mías en la televisión o internet anteriores a todo esto y ni siquiera me reconozco. Lo que digo: dos vidas distintas.

Lo más curioso es que los hijos de puta tenemos dos extremos: o nos apartan como a leprosos, o nos veneran. Tuve una vez la oportunidad de analizar ese comportamiento para la tercera novela que publiqué con una de los personajes principales. Es fácil hablar de la veneración que se siente por un ídolo; todos tenemos los nuestros, por más que nos cueste reconocerlo. Pero no tiene nada que ver cuando el sujeto que se idolatra es un asesino, un dictador, un mafioso o un banquero, por citar solo algunos ejemplos. Aunque Eve no era la protagonista, ni su amor platónico formaba parte de la trama principal, fue lo que más trabajo me llevó de *El buen alumno*. Acabarla fue como quitarse un peso de encima. Lo hice de forma que ni a la editorial ni a los lectores se les ocurriera pedir una segunda parte. Detesto las sagas; estiran una historia hasta deformarla solo por dinero. Terminan creando comunidades de *fans* que solo conocen al autor por esa saga en concreto, teniéndola como punto de referencia y esperando que todo lo que venga después sea igual. Los mismos que se ríen del seguidor de *Regreso al Futuro* o *Indiana Jones*, diciendo que después de la primera el resto son copias baratas, luego hacen cola de varias horas para leer una nueva entrega de porno literario o sobre cargantes seres sobrenaturales. Quien hace sagas es que carece de imaginación para hacer historias diferentes, con personajes y ambientes nuevos. Es así de simple.

Esa veneración incomprensible es lo que me ha mantenido. No niego que en lo único que he tenido suerte es en que me ha tocado lo más fácil. De haber sido diferente, probablemente me habría visto obligado a espabilar y tragarme lo que sea con tal de que la muerte no sea de inanición. He sido el escritor más prometedor, por la supuesta calidad y la relativa juventud, de los últimos veinte años, hasta hace casi tres. Tengo unas quince novelas publicadas, de varios estilos. Creo que el único que me he negado a tocar es el fantástico, porque no me gusta, y además tanta saga lo ha degenerado de forma alarmante. Y la ciencia ficción, porque, después de las tres

primeras que son las últimas de *Star Wars* y *Blade Runner*, todo es decadencia. En la novela negra me he movido mejor, puede que en parte porque fuera con lo que me estrené. Me rechazaron de varias editoriales, las más potentes en el momento, hasta que los de Wreström Books me convirtieron en el «Ceniciento del año». Mi editor me ha dicho un par de veces que soy lo mejor que les ha pasado, porque estaban al borde de la quiebra. Seguí con una novela histórica, ambientada en la Guerra Civil, que se supone que me consolidó. Lo último ha sido la primera parte de una trilogía. En mi defensa, quiero aclarar que me lo sugirieron en una racha de escasa creatividad, por eso acepté. El protagonista es parte de esa plaga mundial, formada por delincuentes de cuello blanco: un banquero que, después de quebrar la economía de un país, se queda con una indemnización millonaria hasta lo obscuro. Reconozco que no todo el mérito es mío, y que el momento hacía que se vendiera solo, como si la ficción hiciera que la gente se olvidara de la realidad en la que está inspirada. Se desahogan con August Formann como no pueden hacerlo con los reales. Quería darles el gusto de que pagara por todo lo que provocaba: estafas, delincuencia de la habitual y, por supuesto, muertes. Pero la segunda parte sigue en el mismo punto en mi ordenador desde hace casi tres años.

Pese a que las ventas han bajado a veces, en momentos previsibles del año sigo viviendo de ellos. Por ejemplo, a primeros de cada año, cuando suben todos los precios y la gente se tiene que ajustar después de esas dos semanas anuales en las que se gasta demasiado en comida, regalos y adornos chirriantes; y las descargas ilegales. Así que supongo que he tenido suerte.

Estamos a punto de meternos de cabeza en otro maratón de consumismo, la etapa entre finales de verano y enero. Después del inicio del curso, llegan los preparativos para Halloween, a los que le siguen los de Acción de Gracias y, finalmente, Navidad. A la gente le encanta regalar libros, es una apuesta casi segura. Igual que las colonias, por desgracia.

Siempre me han gustado las fiestas. Son una buena excusa para comer y beber sin quedar mal. No entiendo a esos que dicen que cenar fuerte es malo. Les invitaría a acostarse con hambre un par de días, a ver qué opinaban entonces de una cena que te llenara. Hasta que publiqué *Niebla*, comía de verdad un par de días al mes. No llegué a tener trabajo estable, pese a que tampoco he tenido una semana por completo libre desde los catorce años. Cuando mis hermanos fueron desapareciendo, gané tiempo para mí y empecé a escribir. Mía envió el manuscrito de *Niebla* a varias editoriales. Cuando llegó la tercera carta de rechazo, me enfadé, por considerarlo una invasión intolerable de mi intimidad. Aunque me duró poco, supongo que porque en el fondo sabía que llevaba la mejor intención. Después de esa tercera notificación, una mañana que iba a estar dedicada a un arreglo de fontanería el que sigue siendo mi agente se presentó en casa. Y hasta hoy.

Fue un alivio dejar de ser una carga para ella. Seguía trabajando horas sueltas, pero la que nos mantenía era ella. Le debo tanto que no sé cómo pude hacerle aquello.

Desde que se fue, todo ha ido cuesta abajo. No he vuelto a escribir. Ni a leer. Ni a interesarme en nada. Lo mejor que me podría pasar sería desaparecer: acostarme una noche, como aquella, en pleno colapso de los míos, y no volver a despertarme. Puedo coger el pedo de mi vida todas las noches, pero siempre vuelve a amanecer.

Los escasos amigos que me quedan pasan cada vez más tiempo sin aparecer por aquí. No puedo culparles. No debo ser una gran compañía. Me ducho solo cuando noto mi propia peste, paso semanas sin afeitarme..., más o menos el mismo tiempo que se acumula la ropa sucia. Por no hablar de la casa. Juraría que antes había más luz, y no tenía este olor denso que abofetea a quien se acerque a la puerta principal.

Mi hermano, Jack, vive en la otra punta del país. Creo que le va bien. Alice, la mayor de las dos chicas, emigró a Canadá hace algo más de un año; y Ann... no sé nada de Ann. Debería

llamarla un día de estos. Tanta fiesta puede venir bien como excusa. Me arriesgo a que exagere el interés y me esté dando el coñazo todos los días, pero ¿cómo puedo no saber nada de mi hermana desde hace meses?

Llegados a este punto, creo que debería empezar a contar cómo empezó todo. Hay una diferencia entre el tipo anterior a esta historia y el de después. Ya he dicho que no se pueden hacer planes para el futuro, porque, en el fondo, nunca estás seguro de lo que te puedes encontrar. Bien, pues esa máxima se aplica también cuando la situación es negativa, y los planes también lo son. Solo ahora me doy cuenta de que en ese momento también hacía planes, aunque se basaran en pasar el día frente a la televisión, bebiendo, comiendo y ayudarme a dormir, siempre con un buen fondo musical. Una ducha, afeitado o lavadora puntual rompían esa rutina, y el hecho de pensar «hoy me toca ducha» es hacer planes. Bien. Esos amigos que cada vez tardaban más en aparecer decidieron recuperar el tiempo perdido un sábado por la noche, unos días antes de Halloween. La festividad en sí es insignificante, pero el ambiente me hace recordarlo.

De pequeño era el mejor día del año. Mientras que otros esperan el día de Navidad o el de su cumpleaños, yo contaba los días que faltaban para Halloween desde el uno de noviembre. Cierto que no había regalos, ni tarta, ni eras el protagonista por un día; pero el hecho de poder disfrazarse y pasearse por el vecindario chantajeando a todo el mundo para que te surtan de caramelos es un plus a tener en cuenta en comparación con todas las demás fiestas. Que pudiera hacer el payaso y llenar de huevos las fachadas de los vecinos tacaños sin que nadie me dijera nada era lo mejor que me podía pasar, como supongo que a cualquier crío.

Lógicamente, según vas cumpliendo años, si sigues con la tradición no es para pedir caramelos. Con la adolescencia, la fiesta pasa a ser una excusa para ver a las que en el instituto ni te miran con un modelo de vampiresa-putón, imagen que atesoras durante bastante tiempo cuando te aburres en tu cuarto, con la esperanza de que se emborrachen hasta el punto de que hagan mucho más que mirarte. Me perdí la universidad, y con ella las orgías que supuestamente se dan; y, de repente, vives con tu chica y ya pasas a ser el que recibe al grupo de dráculas, momias y demás monstruitos.

Sin que me diera tiempo a aborrecerla, considerando el trabajo y acabar con agujetas por los paseos constantes a la puerta, ahora es simplemente otro día en el calendario. Mi casa se había convertido en un universo aparte en el que no hay fiestas. Como ya he dicho, las fiestas sirven para comer y beber, y para eso no necesito parafernalia. De hecho, suelo apagar las luces de fuera para dar a entender que no hay nadie en casa y que pasen de largo. Las ganas que tenía de fiesta se las quedaron Mia, y un tal Dan con su novia Elise.

Las fiestas, por otra parte, conllevan un deber, una especie de ley no escrita que obliga a interesarte por los tuyos, sobre todo si te va mejor que a ellos. Supongo que es una variante de un sentimiento de culpa. Se supone que, si te vas de fiesta sin pasar antes un rato con un hermano, primo, amigo, padre, madre o vecino de estos que tenga una mala racha, el karma corresponde tu egoísmo haciéndote volver a casa pronto y solo, probablemente después de que el alcohol te haya ayudado a hacer el ridículo o a que te partan la cara. Por eso, Chris y Ron tenían pensado pasar parte de la noche allí. Pese a lo poco que aparecían, estaban convencidos de que tenía algún tipo de depresión y se sentían obligados a dar señales de vida de vez en cuando, para comprobar que yo también las daba. Sin embargo, en mi defensa, dejaré claro que he seguido con mi vida. No estoy todo el día llorando, y me levanto de la cama. Tengo horarios físicos normales. Cierto que no he vuelto a publicar nada y que había perdido cualquier motivación; pero había seguido.

Su visita anunciada había provocado un brote de vergüenza que me había hecho limpiar la casa. Sabía que no subirían al piso de arriba, donde estaban las habitaciones y el que fuera mi

despacho, así que me centré en la planta baja. La cocina tuvo partes que las di por irrecuperables, con una capa de grasa y polvo amarillento que cubría puertas, estantes y paredes de madera como si fuese un forro. Y, al fondo de la planta, había un cuarto de baño muy pequeño, con solo un váter y un lavabo.

Con la casa más o menos presentable, mis pintas desentonaban, así que, como algo excepcional, me duché por segunda vez esa semana y me puse ropa limpia. Escondí la montaña de ropa que no entró en la lavadora en el que Mia había querido como cuarto de invitados. Y, por un momento, pareció que me importaba el estado en el que estuviera la casa solo porque sobrevivía en ella.

Empeñados en hacer algo propio de la fiesta que se acercaba, sugirieron hacer una sesión de cine de terror. Entre clásicos de Vincent Price, Stephen King y alguna más moderna (y en mi opinión peor), seguí mi dieta de comida basura y *snacks*.

No recuerdo bien cómo salió el tema; si lo vimos en alguna de las películas o si lo traía Ron de algún sitio. Tampoco le hacía de esos. Me recuerda mucho a un cura que vi una vez en un culebrón que seguía mi abuela, uno que se enamoraba de una cría que podía ser su hija. Y, pese a lo que he dicho, cabría definirlo como alguien muy espiritual, que no necesariamente religioso. Sé que es difícil de distinguir, pero hay varias diferencias. Eso le había facilitado siempre mucho las cosas con las chicas, y no era para menos. No era feo. Mia decía que entraba en esa belleza estándar que te hace casi invisible, por lo que tienes que atraer a base de «tu encanto». Parece un mito, pero no ha estado con una que no se partiera de la risa con él. Creo que así las enganchaba. Luego estaba su concepto de la vida, que le hacía parecer profundo e interesante; y que, como digo, no era feo.

Por su parte, Chris tenía rasgos aññados, otra característica de las que triunfan. Creo que porque de alguna manera despiertan cierto instinto maternal. Tuvo una etapa en la que le dio por creer que sabía componer y que se podía convertir en el próximo John Lennon, pero empezó en el taller y fue soltando poco a poco la guitarra. Una pena, la verdad. Porque puede que componer, no tanto, pero tocaba bien. Si la creatividad que tuve en su momento se hubiera ido por otro campo, nos hubiera ido bien a todos. Y, quién sabe, puede que las cosas hubieran salido mejor. Desde luego, peor no lo habrían hecho.

Por más que me esfuerzo, no consigo recordar cómo empezó la conversación en ese punto. Recuerdo esa noche como si fuera un sueño. Sabes dónde estás a partir de un momento concreto, pero no cómo has llegado a él. Así que solo puedo sacarla a partir de lo que recuerdo.

No entiendo qué relación hay entre los conceptos cine de terror y Tim Burton, pero fue una suya la que puso fin a la sesión de cine cuando rozábamos las once de la noche. Fui a la cocina a sacar las últimas tres cervezas de la nevera y, cuando volví al salón, me lo encontré. Valoro la capacidad de cambiar de tema tan rápido, y tenerlo tan avanzado. Mi primer impulso fue el de echarme a reír, y, en cierto modo, lo agradecía. Sin embargo, las ganas de reírme quedaron anuladas ante lo más curioso que tenía aquello: se habían intercambiado un poco los papeles habituales.

—Eso no puede ser bueno —repetía Chris.

—¿Por qué piensas eso? Eres increíble. No crees en nada, pero no quieres comprobarlo.

—Es tan fácil como que no creo: no tengo nada que probar. Además, ¿de dónde piensas sacar un tablero?

—Para empezar, se puede hacer en cualquier papel. No sé para ti, pero para el común de los mortales a partir de los seis años, escribir letras y números en un papel no entraña el menor misterio.

—Vale, ¿y de dónde sale este interés ahora? Cualquiera diría que te va algo en ello. A no ser que quieras montar algún numerito, no lo entiendo.

Me mantenía al margen, muy cómodo como espectador. Aunque sospechaba, aún no sabía de qué hablaban.

—Nada —contestó Ron, encogiéndose de hombros tras empezar la botella que le había dado—. Simplemente he pensado que sería un buen remate a la noche de miedo. Puedo jugar solo, pero evidentemente no es lo mismo. Además, nuestro deprimido amigo y anfitrión tiene un tablero, que encima es original.

Detestaba esa manera rebuscada de hablar. A veces parecía sacado de una novela del siglo diecinueve. No ambientada en el siglo diecinueve, sino escrita.

Al darme por aludido, la cerveza se me atascó en la garganta. Me dieron unos segundos para que me diera cuenta yo solo, pero, por cómo me miraba, sé que Ron me mandaba por telepatía lo que quería decir.

No lo confirmé, pero en ese momento me acordé de que tenía un tablero de ouija, y, como decía Ron, de la marca original. No recuerdo cuándo lo compré, ni mucho menos la última vez que lo usé hasta entonces. Supongo que eso dice mucho de mi interés.

No soy creyente. Es un juego de mesa, por el amor de Dios. Había jugado, sí, y, como con cualquier juego, cuando te cansas lo guardas otra vez en la caja y a otra cosa. De haber funcionado, o al menos creer que podía hacerlo, lo tendría de cabecera; pero en ese momento ni siquiera me acordaba de dónde podía estar. Por alguna razón me resultaba muy creíble que Ron fuera un asiduo del juego. Siendo tan espiritual, no era extraño que creyera que sirviera para contactar con espíritus, extraterrestres, otra dimensión o lo que fuera. Ese es uno de los matices. El hecho de ser espiritual no tiene por qué derivar en creencias trascendentes positivas o negativas per se, sino en creencias sin más.

Dudo mucho que un tablero de cartón pintado tenga nada que decirme de gente que no esté, de espíritus que no hay, o de extraterrestres que, de estar, seguro que tienen algo mejor de lo que estar pendiente. Por desgracia, el que se muere no vuelve. Entiendo que era un candidato perfecto para engancharse a algo así, y ojalá sirviera de algo, pero era incapaz de creerlo.

Sin embargo, su argumento de que en ese caso tampoco tenía nada que perder le funcionó mejor que con Chris, que terminó aceptando el marginal plan por democracia.

Subí a buscarlo a la segunda planta. No es que supiera dónde estaba, pero esperaba una especie de iluminación, ponerme frente a la puerta de un armario, por ejemplo, y oír mi voz en la cabeza diciendo «¡premio!». En lugar de eso, al principio solo aparecieron un par de noticias de muertes trágicas y un tanto escabrosas, puntuales, con una partida de ouija como nexo común. A veces venían acompañadas de una petición pública de autoridades pidiendo a los jóvenes que tampoco se metieran en la ouija, con barbaridades más o menos delirantes como que Dios les castigaría, que irían al infierno, etcétera. Sacar el trasfondo de acoso escolar, drogas o bandas que solía haber en realidad tras esas muertes, por alguna razón, interesaba menos. Será que tiene menos glamour.

Pese a que la racionalidad, en teoría, nos ha pegado los pies al suelo, la superstición sigue siendo muy poderosa. Si alguien cree que un puñado de cartulinas pintadas puede revelarle su futuro (o hacerle conseguir pareja, trabajo, dinero o mejorar su salud), y tiene la puñetera suerte de que se cumple, probablemente no lo achaque a la suerte, a que ha ligado por sí mismo, a que se ha cuidado más o que un tratamiento ha funcionado. De esa manera, el fenómeno solo se retroalimenta, porque hace a la persona volver a él una y otra vez, partiendo de supuestas pruebas de su eficacia. Y lo mismo en un sentido negativo. Si un tablero de cartón te dice que vas a tener

un accidente y te atragantas, es posible que pienses que el tablero te ha querido matar. Y, si no, para muestra un botón: un alto porcentaje de personas, aunque no se lo crean, reconocen leer su horóscopo.

De ser supersticioso puede que creyera que lo que me había ocurrido estaría relacionado con las veces que he jugado, pero creo más en el peligro que entraña un conductor borracho que en el de un juego de mesa.

Al final sí se dio la iluminación al entrar en lo que había sido hacía tiempo mi despacho. Fui derecho al archivador metálico del rincón, al último cajón, el más ancho. Por uno de esos extraños mecanismos del cerebro, supe que estaba ahí antes de verlo. El mismo brote de vergüenza que me había hecho limpiar la planta baja renació para que pasara una mano por encima de la caja, retirando la gruesa capa de polvo que lo cubría y que venía a demostrar que no se usaba desde hacía mucho.

Abajo, Ron había hecho un buen trabajo de ambientación. Tenía que haber sido él. Había recogido la caja de pizza y las botellas vacías, dejando solo las que teníamos a medias. No sabía que tenía velas. Había encendido algunas, dejando la sala sumida en una penumbra muy adecuada para el momento. Fue entonces cuando temí que todo aquello fuera una broma de mal gusto. Uno de mis defectos de nacimiento es que carezco de sentido del humor, y prefiero que las bromas se las guarden para otro. De ser así, no sabía cómo podía terminar aquello. Confié en que Ron me conocía y no se habría olvidado de mi faceta amargada, especialmente acentuada.

Había despejado la mesa principal, normalmente atestada de papeles, correo atrasado, el portátil y la colección de medicación. Chris fue el último en llegar a la mesa, cuando Ron ya había extendido el tablero y colocado el máster en el centro.

—Antes de empezar, quiero asegurarme —dijo Ron, con un gesto compungido—. ¿Las reticencias que tenéis es simplemente por escepticismo? Si alguno no quiere por otras razones...

—¿Cómo cuál? —Pregunté. Ron se encogió de hombros, y noté que no quería decir literalmente lo que tenía en mente.

—No sé... que temáis alguna consecuencia...

Si Chris hubiera sido un dibujo de anime, habría aparecido una enorme gota blanca en su cabeza. Me hace gracia aún recordar la cara que puso, con los ojos entrecerrados, los labios apretados y ligeramente curvados hacia abajo.

Los dos mostramos el tipo de conformidad que a Ron le bastaba para seguir adelante. En otro momento puede que hubiera acabado con aquello improvisando alguna experiencia aterradora, pero hacía mucho que las musas no querían saber nada de mí.

Ron adoptó el papel de jefe (o portavoz) y nos pidió que pusiéramos el dedo índice encima del aro central.

Hacía la forma de un donut, de manera que nuestros dedos quedaban en torno a la letra o el número que marcase. Lo más cercano que teníamos eran las respuestas cortas y directas: sí y no. En la parte superior, más cerca de mí, los números del cero al nueve, y, por debajo, las letras del abecedario. Los tres en la mesa dibujábamos una especie de triángulo, ninguno estaba directamente frente a otro.

Respiró hondo y se quedó muy serio, mirando a un punto frente a él, situado entre Chris y yo. No hacía ningún gesto, pero, por lo fija que mantenía la mirada, parecía realmente que miraba a alguien que estuviera detrás de nosotros. Sabía que era imposible, pero sí es verdad que me llamó poderosamente la atención su grado de implicación. Venía a rematar toda la parafernalia, con la luz vaga, el silencio de la casa y demás. Y entonces sacó una voz peculiar. No tiene ningún mérito darle un matiz a la voz para un momento concreto. No fue una capacidad que descubrí en ese

momento, y puede que estuviera más sugestionado de lo que jamás reconoceré; pero, en ese momento, el tono de su voz, más profundo y solemne de lo que nunca creí que pudiera salirle a una persona enfrentada solo a escépticos, atrajo toda mi atención.

—¿Hay alguien ahí? —Preguntó por segunda vez. Pequé de irrespetuoso en ese momento, haciendo visible que contenía la risa, y digo de irrespetuoso hacia Ron.

—¿Y si contestan que no? —Preguntó Chris.

—Entonces es que es un espíritu burlón —solté, provocando que solo se riera él.

Ron hizo un gesto de cansancio, pero ni nos miró. Había dejado hasta de parpadear, o eso me parecía. Tuvo que repetir la fórmula varias veces, añadiendo el clásico «si estás ahí, manifiéstate», sin resultado. Su indiferencia a las risillas de Chris o a mi cara de suficiencia sirvió para que nos limitáramos a esperar a que se cansara. Al final supongo que es verdad aquello de no hay mayor desprecio que no hacer aprecio. Aquella retahíla de preguntas hacia el vacío no sirvió para que reaccionáramos de ningún modo cuando el máster se movió lentamente hacia el sí.

Chris levantó las cejas, en señal de sorpresa. Eso no era bastante para presumir que no lo había movido él, pero me hizo centrarme un segundo más en Ron. Puede que hubiera tenido la ocurrencia de hacernos creer que había contactado con un espíritu. De ahí su interés en jugar: por sus ganas de demostrar algo. Escudriñé su cara mientras parecía tener una conversación con la nada, con un ser que estaba pero no estaba, y no vi nada más que la sorpresa. Podía ser fingida, claro, pero me di cuenta de que estaba siendo objeto del mismo escrutinio por parte de Chris.

Así que ahí estábamos. Los tres sentados en una formación triangular en la mesa principal de mi salón, cada uno con un dedo encima del máster que se movía por el tablero, respondiendo letra a letra a las preguntas que Ron hacía al aire. Se movía lentamente, aunque a veces daba un acelerón puntual, para respuestas cortas sobre todo, un sí o un no. Uno de esos cambios de ritmo tuvo la culpa de que Chris despegase sin querer el dedo, lo que le descartaba como gracioso de turno y justificaba el examen que nos hacía a Ron y a mí. Temiendo que me pasara lo mismo, afirmé la punta de mi índice, notando que tiraba de mí. Me fijé en la reacción de Ron y comprobé que ni me miró. Desde que se había movido por primera vez, su cara era lo más cercano a una imposición de respeto que podía haber en esa habitación. Había dejado de mirar al vacío para centrarse únicamente en el tablero, repitiendo en voz baja todas las letras que iba marcando para formar las supuestas respuestas, que nos repetía ya hechas como si no supiéramos deletrear. Mi sujeción de menos de un segundo le debería haber interrumpido en su concentración, ocupado en crear respuestas mínimamente lógicas a sus preguntas y a la vez marcarlas con el máster, aparentando que lo hacía alguien invisible. Su indiferencia debería haberme convencido de que no tenía nada que ver, al menos conscientemente, pero no me conformé con eso y pensé que lo tenía previsto de algún modo.

Mi fijación me impidió ver ninguna respuesta. Tampoco me interesó, las cosas como son. Puede que me hubiera ahorrado mucho de lo que vino después, pero eso ahora es lo de menos. En un momento dado, Ron reparó en que no provocaba el efecto que quería (conmigo tratando de pillarle y Chris con una cara de aburrimiento que no podía ser fingida), por lo que dio la partida por terminada. Cerró la sesión y quitó el dedo.

Sus ojos de cansancio contrastaban con la leve sonrisa de satisfacción cuando se dejó caer contra el respaldo de la silla. Me froté la yema del dedo contra la palma al retirar la mano, en un gesto nervioso que tengo desde que me conozco.

—Bueno, ¿qué os ha parecido?

Chris y yo nos miramos, echándonos a suertes quién tenía que bajarle de la nube y

demostrarle que no había engañado a ninguno. Puede que él aún dudase si yo había estado detrás de todo el numerito, así que tomé la iniciativa.

—Interesante.

No me gusta ser demasiado arisco con estas cosas. Como he dicho, una cosa es respetar una idea o filosofía, y otra a la persona. Pese a todas nuestras diferencias, no me reíría de Ron por algo así. No creo que tenga derecho a hacerlo. De repente me sentí como si tuviera que quitarle a un niño la esperanza de que un viejo bonachón le dejara un regalo una noche al año. Me sentí más incómodo con la idea de reírme de él que con la de ser diplomático y tirar de mano izquierda. Total, tampoco hacía daño a nadie.

—¿Lo veis? La verdad es que no siempre sale así de bien. La mayoría de las veces que he jugado no ha servido de nada. Es de las primeras veces que contacto con alguien.

Siguiendo con ese respeto, preferí no preguntar por ello, y asentir.

Chris, con su cara de sueño, propuso hacer algo más normal y salir a tomar algo. Ron aceptó encantado, en pleno subidón místico. Yo tuve que insistir en que no quería ir a ninguna parte, y menos a emborracharme. Nunca he necesitado compañía ni salir de casa para hacerlo. Es más, prefería hacerlo solo.

Una vez recuperada mi soledad, no me estorbaba la suciedad ni las botellas vacías.

No me acosté, más que nada porque nunca me ha gustado dar vueltas en la cama, y menos sin compañía. Desde que salí del hospital, otro de los efectos colaterales era el insomnio. Explicaba mi cansancio permanente, pero aun así no conseguía dormir una sola noche del tirón. He probado de todo, desde vodka o pastillas recetadas a leche caliente, pasando por infusiones de valeriana. Al parecer, no hay nada que hacer. La mayoría de las noches me quedaba dormido en el sofá, y, cuando me despertaba a las pocas horas, decidía si irme a la cama o quedarme allí. Ni que decir tiene que mi cama no se salva de la dejadez general de la casa.

Puestos así, preferí sentarme frente a la televisión. Aguanté poco más de una hora la teletienda, con anuncios larguísimos de chorradas de cocina, plantillas maravillosas y alargadores de pene, todos plagados de personajes con un nivel de estupidez tal que solo podía ser real. De ahí pasaron al modo de pantalla doble para poner, por un lado, una especie de chat con mensajes tan explícitos que resultaban desagradables, y, al otro, escenas a juego, por mantener la coherencia. Cuando esa clase de estímulos ni te atraen ni te asquean y solo te duermen, es que tienes un problema. Ya lo sé, pero me dejé adormecer. Ojalá ese fuera el mayor de mis problemas.

Esa noche me quedé allí. Una de las veces que me desperté, me pareció ver la televisión apagada, pero me di la vuelta, agradeciendo la falta de luz. En el estado de duermevela en el que estuve, juraría que había alguien más en casa.

Pese a que me dieron las doce del mediodía, no descansé, pero lo raro sería que lo hubiera hecho.

Animado por el mono de cafeína, me levanté y acabé el frasco de café. Tenía que pedir más, además de que se me había acabado también la cerveza y el papel higiénico. Una compra tan escasa solía salir más cara por internet. Los hipermercados prefieren servir en camión que en moto, pero la otra opción era salir a la calle. Además, tampoco me desajusta tanto la economía.

He tenido suerte y sigo viviendo de las ventas de lo que he publicado. Al menos una vez cada dos meses pasa por aquí el que aún sigue siendo mi editor. En su momento decidí que era más cómodo concederle atribuciones dirigidas a hacerme ganar dinero sin tener que trabajar, esperando que mi estado no durase tanto tiempo. Entiendo que acabará reclamando el adelanto que terminé aceptando por la segunda parte de la trilogía, el que tengo a medias. Nunca me ha gustado cobrar por adelantado. Los adelantos solo sirven para cogerte del cuello y que le debas algo a la

empresa, dejarles ser tu jefe y exigir cuanto se les ocurra, porque *se lo debes*. Nunca me ha gustado cobrar algo que no me había ganado ya. Prefiero ser el que pueda exigir que el exigido. Este fue una excepción. El primero había batido mi propio récord, y la editorial quería que el siguiente se publicara en menos de dos años; así que acordamos, como excepción, que estuviera listo, y la garantía fueron esos diez mil dólares. Le di unas vacaciones míticas a Mia. Dimos una vuelta por Europa sin planificarla antes. El primer destino fue el norte de Irlanda, donde estuvimos casi una semana. De ahí, a Londres, una escala de cuatro días para ir después al continente. París, La Toscana, Florencia; y porque a su padre le dio un infarto, sino hubiéramos ido al norte de Europa. Cuando su padre salió de urgencias, ella volvió al trabajo en el hospital y yo arranqué la segunda parte de la novela.

Durante los meses siguientes la editorial me preparó actos y presentaciones para promocionar la primera parte. Me llevó a recorrer el país, mientras no dejaba de trabajar. No sé cuándo empezó el bloqueo, ni por qué. Todos los escritores los tenemos antes o después, son gajes del oficio. Como decía no recuerdo quién, la inspiración existe, pero tiene que pillarte trabajando. Bien, no es por fardar, pero yo tenía línea directa con Calíope, y eso que no era la musa que me correspondía. Casi se podía decir que ella trabajaba para mí, y no al contrario. Pero en un momento dado, sin motivo aparente, decidió ponerse en huelga y pasarse días, cuando no semanas, sin aparecer.

Al principio lo supe llevar. Optaba por desconectar, salir a correr o a montar en bici. Desempolvé la guitarra que tenía en el desván y hasta empecé una maqueta del Titanic para regalársela a Mia, que se obsesionó con el culebrón aquel en el que DiCaprio acababa congelado. Solía funcionar, y me tomaba los bloqueos como una petición del cerebro para desconectar y que le entretuviera un poco. Pero lo que en un principio eran días, pasaron a ser semanas y, cuando quise darme cuenta, me podía tirar dos meses sin escribir una página entera que quedase mínimamente aceptable. El susto inicial dio paso a la irascibilidad, como si me rebelase y pretendiera arreglar mi incapacidad a base de cuatro gritos. Por alguna razón, uno de esos bloqueos se pasó al beberme una noche una botella de Jack Daniels, aprovechando que Mia tenía guardia en el hospital. Fue como si el alcohol en las venas me volviera a oxigenar el cerebro como ya no llegaba a hacerlo el ejercicio, la música o el pegamento de la maqueta. Así que tener alcohol cerca se convirtió en una manía, un fetiche, algo que no podía faltar para que pudiera escribir. Sencillamente, si no tenía una botella a la vista y lo bastante cerca como para alcanzarla sin levantarme, ni siquiera abría el Word.

Pese a eso, los bloqueos persistían. Se me acababa el tiempo, y empecé a forzarme a escribir para presentar al menos un primer borrador a tiempo. Tenía la urgencia y la responsabilidad que te da el saber que le debes algo a tu jefe, aquello que quería evitar rechazando adelantos. Ya era tarde para echarse atrás. No podía hacer más que entregar el trabajo a tiempo. Siendo quien era, si presentaba el borrador, darían el contrato por cumplido. Si no, puede que consiguiera algo de tiempo, en base a los ingresos que tenía la compañía con mis novelas, pero sería cuestión de tiempo que me exigieran el maldito adelanto. Adelanto que, recuerdo, me había gastado antes de empezar.

Por eso me sentaba tan mal tener que interrumpir una buena racha. Pese a la dejadez que se gastaba Calíope últimamente, los bloqueos se alternaban con rachas de creatividad comparables solo a cuando escribía para mí mismo, momentos en los que me ponía a redactar por la mañana y me olvidaba hasta de comer. Esos momentos se convirtieron en algo demasiado valioso como para distraerse con la televisión o cualquier otra cosa. Sin embargo, no podía pasar de Mia si me llamaba pidiendo que la fuera a recoger porque habían anulado su guardia a última hora, como si

hubieran esperado a verla allí para decírselo. Había que ser sinvergüenza...

No tenía sentido preguntarse si su supervisora desconocía las maravillas del teléfono. Si no iba a recogerla, pasaría la noche allí. Así que no había nada que discutir.

A la ida me encontré la carretera despejada, como si estuviera expresamente para mí, algo que mi cabeza embotada y mis ojos cansados agradecieron. Mia solo tuvo que verme para darse cuenta de que ya llevaba una botella de más, así que se ofreció para conducir de vuelta y entramos en una corta discusión. Gané yo, porque cedió, cansada de las veces que le repetí que había ido hasta allí sin problemas.

El único coche con el que nos cruzamos de vuelta dio de lleno contra el asiento de Mia. El otro conductor, un chaval de veinte años que no llevaba ni gota de alcohol en el cuerpo, murió en el acto. Su novia, en el otro asiento, mientras esperaba a que la sacaran. Mia lo hizo en el hospital en el que trabajaba. Apenas llegué a verla antes de perder el conocimiento, todavía en el amasijo de hierro en el que había quedado convertido el coche.

Los médicos dijeron que había tenido suerte. Mia tenía escasas posibilidades, pero yo me pasé una semana en la UCI, en un coma inducido, con varios huesos rotos (entre ellos uno del cráneo) y el cerebro inflamado. Una de las enfermeras me admitió que nadie había dado un céntimo por mi recuperación. Habían intentado salvarme, como era su obligación, pero sin esperanzas de que llegase ni a despertar.

Más me valdría no haberlo hecho.

Salí del hospital para meterme en la consulta del doctor Ernest Sullivan, psiquiatra. Se suponía que tenía estrés postraumático, depresión y un montón de cosas más que le servían para llevarse un cheque de cuatro cifras cada equis tiempo. Cierto que no había vuelto a coger un coche, pero tampoco lo he necesitado. No tengo por qué salir a la calle: puedo conseguir por internet todo lo que necesito. O casi todo.

Anoche, de no haberme dado cuenta de que era todo una farsa, estuve a punto de pedirle a Ron que «contactara» con Mia, aun en mi escepticismo. Si pudiera reírme, lo haría de mí mismo por semejante desfachatez. No creo en nada de todo eso, y, sin embargo, por una milésima de segundo pienso en recurrir a ello. Y encima caigo en el escudo pobre de que la echo de menos. Es patético.

De eso se valen los que dicen hablar con fallecidos. Tengo la teoría de que, si alguien tiene un don o una capacidad, no cobra salvajadas por llevarla a cabo, y más si es, como dicen, por ayudar al prójimo. El que quiera ayudar al prójimo por amor al arte seguro que puede encontrar un programa de voluntariado. Los hay que cobran «la voluntad»; ahí no entro. No es un trabajo imprescindible. Cuando veo en un zapping que pillan en una mentira a uno de estos «telépatas omniscientes y omnisapientes», me da la risa. Algo que en el fondo tengo que agradecer, por lo escaso. Pero, más allá de eso, me pregunto cuánta soledad se tiene que sentir para no ver la realidad, o ignorarla conscientemente. No hablo de gente trastornada, sino de gente que se siente sola de un modo que es imposible disimular. La pérdida de un ser querido es irreparable, no ya por factores físicos, sino porque sencillamente no hay nada que pueda sustituir a una persona. Dicho lo cual, no se supera, solo se puede aspirar a vivir con ello, o vivir a pesar de ello. Todo lo demás (místicos, brujas, positivistas...) es solo gentuza con un escaso, cuando no nulo, sentido de la humanidad; que ve en ese dolor la oportunidad de su vida.

Aguanto bastante bien sin comer. Puede que sea por lo poco que he comido desde que me conozco. Siempre he vivido con el agua al cuello; siempre ha sido preferible pagar recibos y la hipoteca o el alquiler antes que comer en condiciones. No hay nada que se pueda comparar a una venganza moral. Tuve la mía al publicar *Niebla*. El mismo banco que nos ahogaba para terminar

echándonos tuvo la brillante idea de mandarme un comercial ofreciéndome sus servicios, pretendiendo engordarme el ego hasta que generara su propio centro de gravedad. Cuando pude tolerar las ganas de vomitar que me produce el peloteo, me presenté en la oficina para, básicamente, mandar a la mierda al director. Julia Roberts es una princesita de Disney comparada conmigo. Bueno, como la película entera. Fui expresamente para que me hiciera la pelota y que me rogara que me hiciera su cliente, solo para darme el gusto de negarme. No quiero nada con bancos, no son más que unos estafadores tolerados. Desde su misma fundación nunca han dejado de serlo. La cuestión es que las crisis económicas sencillamente enseñan a la gente de qué va esa gentuza en realidad. Puede que sea arriesgado, pero prefiero tener el dinero en metálico, repartido en algunos escondites en casa, antes de que esos impresentables se inventen alguna comisión o tasa para arañarme un dinero que no es suyo.

Lo único que tengo que agradecerles es lo que el estómago sigue aguantando sin pedirme entretenimiento. Así, puedo estar hasta la noche con solo el café del desayuno, sin apenas enterarme. Y no, no hago viajes a la nevera. La mayoría de los días no como al mediodía.

Ese día, por ejemplo, no comía desde que habían estado allí Ron y Chris. Y mi estómago aguanta, pero tampoco hace proezas. Así que freí unos huevos y me calenté una sopa de pollo preparada. Me senté frente al portátil y busqué una película. Apenas tuve tiempo de pensar en una en concreto cuando el minúsculo icono de Skype a la derecha de la pantalla se iluminó de verde y se movió como si diera un salto.

Hacía tiempo que no lo usaba, de ahí que estuviera abierto, y fue más la curiosidad que el interés lo que me hizo abrir la ventana del programa. Si hubiera sido cualquier otra persona me lo habría pensado más, y habría terminado por hacerme el sueco; pero se trataba de Ann, mi hermana. Hacía tiempo que no sabía nada de ella y en cierta manera me sentía un poco culpable, lo bastante como para no pasar de ella. Reconozco que no había tenido mucho interés en saber de nadie, pero le contesté. Siempre me he llevado mejor con Ann que con los otros dos. Tiene sus cosas, como todos, pero una cualidad muy a tener en cuenta: sabe cuándo callarse.

—Feliz Halloween —dijo con más entusiasmo del deseado y del normal. Faltaban un par de días, pero al parecer ya contaba con que sería la última conversación en bastante tiempo—. ¿Cómo estás hoy?

«A ver, ¿ha cambiado algo? ¿No? Pues entonces, igual que ayer. Y que anteayer...» Lo propio de las preguntas por compromiso, del tipo: «¿cómo estás?» en un funeral, hacen quedar como un imbécil al no haber más que una opción posible. Las preguntas obvias es mejor no hacerlas.

—Esperando a dormir —me limité a decir. Sonaba menos borde, y se trataba de llevarse bien—. ¿Y tú?

—Voy a una fiesta dentro de una hora. ¿No has hecho nada hoy?

No sé por qué, ni en qué pensaba, pero le terminé contando la gran noche anterior. Por lo menos nos reímos. Ella por razones obvias, y yo porque en el fondo no puedo evitar soltar alguna carcajada cuando Ann lo hace. La risa de por sí es contagiosa, y además pone unas caras muy raras cuando se ríe. Contrae la cara entera, abriendo la boca todo lo que puede, gritando cuando coge aire y botando el torso cuando lo va soltando. Es muy cómico; lo difícil es contenerse.

—¿Y con quién habéis contactado? —Preguntó, esforzándose por contener la risa al menos para hablar—. ¿No se os habrá ocurrido preguntar por Elvis?

Tuve que respirar hondo y obligarme a recordar la sesión, tratando de acordarme de algún nombre que hubieran dicho. No hubo forma. Estoy seguro de que Ron mencionó al menos un nombre, pero no doy con él.

—Ron estuvo hablando solo, pero no sé ni cuál de los dos era el que movía el chisme.

—Oye... ahora hablando en serio: tengo que pedirte un favor.

Cuando uno de mis hermanos habla de pedir ayuda es básicamente para «obligarme» a hacer algo que en realidad no quiero, casi siempre temas de dinero, o que hable de ellos a algún conocido para que les salga algún trabajo. Lo hice con Alice, a quien le conseguí un puesto de asistente en una de las oficinas de Wreström. Iba a ser su primer trabajo serio y estaba encantada. La semana siguiente recibí una llamada de media hora de su superior disculpándose por tener que despedirla, porque trataba mal a los escritores, faltaba a reuniones, o sencillamente no se presentaba a trabajar, reconociendo que era porque tenía resaca o le había bajado la regla. Les advertí de que era la última vez que cualquiera de los tres me dejaba en ridículo, y espaciaron sus señales de vida desde entonces. Ann las ha dado un poco más a menudo, y supongo que es porque siempre ha sido un tanto más independiente. Rara vez ha pedido ayuda; cuando lo hace, es porque no tiene más opciones.

—Venga, suéltalo.

—Tengo que irme de aquí, y necesito donde quedarme —lo soltó de golpe, sin expresión en el rostro que diera algún sentido a lo que decía. No parecía que estuviera por montar un drama, pero tampoco estaba contenta. La pregunta era obvia:

—¿Por qué?

—No puedo decírtelo. Al menos por ahora. Necesito que me hagas un hueco, pero no preguntes ni difundas nada.

Todavía tengo un sentido que me dice «vaya libro habría aquí». Puede que por eso aceptase.

—Vale —la corté. Me resultaba bastante incómodo que me estuvieran pidiendo nada, y menos con incógnitas. Eso para las películas—. Pero te aviso de que esto no es precisamente un hotel.

—Solo estaré lo necesario —contestó ofendida.

—No me refiero a eso. Puedes quedarte lo que necesites, pero no vengas con idea de que todo sigue igual... No recuerdo la última vez que alguno estuvisteis aquí, pero seguro que era diferente —hubo un silencio más corto de lo que a mí me pareció en ese momento. Temí no haberme explicado bien, pero Ann se adelantó a cualquier explicación.

—No te preocupes. Yo me encargo de todo.

—Y, entonces, ¿cuándo llegarás?

—En cuanto pueda compro un billete de autobús hacia allí. Te avisaré cuando vaya a salir.

Volvimos a quedarnos en ese silencio incómodo que te hace pensar en algo que decir, aunque sea una tontería.

Hasta que sonó un ruido raro por el auricular. Me fijé y comprobé que Ann sonreía confundida. No miraba a la cámara, no de forma que pareciera mirarme a mí directamente, sino a un punto situado por detrás de mí.

Pensé que tendría más de una conversación abierta, o alguna página, y que yo estuviera viendo la reacción que le provocaba otra persona, o un vídeo o lo que fuera. Incómodo, en cualquier caso. Vi una oportunidad de oro para colgar, pero se me adelantó.

—Ejerces de canguro hoy, por lo que veo.

—No —con eso tendría que bastar para que se diera cuenta de que mezclaba conversaciones.

—Y, entonces, ¿quién es ese niño?

Respiré hondo, armándome de paciencia para no colgar directamente.

—Creo que estás mezclando conversaciones. Céntrate, no hago de canguro. No tengo con

quién.

—No hablo con nadie más.

Ah, claro... Le había contado lo de la partida, faltaba poco para Halloween y la niña no podía quedarse sin hacer la gracia. Tenía que hacer la gracia. No sé de dónde saca las ganas; Ann me conoce y sabe de mi nulo sentido del humor. No me gustan las bromas, no cuando me las hacen a mí.

—Vale, ves un crío. ¿Y cómo es? Tiene la cabeza abierta o...

—No —la verdad es que la cara de Ann había cambiado. Ya no sonreía y no quitaba los ojos de ese punto a mi espalda. Habló en voz baja, como si quisiera evitar que la oyera nadie más aparte de mí.

—Está detrás de la puerta de la sala. Se asoma de vez en cuando.

—Ya...

—Ahora se le ve mejor.

—Claro.

—No se le ven los pies.

—Será porque flota —respondí con voz cansada. No entendí a qué venía un juego tan cutre—. ¿Sigue por ahí? —Ann pegó un bote en la pantalla, con una cara de angustia muy exagerada. No deberían haberle dicho de pequeña que tendría que ser actriz. Vale que sea buena, pero a veces no es beneficioso que los niños se crean todo lo que se les dice—. Déjame adivinar, te ha dicho que va a pasar algo muy malo.

—Está detrás de ti. Y te está mirando —cómo no.—¿De verdad no notas nada?

Por el amor de Dios...

Suspiré de exasperación, deseando que diera la broma por terminada. Pero entonces ahí estaba. Puede que fuera por un nanosegundo en el que bajé la guardia y la cabeza me dio la imagen de un niño mirándome a mi espalda. Sabía que no había nadie más ni en la habitación, ni en toda la casa. Era ridículo.

No podía tener a nadie detrás, ni a mi lado, ni a unos cuantos metros a la redonda. Todos los músculos de mi cuerpo se habían tensado lentamente hasta que las manos se me agarrotaron sobre el teclado. Me había quedado cabizbajo, con una tensión punzante que me paralizaba el cuello y me cerraba con fuerza los dientes. Todos los sentidos se agudizaron, creí que podría oír a un gato maullar al otro extremo de la calle. Mis ojos se movieron inquietos hacia la pantalla cuando esta se apagó sin aviso. Ann no dijo nada para despedirse, y, aunque lo hubiera hecho, no se habría apagado el ordenador de golpe. Me ordené tomarme el apagón del portátil como una invitación para soltarlo y moverme un poco, pero era incapaz de hacerlo. Volví más lenta la respiración, tratando de silenciarla, para oír cualquier cosa. Nada, sabía que no había nada ni nadie a mi alrededor.

Pero no me atreví a mirar.

No sé cuánto tiempo estuve allí sin poder hacer más que respirar. Cuando empecé a mover los dedos agarrotados sobre el teclado, estaba tan entumecido que me dolía hasta el último ligamento. Fui a mi habitación a paso rápido, casi corriendo cabizbajo por un pasillo que estaba seguro de que era más corto y que tenía más luz, temiéndome cualquier cosa que no vi ni oí. Cerré la puerta con pestillo al entrar y me dejé caer en la cama.

Me hice un ovillo en el lado izquierdo. Lo único que había cambiado en esa habitación desde que era yo su único dueño era la ubicación de la cama. Antes estaba en el centro, dominando toda la habitación. Hasta entonces, yo siempre he dormido con la cama pegada a la pared, y fue el único cambio que hice en el cuarto. Le di la espalda al resto de la habitación y me obligué a cerrar los ojos. No me paraba de repetir que mi pánico era absurdo e infantil, pero eso no bastaba para que desapareciera la imagen de ese crío detrás de mí.

Tenía varias llamadas perdidas cuando me levanté. Ninguna conocida para el teléfono, por lo que supuse que serían de alguna cabina, y de ahí a suponer que Ann estaría detrás de ellas había unos segundos. Antes de salir al pasillo, repasé lo ocurrido la noche antes y solo pude reírme de mí mismo, agradeciendo que nadie me hubiera visto. Pocas veces me he sentido tan ridículo. Juego a la ouija, mi hermana me gasta la broma más simple y yo me cago de miedo... Parecía propio de una peli mala para adolescentes, de las que encima se hacen sagas. Si la primera entrega es mala, las demás son peores. Como una maquiavélica tortura de un productor con escaso respeto por la inteligencia del espectador.

La rutina cuando me levanto es notar las consecuencias físicas de dormir sin descansar. Me arrastro al baño, por un pasillo que había recuperado su luz diurna y ya no era ni la mitad de amenazante. Me dolía la cabeza hasta el borde del mareo, así que, como algo puntual, me metí en la ducha. Me di el gusto de estar un buen rato bajo el chorro del agua caliente, recordando lo relajante que es dejarla caer en la nuca y que resbale por la espalda. Es el único momento en que puedo cerrar los ojos sin ver otra vez la cara de Mía desencajada, cubierta de sangre, con los ojos muertos echándome en cara lo ocurrido. Aunque lo evite, por la escasa importancia que tiene mi olor corporal, ese es con diferencia el mejor momento de la semana, el único bueno sin necesidad de bebida o un puñado de mis pastillas de la felicidad.

Salí de la bañera con el cuerpo enrojecido por el agua caliente, envuelto en vapor. Me encaré con el vaho del espejo, que difuminaba mi reflejo. Me acordé fugazmente de que ahí guardaba los supuestos antidepresivos, acumulando polvo, y, oyendo al doctor Sullivan en mi cabeza, me tragué dos de golpe. Si al menos fueran de los que adormecen, no tendría que obligarme a tomarlos. Sullivan sabe que no hacen nada, pero se acoge a que no puede recetarme los que quiero porque sabe que sigo bebiendo y «teme las consecuencias de la mezcla». Eso me termina de confirmar que no son más que un placebo. En pocos días tenía que volver a su consulta. Querría poder extenderme otra receta y recibir otro cheque.

Por un segundo, mis ojos quedaron atrapados por el reflejo distorsionado del espejo. Podía ver claramente el bulto que se suponía que era mi cabeza y el torso hasta casi el pubis, pero lentamente apareció algo por detrás que no fui capaz de identificar. Algo que sería de color claro, porque no se veía muy oscuro. Era más alto que yo, me pasaba de la cabeza en forma de pirámide, como si alguien hubiera puesto un cono boca abajo detrás de mí. Mis oídos parecieron afinarse

como por un acto reflejo. Resulta que había ganado mucha sensibilidad en una noche, de tal forma que habría sentido cualquier cosa que pasara a mi alrededor, hasta el vuelo de una mosca por detrás de la puerta. Algo como un héroe de cómic, pero sin el chute de esteroides que te proporciona el torso fibroso, ni la súper fuerza, ni mear más lejos que ayer. Lentamente, me obligué a apoyarla en el espejo. Respiré hondo al empezar a notar el corazón acelerándose en el pecho. Mi propia voz me advirtió de que era una tontería, que no podía estar tan acojonado. Por amor de Dios. Era *mi* cuarto de baño y *no* había entrado nadie. Es más, no había nadie que pudiera haber entrado sin que me hubiera dado cuenta.

Barrí de un tirón el vaho del espejo y ahí estaba. El golpe en el pecho inicial dio paso a una relajación instantánea que me hizo apoyarme en el lavabo, con las piernas flojas por la tensión que perdían de golpe. Me avergoncé y me insulté. La toalla gris de baño, la que usaba Mia, estaba colgada en su sitio, justo a la salida de la ducha, junto al gancho que había quedado libre al coger la mía. Y parecía reírse de mí. No me podía creer que todavía estuviera allí. Estaba seguro de que no la había usado yo, así que lo más probable era que llevara allí desde que Mia la utilizase por última vez.

He llegado a un punto en el que, pese a tenerla constantemente en la cabeza, imaginándome cómo sería mi vida si siguiera aquí... no la recuerdo. Pequeñeces como su voz o el tono exacto de sus ojos se me escapan de la cabeza sin que apenas me dé cuenta. Como si volviera a matarla al hacerla desaparecer. Sullivan, en su desfachatez habitual, insiste en que es bueno, partiendo de que el recuerdo no hace más que perjudicarme.

Un comentario de ese tipo es propio de alguien que puede llamar a su madre en cualquier momento, o que vuelve a casa por la noche y tiene a alguien (o a su perro) esperándole y alegrándose de verle. El que de verdad se puede poner en mi lugar, sencillamente admite que no tiene nada que decirme para que me sienta mejor.

Pese a ello, a veces sigo soñando con ella. Son sueños curiosos por su normalidad. No me refiero a sueños en los haces algo que no tiene el menor sentido, como que te vas a caer y sales volando o echas a correr tratando de alcanzar algo que no hace más que alejarse. Un sueño en el que estoy en la cocina y aparece Mia recién levantada. Sueño con una vida normal. Y es mucho más triste de lo que suena.

Al principio no le daba importancia, e incluso lo agradecía, tomándolo como un regalo del cerebro, que me dejaba volver a verla. Luego me he dado cuenta de lo que supone en realidad. Hay un segundo, o incluso menos, antes de recuperar por completo la conciencia, en que estás en una etapa entre el sueño y la vigilia.

De alguna manera, sabes que te estás despertando. Debe ser el limbo. No me explico por qué, pero en ese punto a mitad de camino todavía espero encontrármela en su lado del colchón. Entrar de lleno en la consciencia supone darme de bruces contra la realidad, a la que le encanta recordarme que la he perdido.

El recuerdo es permanente, pero vuelve como un puñetazo. Es lo único que consigue bloquearme hasta quedarme sin ver lo que tengo justo delante. Lo que tardo en volver a respirar con normalidad y retomar la rutina es como un paréntesis de autocompasión exacerbada, llorando casi siempre. Sí, vale, soy una persona y lloro. No me avergüenza reconocerlo. Es más, tengo la convicción de que quien saque pecho afirmando que «no llora nunca» miente vilmente, como solo sabe hacerlo un político, esperando de verdad que alguien se lo crea. No entiendo ese bochorno relacionado con las lágrimas. Es una reacción tan humana como el cabreo o la frustración.

La negación del llanto es una hipocresía del máximo nivel, una atadura social que solo sirve para deshumanizar al individuo. El que no la tiene se encuentra con un entorno que ya se encargará

de espabilarle a golpe de burla para que se guarde su humanidad para sí mismo. Esas burlas y esa importancia desmesurada que se da al llanto solo son muestra de su incomodidad. No todo el mundo sabe cómo reaccionar ante una persona que se pone a llorar, ni siquiera en una situación legítima. Te puedes reír en compañía, hacer partícipe a todo el mundo de lo bien que te lo pasas, pero ¿llorar? Eso donde no molestes. Como si nadie tuviera problemas. ¿Y qué, vienen a ti a llorar? Pues toma ejemplo y madura, que ya tienes una edad para estos numeritos. En este tiempo no me he topado con nadie que no se me quede mirando atontado un momento cuando se me humedecen los ojos, con esa cara propia del mecanismo cerebral lento, con los ojos como platos y apretando los dientes, conteniendo esa risilla nerviosa de «¿qué hace?», rezando mentalmente por que no le avergüence estar en el mismo espacio. Que se cachondeen del que está llorando solo es un arma para que nadie se atreva a hacerlo en público.

Al menos en eso sí me han ganado, pero no por integración. Dado que apenas salgo de casa y tampoco viene mucha gente, estoy casi permanentemente solo. Muy cómodo, dicho sea de paso. No tengo ganas (ni paciencia) para ver a nadie. Ni quiero que nadie la tenga conmigo. No quiero ni pido compañía. Solo hay una persona a la que quiero ver, y es físicamente imposible. Dicho lo cual, los demás que me dejen en paz. Tengo los ojos todavía rojos cuando recupero una respiración larga. Lo primero que me apetece cuando me calmo es comer algo. Tengo hambre y el cansancio es mayor. Aunque este lo tengo de forma permanente, parece aumentar en esos momentos. Mi estado habitual, aparte de un aspecto rancio, es de cansancio crónico. Me despierto prácticamente todas las noches de madrugada y me cuesta volver a coger el sueño, a pesar de los somníferos. Creo que, en su línea, Sullivan también me ha colado placebos con la etiqueta de somníferos. O eso, o son de una calidad cuanto menos dudosa.

Un escalofrío me recorrió la espalda, como una corriente eléctrica, al entrar en la cocina. Moví los hombros, tratando de quitarme el repentino frío de encima, pero solo lo volví más soportable. Algo apestoso me detuvo en seco. Contuve la respiración al abrir la nevera, extrañado por el mal olor, preguntándome qué se había estropeado y cómo no me había dado cuenta antes. Una cosa era la dejadez y otra tener algo que apesta la casa. Sin embargo, no encontré nada fuera de lugar. La nevera se limpiaba poco, y las baldas tenían alguna mancha de mostaza o ketchup reseca, pero nada que explicase aquella peste. El corazón protestó por la falta de aire. Obedecí al muy tirano y me respondió con náuseas. La peste se quedaba agarrada, viscosa, a la garganta, hasta hacerse insoportable.

Tuve que abrir la ventana y salir de la cocina si no quería vomitar allí mismo. En cuanto entré en el salón, con el aire menos viciado, respiré hondo varias veces. Decidí esperar a que entrara aire de la calle que ventilara la cocina antes de atreverme a entrar otra vez. Encontré en la sala una ración de pizza que se quedó sin comer y me sirvió para entretener el estómago, aunque estuviera helada y rígida como la suela de un zapato.

Al ver el móvil encima de la mesa principal, aproveché para hacer tiempo. Tenía varias llamadas perdidas. Ann había intentado hablar conmigo unas cuantas veces. Había terminado poniendo un mensaje de texto en el que decía que estaba saliendo «de allí» en autobús. Había sido enviado hacía unas horas, por lo que me temí que estuviera a punto de llegar. Sinténdome repentinamente culpable, la llamé. Me respondió con la voz ronca. Confesó estar preocupada por lo que repitió haber visto cuando habló conmigo por la noche y me volvió a pedir permiso para instalarse en casa.

La inminente llegada de mi hermana no cambiaba ni de lejos mi estado de ánimo. Ni siquiera siendo con la que mejor me he llevado siempre, pese a la diferencia de edad. Yo tengo treinta y cinco años y ella creo que acaba de cumplir... siete menos que yo... o sea que...

veintiocho, más o menos. Entre adultos no se aprecia tanto, pero de críos habría sido lógico que me pareciera una mocosa insoportable, como sí eran Jack y Alice. Apenas recuerdo cosas sobre ella, salvo que es la más normal de todos, que es un poco maniática del orden y poco más. Ni siquiera recuerdo que le interesase el teatro, más allá de la típica función del colegio de cada año, esa que solo sirve para traumatizar a unos y engordar el ego de otros y de sus padres.

Vuelve a hacerse necesaria una limpieza. Espero que no se tome por costumbre; podía acabar limpiando todos los días y el desorden no me molesta. He llegado a un punto en el que lo que me ahoga es la limpieza y el orden.

Así que volví a invertir demasiado tiempo. Me sentaba cada pocos minutos, con un agotamiento tan espeso que no me dejaba seguir moviéndome. Sullivan repite que es un síntoma clásico de la depresión que tanto le conviene. Cierto que no duermo mucho; pero dudo que sea el caso clásico. No puedo quedarme todo el día en la cama, no tengo pesadillas, no he dejado de comer ni de beber (sobre todo de beber) y, aunque poco, me sigo duchando. En la prensa se habla sin tapujos de depresión, de la clínica en la que trabaja Sullivan, entrevistas y testimonios de enfermeras y celadores que dicen haberme tratado o que simplemente me han visto en el pasillo de la clínica. Hay dos bandos: los que me defienden, dicen «entenderme» y respetarme; y otro bando, más numeroso, formado por los que prácticamente me tienen censurado. No hablan ni de mí, ni de mi trabajo anterior al accidente. Para estos, casi de un día para otro, he pasado del autor revelación, de los más prometedores, de los que uno no sabe con qué libro quedarse porque «todos tienen algo único»; a ser un paria.

No les culpo. De hecho, estoy de acuerdo. No puedo entender cómo ni siquiera había otro bando que decían entenderme y dejar a un lado mis errores en pos de mi trabajo, que era bueno independientemente de que me pusiera a conducir borracho. La realidad era la realidad, y lo normal era que nadie quisiera saber nada de mí.

La toalla de Mia me esperaba en su gancho cuando la sesión de limpieza llegó hasta allí. Antes de pararme a pensar, la descolgué y fui decidido a la lavadora. Me repetí que me vendría bien perderla de vista, o tenerla como cualquier otra. No necesito objetos que me la recuerden, no si estando despierto se me está olvidando sin remedio. No soy de los que tratan de mantener el recuerdo de los seres queridos a través de la mayor cantidad posible de objetos que utilizaron.

Sigo respetando su lado de la cama, pero lo hago inconscientemente. Muchas noches me acuesto en el que era su lado, pero amanezco en el que era el mío, que ahora pega con la pared. En una muestra más de mi patetismo: sigo buscando su olor en su almohada, como si se hubiera quedado incrustado entre las fibras, resistiendo el tiempo, tan profundamente que costara dar con él. Conservo algunas de sus camisetas; por ejemplo, su preferida, con un Epi sonriente y desgastado que usaba para dormir, o una pulsera a juego con un anillo que su abuela le regaló y que para su familia está desaparecido. Quise devolvérselo, pero en el último momento no me atreví. Solo se los quitaba para ducharse. Se sentía claramente incómoda sin una de las dos piezas, como si, literalmente, le faltase un miembro. Sus zapatillas de deporte también siguen en el armario. Lo que he conservado material de ella es tan suyo que tirarlo, o perderlo de vista, sería como volver a matarla. Sé que suena ridículo, pero tampoco le hago daño a nadie conservándolo. Es lo que me queda de ella, y no pienso perderlo.

No soy del todo idiota, o eso quiero pensar. En el fondo, sé que tengo algún tipo de depresión. No tendré la suerte de dormirme para no volver a despertar, así que dado que no puedo morir de una puta vez, sigo adelante por mera inercia. El cuerpo sigue con sus funciones. Sigue pidiendo comer, dormir y seguir como si nada, y tira de la mente para que esta, sencillamente, siga. Sin objetivos, sin intereses, sin nada por lo que levantarse por las mañanas, pero haciéndolo.

Resumiendo: es como una herida que se cierra superficialmente pero que mantiene la infección debajo, sin matar pero doliendo.

La sesión de limpieza extraordinaria me dio hambre, pero no la suficiente para que me ponga a cocinar (entiéndase cocinar por hacer fideos chinos al microondas), así que tengo que pedir comida para llevar. Hay tres cadenas de comida rápida que sirven en la zona pero, cada vez que recurro a estas cadenas, las hamburguesas parecen encoger. A este paso, dentro de cincuenta años tendrán el tamaño como de un canapé. Por eso son ser mejores las de restaurantes locales.

Ahí entran los menús de cafeterías, que cogen los mismos ingredientes que esas hamburguesas con pedigrí pero con el tamaño propio para una persona adulta a la que no le avergüence la práctica atroz e indecorosa de comer.

Aquí tenemos el «*Nick's*», cerca de mi casa, además. Hacen las mejores hamburguesas que he comido nunca. El pan va tostado en la plancha, haciéndose mientras el queso se funde encima del filete de carne, aprovechando sus últimos momentos. Pan, mayonesa, cebolla picada crujiente, beicon frito hasta el punto exacto, aún jugoso. Sigue la carne con el queso fundido, una rodaja de tomate a la que añaden una especia de color verde (nunca recuerdo el nombre), las hojas de lechuga y la rebanada de pan superior, también tostada. Visto así, parece una hamburguesa estándar, pero no tiene nada que ver con las de las cadenas de comida rápida tradicionales. Normalmente, en estas grandes cadenas dejan el beicon tan frito que queda duro y seco; la cebolla está cruda y cobran por una cápsula ridícula de mahonesa que siempre termina ensuciando más de lo que empapa el pan. Dan sobres de ketchup como para un año, pero racanean cualquier otra salsa.

Lo bueno de vivir en un pueblo, o una localidad pequeña, es que no hace falta ser famoso para que te conozcan. Los lazos entre vecinos se crean y forjan mucho antes que en una ciudad grande, por más que se frecuenten siempre los mismos sitios. Al vivir en una ciudad, o uno de sus barrios, tendemos incluso a ir siempre al mismo bar, a comprar al mismo sitio; por crear un entorno que dé una sensación de seguridad. En mi vida esto se aplica a que puedo llamar al *Nick's* y hacer un pedido. Conozco al dueño y creo que es de los pocos que se pone en mi lugar y prefiere mandar a alguien con mi encargo a obligarme a ir a buscarlo.

Curiosamente, lo peor también es que todo el mundo te conoce. En su momento, cuando decidimos trasladarnos aquí, fue más por las expectativas en el futuro que porque nos gustase la imagen de vivir en un pueblo. No es que tuviera nada en contra; es que prefiero el anonimato que da vivir en una ciudad grande. No nos habíamos instalado y ya habíamos tenido diez u once visitas de bienvenida. Y no es que me moleste, pero esas vecinas encantadoras aprovechan esa primera visita de cortesía como carta blanca para aparecer cuando se les antoje e invadir tu casa con la menor excusa.

Mía tenía toda la paciencia que me falta a mí y, cuando murió, la convención social hizo que un montón de mujeres de mediana edad se sintieran en la obligación de aparecer con la oferta estándar de «si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme». Pasado algún tiempo, las visitas se fueron espaciando, hasta que hubo quien consideró que era el momento oportuno para presentarme una sobrina o una amiga soltera, o hablar con el reportero de turno que buscarse el reportaje basura que le catapultase durante unos meses. Lamentable. No habría pasado en Nueva York, por ejemplo.

Pedí dos menús con cerveza. Está relativamente cerca, y puede que fuera por el hambre que tenía, pero la espera se me hizo eterna. Cuando por fin sonó el timbre, me faltó casa para ir a recibir al chaval de no más de diecisiete años, con cara de susto, que me traía la comida.

—Hay un problema con su teléfono —me extrañó, pero se explicó antes de que me diera

cuenta de a qué se refería—. Le he llamado un par de veces para confirmar la dirección. Es una suerte que la tengan en la cafetería.

Sabía que cuando llevaban un pedido a domicilio llamaban por teléfono antes de salir de la cafetería, para confirmar la entrega. Lo más que se me ocurría para explicármelo era que algún gracioso le había gastado más de una broma haciendo un pedido para luego no pagarlo. Hace tiempo, un repartidor me explicó que los clientes habituales de pedidos a domicilio tenemos una especie de ficha, en la que consta un número de teléfono y nuestra dirección.

Improvisé que no había oído el teléfono y le di propina, con lo que su rebote contenido pareció desaparecer. En cuanto cerré la puerta, fui a buscar el teléfono para comprobar que el chaval se lo había inventado. No sé por qué iba a hacerlo, pero, evidentemente, no me habían llamado. O quizás sí. Me concentré en el tiempo desde que había hecho el pedido, que ahora se enfriaba goteante dentro de su bolsa de papel marrón, como si llorara esperando cumplir con su función. No, definitivamente no había llamado nadie. Tengo un tono de llamada particularmente escandaloso, «Won't get fooled again», idónea precisamente por lo fuerte que se oye. Recordaba perfectamente que lo había dejado encima de la mesa de la cocina, pero no apareció ni en la cocina, ni en el salón, ni en ninguna habitación. Me revisé los bolsillos. A veces lo guardo ahí y, literalmente, se me olvida; pero tampoco.

Sin poder esperar más para almorzar, porque recalentar las hamburguesas era casi echarlas a perder, me senté a comer con la esperanza de que Ann, o quien fuera, quisiera tener noticias mías y entonces el móvil chillase desde el rincón en el que hubiera ido a parar.

Al terminar de comer, me había empachado. Me quedé a gusto y me dejé caer en el sofá. Antes de que decidiera en qué canal pararme, se me empezaron a cerrar los ojos.

El frío me despertó de la cabezada que echaba en el sofá. Estaba congelado. Al pasar por el pasillo, camino del cuarto de baño, me di cuenta de que el olor a rancio de la cocina, el que se quedaba incrustado en la garganta, se había expandido por la planta baja. Volví a darme una vuelta, en busca de una explicación que no apareció. Pocos segundos después de lavarme la cara, como si el agua tuviera una función de recordatorio, noté que el olor era ligeramente más fuerte en el baño y en la cocina, especialmente cerca de los desagües. Eso me recordó las lluvias que se habían dado las últimas semanas. La casa es vieja, se construyó a mediados del siglo diecinueve. Las cañerías se habían mantenido. La antigua propietaria me reconoció que cambiarlas era demasiado caro, y que, funcionando perfectamente, el cambio era del todo innecesario. La única pega era que en rachas de lluvias abundantes las cañerías olían mal. No supo darme una explicación, porque al ser algo a lo que se habían acostumbrado, la mujer y su familia, descendiente de los primeros dueños, además, lo tomaban como algo más de la casa. Se habían limitado a echar más limpiador en los desagües en esos momentos puntuales.

Es un coñazo, no me gustaba salir a hacer la compra. Pero una cosa es que no me importase que la casa estuviera patas arriba y otra que dejara que hubiera un olor que daba náuseas.

Me estaba poniendo una sudadera cuando sonó la puerta. Esperaba todavía ir y volver antes de que llegara Ann. Ya que me había dado la paliza de limpiar, no podía dejar que la casa apestase como lo hacía. Haciendo esperar a quien fuera, me aseguré de llevar la cartera y las llaves antes de ir hacia la puerta. Estar a punto de salir es de las mejores excusas para evitar visitantes indeseados, véase individuos que quieren unirme a una secta o vendedores de seguros. Tuve un escalofrío más al acercar el ojo a la mirilla de la puerta, pero no de frío. Fue como si me pudiera adelantar a algo que fuera a pasar, como un mal presentimiento. Al final, evité mirar, con el estómago encogido de repente, y abrí.

La figura delgada de Ann apareció en el umbral. Se dio por invitada y entró dándome un

beso y abrazándome por los hombros.

Sonreía cansada, pálida y con ojeras. Habría tenido un día largo. Pese a lo cual siempre he pensado que era la guapa de la familia. Tenía un cuerpo de los que se entienden como privilegiado, de forma que no le cuesta estar en forma. Y aunque suene superficial y quede fatal, la realidad es que es una buena carta de presentación. Es triste, pero entra en el canon actual, que pide mujeres con un cuerpo sin formas, con poco de todo. Sus ojos verdes captaban toda la atención, tenía los labios finos y la nariz pequeña y puntiaguda.

Entró con su única maleta hasta el salón, mirando a su alrededor como si fuera la primera vez que viera la casa y estuviera deslumbrada. Pero en cuanto se volvió a separar de mi abrazo, hizo una mueca y se encogió, cerrándose la sudadera.

—Qué frío hace aquí. ¿Cómo puedes vivir sin calefacción? —El movimiento me había hecho olvidar el frío. Pero tenía razón.

—He debido olvidar ponerla hoy.

Ya sé lo ridículo que suena que en esa época uno se olvide de poner la calefacción en Maine. Ann no hizo ningún comentario pese a la obviedad, y entró hasta la cocina. A ella también se le encogió la cara al notar ese olor, pero trató de disimularlo.

Como guiada por un GPS mental, fue derecha al calentador, dispuesta a poner la calefacción. Allí se dio cuenta de que no solo estaba puesta, sino que además lo estaba a veintitrés grados, más de lo aconsejado para caldear una casa. Debería notarse, y, de hecho, puede que estuviéramos exagerando. Me había destemplado, y ella venía de vivir en un clima más agradable.

Ann se instaló en lo que en su día iba a ser el cuarto de invitados, que rara vez utilizamos. Quedaban entonces dos habitaciones más sin usar al fondo del pasillo, que las comunicaba en la segunda planta. Una era mi antiguo despacho y la otra la utilizaba Mia para guardar ropa o trastos. Apenas entré en ella en su momento, y menos desde que no está.

Ann prácticamente tomó posesión de la casa menos de una hora después de haber entrado. Metió toda la ropa que traía directamente en la lavadora, se dio un baño y cambió la distribución de los muebles en la habitación.

El tiempo que no la tuve detrás, seguí buscando mi teléfono. Y este siguió sin aparecer, como si el sofá se lo hubiera tragado. Odio que pasen estas cosas; seguro que aparece cuando ya lo dé por perdido. Una cosa es que no busque contacto con nadie, y otra muy distinta quedarme incomunicado. No me gusta la sensación de no poder contactar con alguien en cualquier momento. Ya sé que es solo un teléfono, que es algo que solo tengo desde hace unos pocos años, que no es algo imprescindible y de primera necesidad y todo eso; pero estoy más cómodo con él a la vista y a mano, aunque no lo use.

Después de cenar, la casa seguía helada. Ann calentó chocolate para los dos y se acurrucó debajo del edredón que había bajado de su cama. Sacó solo las manos para sujetar la taza. Me pareció que exageraba, pero tampoco dije nada, porque hasta que empecé a beber y se me templó el cuerpo hubiera hecho lo mismo.

Habló un poco sobre su proyecto. Estaba bastante convencida de que la podían coger, al menos para un papel secundario, lo bastante como para empezar a hacer lo que quería. Al principio son solo cosas de críos, porque ¿a quién con cinco o seis años no le gusta disfrazarse? Y más a una niña, que suele tener más donde elegir. Nada más llegar al instituto, intentó entrar en el grupo de teatro, lo que le costó dos años de decepciones hasta que se salió con la suya. Mis padres nunca estuvieron de su parte. Partiendo de la máxima de que la ilusión no da de comer, los hobbies había que dejarlos como tal, a no ser que pudieran dar dinero. No podían presumir de apoyarnos en nuestros planes, pero, si algo nos salía bien, eran los primeros en apuntarse el tanto

delante de sus amigos.

Queda muy bien, sobre todo en una profesión como la mía, decir que, si tienes una meta, sueño, objetivo, o como se le quiera llamar; no lo tienes que abandonar nunca, que la gente que te quiere te apoya incondicionalmente, etcétera. Nunca me habría dado por escribir antes. No creo que les hubiera hecho gracia que no tuviera un trabajo estable y me diera la locura de escribir.

—Si no me cogen, volveré a Los Ángeles. No tienes que preocuparte.

—Tampoco hay prisa. No soy casero ni banquero. Si quieres quedarte, no tengo ningún problema —Ann me miró con el ceño fruncido, en clara confusión. Adiviné lo que me iba a decir.

—Creía que no tenías ganas de tener a nadie en casa.

—No soy la mejor compañía que puedas encontrar, eso te lo aseguro. Pero tampoco voy a echarte, ni a exigirte un alquiler, ni nada... Si vienes por eso, y no te admiten, es probable que encuentres otras pruebas.

—No me lo esperaba. Es todo un detalle.

—Bah, no creas. Me vendrá bien alguien que limpie aquí de vez en cuando —captó la broma y me tiró un cojín.

—¿Has encontrado el teléfono? —Preguntó, inclinándose hacia la mesa para dejar la taza vacía, aunque si se rebañaba el chocolate que había quedado por la taza podían salir un par cucharadas. Volvió a meter los brazos bajo el edredón, encogiéndose de hombros.

—Qué va. No sé qué cojones he hecho con él.

—Repasa lo que has hecho la última vez que lo has usado.

—Lo he hecho tantas veces que parece que lo estaba estudiando para un examen.

Ann se quedó en silencio, pero noté que se quedaba con las ganas de decir algo. Temí que lo hubiera visto arriba y se estuviera riendo para sus adentros.

—Venga, suéltalo —me miró conteniendo una sonrisa, hasta que respiró hondo.

—Se me ocurre que te lo pueden haber escondido —premio.

—Lo sabía. Vale, ¿dónde está?

—No lo sé —contestó riéndose—. No lo digo por mí —por la cara que debí poner, entendí que me había quedado en blanco—. Puede que el niño te lo escondiera.

Ah, sí. El niño. Claro, ¿cómo no había caído en un espíritu que no tiene otra cosa que hacer que esconderme un móvil? Será que no los hay buenos en el Mas Allá.

—Muy buena la broma... —comenté—. Esa y la de llamar preguntando si lavan la ropa, las mejores.

—Puedes pensar lo que te dé la gana. Yo sé lo que vi y te lo dije, pensando que no te estaba diciendo nada que no supieras ya. Es más, soy yo la que tiene más razones para pensar que me estabas tomando el pelo, porque te recuerdo que no deja de ser tu casa...

—Claro, y ahora te pregunto, ¿cuántas veces me has visto hacer de canguro? Ni siquiera conozco a la hija de Alice...

Emma, la aludida, había nacido poco después de la muerte de Mia, en un momento en el que no estaba para jugar a la familia feliz. Me siento un poco culpable, pero ha pasado el tiempo suficiente como para que sea más incómodo dar señales de vida que seguir sin hacerlo.

—Por cierto, Jess está embarazada —puse cara de lelo por respuesta, de forma que me lo tuvo que aclarar—. La novia de Jack.

—Lo que quiero decir —dije, suavizando el tono; sin quererlo antes empezaba a parecer un poli de película mala interrogando a un sospechoso que sabe que no es, simplemente por demostrar que puede mear más lejos— es que sabes perfectamente que no tengo críos de los que cuidar...

—Pensé que estabas mejorando. Que volvías a salir de aquí de vez en cuando y que habrías conocido gente...

—Y hacía de canguro —la corté. Ann solo se encogió de hombros, pero por su cara supuse que se estaba dando cuenta de lo absurdo de su razonamiento—. Pues siento decepcionarte. Nada ha cambiado, al menos no para bien.

Hubo unos minutos de silencio incómodo. Uno de esos momentos en los que lo mejor para acabar de buen rollo es cambiar de tema, y preferiblemente a uno superficial; una final deportiva o alguna serie que estuviera de moda, por ejemplo.

Sin embargo, Ann encontró más interesante explotar la vena de psicóloga que está lejos de tener.

—Puede que pretendas unos cambios inviables. Cambios que, al no producirse, prefieras desentenderte de todo —tomó mi asentimiento serio como una invitación a que siguiera con su discurso—. Nada va a devolverte a lo de antes, pero no puedes seguir así.

—Y sugieres...

—Puedes empezar por cosas pequeñas —continuó, pasando de la calma tensa del principio a estar animada, como si creyera que le estaba pidiendo consejo—. Por ejemplo, salir a dar una vuelta, volver a la biblioteca, a pasar una tarde leyendo fuera, o tomar algo... no sé, cambiar de aires. No es extraño que entres en bucle o que estés atascado en todos los sentidos si estás todo el día aquí, dejando que la casa se te eche encima. Te parecerá una tontería, y difícil cambiar de hábitos y algo completamente innecesario; pero si empiezas por visualizar los cambios...

—Visualizar...

—Sí, visualizar. Es... deberías saberlo... es imaginarte haciendo algo. De alguna manera, eso te predispone para conseguir aquello que estás pensando. Mira, un ejemplo: seguro que alguna vez has ido al buzón pensando «seguro que ahora me vienen todas las facturas juntas», llegas al buzón y, efectivamente, tienes al menos dos facturas esperándote.

—Y se supone que eso lo he invocado yo, ¿no?

—No, es simplemente que has predispuesto una situación negativa al visualizarla —de cagarse.

—Entonces, según eso, si no pienso en las facturas, las compañías de luz, agua y el banco se olvidan de mí.

—No, no es eso —contestó negando con la cabeza, como si se armara de paciencia ante una explicación demasiado sencilla para tener que repetirla—. Se trata simplemente de pensar en positivo. Si piensas constantemente en negativo, no haces más que atraer la negatividad. ¿No has oído nunca eso de que cuando alguien quiere algo de verdad, el universo se conjura para que se haga realidad?

Positividad que deriva en un truco de magia... Lo que me faltaba por oír. Ann siempre había sido un poco hippie, pero aquello me hizo perder la paciencia. No podía con un discurso así. Mi cansancio habitual lo hacían insoportable.

—Sí, claro que lo he oído —Ann, confiada, sonrió y levantó una palma como si dijera «¡Eso es!»—. ¿Y tú has oído la historia de una joven que lleva un cántaro de leche y visualiza lo que va a hacer cuando la venda? Pues, al final, se le cae y se queda sin nada. ¿De dónde has sacado la teoría? De la televisión, un foro de internet...

—Un libro —contestó con un tono de amargura que me dolió, pero no me amilanó. Ya había aguantado bastante—. Y está comprobado.

—Ah... un libro... Claro. Un libro de autoayuda, por la pinta. Eres de los que se leen un libro de autoayuda y ya se creen, como poco, profetas, cuando no psicólogos.

—Le ha funcionado a mucha gente.

—¿Conoces a alguien? ¿O toda esa gente que lo prueba incrédula aparece por testimonios al final del libro? La gente que escribe todo eso vive de los que no pueden soportar la realidad y que quieren seguir en los mundos de yupi. Exactamente igual que los curas o los tarotistas. Me alegro que eso te haga sentir mejor, pero no vengas dando lecciones. Visualizar...

Me reí entre dientes ante lo absurdo de la idea y preferí subir a acostarme. Llevaba años «visualizando» mi vida de forma diferente y debo ser la única excepción en esa nueva corriente súper guay que defendía Ann.

Empezó a tranquilizarme notar el frío que tenía desde que había subido a la planta donde están las habitaciones. No tardé mucho en acostarme y acurrucarme bajo el edredón, tratando de entrar en calor.

No podía dormirme sin pensar un momento en Mia. O en, como resulta que se llamaba ahora, visualizarla en el cuarto, preparándose para acompañarme. Pasados unos momentos, me di cuenta de lo profunda de esa fantasía porque, pese a lo imposible que era, me pareció que había alguien más en la habitación.

Si hay una sola persona en el mundo que jamás tiene una mala intención, esa es mi hermana Ann. Por eso me sentí tan gilipollas al levantarme y recordar cómo habíamos terminado.

En un propósito de enmienda impropio de un amargado, me obligué a levantarme y preparar el desayuno para los dos. Creía recordar que desayunaba té, y agradecí que todavía quedara un sobre del que tomaba Mía para no tener que salir en busca de una caja, porque tratándose de una infusión para una mujer es como una lotería. Me ofrecería a comprar el que prefiriera y quedaría bien, haciendo olvidar el ridículo en el que la había dejado por la noche.

Lo lógico si preparas el desayuno a alguien es esperar a que se siente a la mesa. Puede que, por costumbre o por estupidez suprema, empecé en cuanto estuvo el café hecho y el pan tostado en un plato que dejé en el centro de la mesa de la cocina. Cuando la vi adormecida aún en la puerta, me sentí como si hubiera pasado de ella.

—Es la costumbre.

—No importa. Está bien que sigas desayunando bien. Por lo visto, es buena señal.

O sea, que si fuera capaz de suicidarme ahora, sería algo totalmente inesperado porque desayuno.

Se sirvió agua caliente en la taza que había dejado con el sobre de té al otro lado de la mesa.

—Siento lo de anoche.

—Da igual —en mi opinión, tardó más segundos de los necesarios en contestar—. No eres el primero que no está de acuerdo conmigo.

—Pero me pasé.

—¡Qué va! He oído cosas peores. Es más, tu reacción me demostró que tengo razón. Te estás abandonando y no puedo permitírtelo. No hay más que mirar alrededor. Es evidente que tienes el termostato estropeado, y hay algo en mal estado o que se está pudriendo. No es que sea escrupulosa, pero es desagradable. Y lo peor es que parece que te has acostumbrado.

Soy consciente de que, si a uno le dicen que su casa huele a podrido, lo normal es ofenderse. Pero seguí a mi café, ya tibio. Y ella a lo suyo.

—¿Cuánto hace que no comes en condiciones y tiras a base de lo que te apetece, básicamente comida basura o precocinada? Sinceramente, cuando te vi la otra noche, pensé que, si no aparecía alguien por aquí, la próxima noticia que tuviera tuya sería en la página de sucesos —sí, claro, ¿qué más quisiera yo?—. Así que, si no has cambiado de idea, y dado que es evidente que lo necesitas, me voy a encargar de arreglarlo todo.

Confíe en que ese positivismo que tanto defendía no la hubiera hecho creer que tenía poderes sobrenaturales. Y, como no podía llevar mala intención, lo acepté.

No se puede decir que Ann perdiera el tiempo. En cuanto terminó de desayunar, se duchó y me pidió dinero para hacer la compra. No sé cuánto tiempo tardó en volver, pero lo hizo con el coche lleno de bolsas, como si pretendiera prepararnos para un encierro anti nuclear. Llenó la cocina con las bolsas de papel de verduras, frutas, leche, zumos. Conté hasta tres tipos de infusiones, champú, gel de baño, papel higiénico, detergente y paquetes de pescado y carne. Ahí fue cuando me cansé y preferí dejarla hacer, dejando tres o cuatro bolsas arrinconadas a las que ni siquiera me acerqué.

Cuando la vi bajar de nuevo con un chándal como uniforme, supe que el día iba a ser muy largo. Fue el primer día en mucho tiempo en el que tuve la seria tentación de salir de la casa unas cuantas horas. No es que me guste vivir en un sitio que apenas se limpia, es que no me parece de una importancia vital. En fin, mi casa tampoco es un hospital. El menor de mis problemas es la falta de limpieza que haya en casa.

Ann se encerró en el desván con limpiadores, trapos y demás artilugios de limpieza. Un brote de culpabilidad me obligó a hacer mi cama por primera vez en meses. Repasé el baño principal, en esa misma planta, con el eco de la música que estaba oyendo Ann arriba. Pasadas unas canciones, hubo un sonido que se coló en la pausa silencio entre la que terminaba y la siguiente. En condiciones normales no la habría oído, pero los conductos de ventilación que recorren la casa entre las paredes sirven de altavoz.

Con algunos sonidos basta menos de un segundo para reconocerlos. Son como si los tuviéramos grabados en el subconsciente y, al menor estímulo, nuestro sistema cerebral los identifica inmediatamente. Alguien estaba sollozando.

Me pregunté qué le pasaba a Ann. No me había parecido que tuviera ningún problema. De hecho, el único momento en que la había visto molesta por algo había sido por mi reacción de la noche anterior. No tenía sentido que todavía estuviera tan afectada. Tendría que ser otra cosa, algo grave. Ann no lloraba así como así, ni siquiera en privado. No es de esa gente que presume de «no llorar nunca», pero le tiene que pasar algo realmente serio como para que necesite hacerlo para desahogarse.

No soy bueno como hombro de lágrimas. Entiendo que, si no quiere contarme algo, no soy quien para interrogarla. Me asomé a las escaleras, oyendo aumentado el sollozo, de forma que no podía taparlo el susurro de la canción que empezó, que me resultó familiar. Seguía sonando triste, pese a que sabía que era una mera canción romántica. Deduje que habría tenido un problema con algún tío y que aquella peculiar banda sonora se lo estaba removiendo. Pese a eso, se seguía oyendo sus pasos ajetreados en el techo. Dicen que es bueno estar ocupado.

Llegué a subir algunos peldaños, quedándome a mitad del tramo de escaleras. Tenía el llanto de mi hermana tan pegado a la cabeza que me parecía seguir oyéndolo. Me atasqué y de repente me vi incapaz de seguir subiendo. No me retenía el respeto a la intimidad de mi hermana, o una incomodidad ante la idea de hacer de hombro de lágrimas; era otra cosa, aunque no sabría decir qué. Simplemente, sentí que no debía acercarme más, que de hecho ya me había acercado demasiado y que tenía que bajar porque no debía estar allí. No sé si cabría definirlo como un mal presentimiento, pero me oí en la cabeza diciéndome que me alejara del desván.

Sé lo ridículo que queda, y más a la vista de los acontecimientos posteriores. Ahora, de volver a ese punto, no sé cómo habría reaccionado ni entonces ni después. Puede que hubiera hecho lo mismo. Puede que hubiera pasado de mi extraña sensación y subido a comprobar cómo estaba mi hermana. O que me hubiera limitado a llamarla a voces con cualquier excusa para que me dejara verla.

Es ridículo plantearse un momento del pasado partiendo del «¿qué hubiera pasado si...?». Más allá del momento de fantasía no lleva a nada bueno. Sé bien de lo que hablo, como de costumbre, ya que vivía con esa pregunta permanentemente. No sé qué es lo que hubiera sido lo correcto, solo que cuando pude volver a moverme, fue para volver a la cocina y esperar a que bajara ella para comprobar a simple vista si había estado llorando, y basarme en sus ojos hinchados y la nariz atascada para preguntar a bocajarro si le pasaba algo.

Desde luego, eso era lo más cómodo.

Como no bajó, le preparé un par de sándwiches y le di una voz desde la planta intermedia

para que se acordara de comer. No me quería ni imaginar cómo estaría el desván para que le llevase tanto tiempo. Cierto que era especialmente escrupulosa con la limpieza y no se conformaba con una pasada superficial. Podía esperar que me dejase el desván prácticamente para instalarme allí si quisiera. Nunca me ha gustado ese sitio. Desde la primera vez que estuve aquí, cuando la anterior propietaria me enseñó la casa, esa planta me incomodó. A Mia, en cambio, le encantó. Ocupaba toda la planta de la casa, pero sin las paredes que en las otras dos plantas distribuyen el espacio, con lo que queda un área diáfana. No nos habíamos mudado y Mia ya le había dado tres o cuatro usos diferentes. Al final, terminó como el espacio perfecto para dejar todas las cajas, muebles viejos y, de propina, lo que dejó la anterior propietaria. Mia lo limpiaba de vez en cuando, pero solo subía allí para precisamente recoger un poco. No sabría decir por qué me incomoda esa habitación. Aparte de que lo considero innecesario, que huele raro, que en verano parece un horno y en invierno un congelador y que había muy poca luz. Había suficientes ventanas y del tamaño adecuado, no hablo de ventanucos justo debajo del techo; pero incluso estando todas limpias y poniendo lámparas, es como si no bastara. Como si la habitación se tragara la luz.

Cuando Ann bajó, centré toda mi atención en sus ojos. Estaban rojos, como me esperaba, y parecía tener la cara congestionada. Se me hizo un nudo en el estómago. Sabía que lo más difícil iba a ser arrancar. En cuanto empezara a hablar, todo lo demás iría solo.

Y, por otra parte, era mi obligación.

—¿Te pasa algo? —Me miró asombrada y temí que me fuera a soltar que no era asunto mío. Medí sus gestos como si me hubiera convertido en un polígrafo humano. Se humedeció los labios y miró hacia abajo, moviendo un poco los pies, como si quisiera dar algún paso pero sin moverse del sitio. No estaba cómoda con la situación, pero no como para «invitarme» a que la dejara en paz.

—¿Por qué?

Algo que tenemos en común los cuatro hermanos es que no nos gusta que nos analicen como yo lo estaba haciendo con Ann. Si respondo abiertamente que me había dado cuenta de que había estado llorando, lo previsible es que lo entendiera como que la agobiaba, y que cuando tuviera algo que decirme no esperaría a que yo le preguntara. Así que en estas hay que procurar decir lo mismo pero tirando, y mucho, de mano izquierda.

—Es que te veo mala cara. Tampoco hace falta dejar la casa en estado de revista, Ann. Te lo agradezco, pero es más que suficiente. Por ejemplo, el desván. Ni siquiera subo allí.

No es que contuviera la respiración, pero seguí sin despegar los ojos de ella. Suspiró y se dejó caer contra la encimera, como si soltara un gran peso.

—Da igual. Ya casi he terminado —se sonó la nariz y empezó a respirar por la boca, por lo que encontré otra excusa para preguntar más.

—Y por lo demás, ¿todo bien? —Me miró con cara de susto, pero enseguida reaccionó y se encogió de hombros, para quedarse cabizbaja.

—Había mucho polvo. Se nota que hacía mucho que no subía nadie. Creo que me he vuelto alérgica.

Soltó una risilla, en una clara intención de quitarle importancia. Cuando nos sentamos a comer, se dio prisa por terminar y volvió a desaparecer escaleras arriba. Me di cuenta de lo que había pasado. Había mentido descaradamente.

De la evidencia a la especulación hay solo unos segundos. Lo primero que se me ocurrió fue que estaba embarazada: que al dar la noticia a la otra parte, este no se lo tomase bien, se viera sola y entonces se acordara de que llevaba tiempo sin saber nada de su hermano mayor. Puede que

hubiera recurrido antes a Alice o a Jack, al menos por mi depresión y amargura que me convierten en mala compañía. Estos, más preocupados siempre por sí mismos que por otros, se la enviarían entre ellos, y antes o después aparecería yo. Una salida más práctica, ya que yo seguía sin trabajar, viviendo en una casa lo bastante grande para dos personas más y, además, con unos ingresos que me permitían ser un ermitaño. Y luego estaba lo bien que me vendría la llegada e instalación de un sobrino o sobrina que me terminaría devolviendo las ganas de vivir y todo eso.

En ese caso, no debería estar dándose semejante paliza. No subí a impedirselo porque sabía que no iba a conseguir nada, pero esperaba que al menos tomara precauciones mínimas. Ella sabría si podía mover tanto mueble. Ni siquiera sabía que tenía tantos en el desván. No dejaban de sonar chirridos en el techo, como si arrastrase algo muy pesado.

Puede que precisamente lo estuviera haciendo para provocarse la pérdida del niño. A Mia le pasó precisamente así la única vez que estuvo embarazada, poco antes de morir. No tenía por qué pasar nada grave en ese caso. Tuvo una hemorragia y nos costó una noche en urgencias, pero no fue a más, y nos dejaron claro que no era lo habitual.

También era posible que el tío la maltratara, en cuyo caso más le valdría no aparecer a varios kilómetros a la redonda. Total, no tengo nada que perder.

O puede que hubiera tenido algún problema en Los Ángeles. Que se hubiera metido en un follón grave, de drogas, por ejemplo. Reconozco los efectos del consumo, o al menos la parte visible. He tratado con adictos a la cocaína, por lo que las pruebas parecen saltarme a la vista. La buena noticia es que Ann no los tiene. Lo que me lleva a pensar que estaría en el mundillo de otra manera. Normalmente los que la venden no la suelen consumir. Hay muchas veces que sí, pero esos son los peces gordos, los que se limitan a cobrar. Los que la transportan y hacen la entrega de la bolsita a uno y del dinero a otro no suelen comprar. Sacan una mínima parte del botín por ser quien se la juega al llevarla encima y quien trata con ambas partes, que pueden ir armadas y se les puede ir la olla y demás. Los narcos se valen de personas que necesitan dinero rápido y en negro, de lo que las sanguijuelas de traje no se llevan un céntimo. Éstas suelen ser mujeres jóvenes o padres de familia. Detrás de cada uno hay una historia completamente diferente, y sería imaginar demasiado las razones que tuviera Ann. Puede que fuera precisamente por el crío. Que hubiera sucedido un malentendido con el narco de turno y la tuviera amenazada, razón por la que tendría que haber salido de un día para otro de Los Ángeles, y nada menos que para desaparecer en un pueblucho.

Descarté la idea casi tan rápido como la concebí. Estaba demasiado tranquila como para estar amenazada por un narcotraficante. Ann es muy nerviosa y, de ser así, no se habría ni acercado a una ventana abierta.

Las especulaciones, al menos, me tuvieron entretenido un par de horas. Me di cuenta del tiempo que había pasado dándole vueltas a ideas más o menos razonables cuando volví a verla delante de mí. Me había quedado sentado en la cocina y Ann me miraba con los ojos muy abiertos, respirando con dificultad. La tenía enfrente, pero se apoyaba en la encimera.

Lo primero que pensé fue que sería un buen momento para que aclarase cualquier teoría.

—Cualquiera diría que vienes de una maratón—al soltarse de la encimera y pasar por su lado, me di cuenta de que estaba temblorosa. Busqué las infusiones que había comprado y me fijé en la que había comentado que tomaba por las noches para ayudarse a dormir. Al dejar el agua calentándose, encontré cómo seguir hablando—. Te he dicho que no hacía falta molestarse tanto. Tampoco está tan sucio. El desván puede que sí, pero justo es donde menos importa. Y, si acaso —añadí, volviendo al agua para servirle la infusión—, no tanto como para andar moviendo muebles.

La posibilidad de que buscara provocarse un aborto natural volvió a pasar por mi mente. Le dejé la taza humeante en la mesa y me fijé en su reacción. Trataba de controlar el temblor de las manos, abriendo y cerrando los puños, apoyó la frente en una de las palmas y agarró con fuerza la taza un momento, hasta que no pudo tocarla por la temperatura, y empezó a subir y bajar el sobre, hundiéndolo y volviéndolo a sacar.

—¿Qué planes tienes aquí? —Por un momento me miró como si estuviera loco, hasta que pareció darse cuenta de lo que hablaba.

—No puedo empezar de cero en cualquier sitio, como en las películas. No tengo dinero para eso.

—Sí —me encogí de hombros—, pero este sitio... no sé... Imagino que habrá más posibilidades en una ciudad.

—Ya lo sé, pero me dio la impresión de que necesitabas a alguien aquí —cerró los ojos y negó levemente con la cabeza, tratando de centrarse—. Si te soy sincera, primero pensé en Jack o Alice, pero ellos están bien —empezó a mirar hacia la puerta, como si esperase ver aparecer a alguien. Disimulaba y volvía a mirarme a mí, pero en seguida se le iban los ojos a la puerta—. Así que se me juntaron dos cosas: yo necesitaba irme y tú que hubiera alguien aquí. Y si hay que empezar de cero, pues se empieza.

—No es lo más fácil.

—No puedes escudarte en que algo es difícil, porque entonces no haces nada.

Asentí afeitado, aunque me sonó a algo sacado de ese libro de autoayuda en el que tanto creía. Antes de que pudiera contestar, se pasó las manos por la cara y consiguió dejar de temblar.

—Voy a dejarlo por hoy. El desván está irreconocible, pero es evidente que el mal olor no venía de ahí.

—No, creo que además es de esta zona.

Dejó la infusión a medias. Unos minutos después, bastante antes de lo que esperaba, volvió a asomarse por el salón a avisarme de que salía.

Tuve la tentación de subir a ver el desván, aunque solo fuera por la paliza que se había dado. Tenía que proponerme hacer un esfuerzo en mantenerme sociable, suavizar el gesto y tener un comportamiento de persona normal. No era justo para ella que estuviera como siempre. Estaba claro que tenía previsto hacerse cargo de la casa; limpiando, cocinando, haciendo la compra... ejerciendo de madre más que de hermana agregada. Pese a que también estaba allí por sus propios intereses, fueran los que fueran, no tenía por qué ocuparse de mí. No tenía derecho a esperar que lo hiciera porque sí, así que lo menos que podía hacer era no ser un borde.

Pese a la incomodidad en la boca del estómago, en aumento según me acercaba a la puerta del trastero, subí al desván. El último tramo de escalera siempre me ha parecido propio de una película de terror. Arranca en el segundo piso, creando un nuevo pasillo, mucho más estrecho y, por tanto, oscuro. Hacía una esquina, igual que el otro tramo de escaleras, justo antes de la puerta del trastero. No hay bombilla en ese tramo, y llega tan poca luz que es como un agujero negro en medio del pasillo en el que arranca. Tuve que tragar saliva varias veces y, al abrir la puerta, no pasé del umbral.

Realmente, creo que nunca lo he visto así. Seguro que entraba más luz de la que me parecía y olía a limpio. Había un orden distinto, de forma que aunque todo estuviera en montones y pilas de cajas no parecía tan atestado como antes, llegando a dejar incluso espacio para moverse. Mía siempre se quejaba de que siempre parecía demasiado lleno de trastos, que en algún momento habría que encerrarse allí a decidir de qué nos deshacíamos. Y ahora estaba como si finalmente se hubiera hecho. Casi daban ganas de darle un uso.

Tenía una sensación extraña que no me dejaba moverme del umbral de la puerta. Ni para entrar ni para irme. Como si hubiera llegado en mal momento e interrumpido algo. Estuve a punto de pedir perdón a la habitación vacía y salir avergonzado.

Recorrí la habitación con la mirada, como si buscara a quien estuviera sin mi conocimiento. Esperé que no fuera el novio irresponsable de Ann, por el que se había visto obligada a venir. Pero comprobé con alivio que no había nadie, aunque sí algo. Algo que cuando abrí la puerta juraría que no estaba. Lo habría visto, estando como estaba en el suelo, en medio de la habitación, justo delante de mí.

Un pequeño bulto negro, como una mancha en el suelo de madera.

Arrastré los pies hacia él, dándome cuenta de lo que era antes de llegar a él en tres pasos. Atrajo mi atención lo suficiente como para hacerme olvidar mi incomodidad por estar allí, invadiendo algo que sentía ajeno a mí.

Mi teléfono desaparecido parecía reírse de mí desde el suelo del trastero. Pareció elegir ese momento a propósito para sonar. The Who montó un escándalo con «Won't get fooled again» en el silencio casi sepulcral en el que estaba la casa, lo que me hizo dar un bote. Con el corazón acelerado, me agaché a recogerlo y lo descolgué. Solo para oír a alguien colgar.

Sonaron unos pasos correteando por la planta baja. Fue lo último que me hizo falta para salir de allí. Bajé por las escaleras llegando a rezar por primera vez en mi vida, pidiendo que Ann hubiera vuelto por cualquier cosa. La comprobación de que seguía solo me dejó atontado en el salón, con ganas de cerrar todas las puertas y ventanas.

Según fueron pasando los minutos primero y las horas después, me tranquilicé y me reí de mí mismo. Ann era la única que había estado allí arriba, por lo que tendría que ser quien lo subió. De remate, llamó e inmediatamente colgó cuando ya no estaba allí.

Volví a arrepentirme de contarle aquello de la ouija. No creo que tenga ninguna gracia repetir tanto una broma.

Lo peor que le puede sentar a un gracioso es que se le ignore. Que parezca que no te ha afectado. Es como lo que decía el psicólogo que me hicieron ver en el colegio, después de que se me ocurriera partirle la cara al imbécil crónico que por ley tiene que haber en cada clase. Me vino a decir que lo que tenía que hacer era «no hacerle caso», «a palabras necias...». Me di cuenta de que era tan imbécil como el que se fue con el ojo morado, así que pasé de su discurso. Y el otro imbécil no se atrevió ni a mirarme levantando la cabeza.

Bien, pues a los que van de grandes cómicos lo peor que les puede caer es que no se les haga ni caso. Son los únicos a los que les afecta ese «a palabras necias...». Por eso decidí hacer como si no hubiera pasado nada. Reconocería que había encontrado mi teléfono arriba llegados al caso, pero no lo acojonado que me había dejado la visita al desván.

En vista de los acontecimientos, puede que cometiera uno de los peores errores de mi vida cuando me callé esa tontería.

Los días posteriores tenía una sensación extraña. Algo parecido a un mal presentimiento, como si supiera que no estaba viendo algo que era evidente para el resto. Como si inconscientemente supiera que iba a cambiar todo. De hecho, a simple vista todo parecía mejor. En cierta manera, hasta yo mismo me encontraba mejor. Me estaba acostumbrando a tener otra vez a alguien más en casa, y con ello me explicaba algunas cosas que me pasaban.

Ann se encargó de todo en la primera semana que estuvo allí. Continuó con su maratón de limpieza, del que solo se libraron mi habitación y mi despacho. Sin duda le hacía falta, porque ni me acordaba de la última vez que estuve ni dos minutos en él, pero supongo que no lo limpió por respeto. Puede que pensara que no quería que se tocara, cuando en realidad me daba igual.

Cuando terminó la limpieza intensiva, la zona de la cocina y el corto pasillo que llevaba al trastero y a la puerta del garaje todavía apestaban a podrido. Por otra parte, la calefacción seguía sin funcionar después de la revisión de la compañía del gas, que no encontró ninguna explicación. Optamos por subir más la calefacción y recurrir a los ambientadores neutros. Ninguna de las dos soluciones bastó en su campo de actuación. Al menos a mí solo se me templaba un poco el cuerpo cuando me apoyaba en algún radiador, y el ambientador que debería tapar los malos olores no podía con el nido de algo muerto que debería haber en ese pasillo. No encontramos ningún resto, pero estaba claro que era la causa.

Consciente del esfuerzo innecesario que hacía ella para que me encontrara mejor, la ducha volvió a convertirse en algo habitual todas las mañanas. Me había acostumbrado a verme con barba de una semana, así que eso ni lo toqué. Vigilé más mi aspecto, desde la higiene a la ropa que me ponía, aunque fuera para estar tirado en el sofá. Además, estaba más despejado. Ya no estaba siempre reventado de un cansancio sin explicación. En resumen, cualquiera que me viera diría que empezaba a recuperarme.

Terminada la puesta a punto, Ann empezó a pasar casi todo el día fuera, y también alguna noche. No llegué a preguntarle, pero supuse que buscaría algún trabajo. Los contados ratos que pasaba allí explicaba que estuviera tan histérico, porque nunca estaba del todo seguro de si estaba. A veces me parecía ver a alguien bajando por la escalera, o pasando por el pasillo de las ratas muertas, o podía oír que se arrastraba algo en el piso superior o el desván.

Desván al que, por supuesto, no había vuelto a subir. Tiene buena parte de la culpa de que estuviera más despejado. Literalmente, el asunto me quitaba el sueño. No dejo de repetir en la cabeza lo que pasó: cómo había subido, cómo había aparecido el teléfono de la nada, como si alguien invisible lo hubiera puesto allí en ese preciso momento. Ese alguien invisible empezó a tomar forma, y fue inevitable que pensara en el niño de la broma de Ann sobre la noche de ouija.

Alguien como Ann, uno de esos nuevos positivistas, puede que dijera que era buena señal que volviera a tener imaginación. Y seguro que alguno vendría con un «podrías escribirlo», «te ayudará a salir del bache», «escribir es terapéutico»... Lo que me impide escribir nada presentable no es la falta de ideas, porque para eso ya tengo una trilogía a medias. No es que se me haya acabado la imaginación; nunca he dejado de imaginarme mi vida de un modo diferente. Prefiero pensar en cómo sería si Mia siguiera aquí, en lugar de un crío muerto que quiere jugar con mi teléfono.

Empezó a hacerse especialmente visible en mi siempre prolífica cabeza por las noches. Me

despierto inevitablemente de madrugada desde que duermo solo. En esos ratos me doy cuenta de que no hay nada más ruidoso que el silencio. Y a esas horas, en una casa vacía y a oscuras, hay demasiado silencio. Cualquier ruido, desde un grifo mal cerrado hasta tus propias tripas, retumban en la habitación como si estuvieras en un cine. De ahí que un golpeteo del techo te abra los ojos como si se te quisieran salir.

En un principio pensé que serían ratones aún vivos, amigos o parientes de los que se habían muerto en algún punto de la planta baja. Lo descarté enseguida; primero, porque era demasiado fuerte para que se debiera a las patas de ningún roedor. No pesan lo suficiente como para que sus pisadas al andar hagan tanto ruido. De hecho, no era un animal. Y, segundo, iba muy acompasado. Tan-tan, tan-tan. Más fuerte el primero que el segundo. El resultado era un sonido muy característico: pasos. Más lentos unas veces, como si alguien paseara por el desván; o más rápidos, como si fuera un grupo correteando.

Puede que la culpa la vuelva a tener Ann, y que su broma se me metiera tanto en el cerebro que empezara a tener alucinaciones sonoras. Tenía que ser eso, porque no empecé a oírlo hasta entonces.

No le dije nada. Las primeras noches me aferré a la idea de que era ella, que viniera con gente y se metieran allí, pensando que molestarían menos que si se quedaban en la habitación conjunta a la mía. Pero, pasados unos días, comprobé que no había pasado la noche allí, al verla llegar abochornada en plena resaca tras una fiesta mientras yo desayunaba. Entonces concluí que serían imaginaciones mías y quise evitar cualquier cosa que la ayudara a estirar la broma.

Además, estaba la posibilidad de que me estuviera volviendo loco de verdad.

Los ruidos dejaron de distinguir un momento del día. De hacerse notar de madrugada por encima de mi cabeza, empecé a oírlos en cualquier momento. Por la mañana, en cuanto apagaba la tele o en cuanto conseguía dejar de pensar en ellos. Convertían mi casa en un lugar cuya atmósfera parecía densificarse por momentos. En ninguna parte me había sentido antes como si el sitio se me cayera encima. Siempre había notado la necesidad de escapar antes o después, como si hubiera algo que no me dejara respirar cuando llevaba demasiado tiempo en un sitio; pero ahora el ahogo adquiriría una dimensión desconocida. Sentía como si estuviera constantemente rodeado de gente con intención de lincharme.

En unos días, a mi malestar se añadieron unos fuertes dolores de cabeza.

Aunque nunca pensé que lo diría, fue un alivio volver a la consulta de Sullivan. Todos mis síntomas venían a decir que necesitaba salir de allí un par de horas, que me diera el aire, viera el sol y todas esas mierdas. Mi cómoda soledad habitual empezaba a resultar cargante y, aunque no quería tener a nadie alrededor con un exceso de disposición a animarme, tampoco me encontraba bien allí. Llega un momento en que uno se acostumbra tanto a estar solo que llega a preferirlo, por eso no entendía por qué necesitaba tanto salir de allí.

El día D me levanté temprano y con sorprendentes ganas de arrancar. Me imaginé desde fuera y pensé que parecía sacado de alguna serie para tías de la tele, de estas que muestran al protagonista o personaje central del episodio duchándose, vistiéndose y desayunando algo ligero, porque si engorda un triste gramo se muere del disgusto; todo ello con una estúpida sonrisa en la cara mientras suena de fondo una canción alegre (pero no demasiado) cantada por otra chica, seguramente con guitarra acústica, que es más «de tía». La lástima es que solo sea yo y no el tío bueno de turno.

Puse el hervidor para Ann, a la que había visto llegar por la noche. Los últimos días era difícil coincidir en ningún momento, y menos en el desayuno. Así que por costumbre más que otra cosa empecé a desayunar sin esperarla. Zapeé y me quedé con el único canal en el que no tenían

un maratón de publicidad o teletienda, con el programa de Jimmy J., un veterano de la televisión, y que es solo un par de años mayor que yo. Llevaba diez años al frente de uno de los programas matutinos más importantes de la costa Este. Es perfecto hasta el asco.

Fue uno de mis mayores *fans*, declarado por él mismo. Desde *El buen alumno*, Wreström siempre ha elegido su programa para la presentación de las siguientes. Se podría decir que habíamos entablado una extraña amistad, esa que se crea en televisión, de las que a los periodistas les encanta alardear. Después del accidente, publicó un editorial en internet e hizo un discurso en su programa, declarando que se sentía «tremendamente avergonzado de haberle prestado su plató y dedicado su tiempo a un ciudadano tan irresponsable, un borracho asesino en potencia». En Youtube tenía ya un millón y pico de visitas, con otros tantos mensajes de apoyo, enfrentados a otros cuantos que me siguen defendiendo. Cada vez que hay algún tipo de campaña para reducir el consumo de alcohol saca mi historia, como si tuviera los derechos. Hace unos seis o siete meses hizo un programa especial sobre mi vida: hablando de mi infancia, mis inicios literarios, mi vida personal... todo destinado a insinuar que el accidente venía anunciado desde que un día en el colegio me harté de un imbécil de clase que se reía de lo barata que era mi ropa y, ante el silencio y pasotismo (y por tanto aprobación del colegio), le partí la cara. Pedía, como buen cristiano que era, que alguien como yo estuviera bajo custodia permanente. Le valió un Emmy. Es bueno que el momento en que mi vida se había ido a la mierda le haya servido a alguien para algo.

No le culpo. Los periodistas tienen que vender, y cuanto más se exagere o se dé la nota, más se vende; así que esa parte la entiendo. De hecho, es la reacción que veo lógica. Nunca me he pronunciado oficialmente. La poca dignidad que a veces quiero pensar que me queda me hace quedarme calladito en casa. Lo que no entiendo es cómo puede haber alguien que todavía me defienda, porque el hecho de que me compren no significa que tengan que defender mi honor como si fuera su princesa en apuros. Pero, en fin, allá cada uno con sus trastornos.

Apagué la televisión en una sobredosis de aburrimiento, justo cuando Ann entraba en la cocina.

—No sé cómo lo soportas —comentó, señalando la televisión apagada.

—Me hace compañía —contesté encogiéndome de hombros. Volví a mover la cuchara en el café ya frío antes de apurar la taza.

—Ya, pero no me extraña que estés todo el día de bajón si desayunas con las noticias.

Se sirvió el agua hirviendo en una taza, con el sobrecito del té, lo endulzó y se sentó en el taburete frente al mío. Pareció pensar en algo un momento, hasta que volvió a hablar.

—¿No fue ese el que te criticó tanto cuando...? —Se dio cuenta entonces de lo que había estado a punto de decir y se contuvo, quedándose congelada un segundo—. Bueno...

—Uno de ellos —le ayudé.

Bajó la cabeza sorbiendo de su taza, visiblemente incómoda. Por mi parte, me sentí como si me metiera en su cabeza, hirviendo en busca de un tema más cómodo de conversación.

—Hoy tienes visita con Sullivan... ¿Qué tal es?

Me quedé alelado, con el brazo a medias cuando lo bajaba. Que qué tal es. Temí que esperara un brote de inspiración que derivara en un monólogo propio de Shakespeare.

—Psiquiatra estándar. Gafas, bata blanca, carpeta... no sé —Ann se rio.

—Tienes que trabajarte las descripciones.

—Entre tantas otras cosas.

Hizo un mohín exagerado. Tiró tanto de los labios hacia abajo que temí que se los diera de sí. Se levantó y dio la vuelta a la mesa hasta alcanzarme. ¿Por qué cuesta tanto entender que le doy la razón? En serio, no necesito una carantoña después de haberme dicho una realidad. No soy un

crío.

Cómo no. Me abrazó y me miró apenada, en un gesto maternal que chirriaba en su cara aniñada, y que me hizo comprobar que se lo creía de verdad. Qué triste.

—Es una mala racha. Larga, pero solo una mala racha. Te tienes que mentalizar de que incluso las peores se terminan. Tienes que pensar en positivo —dijo, cogiéndome la cara entre las manos, sacudiéndola ligeramente como para dar más fuerza a su discurso—. No consigues escribir ni pasar página porque piensas en negativo. Seguro que Sullivan te lo ha dicho. Si empiezas a pensar que puedes salir, escribir y lo que quieras, lo haces.

Por el amor de Dios...

Para un día que me había levantado con ganas de hacer algo. Debería ser mucho más madura de lo que está resultando. No es que me parezca mal una filosofía así. Vale que sea mejor ser optimista. Hasta ahí, bien. Pero eso de que imaginar algo lo convierte en realidad... tengo entendido que es de esas cosas que requiere tratamiento.

—Sigues siendo mi escritor favorito, que te quede claro.

Ah, eureka. Ahí estaba el quid de la cuestión. Leía poco.

Recurriendo a la diplomacia, mano izquierda o respeto individual a la persona más que a la teoría, sonreí para que se tranquilizara y dejé que me diera un beso.

No conduzco, y no porque me retiraran el carnet. No creo que deba hacerlo. Así que Ann me llevó hasta la consulta, que estaba en una clínica en un barrio rico a unos kilómetros de casa.

Nunca me han gustado este tipo de barrios. Grandes calles, con casas enormes a ambos lados, todas construidas en serie bajo el mismo patrón. Pequeñas burbujas casi autosuficientes, que sirven más que nada para aislar a los que están dentro, generalmente gente que se considera por encima de los demás. Las madres son por lo general amas de casa, del tipo mamá osa, el verdadero motor de la familia, la que pone a todo el mundo en marcha los fines de semana para el partido del hijo, que además está en la asociación de padres y hace unas magdalenas propias del paraíso. Al pasear por aquí da la impresión de que son buena gente; todos son médicos, profesores y policías. Nadie se imagina a un político, un violador, un asesino o incluso un banquero viviendo integrado en una comunidad tan perfecta. No hay una sola casa en la que falte un perro, preferiblemente un lustroso y dócil labrador. Repelente hasta las náuseas.

Desde el principio me ha dado algo de vergüenza estar tratado en un sitio como este. Debería agradecer que no tenga el clásico aspecto lóbrego de un psiquiátrico; y que incluso parezca un spa visto desde fuera. De hecho, los tratamientos internos, los que suponen un ingreso permanente, incluyen un tratamiento spa de lujo, con gimnasio, varios tipos de masaje (a elegir entre chocolate, aceites frutales, piedras y escamas de oro), yoga, pilates, piscinas privadas, jacuzzis en las habitaciones; además de un completo servicio de habitaciones veinticuatro horas que cuenta con restaurante, pastelería y búsqueda de compañía. *Mens sana in corpore satifectum*, o como se diga.

Me los proponen cada vez que vengo. Me gusta imaginar al equipo de contabilidad, administración o quien lleve esos temas reunido, devanándose los sesos en busca de qué chorrada ofrecer para tener más contrataciones de este tipo. Tengo la firme teoría de que solo lo cogen las amas de casa del barrio pijo en el que estamos, aburridas y, sobre todo, lo bastante acomplejadas como para creerse que unas escamas doradas en la cara sirven para algo.

Extravagancias propias de gente con demasiado dinero. Todavía me caen peor los que llegan a soltar que una tanda de masajes con partículas de oro o de escamas brillantes es «algo vital», como si lo necesitasen de verdad para respirar. Hay que ser imbécil. Aparte de engordar las cuentas bancarias de quienes las venden, dudo que ese tipo de servicios curen una depresión, un

síndrome de estrés postraumático o un trastorno obsesivo compulsivo. Ni siquiera hacen que el que las consume se sienta mejor. Tiene su lógica querer gastar dinero de más en uno mismo cuando se tiene un día de mierda, hasta ahí perfecto, no creo que haya nadie que no lo haya hecho nunca. Se busca una especie de compensación. Pero antes o después te das cuenta de que no sirve para nada, y que el único que ha ganado algo es el que te lo ha vendido. Lo que haya provocado tu reacción consumista sigue estando ahí, y no hay suficiente mascarilla con escamas brillantes que lo haga desaparecer.

No me hizo falta ninguna de esas chorradas para sentirme aliviado de estar fuera de la agobiante atmósfera que se había instalado en casa. Entré hasta recepción más animado que lo que lo solía hacer, evitando mirar a las figuras empujadas que deambulaban por los jardines laterales. Siempre quedaban ocultos a los que pasearan tranquilamente con sus perros por fuera. El jardín delantero estaba reservado a los locos tolerables, o a las que se quedaban una semana allí con uno de esos tratamientos de spa. Desde el punto de vista del marketing, estorbaban menos a la vista.

Quedé con Ann en que me recogiera en un par de horas, lo que solía durar el chequeo de Sullivan. Nada más entrar en el vestíbulo, la enfermera de recepción me reconoció y me saludó con una cálida sonrisa forzada, de las que se reservan a los pacientes externos que pagan por sí mismos. Llamó por interfono a la ayudante de Sullivan, una tal Fields. Me esforcé por recordar haberla visto antes. Cuando apareció detrás de mí y se presentó, fue evidente que no nos conocíamos.

Me pareció demasiado joven para ser psiquiatra. Siempre había supuesto que una carrera así, o especialmente cualquier variante de la medicina, llevaría unos cuantos años. No esperaba que la tal doctora Fields pudiera rondar mi edad. Vale, normalmente con treinta y cinco años ya se ha terminado cualquier carrera; pero al primer vistazo me pareció que incluso podía ser más joven que yo.

El mero hecho de que esté trabajando en su especialidad me parece suficiente. No soy quién para desconfiar de alguien a quien no conozco por algo tan trivial como la edad o el aspecto.

Sin embargo, en una mirada más analítica, comprobé que era precisamente su aspecto, muy profesional, lo que le echaba algunos años encima. Llevaba el pelo, oscuro y rizado, recogido en un moño bien formado, sin un solo mechón que escapase de la cuerda que lo recogía o una horquilla del mismo negro que el pelo. Iba maquillada lo suficiente para remarcar las suaves facciones. Los ojos atraparon mi atención los primeros segundos. Grandes, verdes, quizás un poco más separados de lo normal, lo que le confería una belleza extraña. No era un bellezón, pero atraía la vista de forma que te dejaba con cara de vegetal, asintiendo como si tuvieras el cuello flojo. Llevaba unas finas gafas de montura invisible. Fue de agradecer; una montura gruesa y oscura, que ahora se había decidido que estaban bien, le hubiera chirriado en la cara.

Era la primera vez que me alegraba de estar allí. No es que acabara de tener un flechazo. No lo he tenido nunca y no iba a empezar ahora, a estas alturas; pero eso no quitaba que fuera una alegría para la vista.

—Soy la doctora Mary Fields, ayudante del doctor Sullivan—dijo estrechándome la mano con firmeza. Al soltarme, hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera—. Me temo que ha tenido que dejar su tratamiento temporalmente, por lo que tendrá que cambiar de médico—hablaba de forma un tanto tirante. Me di cuenta de que tenía los hombros tensos, quizás esperando alguna reacción por mi parte. Solo pensé que lo lógico sería que se hiciera cargo ella de mi tratamiento, ya que era la ayudante de Sullivan.

—Pasaré a atenderle el doctor Horner.

—No me suena.

—Forma parte de nuestro equipo. En ausencia de Sullivan, nos hemos visto obligados a redistribuir sus... casos...— Seguramente querría decir «pacientes», por lo artificial que le quedó eso de «casos», puede que temiendo sonar desagradable—. Horner ha pedido verle expresamente. Es el más indicado para continuar el tratamiento.

Mary llamó al ascensor y quedó en silencio. Tuve la necesidad de encontrar algo que decir.

Por muy bien que lo presentara, no pude evitar una leve punzada de decepción. No me apetecía volver a conocer a alguien. Sullivan era un empresario más que otra cosa, pero al menos no tenía que descubrir nada nuevo. No tenía reparo en contar nada, porque ya lo sabía todo. Además, me pareció que debería haberme recibido él, en lugar de aquella chica, que venía a ejercer de intermediario. Me pareció que se había largado a darse unas vacaciones por cortesía de sus «casos» y no se había molestado ni en dar la cara para dar explicaciones, dejando el marrón de la reestructuración de sus «casos» a un equipo subordinado. Cuando volviera, se encontraría con un trabajo hecho por el que se limitaría a cobrar.

Y lo peor, al menos en lo que me atañe, es que tengo que volver a empezar con otra persona.

Paramos en el tercer piso (el mismo en el que está el despacho de Sullivan) y me condujo por el pasillo habitual, con la única diferencia de que pasamos de largo al llegar a la puerta de mi ahora antiguo doctor. Solo nos alejamos un par de puertas más, hasta que Mary llamó a una. Sin esperar respuesta, abrió y asomó la cabeza, anunciándome. Su interlocutor aceptó y Mary me invitó a pasar. Cerró a mi espalda y pude encararme con mi nuevo psiquiatra.

Éste ya daba la vuelta a la mesa para presentarse estrechándome la mano, con una amplia y cercana sonrisa.

Para mi sorpresa, también debería rondar mi edad. Tenía unas entradas llamativas en su pelo rubio, con pequeños ojos claros, y sonreía en un gesto menos tirante que Mary. Estaba visiblemente más relajado. Sullivan era más nervioso. Tenía un par de tics y no dejaba de carraspear, con movimientos que a veces parecían hasta ensayados. Este tal Sinnombre Horner parecía en su casa.

No me había esperado ni de lejos ver a un psiquiatra pasando consulta con esas pintas: vaqueros, una camiseta blanca bajo una camisa de franela a cuadros azules y blancos abierta. Me faltó ver el calzado, pero habría jurado que serían unas deportivas.

Pude echarle un vistazo al despacho. Le faltaban el diván, la mesilla de cristal y el butacón de Sullivan, pero, siendo más pequeño, resultaba más acogedor. La mesa, atestada de carpetas, blocs y un pequeño portátil, dominaba la habitación. La ventana quedaba detrás de la butaca de Horner, similar a la que estaba destinada al paciente. A mi derecha la pared quedaba oculta por libros; y a la izquierda, en lugar de un diván carísimo, un sofá de tres plazas parecido al de mi casa invitaba a tumbarse debajo de un cuadro que reconocí del estilo surrealista de principios o mediados del siglo XX. Agradecí no encontrar ninguna foto de familia. Nunca he entendido qué pinta una foto de niños sonrientes en la consulta de un psiquiatra.

Se presentó (Brian), añadiendo que prefería que se dirigieran a él por el nombre. Sé que suena absurdo, pero en ese momento aluciné con la familiaridad del trato. Me pareció increíble que un médico admitiera que tenía nombre de pila, y que, además, lo utilizara en el trabajo.

Me señaló mi sitio: una pequeña butaca similar a la suya, poco más que una silla acolchada con brazos, más cómoda que las que Sullivan me daba en su despacho.

Estaba mejor aquello, y con diferencia. El pack psiquiatra—despacho había mejorado considerablemente.

Hay gente que tiene la capacidad de caer bien e inspirar confianza desde el primer momento.

Supongo que tendrá que ver con la personalidad de la persona, o el momento que esté viviendo. Del mismo modo que si una persona está en una mala racha o tiene mala cara lo desprende por sus gestos o su forma de hablar, un ánimo bueno se termina reflejando en la persona y hace que los demás estemos especialmente cómodos con ellos.

Me acordé de repente de que tenía el móvil encendido. No creía que fuera a llamarme nadie, pero, como un gesto automático, lo saqué del bolsillo para apagarlo. Tuve tiempo de ver que tenía tres llamadas perdidas, pero Brian ya había empezado a hacer preguntas y la idea de ignorarle un momento para comprobarlas me hizo sentirme más incómodo que esperar al final de la sesión.

Además, si fuera importante me habría dado cuenta alguna de las veces que sonó. Si fuera de alguien conocido, me habría costado más, pero el teléfono no reconocía el número, así que lo más probable es que fuera publicidad o una teleoperadora que pretendería que me cambiara de compañía, como si estuviera esperando que una desconocida me lo ofreciera hasta el cabreo para hacerlo.

La entrevista empezó con preguntas triviales, como si me pidiera presentarme. Confirmó que había estado en el equipo de Sullivan y que conocía perfectamente mi historia, pero dijo que quería oírlo todo de mí directamente. Me pareció un poco innecesario, si solo trataría con él de forma temporal. No tomó una sola nota, apenas despegó los ojos de mí mientras hablaba. Por un momento, hasta parecía que estuviera hablando con un conocido después de unos años de no saber nada de él, y solo se estuviera poniendo al día. Hubo algún momento en que hasta olvidé que estaba en la consulta de un psiquiatra.

La sesión pasó volando. Rompiendo otro hábito de su predecesor, salió acompañándome hasta el vestíbulo, donde ya me estaba esperando Ann. Se despidió amistosamente de los dos antes de dejar que nos fuéramos.

Me di cuenta de que Ann estaba nerviosa. Miraba mucho a su alrededor y se retorció las manos distraída, hasta que parecía darse cuenta y se obligaba a separarlas y encontrar algo que hacer con ellas, como buscar las llaves del coche o mirar algo en su móvil. Se interesó por el médico y la sesión, haciendo un esfuerzo por prestarme atención. Forzaba alguna sonrisa de vez en cuando.

Temí que le hubiera pasado algo relacionado con la razón oculta por la que estuviera allí. La teoría del embarazo no deseado cobraba cada vez más fuerza.

No vimos a Chris hasta que no estuvo prácticamente a unos pasos de nosotros. Atrajo enseguida mi atención por lo desmejorado de su aspecto. Estaba alterado, y tan pálido que los ojos hinchados y enrojecidos parecían saltarle de la cara. No hacía falta que me dijera que llevaba varios días sin dormir. Me he visto la cara parecida un montón de veces.

—¿Por qué te cuesta tanto coger el teléfono? —Voceó. Así que había sido él...

—No lo he visto. Lo siento.

Tampoco era para tanto. Chris sabía que hacía meses que pasaba del teléfono; no entendí a qué venía ahora la sorpresa.

—¿Piensas ir al funeral?

Antes de que tuviera tiempo para pensar, preguntarme o atar cabos, Ann ya estaba haciéndolo por mí en voz alta.

—¿De quién? —Preguntó con preocupación.

—Ron. Apareció muerto ayer en su casa.

Un zumbido me llenó los oídos, paralizándolo todo a mi alrededor.

No tardé en redescubrir las maravillas que puede hacer una ducha caliente. Recuperé el hábito con intereses.

La calefacción seguía sin funcionar, y puede que eso tuviera mucho que ver. No me gusta el frío, así que cualquier cosa que lo haga desaparecer es bienvenida. Bien por una avería en los radiadores, bien porque estuviera destemplado, o porque el frío se me hubiera metido tanto en los huesos que ya no se me iba... Prefiero no especular con las posibilidades.

La cuestión es que esos minutos que paso bajo el chorro de agua caliente me despejan como antes solo lo hacía una caja de calmantes o el gran Jack. Habían pasado a ser de lo mejor que me podía pasar por las mañanas. El agua muy caliente parecía vaciarme la mente al caerme en la cabeza, como si se llevase todo por el desagüe. En pocos segundos estaba despejado, caliente, colorado, algo hinchado, y sentía el corazón latiendo por todas partes. Va más allá de la placidez que embarga a cualquiera cuando está limpio. Más bien habría que definirlo como un reinicio. Por un momento, todo parece diferente.

Si no fuera por esos ojos infantiles que tenía a la espalda, sería perfecto.

Podía verlo en cuanto cerraba los ojos. Tendría unos diez años, iba vestido con una especie de camisa que se había quedado gris del desgaste, tan holgada que cubría los pantalones cortos. Me clavaba en la nuca unos ojos oscuros entre la curiosidad y el cabreo con tendencia asesina, como dos agujeros en un rostro de cal. Aún no le había puesto nombre, pero, como antes o después se haría notar más, me enteraría. Puede que le dé por escribir en el vaho del espejo, o murmurar mi nombre por la noche... A los espíritus siempre les da por esas cosas.

Y de eso a preguntarse por qué estaba ahí había segundos. Me niego a creer que tengo ningún cementerio indio en el sótano. En primer lugar, porque si no es indio, no resucitan; y en segundo lugar, porque no. Parece ser que si son colonos europeos no tienen la capacidad de volver después de morir, porque ya bastante tienen con la deslocalización. Y llegados a ese punto solo queda la posibilidad del que ha sido asesinado. Las ganas de venganza son directamente proporcionales al factor gore del asesinato. El muerto viene reclamando venganza, no necesariamente imparcial. Lícito, comprensible, pero no es justo.

Para colmo, yo juego a la ouija. Cualquiera diría que me lo voy buscando.

Mientras no abriera los ojos y siguiera de espaldas al hueco de la bañera donde no llegaba la cortina no tenía por qué verlo con la cabeza abierta y la sangre llenando su cara pálida, con su hilo de voz suplicando ayuda. A los espíritus siempre les da por esas cosas.

Los que dirían que podría escribirlo van a tener razón. Sería una buena idea si pudiera escribir media página aceptable. Ni siquiera hacía falta que fuera bueno (solo que se vendiera bien) para que alguna productora me lo comprara e hiciera una serie. Que la protagonice el tío bueno de turno, aunque que no se parezca en nada a mí. Así, aunque sea una bazofia, se seguirá vendiendo por millones; especialmente por esas compradoras que se ofenden cuando las llaman superficiales y se creen superiores a la atroz horda de hombres que «solo piensan en una cosa».

Los nudillos de Ann en la puerta me obligaron a cerrar el grifo. Aunque el baño se había llenado de vaho, volví a notar un hilo helado que me recorrió la espalda en cuanto abrí la cortina para salir de la bañera. Me sequé como si pretendiera arrancarme la piel, intentando evitar cualquier rastro de humedad que aumentara el frío. Me di prisa en volver a mi habitación para

empezar a vestirme, esperando que el café despistara un poco más al frío.

Ann me había dejado un traje negro encima de la cama. Justo antes de cerrar la puerta, me dio en la nariz el olor a café recién hecho, que disimulaba la peste a podrido que se extendía ya por toda la casa. Es agradable que alguien se encargue de que me levante así. Creo que estoy mejorando mucho, teniendo en cuenta el poquísimo tiempo que he tenido. No puedo permitirme ser un borde si hay alguien que se dedica a ponérmelo tan fácil sin tener por qué. Esperaba que se quedara allí más tiempo. Cada uno respeta el espacio del otro, y ella además se toma la molestia de tratar de mejorar las condiciones en que vivimos. No han vuelto a salir temas conflictivos, como el misticismo *new age* que ha traído consigo, y además me ayuda a pensar menos en Mia. Sigue siendo el primer y último pensamiento del día, pero empieza a quedarse en la cama cuando me levanto, como si decidiera esperarme allí.

No había vuelto a ponerme aquello desde hacía años. No me gustan ni estoy cómodo vestido así. Es lo más parecido que se me ocurre a disfrazarme. Sin embargo, Mia se empeñó en que tenía que tener al menos un par de ellos, para entrevistas en televisión o presentaciones, porque se supone que en momentos concretos da mejor imagen algo más elegante o impersonal, según se vea. Mi vestuario apenas variaba de los vaqueros, camiseta, algunas camisas y zapatillas, lo que está bien.

Dado que era ella la que tenía mejor criterio, fue quien me compró dos trajes cuando mi segunda novela salió publicada con el Edgar Award bajo el brazo, confirmando mis sospechas de que los premios literarios los gana gente que no necesita que le regalen la publicación ni que un certamen le dé a conocer. En cualquier caso, tampoco lo rechacé. Mi problema con ese tipo de ropa no es solo una cuestión de gustos. Es que me parece deprimente que dé mejor imagen algo que anula cualquier individualidad, como si uno se pusiera un uniforme con gusto. Si se hace creer que vistiendo de cierta manera se va a conseguir algo y todo el mundo lo sigue a ciegas, olvidándose de su propia personalidad, se nos mete en una enorme masa que a la larga deja de pensar por sí misma, para hacerlo como le dicen que lo tiene que hacer.

Sin embargo, supuse que Ann no me iba a dejar ir en vaqueros al funeral.

Ron había aparecido ahorcado en su bañera. Nadie se lo explicaba, y yo procuraba no pensar en ello. Chris tenía una teoría, que podía haber contribuido a provocar mi paranoia. Cuando me dio la noticia, se quedó en casa toda la tarde. Al principio le ofrecí venir porque le vi muy afectado. Ron y él siempre habían estado muy unidos, y me sentí en la obligación de estar con él al menos unas horas. Me contó que desde la noche que habían estado en casa y Ron tuvo aquella brillante idea, había notado algunas cosas en su hogar parecidas a las que pasaban en la mía. Al tercer día dejó de salir, hasta que la noche antes salió histérico de madrugada por algo que no quiso decir. Corrió hasta la casa de Ron, donde tardó una media hora en decidirse a echar la puerta abajo y encontrar su cadáver.

La histeria del descubrimiento le dejó en shock las primeras horas, pero se dio cuenta de que el piso de Ron había cambiado mucho desde la última vez que había estado allí, justo antes de la noche de ouija. El misticismo de Ron se había oscurecido, volviéndose más siniestro. Había hecho varios tableros de ouija hasta forrar con ellos una habitación; había restos de cenizas por todas partes, la peste rancia propia de un sitio poco ventilado y el historial de internet reveló páginas de ocultismo. Supuso que Ron estaría pasando por lo mismo que él, o que incluso estaría peor; y fue cuando llamó a la policía y salió a buscarme.

No me lo creí, pero tampoco me atreví a discutirlo. En su estado, hay que tener mucho cuidado con lo que se dice y cómo se dice. Lo más prudente es seguir la corriente y limitarse a escuchar al otro mientras se desahoga. Me callé lo que estaba oyendo en casa, el golpeteo en el

techo y la aparición de la nada de mi teléfono en el desván. Ni siquiera revelé mi alarma ante la idea de que hubiera estado varias horas en la casa con el cadáver, toqueteándolo todo, antes de tener una iluminación y llamar a la policía.

Puede que la historia que me contó se me quedara en el subconsciente, haciendo compañía al crío. Estas últimas noches cabría definir las como interesantes. Apenas había dormido, y no por el insomnio de costumbre. En cuanto la habitación se quedaba en penumbra, la escasa luz que venía de la ventana empezaba a arrojar peculiares sombras a las paredes. Soy consciente de la traicionera que puede ser una chaqueta mal colocada encima de una silla y de su capacidad para transformarse en una figura de forma humana anormalmente alta, que empieza a observar vigilante desde los pies de la cama o la cabecera. Por ese mismo mecanismo del cerebro, un poste de la calle pasa a ser mi réplica particular del Mothman, que incluso se mueve por la habitación si pasa un coche por mi calle. Me quedo en silencio, concentrándome en la penumbra de la habitación y las sombras que la llenan... y premio. Ahí están los pasos en el desván. Suenan uno o dos, tres como mucho. Lo suficiente para que llenen tanto y tan repentinamente la habitación que parezcan golpearme en el pecho. Cuando parece que el ritmo cardíaco se reduce de nuevo a niveles normales, alguien vuelve a corretear por el altillo, justo por encima de mí. La frecuencia se repite hasta que da un paso más, evolucionando en un siseo que llena la habitación. Se alterna con los golpes del techo, y me mantiene en un estado de alerta permanente que, estoy seguro, ayuda a que el siseo se convierta en un susurro. El primero apenas llega a percibirse, y lo confundo con mi propia respiración. La contengo unos segundos solo para comprobar que las sombras también respiran. Son las que susurran, y han esperado a que las escuche para llamarme.

Despertarme de madrugada era habitual, pero hacerlo con la certeza de que alguien me está mirando es lo bastante incómodo como para no volver a conciliar el sueño.

Pese a que mi locura estaba en una evidente evolución, había decidido no contarle nada a Ann. Primero se reiría, y luego sería de las que me invitarían a escribirlo, aunque sea con fines terapéuticos sacados de algún libro de autoayuda. Estoy de acuerdo en que puede que sea lo mejor que podía hacer. Escribir siempre me había servido para desahogarme, a pesar de que el proceso se haya mecanizado. Empezaba con una idea que me controlaba por completo, impidiéndome pensar en nada más, hasta el punto de olvidarme de comer, dormir y cualquier cosa que no fuera ponerlo sobre el papel primero, y en la pantalla después. Entonces me limitaba a escribir un dictado. Mi propia voz (o a veces otra) me dictaba lo que tenía que escribir, desde la primera hornada hasta la última corrección. Siempre me ha parecido algo similar a estar poseído. Después, con una extraña satisfacción, de la más plena que nadie podría jamás imaginar, volvía a ser una persona normal.

De todas formas, lo único que podría escribir ahora no tiene nada que ver con figuras invisibles que me vigilan para impedirme dormir. Tengo algo en mente, puede que como última llamada de socorro de mi embotado cerebro. Algo sobre la pérdida irreparable.

La muerte de mi amigo había llegado a los telediarios y, dadas las circunstancias en las que apareció, era un tema estrella. Cuando bajé a desayunar vi que el relamido Jimmy J y su séquito de halagadores volvía a pasar lista en la sección informativa de su programa, por lo demás superficial, de las teorías que adornaban el fallecimiento de Ron. Las había para todos los gustos: suicidio, accidente, muerte ritual de una secta satánica... Era extraño que no se hubiera mencionado todavía a Chris, dado que había sido quien había dado el aviso.

Ann entró en la cocina poco después que yo. Se había puesto lo más formal que tenía allí; un pantalón oscuro y una camisa gris perla. Salvo por la sombra que le enmarcaba los ojos, nadie diría que se había maquillado.

El tanatorio es un sitio deprimente por razones obvias. Chris estaba distinto al otro día. Supuse que se habría tomado algunos tranquilizantes. Nadie lo notaría y pensaría sencillamente que lo llevaba bien, pero yo me daba cuenta de que de repente parecía grogui, se le perdía la mirada y tenía los reflejos lentos. Fui todo el camino rezando por no encontrar ninguna camilla inusualmente alta. Indiferente a mis nervios, Ann nos dirigió como si conociera el lugar hasta la tercera planta, a la sala veintitrés, donde por fin en la puerta reconocí a la madre de Ron.

Nunca me ha caído bien aquella familia. No les he visto en años, y me habría encantado seguir igual. Solo salvo a Kate, su hermana, a pesar de que era repelente.

De hecho, apenas la reconocí. Ha cambiado tanto que evidenciaba el tiempo que hacía que no les veía. Calculo que tendrá veintitantos años. La última vez que la vi todavía llevaba aparato en los dientes y su cursilería innata se había visto alimentada por su descubrimiento de la literatura romántica y las *boybands*.

Se quedó hablando con nosotros, haciendo un círculo entre Ann, Chris y yo. Era con quien Ron había mantenido más el contacto de su familia. Puede que con la intención de desconectar, nos contó cómo le había ido desde que la habíamos perdido de vista hacía años. Como si estuviera sacada de una película, una beca la llevó a Londres para estudiar Bellas Artes, carrera que había terminado poniendo en práctica ahora en casa. Asociándose con una compañera de estudios, había abierto una galería de arte en Nueva York.

Es falso eso de que los muertos parecen estar dormidos. Es un consuelo que nos hemos inventado los vivos para hacernos más llevadero el trance. La verdad es que los muertos parecen haber encogido un poco. Si tuvieran un aspecto normal, como de estar dormidos, no haría falta maquillarlos.

Hubo bastante gente. No quise estar cerca del féretro. Ann no se despegó de mí, pensando que necesitaba más apoyo del real. Me sonrió un par de veces, apretándome el brazo, como animándome en silencio. Puede que los orígenes irlandeses de la familia de Ron fueran la causa de la pequeña banda de gaiteros que pusieron la chirriante banda sonora a la bajada del féretro. Me recordó a los funerales de policías en las películas. Siempre me ha gustado el sonido de las gaitas. Resulta extrañamente familiar.

Cuando el sacerdote dio por terminada la ceremonia, me acerqué de nuevo a la familia para despedirme. Chris dijo que se quedaría un rato más, pero a mí me faltaba tiempo para salir de allí. No me gustan los cementerios. Por un momento, se me ocurrió pasar a saludar a Mia, o a mis padres, pero estaba tan incómodo que no creo que pudiera quedarme ni cinco minutos, así que me preocupé solo de acelerar el paso lo bastante para que no fuese demasiado evidente, en busca de la salida.

Pude elegir entre irme andando y tardar un par de horas, sin llevar dinero encima, con unos zapatos incómodos y el frío de primeros de noviembre que amenaza lluvia, paseando entre una nube de restos de decoración de Halloween y Acción de Gracias; o esperar junto al coche para que Ann me llevara a casa. Más correcta, daría la cara por mí y daría el pésame hasta al pequeño perro de la madre de Ron si era necesario, así que podía llevar un buen rato. Me apoyé en el lateral del coche, con las manos cerradas en los bolsillos del abrigo y echando los hombros hacia delante, como si pretendiera acurrucarme. Eché de menos el frío de casa, sin rachas de viento que lo rodean a uno como si fueran cuchillas. Es incómodo, pero menos que éste. De alguna manera, pese a todo lo demás, sigo prefiriendo estar en casa.

Noté miradas de curiosidad de gente con la que había estado en el funeral cuando salían del cementerio y me veían apartado. Algunos me señalaban más o menos discretos, para cuchichear algo después con su acompañante. Era demasiado evidente, y hasta me dieron ganas de saludarles

o preguntarles si querían algo. A mí al menos me enseñaron que era de mala educación señalar o criticar a alguien tan claramente como lo hacían esos. Con lo bien que se está cuando no te están mirando.

Quizás por su culpa tardé tanto en notar que alguien se acercaba más de lo necesario. Cuando me rozaron el brazo por detrás, me giré tan violentamente como si me hubiera asustado, cuando en realidad se trataba de alguien que se acababa de ganar un puñetazo.

Las milésimas de segundos que tardé en reconocerle bastaron para hacerme respirar hondo y volver a ser socialmente aceptable. Era de las últimas personas que me esperaba encontrar, al menos ahora. No creía que conociera a Ron, ni que supiera que yo estaría allí. En cualquier caso, un funeral no era el momento idóneo para venir a reclamar dinero.

Sin embargo, Samuel me miraba con gesto de embarazo, como si adivinara que no era ni el momento ni el lugar. Era un buen tipo, o al menos eso recordaba de él. El que había sido mi agente desde *Niebla* también tiritaba bajo su buen abrigo, cerrando el cuello con un guante de cuero. Apretaba la mandíbula cuadriculada, tratando de sacar una sonrisa. Sus ojos azules empezaron a relajarse al comprobar que me tranquilizaba yo al reconocerle. En la mano libre llevaba un maletín, y soltó la del cuello para estrechármela.

—No esperaba verte aquí.

—Un amigo se cayó en la bañera —para situaciones como esta es para lo que sirve una buena versión oficial.

—Lo siento.

—¿Y tú? —Me obligué a preguntar.

—Es el cumpleaños de mi abuelo. O lo era —se quedó en silencio, y lo interpreté perfectamente.

—¿Cuánto hace?

—Tuvo un infarto hace tres años —respiró hondo, dando el tema por terminado, lo que agradecí—. Pero es curioso que te haya encontrado aquí. Quería hablar contigo.

Como si Ann hubiera estado esperando el momento oportuno para aparecer, la vi salir por la verja del cementerio. Venía con el paso lo bastante rápido como para suponer que ella también quería irse, por fin.

—Si me das unos minutos, puedo invitarte a comer.

Una manera interesante de hacer una reclamación.

Lo mejor era enfrentarse a ello cuanto antes. Sabía que antes o después llegaría, así que no vi ninguna razón para estirarlo más.

Asentí y le dejé ir a ver a su abuelo. No le dije a Ann a qué venía Samuel, y traté de darle tranquilidad, dando a entender que sus visitas eran habituales. De hecho, no tenía por qué darle demasiadas explicaciones.

Pocos minutos después de que se fuera, vi salir también a Chris y a Kate, que seguía apoyada en su brazo. No se acercaron, se limitaron a saludarme con la cabeza desde el otro lado de la carretera. Volví a fijarme en lo que había cambiado Kate y me distraje pensando que hacían buena pareja.

La espera se me hizo más larga de lo que estoy seguro que fue. Al llevarse Ann el coche me había quedado sin apoyo, con lo que esperé de pie en medio de la acera, en frente del camposanto. Traté de imaginarme y pensé que a cualquiera le acongojaría salir del cementerio y encontrarse con alguien que parece vigilar la entrada. Mi aspecto me hizo acordarme de un personaje de *Poltergeist 2*, un hombre demacrado que lleva también un abrigo negro, y no pude evitar sonreír. Me resultaba muy incómodo ese personaje.

Para mi sorpresa, no era el único. Queriendo evitar que se me pegaran los pies al suelo, empecé a moverme dando pequeños paseos por la acera. La tercera o cuarta vez que me giré, comprobé que a unos metros por delante de mí, cerca de un árbol, había alguien que se podría confundir conmigo por aspecto y constitución. Desde donde estaba lo veía de perfil, como si él siguiera vigilando la puerta del cementerio. Llevaba un sombrero también oscuro, y aún sin ver poco más que una figura antropomorfa, supe que estaría bien vestido.

Estaba seguro de que no estaba ahí unos segundos antes, y no había coches ni edificios lo bastante cerca como para que se hubiera acercado a solo unos metros sin que le hubiera visto. No había nadie más por la calle, así que por fuerza su aspecto me habría llamado la atención inevitablemente. Literalmente, había aparecido de la nada.

Ya era incapaz de moverme antes de que lo hiciera él. Como si notara que le estaba mirando, se volvió hacia mí. A decir verdad no estaba demacrado, aunque tampoco tenía buen aspecto. Su delgadez destacaba aún más al hundirse sus ojos grises, y por unos labios apenas perceptibles. Me sonrió y, lejos de incomodarme más, me dio lástima.

Samuel esta vez sí fue perceptible momentos antes de que estuviera a mi lado. Agradecí que saliera por fin del cementerio y se me acercara para irnos. Me valió para no volver a fijarme en ese hombre; no quise comprobar si seguía allí o, peor aún, si ya no estaba. Sugirió ir a una cafetería cercana y acepté. Me hubiera dejado meter en un hotel de lujo con tal de alejarme de ese sitio.

Me llevó en su coche, que esperaba aparcado a unos metros. Estaba demasiado nuevo, no lo recordaba así. Lo estaba pensando cuando me lo confirmó, con evidente orgullo.

—Ha sido cosa del seguro —si compensaba con uno diez veces mejor, más que una compañía de seguros sería una ONG, pero bueno—. Al principio no me hizo gracia, pero es evidente que he salido ganando.

¿Una chatarra del setenta y nueve en comparación con una joya reservada a privilegiados? Ya lo creo que has salido ganando, cabrón.

—Está muy bien.

Me recordó que me pusiera el cinturón, arrancó con un ronroneo del coche y este se deslizó como si fuera patinando en una exhibición. No hacía un solo ruido; el asiento parecía abrazarme hasta en el trasero y no olía a ambientador.

Reconocí el exterior de la cafetería. Está cerca de donde me sirven las hamburguesas. Ese exterior adelantaba lo que habría dentro. Era una de esas cafeterías temáticas, las que habían dejado de ser originales cuando empezaron a multiplicarse.

Cómo no. La máquina de música estaba bien, pero no veo necesario hacer pasar a nadie por disfrazarse para trabajar, no siendo una cafetería, al menos. Seguro que el jefe, el de la brillante idea, se quedaba en su despacho con su ropa normal. Sentí una pizca de compasión por la mujer que nos atendió en la mesa.

Menos mal que la dieta americana apenas ha cambiado en los últimos cincuenta años y siempre había una buena lista de comida rápida donde elegir.

Alguien desde fuera diría que éramos amigos; pero hacía meses que no hablábamos. Por mi parte, sabía que ese momento llegaría antes o después. A pesar de que técnicamente había tenido tiempo de sobra para terminar la novela, o al menos pensar en soluciones para negociar, estaba en blanco. Me fiaba de Samuel. Me había dado cuenta de que cada vez que me miraba tenía cara de disculpa, y sonreía forzado, como si de verdad sintiera la situación en la que estábamos. Solo las hienas o cualquier otro carroñero reclama lo que no es suyo. Y Samuel era un buen tipo; no debería rebajarse a aquello.

Así que opté por ponérselo algo más fácil.

—¿Qué tal la editorial?

—Deseando verte.

Su estreno como editor en Wreström coincidió con el mío como autor. Me había contado un millón de veces cómo había peleado por publicarme. Estaba a punto de darlo por imposible cuando se topó con mi manuscrito, al que se agarró como a un clavo ardiendo, a pesar de todos los retoques que necesitó.

La situación de Samuel no era tan dramática como la idea de un posible despido puede pintar. Su objetivo a largo plazo era crear su propia agencia. Era una especie de sueño vital: tenía la vocación y todas las ganas y la fe posibles, pero no el dinero ni la experiencia. Por eso entró en Wreström, para ganar práctica antes de emprender su propio proyecto editorial.

Sus primeras semanas habían sido de lo más decepcionante que le habían pasado nunca. Reconoció que había entrado con demasiadas expectativas, fantaseando con un encontrar un *best seller* asegurado a la semana. Y, además, que no fuera *best seller* por el número de ventas, sino manuscritos de muy buena calidad, en argumento y forma. Se había imaginado con una larga lista de borradores esperando en su mesa ser asignados a algún corrector, mientras él se ofrecía a leer uno que fuera incapaz de soltar. Todos le parecerían originales y únicos; se vería sin saber por cuál empezar. Así se dio la llegada casi exclusiva del terror romántico, con la combinación indispensable de la pobre mortal que se enamora de un vampiro, hombre lobo, fantasma, zombie o mutante. No solo no le gustaba ese tipo de obras y le dejaron saturado en una semana, sino que además le llegaban pésimamente escritos, con personajes y protagonistas que, para colmo, le caían mal.

Y, de repente, en su recta final, apareció mi trabajo con una nota de Mia. Yo pensaba que para ser escritor bastaba con leer mucho, y en realidad fue todo lo que hice hasta que se presentó la oportunidad. En cierto modo, eso había constituido toda mi formación como escritor. Había corregido yo mismo el manuscrito hasta que me harté. Pese a eso, por más revisiones que hiciera antes de guardarlo para que acumulara polvo antes de que Mia lo viera y lo enviara a varias editoriales a mis espaldas, la diferencia cuando pasó por un corrector profesional fue inmensa. Pocos meses después estaba entre las cinco novelas de ficción más vendidas del país.

Con el tiempo, decidió que mi determinación de no aceptar adelantos cegadores de seis cifras y no firmar por algo que aún estuviera por hacer era lo más sensato que se había encontrado. El Premio Edgar a *El callejón* vino a ser la confirmación para ambos. Los vampiros no terminaban de pasar de moda y, aunque a él personalmente no le gustaban, tenían posibilidades comerciales. Y los demás que le llegaban a la mesa eran autores ya encasillados que generaban menos dinero a la agencia de la que esta ganaba solo con presumir de que los tenían. A casi todos los nuevos les brillaban los ojos cuando les ofrecían tiradas astronómicas y adelantos de varios cientos de miles, convirtiéndolos en pequeñas Cenicientas, simplemente porque su historia llegaba en el momento oportuno. Todo para que al final su lío con el príncipe se limitara a una noche, tras la cual no la vuelve a llamar y miles de zapatos de cristal se quedan olvidados en un almacén.

Temí que mi cambio de rumbo en *El buen alumno* me abocara a lo mismo. Con la perspectiva que da el tiempo, reconozco que me había suavizado un poco, como mostró el que aumentaran mis lectoras femeninas y las críticas masculinas no omitieron la posibilidad de que la hubiera escrito Mia. En la siguiente, probé con el terror y los recuperé a todos. Y menos mal, porque fue mucho más difícil de escribir de lo que me imaginé.

Pese a que no siempre se había fiado de mis decisiones y cambios de rumbo, nunca me había dejado tirado. Supuse que aquello no estaría siendo fácil, y no quería ponérselo más difícil. Me

había equivocado al aceptar un adelanto sin haber escrito ni un triste esquema argumental. No tiene sentido lamentarse por lo que se debería haber hecho; no habría podido imaginar lo que pasaría. Pero no es excusa.

A esas horas las cafeterías, por mucho encanto que desprendan en sus detalles, están casi vacías. Si no fuera por el bochorno rockabilly que nos rodeaba, estaba bien. La camarera que nos tomó nota no tardó en traer las hamburguesas con queso que pedimos. Me fijé sin querer en el ceño fruncido de concentración del único que iba vestido normal, aparte de los contados clientes que nos repartíamos en las mesas y sillones de sky anclados a las paredes. Escudriñaba la atención que nos daba la chica, o en cómo le quedaba la falda, una de dos.

Samuel por fin pareció decidirse a decirlo. Respiró hondo y me sonrió.

—Bueno, no me andaré por las ramas: doy el paso —la cara que se me quedaría debió bastarle para saber que me había descolocado—. Dejo la editorial.

Me costó unos segundos conseguir que la sangre volviera a fluir por mi cerebro. ¿Eso era todo al final? ¿No podía haberse limitado a mandar un e—mail como hace la gente normal?

—Me alegro —mi silencio empezaba a llevar a muchas interpretaciones—. Lo habías retrasado mucho.

—Demasiado, pero ha sido necesario. Cuando empecé creía que en un año ya me las sabría todas y... Bueno, mejor así. La cuestión es que ya he tomado la decisión —mi sentencia de muerte estaba todavía en el aire, y, aunque me alegraba de verdad por él, seguía con la tensión en el cuerpo.

—¿Y qué pasa con tu equipo? —Tenía ya sus propios ayudantes y lectores, aunque asignados por la editorial—. ¿Se quedan en Wreström o...?

—Estoy reuniéndome con cada uno para tratar el tema directamente.

—¿Y los autores? —Samuel tardó unos segundos más de lo deseado en responder, aunque en ese momento deduje que le había pillado con la boca llena.

—También. De hecho, creo que estoy comiendo con uno.

Si no hubiera supuesto tener tanta cara por mi parte, estaría convencido de que me ofrecía trabajo, o pidiéndomelo, más bien. Pero con el tiempo que llevaba en blanco era mucho suponer, aparte de la arrogancia.

—Antes de nada, quiero preguntarte en serio cómo te encuentras —dijo, cruzando los dedos e inclinando la cabeza. No sé por qué pensé en un cura al verle.

«Oigo voces en casa y salgo del funeral de un amigo que se ha suicidado pocos días después de hacer una sesión cutre de espiritismo. Y cada día estoy más convencido de que sobro en el mundo. Ah, y sin poder escribir. Gracias».

—Bien.

Sonrió inclinando algo más la cabeza, como viniendo a preguntar «¿seguro?», a lo que asentí.

—El contrato con Wreström para la trilogía puede anularse, aunque prefieren mantenerlo. Me insisten mucho en que te presione para hacerte trabajar. Están dispuestos hasta a ofrecerte otro adelanto similar al anterior, pero me imagino que no quieres nada de eso —negué con la cabeza—. Mira, la cuestión es que la editorial y los lectores te echan de menos. ¿Has avanzado en la terapia?

—¿Qué lectores?

—Los tuyos —contestó, conteniendo la risa, como si dijera una obviedad—. Dado que no facilitaste ningún contacto y ya no tienes Twitter, ni Facebook, ni nada parecido, sus mensajes no llegan a nosotros. Y, con excepciones lógicas, son bastante pesados. Conozco personalmente a la

presidenta de tu club de *fans* y...

Perdón, ¿mi qué?

—¿Tengo un club de *fans*? —Interrumpí, atontado con la noticia, y más aún con la sola posibilidad—. ¿De los de carnets de socio, cuotas y todo eso?

—Las cuotas anuales son solo en el oficial. Y luego están todos los demás, sin contar de las páginas en redes sociales.

O sea, que de eso había estado viviendo los últimos tres años, y no tanto por las ventas. No sé qué tiene menos sentido de las dos opciones. Nunca he entendido eso de pagar porque te guste algo. Siempre me he preguntado si luego en reuniones o quedadas hay una jerarquía entre quienes pagan y quienes no, o quienes tienen más libros, o quienes tienen alguno firmado y quienes no. Juro por el «Black in Black» que no me he hecho fotos con nadie. Puede que no, pero me resulta más creíble que hay una jerarquía basada en todas esas tonterías. No me gustaba estar en el centro de algo así. Así que preferí volver a lo importante.

—Mi nuevo médico parece buena gente. Y ahora Ann, mi hermana, vive conmigo; y creo que me ha venido bien. Me encuentro mejor —se sintió complacido, como si le diera esperanzas lo que decía—. Pero mientras siga sin escribir, da igual todo eso.

Samuel tardó un momento en contestar, no sé si para invitarme a seguir hablando y excusarme o porque pensara en cómo decir lo que le había llevado a allí. Supongo que quiso preguntar si me había molestado en intentarlo, pero, en vista de lo que dijo, supongo que optó por ser prudente.

—¿Y cómo estás con Wreström?

—No tengo derecho a quejarme. No sé cómo lo voy a hacer, pero puedo asegurarte que devolveré el adelanto que me disteis...

—Están dispuestos a ofrecerte otro —cortó—. ¿Crees que lo harían si quisieran que se lo devolvieras? —No, a no ser que el prestamista planea recuperarlo con intereses esclavizando al deudor. Pero no es un banco—. Me refería a si quieres seguir trabajando con ellos —me di cuenta de que debería haber dicho «volver a trabajar con ellos», pero me quedé en silencio—. Había pensado que, si te parece bien, puedes empezar a trabajar conmigo.

—Tanto si sigo con ellos como si no, necesitaréis algo que publicar, y ninguno lo tenéis.

—Cierto. Pero yo te lo pongo más fácil —aunque tenía su hamburguesa a medias, retiró a un lado el plato—. Verás, ellos solo quieren la segunda parte de la trilogía cuanto antes, y, dos años después, el último, momento en el que te dejarían irte si quieres. Pero yo no solo te acepto hasta una colección de relatos, sino que te ofrezco algo.

Se quedó sonriente esperando que le preguntara, pero sabía que solo lo iba a decir si aceptaba pensarme la oferta.

Puede que esperase que me quedara sin argumentos para negarme, o que se me iluminara la cara con la posibilidad de volver a trabajar como si no hubiera pasado nada. Pero me quedé callado, esperando que decidiera él si podía aguantarse la oferta. Me había cansado de repetir que mi bloqueo no tenía nada que ver con lo que él estaría más que habituado a ver en otros escritores, pero interpretó el silencio que guardé comiendo como que me limitaba a considerar las opciones.

Sacó una carpeta de cartulina verde que abrió y me dejó entre los dos platos. Reconocí el gráfico al primer golpe de vista. Venía a confirmar lo que sospechaba.

—En este tiempo, atendiendo a tus circunstancias, hemos sacado algunas ediciones especiales de las novelas más vendidas, con ilustraciones, mapas y demás. Se venden bien entre nuevos lectores y coleccionistas, pero no bastan para aguantar mucho más. Las ventas están bajando este último año. Tú apenas lo habrás notado aún, pero, de seguir así, dejarías de ganar

dinero en un año, como mucho.

Cuando quieren hacerte trabajar siempre te pintan la situación peor de lo que en realidad es, pero tengo que reconocer que tuve que concentrarme en tragar. Aun en el caso de que tuviera algo en mente y me pusiera a escribir como si mi vida dependiera de ello, no creo que pudiera tener en un año algo del mismo nivel que todo lo anterior. Como me ha ido bien, ahora no puedo permitirme hacerlo peor. No quiero vender solo por mi nombre o por lo que haya hecho antes.

No toqué las patatas. Se me había quitado el hambre como si me hubieran cerrado el estómago.

—Hay una manera de hacerte ganar tiempo. Pero tendrías que dejar Wreström, lo que no sé en cómo afectaría a tu situación —si me voy, no tienen la garantía de que fueran a recuperar lo invertido. Lógicamente, reclamarían su dinero.

—¿Qué tendría que hacer?

—Por un lado, queremos sacar adelante una reedición de *El buen alumno*, como novela gráfica. Además, hay una productora interesada en comprarte los derechos para hacer una serie. Si dieras el consentimiento, podrían estrenar una en Navidades. Sería de relleno entre temporadas, pero serviría para volver a atraer la atención sobre tu trabajo, que debería ser lo importante.

Resultaba apabullante toda la información de golpe. Puede que por eso no me diera cuenta de la persona que se acercaba con paso tímido a nuestra mesa hasta que habló.

—Perdón, ¿podrías dedicarme el libro? —Y soltó un grueso volumen de justo la que estábamos hablando, sin esperar respuesta.

Antes de que pudiera reaccionar, Sam ya me estaba prestando un bolígrafo y preguntándole su nombre, Diane. Garabateé un simple «para Diane, gracias» y mi firma. Ojalá se hubiera conformado. Cuando quise devolverle el libro, había sacado el móvil y ya había hecho una foto. Se agachó a mi lado y me echó un brazo por los hombros.

—¿Te importa...? —Como para decir que no.

Sam tuvo la amabilidad de prestarse a hacer la dichosa foto, con lo que en cuanto su otro brazo quedó libre, aprovechó para terminar de hacer un lazo en torno a mi cuello, que parecía estrecharse por segundos. Hice de tripas corazón y forcé una sonrisa. El punto de luz del flash me cegó un segundo.

—Otra.

Diane cogió aún más confianza y torció la cara para plantar los labios en mi mejilla, mientras miraba de reojo el móvil. Eché una mirada de odio contenido a Sam, que se sonrió. Por fin, conforme con la captura, recuperó su móvil y me devolvió mi espacio vital. Pero no se fue.

—Cuando me enteré de que vivías aquí, no me lo podía creer —volvió a su gesto inicial, de ojos abiertos como platos y sonrisa tensa. Me resultaba bastante incómodo ser el centro de su atención—. Acababa de mudarme, me pareció cosa del destino —Sam y yo sonreímos pacientemente—. Me alegro de que estés mejor. ¿Vas a volver a publicar pronto?

—Estamos en ello.

—No hay fechas aún —intervino Sam, por fin salvándome—, pero habrá noticias en poco tiempo.

—Deberías hacer algo como *El buen alumno*. Es la mejor con diferencia.

Empecé a dar las gracias repetidamente, intentando cortarla con delicadeza. Entiendo que no llevaba mala intención, yo también soy fan de gente y me encantaría que me firmaran algo, pero estar a este lado resulta muy incómodo.

Por suerte lo entendió, o recordó que tendría algo de lo que ocuparse. Me agradeció el tiempo que le había dedicado varias veces antes de irse a otra mesa.

Sam sonrió, esperando alguna reacción por mi parte a lo que acababa de ocurrir. Sabía que no había tenido nunca un encuentro así con un lector y supongo que estaría expectante.

—A lo que íbamos...

—Bueno. Como te decía, hay una productora que quiere estrenar la serie en torno a Navidades. Sería de relleno, así que serían unos ocho o diez capítulos.

—¿Respetarían el argumento? —No me importa vender los derechos por debajo de su valor si lo hacían. He visto más de un crimen cuando intentan adaptar una novela, que parece aceptable hacerlo mal con tal de grabarlo.

—Se puede negociar. Lo que cuenta es que sería una buena publicidad, atraería nuevos lectores y sería la mejor excusa para nuevas ediciones de coleccionistas. Y te daría tiempo para retomarlo.

Era una buena noticia, para qué negarlo.

—¿Y qué pasa con la trilogía? —La sonrisa de confianza de Samuel pareció venirse un poco abajo.

—Esa es la única atadura que tienes con Wreström. Tal y como terminaste la primera parte, pide una segunda. Imagínate cómo habría quedado *Regreso al futuro* sin la tercera. Ya sé que no es la mejor referencia, pero...

—Me hago una idea.

—Pues eso. Si quieres utilizarla para acabar la historia y que no sea una trilogía, es cosa tuya, pero por lo menos hace falta esa. Creo que la tenías a medias.

—Sí.

—¿Y sería muy difícil retomarlo?

Me sorprendió que me diera menos pereza de lo que había esperado. No sé cuánto hace que dejé de pensar en la historia, así que tendría que, bien recordar lo que quería escribir, bien imaginarlo de nuevo.

Todo ello sin salir de la sequía.

—No lo sé. También se puede considerar vender los derechos a Wreström, para que se la asignen a un autor —impensable, mi historia es mía y, si hay que acabarla, la termino yo. ¿Para que la destrocen? No, gracias—. O asumir una indemnización por incumplimiento de contrato, y hacer independientemente un precontrato conmigo.

Aunque quería volver a trabajar, y más en esas condiciones, no pude evitar verme un poco saturado de información y de trabajo por hacer. Con lo fácil que habría sido reclamarme lo que debía y rescindir el contrato que tuviera.

Pese a que me había dado una razón de peso para dejar de vivir de la autocompasión, no me veía capaz de retomarlo todo.

—No sé. Nadie en su sano juicio rechazaría algo así, pero no quiero comprometerme a algo que no sé si voy a poder cumplir.

—Hablas del bloqueo.

—No estoy seguro de que se le pueda seguir llamando así, técnicamente hablando. Te lo he dicho antes: por muy buena que sea la terapia, y por más que me encuentre mejor, no tengo nada. No escribo una página decente desde... —iba a decir que desde el accidente, pero lo omití—. Bueno, ni me acuerdo.

—¿Has hablado de ello con el psiquiatra?

—Con los dos. Mi hermana cree que es porque pienso en negativo. Ron, el que ha muerto, creía que lo podría arreglar con sesiones de yoga... —agaché la cabeza como si cayera por su propio peso y me encogí de hombros—. No es ya que no me guste el resultado, o que no sepa

cómo corregir un texto, ni que me cansé de revisarlo y devanarme los sesos tratando de mejorarlo. Es que... —repetirlo sería insistir en lo mismo, con lo que demostraba que no se me ocurrían ni dos expresiones distintas para decir lo mismo.

—No se te ocurre nada —atajó. Levantó las cejas y suspiró. Se daba por vencido—. Bueno, piensa en lo que te he dicho. Seguiremos en contacto, así que puedes avisarme cuando quieras si cambias de parecer. Pero, si me admites un consejo, deberías pensar seriamente en hacer algo. Lo peor que puedes hacer es quedarte estancado.

Por las molestias que se había tomado, acepté un informe en el que resumía las condiciones del traspaso de compañía, el índice de ventas anuales de los últimos cinco años, un precontrato con la productora y algunas previsiones, tanto si seguía como hasta ahora como si volvía a trabajar para una compañía o para otra.

Wresttröm no pediría menos del dinero adelantado más un plus por la cancelación de nuestro vínculo. Algo que podría asumir si aceptaba la oferta de Samuel y la productora. Además de la adaptación para televisión, ofrecía una nueva edición de algunas novelas, las que más se habían vendido. Ya había llegado a un primer acuerdo con una agencia especializada en colecciones anuales para iniciar una de «grandes autores contemporáneos», con comentarios de otros escritores, ilustraciones y el compromiso de que lo último que había publicado sería la primera entrega.

Suponía dar un capricho a los *fans* que resultaba que tenía, los de los clubes oficiales o no, y los perfiles de redes sociales; además de recordarle mi carrera a otros y captar a nuevos. Dicho de otra forma: salir del pozo.

La reducción de las ventas no era alarmante. Puede que de hecho tuviera más de un año, pero, aun así, no podía quedarme de brazos cruzados. Y lejos de llamarme a engaños, no creo que me salga un trabajo convencional en menos de ese tiempo. De hecho, no me imagino trabajando de camarero, ni lavando coches o poniendo un negocio. Para bien o para mal, lo que mejor que se me ha dado siempre ha sido escribir. Solo tenía que acordarme de cómo se hacía.

No sé muy bien por qué, pero no pude con la idea de encerrarme en casa. Así que me quedé deambulando hasta que acabé en un bar, donde pasé el resto del día hasta que me echaron.

Entré en casa en torno a las dos de la mañana. Encendí solo la luz del recibidor, que iluminaba lo suficiente como para pasearme por el salón sin necesitar encender otra, aunque lo dejaba en penumbra. Tuve una sensación incómoda al atravesarlo camino de la cocina, como si hubiera interrumpido una reunión que no podía ni quería ver. Ann no estaba, al menos en esa planta. De todos modos no era ella quien estaba seguro que estaba sentado en el sofá, en un punto más oscuro de la habitación.

Apreté los últimos pasos a la cocina y agradecí poder encender la luz. Nunca he tenido miedo a la oscuridad; es más, siempre he escrito con una luz tenue, que no alumbrase más que el papel o el teclado. No necesitaba otra cosa. He escrito escenas de lo más variadas, de terror más o menos blando y de suspense, y reconozco que soy bastante sugestionable; pero hasta ahora nunca me ha incomodado tanto atravesar una habitación en mi propia casa casi a oscuras.

En la cocina no desaparece. Solo estoy ligeramente más cómodo, pero tengo la constante necesidad de mirar a mi alrededor, sobre todo a mi espalda. Cogí una botella de agua de la nevera y pegué la espalda a la puerta, pudiendo controlar toda la cocina desde ahí.

Por un momento pienso que no sé si es peor ver lo que sea que haya allí. Igual que la noche de la broma de Ann no me atrevía a mirar, ahora siento que no puedo dejar un punto a mi alrededor sin vigilar. No me hace falta ver nada para visualizar perfectamente a un niño traslúcido asomándose tímidamente a la cocina. Puede que me viera y se quedase parado un momento antes

de volver a acercarse para pedir algo, ayuda o algo parecido. Si para entonces no me había dado el infarto y se me ocurría tocarle, le traspasaría como si fuera niebla y se difuminaría.

Vacíé la botella y tardé en salir para atravesar el salón, subir las escaleras y llegar al pasillo que llevaba por fin a mi habitación, la cual no es que fuera un búnker a la vista de las últimas noches que había pasado, con una sombra infantil a unos pasos de la cama. Pero al menos se me había ocurrido cómo evitar que ningún susurro, respiración ajena o golpes en el techo pudieran despertarme.

Aceleré tanto el paso que estaba casi corriendo. No podía perder tiempo en ir apagando las luces de la cocina, el salón, la escalera y después el pasillo.

Me metí en la cama y revisé con la mirada la habitación, comprobando que seguía en su desorden habitual; nada estaba moviéndose solo ni había ráfagas de oscuridad por ninguna parte. Antes de apagar por fin la luz, encendí el iPad en orden aleatorio. No llegué al primer estribillo sin que se me cerraran los ojos, como si tuviera la absurda idea de que la música sirve de escudo ante lo que pueda pasar por allí.

Escudo o no, prefiero despertarme por un grito inoportuno de Axl Rose que por los pasos en el techo.

Al no tener hora obligada para levantarme, todos los días siento una necesidad inexplicable de saber qué hora es cuando me despierto. Como es habitual, faltan pocos minutos para las nueve de la mañana. Los auriculares se me han salido en algún momento de la madrugada, y ahora cuelgan de un lado de la cama dese el iPad que tengo debajo de los riñones.

El estado de zombi en el que me despierto es perfecto para pasearse tranquilamente por la casa, aunque estuviera llena de psicópatas con motosierras. Después de lavarme la cara y enjuagarme, bajo a la cocina y me encuentro con Ann, que empieza a desayunar. Se merece un monumento: me ha hecho café.

—¿Has dormido aquí? —Me obligo a preguntar. Ella asintió con la boca llena de pan.

—Llegué antes que tú. Por cierto, ¿no había más luces para encender?

A los dos sorbos que había dado no le podía pedir que hicieran el trabajo de la taza entera en cuestión de segundos. Me quedé en blanco.

No podía decirle que tenía un miedo repentino a la semioscuridad de la casa cuando llegué. Eso nos llevaría a la noche de la charla por Skype y a su burla. Puede que me quedara un resquicio de amor propio.

—Es que si la apagaba no veía. Creo que estoy perdiendo vista.

—Me he fijado en que no te pones las gafas.

Empezar a escribir de manera compulsiva me ha quemado la vista. Cierto que no ayudaba mi manía de tener una luz pobre para trabajar, pero cuando publiqué *Niebla* ya tenía miopía. Empezó con solo 1.50 en cada ojo, pero la última vez que me revisé, hace más de un año, había aumentado un punto. Lo noto casi constantemente: veo borrosa la televisión, me duele la cabeza al pasar una media hora en el portátil y no puedo leer un cartel que esté al otro lado de la calle. A falta de uno, tengo dos pares de gafas, que seguramente harán carreras en el cajón donde están.

—No me hacen falta. No veo tan mal, todo es acostumbrarse —evidentemente, no se lo creyó, y no lo ocultó. Levantó las cejas, como si le sorprendiera, y empezó a asentir lentamente con la cabeza. He visto esas operaciones de vista en *realitys*, y no molan. No habría dejado que me metieran nada afilado en los ojos a no ser que fuera cuestión de vida o muerte. Y Ann lo sabía.

—Tú sabrás lo que haces, ya eres mayorcito.

No me lo puedo creer. Un milagro: deja de actuar como una madre.

Cuando se levantó, sonó el timbre. Al pedirme que abriera yo, recordé mi hipótesis de embarazo y huida. Por complicidad, cuando llegué a la puerta miré a mi alrededor para asegurarme de que no quedaría a la vista cuando abriera.

Un chico de apenas veinte años esperaba disimulando la tiritera que le dominaba. Apretaba tanto los dientes que parecía que forzaba la sonrisa. Temí que fuera alguien que quisiera hablarme de las maravillas de su secta y me preparé para darle con la puerta en las narices. Debería darles vergüenza mandar a patearse la calle, yendo de puerta en puerta, a apenas chavales. Seguro que sus superiores estaban calientes en sus casas o despachos, esperando nuevos datos bancarios.

—Me envía Samuel Harper.

—¿Para qué?

—Considera que necesita un ayudante.

La tiritera ha dado paso a una especie de baile en el que sube y baja, sin moverse del sitio.

Su aspecto es lo que me convence para dejarle pasar.

Lo guie hasta la cocina y le calenté café. Debajo del abrigo iba bien vestido, casi podría decir que demasiado para alguien de su edad. Me pregunté si sería un superdotado o algo así; por la imagen televisiva que he tenido de esa gente, suelen parecerse a este chaval. Se les ve a la legua una buena educación, no solo académica. Esperan pacientemente y con una sonrisa amable que se les pregunte o se les ofrezca sentarse. Además lleva una ropa que puede ser hasta heredada, con un jersey sin mangas y una camisa gris a la que le sobra tela a lo largo de los brazos, que puedo adivinar finos. El pantalón oscuro y los zapatos completan esa imagen de catedrático encerrado en el cuerpo de uno de sus alumnos. Todo encaja con que sea un superdotado. Y, si no, al menos alguien más inteligente que la media.

Tenía que llamar a Samuel para que me explicara aquello. No pienso despedir a este chaval, ni tampoco puedo pedirle que haga nada, ni pagarle. Es más, todavía no he tenido tiempo de ver el informe que me dio, por lo que no he podido pensar seriamente en ello.

Claro, que me entusiasmé de más al oír lo de la productora... Mierda...

—¿Y tú eres...?

—Phill Mansfield. He trabajado ya antes con bloqueos...

—Esto no es un bloqueo —le corté. Supe que había sonado borde, y traté de suavizarlo—. No el clásico.

—Lo sé. Samuel me ha puesto al corriente. Precisamente por mi experiencia es por lo que ha creído que le vendría bien trabajar conmigo. ¿Tiene algo en mente?

«Llamar a Samuel, y me hubiera gustado ducharme».

—No, pero puedo dejarte el primer medio borrador de una que no tenía título —me levanté y di un par de pasos al salón, deseando salir de allí, cuando caí en lo que acababa de decir—. Pero tienes que jurarme...

—Mi contrato incluye una cláusula de confidencialidad. No tiene de qué preocuparse.

Y encima se adelanta a lo que digo.

Sé perfectamente lo que está pasando aquí. Mientras el método habitual de acoso es quemar el teléfono o enviar correo certificado (o incluso presentarse allí), enviar a otro que esté varias horas al día para «ayudar» es otra forma de acosar. Este está aquí para asegurarse de que hago el trabajo. Me envía un ayudante para forzarme con mano izquierda a trabajar. Es una forma menos agresiva, pero un acoso al fin y al cabo.

Lo entiendo. Llevo dos años sin trabajar y necesitaba asegurarse de que me lo tomaba en serio. Por otra parte, tengo que hacerle venir porque esto no puede quedar así. No puede manipularme, y menos de una manera tan cobarde.

El portátil me esperaba en mi habitación. El chaval no tenía la culpa de que lo utilizaran en mi contra. Ann me avisó a voces desde la escalera de que volvería por la noche. La puerta de su habitación sonó cerrándose cuando salía de la mía. El clic inesperado, fuera de lugar, me retuvo unos segundos, mirando embobado su puerta en medio del pasillo. No sé por qué me pareció que podía ver a través de la pared que había alguien en la habitación. Esperé que no fuera el tipo del que huía, que la estuviera obligando a cobijarle. Sería una explicación a los ruidos y su empeño en limpiar el desván nada más llegar. De hecho, sería la mejor explicación.

Bajé las escaleras sin despegar la vista de la puerta mientras pude. Como había intuido, Phill es de los que esperan a que les digan que se puede sentar. Mientras le improvisaba un espacio de trabajo en el sofá, se instaló en la mesa del comedor, donde tenía la taza de café a medias.

—¿Te ha dicho por qué necesito un ayudante? —Asintió como si se armara de paciencia.

—Me dijo que estaba bloqueado...

—No me hables de usted —le corté.

—Al parecer, tienes un bloqueo importante. Sabe cómo trabajo y cree que me necesitas.

—¿Y cómo lo piensas hacer?

—Solo tengo que leer.

—Eso puedo hacerlo yo —otra vez esa sonrisa de infinita paciencia. Ya me resulta odiosa.

—Usted... perdón... tú ya conoces la historia que tienes empezada. Se trata de que se vea con otros ojos. Ya sabes, cuatro ojos ven más que dos.

—Ya, bueno —no tenía ganas de discutir, al menos no con él, que no tiene la culpa—. Te llevará un rato.

—No se preocupe, leo rápido.

Premio. El cerebritito que me estaba esperando que fuera.

—¿Cuántas horas tienes acordadas con...?

—Hasta las cinco. Puedo irme a la hora de comer, si lo prefieres, pero he traído la comida. Dios santo, me ha mandado un becario.

Huí a la cocina y mandé un mensaje vacío a Samuel. No tardó ni dos minutos.

—¿Se puede saber qué hace este chico aquí?

—Al principio es un poco repelente, pero es el mejor. Te terminas acostumbrando.

—No me has contestado.

—¿Es que no se lo has preguntado a él? Porque te voy a repetir lo mismo. Dale unos días, y si no te convence...

—No es eso. Es que no me gusta trabajar con nadie alrededor. Si el problema es que no tengo nada que escribir...

—Te lo sacaré. Es un genio.

—No lo discuto; pero no quiero trabajar en grupo.

—Entonces no te costará esperar unos días para demostrarme que tienes razón —antes de que pudiera rebatirlo, se despidió y colgó.

La última vez que me dijeron que no perdía nada por probar algo en lo que no creía, empecé a oír golpes y susurros en casa, además de que el que lo probó acabó ahorcado en su bañera.

Para mi sorpresa, cuando vuelvo al salón, Phill está bastante concentrado en el portátil. Tiene un bloc de notas al lado, en el que ya ha tomado casi una página de notas. Guiado por la curiosidad, veo que el cursor lateral del Word está aproximadamente a la mitad.

—¿Por dónde vas?

—Acaban de secuestrar a la hija de August. Está muy bien.

Secuestro... el secuestro... ¿cuándo estaba? ¿Y por qué? Es más, ¿cómo se llamaba la hija de August?

Parece oírme el pensamiento.

—Página setenta y nueve.

Al paso que iba, no le llevaría mucho tiempo acabarlo.

Vale. Punto para Samuel.

Traté de concentrarme en la historia. Me haría preguntas cuando terminara. Cada pocos minutos anotaba algo en el bloc, que quedaba al otro lado de donde estaba.

Me di cuenta de que estaba mirando fijamente la pantalla, pero no porque estuviera leyendo, ya que, pese a estar prácticamente a la misma distancia que él, yo no veía más que borrosas líneas negras. Mi dificultad para leer debería alarmarme, pero estaba demasiado concentrado en la figura alargada que se reflejaba detrás de nosotros. Repasé lo que teníamos detrás, en busca del

objeto *material* que provocara ese reflejo.

—De acuerdo —susurró en un suspiro, y se frotó los ojos con el índice y el pulgar, echando la cabeza hacia atrás. Había terminado. Preferí no mirar la hora para no terminar de acomplejarme —. ¿Qué final tenías pensado? Antes de bloquearte.

Ni me acordaba, pero forcé los engranajes del cerebro, tratando de recordarlo o de improvisar uno. Lógicamente, sin acordarme más que de los nombres principales, no llegué muy lejos.

—Con un capítulo en el que August intentara pagar un rescate, pero que no hicieran el cambio. Que él diera el dinero pero...

—Sí. Es buen final, el más comercial. Que se haga justicia y pague por lo que ha hecho, repercutiendo en otro, lo que genera debate entre si lo merece o no. A la gente le va a encantar. Pero ¿has decidido terminar la saga ahí? Tenía entendido que habría una tercera parte.

—Samuel dijo que solo necesitaba esta —atención, peligro.

—Es probable que Wreström te pida cumplir con lo acordado, aunque trabajes para Samuel.

—No puedo publicar con dos agencias a la vez —me defendí. La verdad es que me sorprendió; por un momento había esperado que me saliera mejor.

—Seguro que en este caso hacen una excepción. Van a ganar más así que rechazándolo.

Sabía que me iba a arrepentir, pero aun así lo tuve que decir. La mitad de mis problemas me los he causado siempre yo solo por abrir el pico.

—¿Y qué sugieres?

—Creo que lo has estado complicando demasiado. Empieza a parecer una temporada de *Perdidos*. Supongo que has pensado en todo y que hay capítulos que, aunque a mí me parezca que sobran, tenían un fin cuando los escribiste. Pero tal y como lo veo, lo puedes terminar con el secuestro —dejarlo casi donde estaba. No sonaba mal—. Como está casi al comienzo, hay que inflar la trama al principio, y empezar a meter sospechosos. Dejaría de hablar de Melanie hacia la mitad, para que el lector se pregunte por ella, y volvería a sacarla expresamente para su secuestro, donde terminaría. O hacer un flashback; podrías empezar con el final y que el resto cuente cómo se llega a ese punto.

—Eso me obligaría a hacer la tercera parte.

—Con lo que ganaría la agencia contigo seguro que te perdonan el adelanto que has perdido —se estaba tomando demasiadas confianzas el listillo este—. Además, de esta forma solo tienes que editarlo, algo que no debería llevarte más de un mes.

Demasiado fácil, seguro que había una trampa por alguna parte.

Me encogí de hombros. Lo que fuera con tal de quitármelo de encima cuanto antes.

Dejé a mi nuevo becario trabajando en la edición de la segunda parte de lo que finalmente sería la trilogía que había querido evitar. Me tocaba consulta con el psiquiatra.

Parecía estar esperándome en recepción cuando llegué. Me guio hacia su despacho, haciendo las típicas cuestiones de compromiso y de lo rápido que se había torcido el tiempo.

Sullivan lo máximo que hacía era acribillar a preguntas, algunas veces sin asociación aparente, cuando no se limitaba a decir que hablara solo mientras él se quedaba sentado enfrente con el gesto de los perros de las bandejas de los coches: moviendo de cuando en cuando la cabeza. La forma de trabajar de este era curiosa si se hace el esfuerzo de verlo desde fuera. Pregunta, pero no parece un interrogatorio. Seguro que el mecanismo era mucho más complejo de lo que parecía, pero al menos era menos agresivo y no daba la sensación de estar hablando con un adorno para el coche.

—Te he visto llegar solo. Creía que te traería tu hermana.

—Hasta que ha llegado he venido andando o en autobús. Lo del otro día fue solo una excepción.

—Y justo me tenía que estrenar. Maldito Murphy —me hizo gracia. Me caía bien este tío—. ¿Y bien? ¿Algo que contarme? ¿Qué tal estos días?

—He tenido un funeral. Justo al salir el otro día me dijeron que un amigo había tenido un accidente.

—Y dado que has vuelto deduzco que no eres supersticioso. ¿Estabais muy unidos?

—Nos conocíamos desde críos, pero los últimos años no he tenido demasiado contacto con nadie. He estado cuando alguien me ha querido encontrar, pero no he buscado a nadie.

—Claro —miraba mi ficha y pareció que de repente caía en un detalle que le llamaba la atención—. Vives lejos, ¿cómo vienes?

—Hay autobús —a mí me iba a decir lo lejos que estaba la clínica...

—Ah, es verdad, pero te deja a un buen trecho —asentí con la cabeza. Creo que no di a entender nada al respecto—. Bueno, te conviene el ejercicio. ¿Te encuentras mejor cuando llegas?

Supongo que dará por hecho que el paseo me libera un chute de endorfinas que me deja en un sano y natural colocón. Y no. No soy de hacer ejercicio; nunca me ha gustado. Puedo aceptar que haya gente que no pueda dormir sin correr dos horas. Para gustos, los colores. Yo me lo tomo simplemente como el mal menor. No quiero conducir, así que voy andando.

Y ojalá fuera solo eso. Es evidente que todavía queda gente que me reconoce, que sabe quién soy y lo que hice. Siempre hay unos cuantos con los que me cruzo que se me quedan mirando. Sé que se quedan con las ganas de echarme en cara unas cuantas cosas, que en cuanto se quedan a mi espalda cuchichean con el de al lado que se acaban de cruzar con un asesino. No todos me condenarían a muerte, pero ninguno estará conforme con mi aparente libertad. La mayoría piensa que no me merezco seguir como si no hubiera pasado nada. Temen que se me ocurra volver a conducir e incluso evitarán acercarse demasiado a mí, como si apestase. Francamente, prefiero que eviten mirarme directamente; me basta con saber que giran la cabeza al pasar.

—¿Has intentado conducir?

—No lo necesito.

—¿Te angustia la idea de conducir?

—No lo sé.

—No me malinterpretes —me di cuenta de que se me estaba frunciendo el ceño—. Es por saber en qué punto estás. Puede que ahora lo rechaces, pero te gustaría volver a hacerlo en un futuro, por comodidad o lo que sea.

—Estoy bien.

—Mejor. De hecho, yo soy igual. No me gustan nada los coches. Parece que vas llamando al atasco solo con arrancar. Tengo el mío porque no caben los dos críos en la bicicleta, pero me da una pereza espantosa.

—Tampoco es por eso. Sencillamente, prefiero no volver a matar a nadie.

Está claro que no se esperaba un comentario así. Intentaba relajar el ambiente, contando cosas de sí mismo, y le soltaba aquello. Intenté explicarme mejor:

—El coche en sí mismo es un arma. En un atropello hay más posibilidades de que muera el peatón a que lo haga el conductor. Desde que voy andando me he dado cuenta de que hay demasiado imbécil conduciendo, como si pensarán «genial, tengo coche, la calle es mía», y es independiente de la edad. Uno puede pensar a priori que la estupidez es más propia de un niño, pero

que ve el coche como un juguete nuevo, pero hay mucho madurete que aspira a que le adoren para que conceda el honor de dejar a alguien cruzar la calle.

—También son imprudentes muchos peatones —comentó en tono suave, casi sugerente. De otro modo, pensaría que se estaba defendiendo.

—Desde luego. Pero, como digo, en un atropello se la juega más el peatón. Alguien puede despistarse y no darse cuenta de que viene alguien conduciendo, pero un coche es prácticamente un arma.

—De acuerdo, pero ¿te planteas si seguirás así dentro de veinte o treinta años?

Me sorprende que no se haya enterado de que no me planteo ni mi futuro cercano. Como para pensar en tanto tiempo. Aunque supongo que lo preguntará para hacerme hablar. Estoy seguro de que ya se lo diría a Sullivan en algún momento.

—No lo sé. No pienso en tanto tiempo —pareció sorprenderle. Me miró abriendo los ojos de más, con las cejas levantadas—. No tiene demasiado sentido pensar en un futuro tan a largo plazo. En el peor de los casos, seguiré como estoy ahora.

—¿No te gustaría dejar de venir? Me alegro de caerte bien, pero casi preferiría que no tuvieras que venir por aquí.

«Ya, claro, para dejar de cobrar...», no pude evitar pensar, pero me caía bien. Me encogí de hombros.

—Tampoco lo planeé en su momento.

—Suena bien eso de no hacer planes. La otra noche, cuando saliste, ¿se te ocurrió en el momento ir a ese sitio?

Tuve que repasar en la cabeza en qué momento le había dicho que había salido, y pareció oírlo.

—Estuve allí —aclaró—. No quise acercarme por si te molestaba, pero me alegré de ver que salías de casa porque sí. ¿Has retomado algo más? ¿Has intentado volver a escribir?

—No, pero me van a obligar a hacerlo —le resumí las últimas noticias, lo que pareció ilusionarle más que a mí.

—Pues ya tienes deberes para la próxima sesión —lo miré con el ceño fruncido. Tengo que corregirlo, porque es fácil pensar mal de mí con ese gesto. Me pasa sin darme cuenta—. Escribe lo que se te ocurra y como se te ocurra. No soy un editor, ni un profesor.

—Quieres ver algo escrito para analizar la caligrafía —aventuré, y Brian lo reconoció. Siempre es de agradecer la sinceridad.

—Me sorprende que Sullivan no te lo haya pedido hasta ahora. Puede que sí lo haya hecho, pero he estado revisando tu historial y sus notas, y no lo encuentro, así que a efectos prácticos... Insisto, no quiero que te lo tomes como más de lo que es. Escribe lo que te parezca, como te parezca, de la longitud que quieras... Creo que no te habrá dado nadie tanta libertad.

La verdad es que no, para qué negarlo. Siempre que me piden escribir algo corto me vienen a la memoria las redacciones que pedían las profesoras después de tener más de dos días libres; siempre sobre las vacaciones, como si las de alguien hubieran sido interesantes. Con la perspectiva que da el tiempo, supongo que, al igual que el pedido de mi psiquiatra, tenían un fin más allá del de poner siempre los mismos deberes.

Volví a casa agobiado por el tiempo que había pasado fuera. Había dejado muy solo a Phill. No es que desconfíe de él, pero me sabe mal. Puede que tampoco crea que le ha tocado la lotería cuando le han mandado trabajar conmigo, que hubiera preferido hacerlo con alguien a quien admirase o que por lo menos estuviera en activo. Incluso alguien desconocido, con todo por aprender, es mejor opción que yo. No puedo tratarle así.

Sin embargo, fue él quien salió a mi encuentro cuando por fin entré en mi calle, a unas cuantas casas de distancia aún. Lo primero que pensé fue que se había cansado y que se había dado cuenta del escaso sentido que tenía la intención de Samuel. Con suerte, habrían acordado darlo por imposible de una vez. Sin embargo, no tardé en ver su aspecto. Estaba pálido, no se había vuelto a poner el abrigo, pese a que hacía un frío del que se incrusta en los huesos; y tenía algo en los ojos, algo que no había visto de verdad hasta que le tuve delante. No parpadeaba, y miraba tembloroso de un lado a otro. Se quedó frente a mí y no me dio tiempo ni de preguntar.

—He llamado a Samuel. De ahora en adelante, trabajaremos en su oficina. Te he dejado unos apuntes en el salón. Empezamos a las ocho.

—¿Por qué no podemos trabajar aquí?

—Hasta mañana.

Tenía más prisa por alejarse de la casa que yo por entrar en ella y quitarme el frío de la calle.

Antes de que llegara por fin a la puerta, Chris salió de un coche aparcado al otro lado de la acera. No traía mejor aspecto que Phill. Se acercó a mí y habló balbuceante, sin mantener la mirada fija en un sitio, los brazos tensos hasta los bolsillos y la rodilla temblorosa, como en un tic. Chris aguantaba bastante bien el frío, por lo que no pude evitar ponerme alerta.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Sobre qué? —Dio un paso más. Se puso demasiado cerca, de modo que pudo bajar mucho la voz. ¿Cuánto llevaría sin lavarse los dientes?

—Han pasado cosas.

No sé por qué, pero en ese momento, aunque me parecía una locura, supe exactamente a lo que se refería. A simple vista reconocí los síntomas de un sueño alterado. Es curioso cómo se reconocen los efectos de algo cuando se ven desde fuera, lo fácil que es entonces en comparación a cuando se sufren. Desde que murió Mia, me dormía a los pocos minutos de acostarme, para despertarme irremediabilmente de madrugada. Dependiendo de cómo me traicione la memoria, volvía o no a dormir. Aunque ahora no podía aspirar al lujo de volver a cerrar los ojos y relajarme con esos susurros y peculiares sombras en la habitación, sin olvidarse del golpeteo en el techo.

No pude dejarle en ese estado. Se negó a que le acompañara a su casa y solo aceptó entrar en la mía. No sé para qué insistió tanto, si antes de entrar ya me reconoció que lo veía como un mal menor.

Preferí no preguntar nada porque pensé que podía estar muy susceptible. Y, además, me quedé alelado mirando una de las ventanas del recibidor, justo cuando estaba a punto de abrir la puerta. En realidad fue tan rápido que podía no haberlo visto. Junto a la puerta hay dos ventanas, alineadas en vertical, que quedan en el recibidor la inferior y en el fondo del pasillo la superior.

Dudaba mucho que hubiéramos dejado una ventana abierta. No era precisamente inteligente mantenerlas así en aquella zona. No es que fuera el clásico barrio residencial a las afueras que sacan en las películas y, aunque tampoco era el barrio marginal lleno de delincuencia, había gente que si veía una entrada tan fácilmente accesible, aprovechaba para ver lo que podía ganar. Una ventana abierta, al otro lado del pasillo de la planta alta, habría creado una corriente que habría explicado aquello.

Un niño se apartó alarmado de la ventana inferior, junto a la puerta. La cortina de la de arriba se movió poco después, como si la hubiera rozado al pasar.

Me llevó unos segundos que me volviera a fluir la sangre por el cerebro y tuviera una idea lógica.

Nunca me había enfrentado a ningún gamberro, porque tenía que ser eso. No podía ser otra cosa. Volví a cerrar con llave nada más entrar, asegurando encontrarle antes o después. No iba a dejar que se fuera sin al menos un par de voces. No se puede ir entrando en las casas ajenas porque sí.

El frío habitual volvió a recorrerme la columna, a modo de bienvenida. Normalmente los recibidores de las casas no son muy luminosos. A la derecha se veía buena parte del salón, a través del que se llegaba a la cocina y a un cuarto de baño. La luz natural procedía de las ventanas que había en las escaleras, cayendo en diagonal y muy pobremente sobre el recibidor. Subí hasta

el primer piso y me quedé congelado un segundo en el pasillo.

En ese pasillo estaban las tres habitaciones de la casa y el cuarto de baño principal. No había ventanas, y toda la luz volvía a proceder del tragaluz de la escalera. Quedé de espaldas a la que era la segunda ventana que se veía desde la puerta, cuyas cortinas había visto moverse segundos después de pillar al crío, lo que significaba que había pasado por ahí. Quedaba saber en qué habitación estaba. Todas las puertas estaban cerradas. Junto a la mía, se encontraba lo que hubiera sido la habitación de invitados, que apenas se ha utilizado hasta que llegó Ann. Frente a esta, estaba el baño y, al fondo, la habitación que habilité como un despacho, que llevaba meses sin verme.

Un pasillo es siniestro por defecto; cualquier pasillo lo es. Todo el mundo, en algún momento de su vida, se ha quedado congelado al principio de uno, ante la idea de ir al otro extremo. La luz, casi siempre insuficiente o mal situada, hace que a veces pueda ser un tramo demasiado largo. Como si siempre esperásemos la aparición de alguien imprevisto por algún lateral.

Avancé arrastrando los pies. Me sentía ridículo, pero no era capaz de ir a un paso normal. Tuve que contar hasta tres en la cabeza para abrir la puerta de Ann y encontrarme con que hasta la había limpiado antes de salir. Desde luego, no había pasado nadie por allí y la ventana estaba cerrada. A esas alturas se me había agudizado el oído, teniendo en cuenta que todavía podía haberlo dejado a la espalda. Volví a cerrar la puerta y probé en el baño, por ser la que estaba más cerca. Nada.

La siguiente era el despacho. Un intenso olor a cerrado me dio una bofetada, echándome en cara el abandono al que le tenía sometido. La ventana, como me adelantó el olfato, cerrada.

Solo quedaba mi habitación. No oí a nadie en el piso de abajo, así que supuse que no habría entrado Chris, y que el okupa infantil no habría bajado. Estaría entonces en mi habitación o habría subido al desván.

La sola idea de tener que subir allí me provocó un nudo en la garganta. Y el correteo que sonó en el techo, tan oportuno, me aceleró el pulso. Algo me dijo que no podía subir allí, y estuve más que encantado de obedecer.

Unas risas infantiles a mi espalda me distrajeron. Cuando me di la vuelta, solo llegué a ver las cortinas temblando otra vez. Me facilitaron volver a atravesar el pasillo más rápido que la primera vez. Un destello de luz grisácea bajaba por la escalera hasta el salón, a solo unos pasos de mí. Seguí hasta la cocina, donde se me paró el corazón en un golpe seco, dejándome clavado en el umbral.

—¿No te he dicho que esperases fuera? —Pregunté cuando recuperé la voz. Chris estaba sentado a la mesa de la cocina. Se movía oscilante de atrás a adelante, con las manos apretadas entre las rodillas.

—Sí —contestó, con gesto entre el embarazo y la preocupación—, pero estaba abierto y pensé que necesitarías a alguien aquí.

—¿Has visto a alguien salir?

—No.

Pasamos al salón y Chris empezó a hablar. Había tenido contacto con Ron desde el principio y confirmó que no había muerto exactamente como concluía la Policía. Al parecer, yo no era el único que oía cosas en el techo, ni que tenía ojos invisibles fijos en la nuca. Ron llegó a confesar, poco antes de tener el accidente, que llevaba todo el día viendo a un niño metido en su casa. Que le perseguía a todas partes desde que se lo había encontrado en su habitación al despertarse: al final del pasillo, al otro lado de la cortina de la ducha...

Un niño que no hacía nada más que mirarle.

La muerte de Ron era una macabra casualidad. No tendría la misma connotación si no hubiera estado precedida de una partida de ouija que estaba seguro de que él mismo había manipulado. Yo estaba en tratamiento psicológico, podía haber tenido alucinaciones. Y lo de los demás... No podía ser verdad, así de simple.

—Es posible que el accidente fuera provocado, si te paras a pensarlo. Puede que se metiera en la ducha, que le viera de repente, resbalase y...

—Puede —concedí. No porque lo creyera tal cual lo decía, sino porque convenía más darle la razón—. Pero no tiene el menor sentido. En fin...

—Sé cómo suena todo esto, y que es una locura. Pero sé lo que he visto. No puedo ir a casa, no se me va de la cabeza...

—¿Y dónde estás?

—Con un amigo. Le he dicho que tengo un problema con las tuberías y que no me puedo quedar en casa mientras lo arreglan.

Tras un momento de silencio, vi que Chris se quedaba con la mirada fija en algún punto detrás de nosotros. Se aceleró su respiración y empezó a frotarse la nariz y la barbilla con la mano, recuperando la histeria contenida. Estaba a punto de preguntarle qué le pasaba cuando me lo dijo él.

Pero no fue su voz lo que oí.

Al principio fue un murmullo inteligible. Tuve que concentrarme para sacar de mi cabeza el histérico diálogo de la televisión y quedarme solo con ese zumbido. Me llevó un buen rato.

Una voz femenina, que no reconocí, me llamaba por mi nombre detrás de mí. Como si entendiera que le había oído, y que sabía que se refería a mí, dijo algo de un espejo.

Estaba colgado en la pared a unos metros detrás de nosotros, junto a la puerta de entrada al salón. Ann lo había colgado tras la limpieza del desván. Era feo con ganas. Parecía uno de esos regalos horteras que se hacen por compromiso; pero después de todo lo que estaba haciendo, no pude negarle el capricho.

—¿Desde cuándo tienes ese espejo? —Me distrajo Chris, que sí estaba mirándolo con curiosidad.

—Lo puso Ann. No sé de dónde lo ha sacado.

—Hazme un favor —dijo en un hilo de voz. Lo poco que hubiera conseguido que se relajara se había echado a perder en un segundo. Volvía a tener todo el cuerpo tenso—. Dime si ves a alguien en el espejo.

Donde estábamos podíamos ver el espejo y su reflejo, pero no el nuestro. Giré la cabeza con más confianza de la que sentía, con vistas a tranquilizarle otra vez.

No había nadie frente al espejo, pero Mia me miraba desde el otro lado del cristal.

Es curioso cómo algo que te aterra puede al mismo tiempo atraerte como un imán.

Su imagen no se movía del espejo. Parecía una fotografía que alguien hubiera colgado del marco o frente al reflejo; no se apreciaba que tan siquiera respirase. No parecía tener intención de hacer nada aparte de mirarme. Chris, con sorprendente frialdad, respiró hondo y repitió que tenía que irse. Me di cuenta de que evitaba mirar el espejo al pasar por su lado para salir. Ella, sin embargo, le siguió con una mirada fría y la mandíbula tensa, como si no quisiera que estuviera allí, antes de volver a girarse hacia mí.

Cuando fui capaz de mirarla fijamente, solo pude quedarme con que tenía mal aspecto. Estaba tan desmejorada que apenas parecía ella. El pelo oscuro le caía por los hombros hasta el pecho, enmarcándole un rostro fino y ceniciento, donde sus ojos destacaban tanto que parecían que intentasen saltar del cráneo. Los labios eran una fina línea recta completamente inexpresiva. Estaba muy seria, pero no enfadada ni triste.

Nos miramos solo unos segundos, hasta que se dio la vuelta lentamente y desapareció como si se alejase por la puerta del salón y se quedara oculta en el recibidor.

Estaba paralizado. Me esforcé por respirar hondo y encontrar una explicación racional a lo que había visto. Si solo lo hubiera visto yo, habría sido fácil pensar que había tenido una alucinación. Pero la reacción de Chris, evitando mirarla tras la primera vez, me obligaba a descartarlo. Que me estuviera volviendo loco tenía un pase, pero que los dos tuviéramos la misma alucinación a la vez no podía tener explicación. Al menos, no una tan sencilla.

Aterrado como estaba, aún una parte de mí quería ir tras ella al recibidor. Llegué a imaginarme haciéndolo, encontrándola esperándome en un rincón y preguntando directamente qué hacía allí, de dónde salía, qué quería...

La voz que había escuchado antes interrumpió mi extraña fantasía. Esta vez se oyó con claridad, haciendo que me olvidara de esa imagen.

Olvídate, se ha ido.

Pude hasta advertir cierto aire familiar, como si ya la hubiera escuchado antes.

Miré a mi alrededor, buscando a quien me hablaba. Me distrajo del miedo que tenía. La valentía que me había gustado creer que poseía no se correspondía en absoluto con la cruda realidad. Más aún cuando no encontré a nadie.

El problema no era que Mia estuviera allí, siendo físicamente imposible. El problema era que había otra persona. Porque era obvio que había que alguien allí. Sentirse acompañado es una sensación concreta que no se puede camuflar. Sé cuándo hay alguien en casa antes de comprobarlo. Puede que no estuviera en la misma planta, que estuviera arriba esperando el momento oportuno para bajar y terminar de provocarme el infarto.

Comprobé alarmado que el miedo me había paralizado. No podía dejar que me encontrara. Si llevase buenas intenciones, no estaría ocultándose. Alguien habría entrado con el crío, y seguía allí dentro, e iba con una idea muy distinta a la de hacer una gamberrada. Por si eso fuera poco, puede que no fuera solo, y prefería no tener que enfrentarme a nadie. Suena muy cobarde, ya lo sé, pero una cosa es perseguir a un gamberro porque se ha colado en tu casa sin permiso y otra muy distinta es vértelas con un grupo de adultos que se esconden por algo más que evitar una discusión.

Estaba claro que, si me quedaba allí, aparecerían todos en cualquier momento. No podía ser tan ingenuo de pensar que pedirían perdón y se irían cabizbajos y avergonzados.

Así que llegué al recibidor, me guardé la cartera y las llaves y salí lo más rápido que pude, evitando mirar a los lados por si acaso me iba con una sorpresa desagradable. Las manos me temblaban torpes cuando intenté echar la llave al salir, por lo que tuve que concentrarme expresamente en abrir la puerta. Me sentí como una de esas protagonistas medio inútiles de las películas de terror simple que rozan la comedia.

Hubo gente que me miró inquieta al verme en la calle, preguntándose qué había pasado. Alguno pensaría que estaría cabreado y que era más prudente apartarse de mi camino, por lo que en seguida sentí la necesidad urgente de volver a entrar en casa.

Me atreví a pasar de nuevo al interior solo para coger la cazadora, que por suerte parecía esperarme a la misma puerta. Y, solo por poder estirar el tiempo fuera todo lo posible, busqué algo más de dinero. Fue la primera vez desde que nos instalamos aquí que recurría al fondo de emergencia: mil dólares que Mia guardó en un bote de cristal al fondo de un armario, camuflado entre un par de cacerolas.

Salí aliviado, con el firme propósito de no volver hasta no estar seguro de que estaba Ann. La llamé para asegurarme de que tenía un juego de llaves y que no me esperaría en la calle. Obviamente, no le dije por qué no me iba a encontrar, y por suerte ella tampoco preguntó. Puede que se alegrara de que volviera a salir y prefirió ser discreta.

No sé cuánto tiempo estuve deambulando, hasta que me vi enfrente de la biblioteca pública «Benjamin Franklin».

He venido poco desde que nos instalamos aquí, probablemente porque me pude permitir la extravagancia de tener un despacho en casa. Iba a escribir a la biblioteca por lo mismo que recurren a ella los estudiantes. En casa las distracciones se me echaban encima, impidiéndome pasar de la segunda línea. Y en la biblioteca, la falta de televisión, música y en ese momento de internet, parecían obligarme a escribir. Con el capricho del despacho y la imposición de una mínima disciplina, dejé de necesitarla.

Puede que por un brote de nostalgia o porque me pareciera mejor opción que seguir deambulando con el frío que hacía, entré.

Mi primer impulso fue ir a la web de películas online a la que estaba suscrito. Se actualizaba a menudo, aunque no incluían las que aún se pudieran ver en el cine. Simplemente, estaban disponibles un poco antes que en otras. Tenía un par pendientes, así que se ofrecía como una buena distracción.

Me sentó bien. La banda sonora de la única película que llegué a ver completa era lo mejor de toda la película. En ninguna de las canciones había letra, como un hilo musical que, sin embargo, no sobra y cobra tanta importancia como un personaje más.

Siempre me ha parecido muy curioso el poder que tiene la música. Sirve prácticamente para todo. Si uno está de buen humor, escucha música; si tiene un mal día, escucha música. Se trabaja mejor con un hilo musical de fondo, y las tiendas la utilizan para incentivar las compras. Sirve tanto para pasar un buen rato con alguien como para aislarse. Es la manera más fácil y cómoda de desconectar. Y, en mi caso, como descubrí sorprendido, para volver a inspirarse.

He tenido banda sonora para casi todos mis trabajos. Al igual que en una película o una serie, la música oportuna contribuye para meterte en medio de la escena; hay canciones que me dan un capítulo, y discos o listas que me dan una novela. Siempre tengo a todos los autores muy presentes en la lista de agradecimientos que me pide la editorial, no sé si esperando inconscientemente que me lean y les engorde el ego, pero básicamente porque en buena medida les

debo terminar un trabajo. Dudo que Steve Tyler haya leído una sola página de alguna de mis novelas, pero igual un día se le ocurre y ahí tiene su debido agradecimiento.

Nunca me ha gustado escribir con nadie alrededor. Es casi inevitable que alguien eche un ojo, como si yendo en el metro o el autobús alguien abre un periódico a tu lado. Aun así, como si tuviera la anhelada tapa cilíndrica de escribir encima, saqué el móvil y anoté la única frase que de la que tendría que salir al menos una página.

En el fin del mundo hay una habitación solo para nosotros.

Me di cuenta de una posible fuente. No era solo una música que me hubiera iluminado la bombilla. No es tan simple. Al menos en mi caso, siempre ha habido un cúmulo de cosas que han ido cobrando forma en la cabeza hasta que dan la idea inicial.

Lo que siempre había sido una corriente eufórica corriéndome por las venas, ahora era un tímido calambre, pero al que tenía que obedecer hasta la sumisión, aunque solo fuera por el tiempo que hacía que no lo tenía.

Cerré todas las ventanas, dispuesto a irme a casa, con o sin fantasmas. Tenía demasiado de lo que ocuparme como para prestarles atención.

En el último pasillo me crucé con un cartel que no había visto al entrar. La sociedad histórica municipal estaba preparando una exposición por el aniversario de la fundación, por lo que pedían colaboración de los vecinos para que prestaran cualquier cosa que tuvieran relacionada con los primeros descendientes de europeos que se instalasen allí. Pero lo que me dejó clavado en el sitio fue la fotografía con la que lo ilustraban. En una imagen en tono sepia, un hombre de avanzada edad posaba delante de la fachada de mi casa. Estaba diferente; le falta una planta que ahora es mi desván y los marcos de las ventanas parecen más limpios. Miraba al fotógrafo, y por extensión al espectador, por encima del hombro; con una actitud altiva y distante que le presentaba por sí sola. Solo le faltaba un enorme cartel de neón que dijera que era el dueño.

Compré la casa baja de precio, aprovechando la coyuntura que me daban la crisis y su bajada de precios con las ganas de la familia propietaria de deshacerse de una casa antigua que no querían mantener. En ese momento no entendí cómo alguien podía desprenderse sin miramientos de un patrimonio familiar así, una de las casas más antiguas de la zona; además de la seguridad que da tener un techo ya pagado. Pertenecía a la familia de la mujer desde su construcción y, aunque no dejaba de ser un drama para ella, era más práctica que sentimental: necesitaba dinero urgente y aquello le parecía una opción mejor que pedir un crédito sangrante a cualquier banco. Le di la razón y no discutí, porque no voy a negar lo bien que me venía que no estuviera a su valor real.

Poco después de instalarnos, un tasador nos confirmó que la casa estaba muy por debajo de su precio, como si la propietaria hubiera hecho una mala venta a conciencia. Cualquier tasador le habría ayudado a venderla por el doble, y eso siendo generoso con el comprador. Además, dejó todas sus cosas allí. Eso fue lo que me extrañó más, porque, no conforme al parecer con dejar todos los muebles, había dejado también ropa, cacharrería; todo lo que tenía que ver con la historia de la casa y de su familia. Concluí que había decidido empezar de cero en cualquier otro lugar y, aunque me pareció un poco radical, lo respeté y la dejé en paz.

Pese a la curiosidad inicial por saber dónde se había metido, casi todo terminó repartido en donaciones a la Iglesia, mercadillos de segunda mano y el desván. La ocurrencia de la asociación histórica me daba la oportunidad para deshacerme de tres o cuatro cajas más.

Pasados unos segundos, me di cuenta de que había algo en esa fotografía sepia que me

retenía.

Una sombra en una de las ventanas me cogió los ojos y se negó a soltarlos. Me dije que no debería verse tan clara, que en la fotografía original aquello no sería más que una sombra amorfa en la ventana. Eso no era una gran incógnita; se podía haber editado para hacer los carteles y que la gente pudiera verla en todo su esplendor. Pero en la versión que tenía delante esa sombra amorfa tenía una extraña forma femenina.

No sabía por qué ni en qué momento, pero sabía que había visto antes a esa mujer. Era como tener un siniestro *déjà vu*, en el que no solo vives algo que crees haber vivido antes con el añadido de un mal presentimiento. No era más que una sombra de forma vagamente femenina que pasaba desapercibida con la imponente figura del protagonista llenando todo el cartel. Sin embargo, observándola detenidamente se llegaba a aclarar la imagen. Tenía una expresión dura, que juzgaba a quien la miraba desde fuera.

Cuando reaccioné de nuevo, estaba deambulando por la calle. Completamente ido, no tenía muy claro que fuera a ningún lugar en concreto. Los pulmones se quejaban, parecía que habían encogido, así que aflojé el paso y me concentré en respirar profundamente. Mi cabeza no dejaba de bombardearme con imágenes sueltas, sin aparente relación si no fuera por todos los precedentes. Un niño gris traslúcido corriendo por mi pasillo, Mia en el espejo, la casa a medio construir, una habitación de motel, ruidos en el techo... todo parecía echarse encima de mí. Tenía que volver a casa, tenía cosas que hacer allí, no podía dejar pasar la oportunidad de escribir una página. Claro que también tenía otra opción, un lugar donde podía quedarme el tiempo que quisiera y podría escribir sin problemas. Era una opción un tanto exagerada, pero cobró fuerza hasta convertirse en lo único que podía hacer, dadas las circunstancias.

Como si adivinara lo que estaría pensando, o dónde estaría, Ann me abordó de repente. Parecía preocupada.

—¿Te encuentras bien?

Todavía cuando me acuerdo de ese momento, me veo tan aturdido que no fui capaz de inventarme ninguna excusa.

—No. Necesito ir a la clínica.

Por suerte, no hizo preguntas. Se limitó a asentir con la cabeza y cogirme del brazo para guiarme a un coche aparcado. No sabía que tuviera coche.

Me dolía todo cuando por fin visualicé la clínica poco después de que anoheciera. Nunca creí que me alegraría de verla, ni que iría voluntariamente. En cuanto contara lo que me había llevado allí, tendría una habitación y unas pastillas que me ayudarían a dormir del tirón unas cuantas horas. Al día siguiente tendría lo que quisiera: un bloc, un ordenador, conexión a internet, el tratamiento facial con escamas doradas... En el peor de los casos, en pocos días me invitarían a volver a casa, pero al menos durante ese tiempo podría desconectar, y estaría en un ambiente en el que nada me distraería de lo que tenía que hacer. Horner colaboraría en cuanto se lo explicara. Me daba la sensación de que era lo bastante abierto como para no reírse cuando se lo contara.

La recepcionista se extrañó de verme por segunda vez el mismo día, como era de esperar; pero, por suerte, no hizo demasiadas preguntas y se limitó a avisar al doctor Horner. No quería imaginarme el aspecto que tendría para que se le congelase la sonrisa en el rostro y tuviera que respirar hondo, como si se armase de paciencia o de valor para tratar conmigo. Me acompañó a su despacho, haciéndome preguntas sin sentido: qué había hecho durante el día, cuánto hacía que había salido de casa, qué había desayunado, si había comido bien...

Se acercaba lo difícil y mi pulso se encargó a conciencia de recordármelo. Todo lo que me había preparado por el camino desapareció instantáneamente.

—Pasa algo en mi casa —solté de golpe en cuanto me dejó. Era evidente que no se lo esperaba, en medio de preguntas que viniendo de otro, serían de compromiso. Preguntó lo más obvio.

—Define ese algo.

—Hay gente que no debería haber.

—Has visto gente extraña dentro de la casa—asentí como en un tic, suponiendo ya que no se imaginaba lo grave de la situación—. Pueden ser conocidos de tu hermana...

—No pueden serlo.

—¿Por qué no? ¿Te lo ha dicho ella?

—Porque no lo sabe —movió lentamente la cabeza, volviendo a hacerse otra idea equivocada, pero la que veía lógica. Tuve la tentación de decírselo con claridad, pero me pareció más seguro para mí que lo acabara suponiendo por sí mismo, aunque nos llevara más tiempo.

—Y, entonces, ¿de dónde pueden haber salido?

—No lo sé. De la calle no, eso seguro.

—Has oído las noticias... —comentó en voz alta con una ligera sonrisa, la típica de haber solucionado un problema—. Entiendo que sea angustiioso, pero no tienes que preocuparte. No creo que haya uno en todas las casas de la ciudad.

Me quedé en blanco. No tenía ni idea de lo que me estaba hablando. Pareció adivinarlo con mi gesto alelado y me tendió un periódico del día, que se molestó en dejar en la página que le interesaba.

Habían encontrado a un okupa en una casa. Una ocupación curiosa, ya que había estado allí al mismo tiempo que los inquilinos oficiales. Había estado meses viviendo en un cubículo que se había construido en un falso fondo de un armario, mientras la casa estaba vacía por obras. La familia terminó oyendo ruidos en las paredes, cómo no, y después notó que faltaba comida. Acabaron instalando un sistema de vigilancia que descubrió al polizón.

Raro y triste. El okupa no tenía dónde ir, ni familiares; así que habría terminado en la calle.

—No, no se trata de esto. La gente que he visto no... no puede ser real...

—Ya veo —dijo, después de unos segundos—. Crees haber visto en casa gente que no debería estar ahí.

—No —corté. Respiré hondo y traté de suavizar el tono. Había sonado borde—. No creo haberlo visto.

—De acuerdo —abría mucho los ojos y apretaba la mandíbula. Se estaba agobiando—. ¿Qué tipo de gente has visto?

—Un niño. Y a Mia.

—¿Han intentado hacerte algo?

—No.

—¿Qué han hecho cuando les has visto?

—Desaparecer.

—Se han ido...

—No, han desaparecido —contesté atropelladamente—. El niño lleva días allí. Aparece en el pasillo, en el cuarto de baño, en mi habitación... no le he visto antes, pero sé que está ahí...

—Aparece en tu habitación y el cuarto de baño... —dijo. Al oírlo de boca de otro me di cuenta de lo siniestro que sonaba esa idea—. ¿Y qué me dices de Mia?

—La he visto en el espejo —contesté, en parte aliviado por cambiar de personaje.

—Detrás de ti o...

—No. Me mira desde el espejo, pero no está.

Casi podía oír los engranajes de su cerebro. Se le nubló ligeramente el gesto antes de seguir hablando. Aquello no iba a terminar bien; debería haber hecho de tripas corazón y volver a casa.

—¿Desde cuándo te viene pasando esto? ¿Cuánto hace que los ves?

—Hace unos días. En Halloween —Dios... Nadie se imagina la vergüenza que me daba aquello. Parecía de una película, y no de las buenas—. Unos amigos vinieron a casa y quisieron hacer una sesión de ouija. La hermana de uno había muerto unos meses antes y quiso contactar con ella —improvisé. Aquella posibilidad le parecía hasta razonable a cualquiera para querer hacerlo.

—Ya...

—Todo empezó desde ahí. Hay ruidos en la casa. Antes de ver al crío lo oía reírse, correr por el pasillo...

—¿Has vuelto a ver a esos amigos?

—Uno murió hace poco, se lo conté —pareció acordarse de repente y su cara empezó a reflejar alarma, aunque no sé en qué sentido. Puede que se lo creyera, o puede que se le ocurriera la burrada de que alguno de los dos había tenido algo que ver en su muerte—. Al parecer, resbaló en la bañera... Pero Chris me dijo que él también lo estaba viendo en su casa y que Ron le había contado lo mismo.

—Entonces, ¿alguno de los dos ha visto algo más en tu casa?

—Chris estaba conmigo esta mañana y también la ha visto —no contestó. Se limitaba a escudriñarme con los ojos; como si esperase que todo fuera una broma o encontrar un gesto que delatara que todo aquello era mentira. Hasta que se decidió a hablar.

—Entonces tienes miedo de volver a casa.

—No puedo estar allí.

En pocos minutos, me habían instalado en una habitación.

Incluso en esas circunstancias conservo una pizca de conciencia, la suficiente para saber que no es real. No hace falta que salga volando en un colchón para darme cuenta de que estoy soñando.

Pasado el miedo irracional a caerme del colchón volador porque me voy a matar, desciendo a considerable velocidad hasta que aterrizo en una playa. Percibo el olor característico del mar y este realismo me sorprende; aunque cuando esté despierto podré entender que, al alojarse las sensaciones en la mente, el subconsciente sea capaz de recrear éstas con tanta nitidez. No conozco el mecanismo, pero me sirve para explicármelo.

Creo que puedo contar con una mano las veces que he estado en la playa y, aun así, me resulta familiar, como si hubiera vuelto a algún sitio.

Me abrazó sin darme tiempo a verla, por lo que casi se echa a perder toda la fase de autocontrol.

Han pasado meses desde la última vez que la vi y estoy en un estado parecido a la emoción o el nerviosismo, que amenaza con despertarme antes de lo que quiero. Tengo que hacer un esfuerzo consciente por tranquilizarme, porque sé cómo me voy a sentir cuando me despierte.

Al principio, me despertaba en cuanto la tocaba. La frustración era indescriptible, como si mi mente se burlara de mí. Analizándolo, llegué a la conclusión de que, para evitarlo y estirar el encuentro lo máximo posible, tenía que aprender a controlarme, aunque estuviera dormido. Esa pizca de conciencia que me queda me tenía que servir para tomarme la situación con la mayor normalidad posible, como si de verdad fuera a verla al despertarme. Hasta entonces, mi cuerpo reaccionaba como si fuera una pesadilla. El pulso se me aceleraba y su imagen se desvanecía hasta quedarme suspendido unos segundos en la oscuridad, en la que uno se da cuenta de que ya está despierto. Pero, ahora, podía controlarlo.

—Te he echado de menos—y lo dice ella. Tiene gracia. Se aparta para besarme—. ¿Qué tal el viaje?

—Interesante—espantoso, más bien. Y lo peor es que casi me deja sin esto. El miedo y la angustia también aceleran el pulso, así que por lo general es fácil despertarse.

Arrastra las manos por mis brazos hasta cogerme los dedos y tira de mí un par de pasos. No tardamos en llegar a una pequeña habitación que reconozco al primer golpe de vista. Era su habitación cuando la conocí. Muy sencilla, con solo un par de estantes, un pequeño armario y una mesilla junto a la cama individual.

Temo que esto se esté convirtiendo más en un recuerdo, porque no es precisamente lo que me interesa. Quiero los sueños habituales, en los que todo es normal, pero con la diferencia de que sigue estando aquí. No quiero recrear nada.

—¿Estás escribiendo?—Siempre lo pregunta. No sé por qué exactamente digo ahora que sí—. Deberías ir poco a poco. Realmente, ya lo tienes hecho.

—Necesita muchos arreglos.

—Te vendría bien una censura al publicarlo. Del Gobierno o de la Iglesia, por ejemplo.

—Dudo que la Iglesia tenga nada que decir sobre August. No es con ellos con quien me meto.

—Ya, por eso. Después de tanto tiempo, vendría bien que una crítica de su parte te diera un

empujón. Podrías poner a un cura aficionado a los niños.

—No sé si quiero que alguien le haga la competencia a August. Además, está muy visto.

Se queda en silencio y, después de un momento, me pasa los dedos por el filo del pelo, bajando por la nuca. Tengo que hacer un esfuerzo por no cerrar los ojos por el hormigueo que me recorre la espalda. Me atrae hacia sí y se echa hacia atrás hasta tumbarnos.

Podría morirme y no salir de aquí. Volver a despertarme supone esperar semanas o meses hasta que vuelva a estar así. No merece la pena.

Pero, evidentemente, no tengo tanta suerte.

Empecé a notar el cuerpo muy pesado cuando el hormigueo de sus dedos bajándose por la nuca, alcanzando el cuello, me vencieron.

Cerré los ojos en el sueño. Entro en el estado negro y, aunque no quiera, mi cuerpo vuelve a relajarse, sabiendo que volvía a entrar en un coma que me mantenía consciente y vegetal al mismo tiempo.

Noté el tacto de las sábanas rígidas de la clínica y supe lo que me esperaba al abrir los ojos. Por un momento, trato de concentrarme en volver a dormirme, como si tuviera la suerte de volver allí. Pasados unos minutos, me rindo. La visión de la cama vacía de la clínica fue como un hierro al rojo que me perforaba lentamente el pecho.

Giré la cara contra la almohada, apretándola con el brazo para impedirme respirar. Estaba convencido de que cada vez aguantaba más; creo que llego a los dos minutos. Ya me he acostumbrado a la presión en el pecho. Los latidos del corazón son más fuertes, como golpes en el tórax cuya onda retumba por el resto del tronco. Me palpita la cabeza, sobre todo las sienes, algo empuja mis ojos hacia fuera, se me encoge el estómago y empiezo a perder fuerza en el brazo que me tendría que ayudar.

Involuntariamente, al moverlo para apretarlo más, el cuerpo reaccionaba y volvía a tomar aire. Las primeras bocanadas no bastan, y boqueo como un pez fuera del agua. Y, al final, la decepción de haber vuelto a rendirme antes de tiempo. Para colmo, como si todo lo demás no fuera suficiente, soy un cobarde. No podía evitar preguntarme si merecía la pena sentirme así al despertarme. Ciertamente era lo único que todavía tenía algo de importancia, pero al final solo servía para recordarme que la he perdido.

El chasquido de la puerta abriéndose me sorprendió hecho un ovillo en la cama. Traté de aparentar que seguía durmiendo. La idea era que quien hubiera entrado entendiera que tenía que dejarme en paz, pero tuvo la delicadeza de dejar la bandeja en la mesa y salir en silencio.

Tenía media hora hasta que iban a buscarme para hacer la primera entrevista del día. Habíamos tomado confianza y ya no me salía llamarle por el apellido, y menos por el título. Es más, el mismo psiquiatra insistía en que le llamara por su nombre. Sabía que no lo hacía por mera simpatía, que solo quería que confiara en él para que me abriera y hablase de cualquier cosa, pero eso es lo de menos. Hace falta bastante más que tutearse y tratarse de igual a igual para confiar en alguien. Me caía bien, y de acuerdo que lo que le conté al venir no se dice así como así; pero no puedo contar que tengo ideas suicidas. No quiero quedarme aquí de manera permanente. Mi intención es volver a mi casa en poco tiempo, y conviene estar a bien con quien tiene que dejarme salir. En ningún momento he dejado de concebir mi estancia aquí como algo temporal.

Por otra parte, hay detalles que me hacen estar incómodo aquí y son las evidencias. Las entrevistas están derivando en cambios en mis rutinas, desde modificaciones en la medicación a escáneres cerebrales. Es evidente que me buscan en el cerebro algo físico que me pueda crear las alucinaciones, seguramente un tumor. No sé si quiero saberlo en el caso de que lo tenga. Sé que es irracional, que lo mejor si lo hay es encontrarlo cuanto antes, pero también es posible que ya sea

demasiado tarde y que básicamente me digan el tiempo que me queda. Tampoco quiero una agonía demasiado dura, como la que sería un tratamiento paliativo.

Las entrevistas se parecen mucho a una conversación informal. No son diálogos cerrados en el que pregunta y respondo. Evidentemente, no será tan simple; pero parece menos agresivo. Me ha hecho hablar de la partida, de por qué tengo un tablero, de mis motivaciones para jugar, del estado de salud físico y mental de Ron...

Por lo demás, después de comer, tengo la tarde con aparente libertad para moverme por donde quiera. En esta semana me había acostumbrado a empezar el día con una ducha larga antes de desayunar. Salvo por las entrevistas con el psiquiatra y los cambios que conllevaban, la verdad es que me lo había podido tomar como unas vacaciones. No había querido salir ni a uno de los tres jardines que tenía el complejo, pero había tenido las mismas posibilidades de entretenimiento que los demás. Pasaba buena parte del tiempo libre en el bar. Me pareció hasta gracioso lo fácil que era imaginarse una historia sobre la Ley Seca en un sitio así. Por último, destacar solo que mi régimen de ingreso me permitía tener ciertos lujos en la habitación. Tenía televisión, un aparato de DVD y conexión a internet; conjunto que casi me invitaba a quedarme allí.

Incluso puedo recibir visitas hasta las diez. Una de las enfermeras avisó a Ann y a Phill, quien no se amilanó y se presentó aquí la primera tarde para trabajar, llegando a agradecer que no tuviéramos que trabajar en mi casa. Todo lo que había hablado con Ann era por darle alguna explicación, limitándome a decirle que necesitaba desconectar, que estaba perfectamente y que no tenía de qué preocuparse.

De quien no había vuelto a saber nada era de Chris, y en realidad era lo único que me quitaba el sueño. No podía quitarme de la cabeza su estado la última vez que lo había visto. Solo esperaba que estuviera bien. No podría perdonarme que le pasara algo y me enterase, como en el caso de Ron, días después. Era lo primero que iba a hacer en cuanto volviera a casa.

Lo cual, según me daba a entender Brian, iba a ser en poco tiempo. La última entrevista fue bastante esclarecedora de su opinión. Como consejo personal, me repitió que me convenía mantenerme ocupado. Y no se refería a sentarme enfrente de la televisión todo el día, sino a que estuviera el mayor tiempo posible haciendo algo mínimamente productivo.

—No sé cómo no te lo ha aconsejado nadie antes. No es algo que suene muy clínico, pero cualquiera puede decirte que estar con la mente ocupada puede ser muy beneficioso. Porque, por mucho que lo niegues, tienes una depresión. No puedo imaginarme cómo te sentirías cuando empezó todo y sé que estarás harto de oír eso de «la vida sigue, tienes que salir del bache», porque es muy fácil de decir. Pero llevas desde que empezó todo sin trabajar, sin apenas salir de casa ni ver a nadie. Sé que ahora me dirás que tampoco tienes ganas de ver a nadie e incluso que estás bien, pero eso no significa que sea lo que tienes que hacer. Hay gente que por creencias o por su situación personal es más susceptible de que algo como la ouija le afecte como te ha hecho a ti.

—Pero yo no me he enganchado.

—Podías haber probado a hacer una sesión, creyendo que puedes contactar con ese crío o con Mía y preguntarles lo que quieren... Y de ahí a engancharte hay esto —dijo, levantando la mano apretando el pulgar y el índice, dejando libre la punta de este último—. Y pasa con la ouija, con el juego, con las videntes de televisión... Así que hazte un favor y mantente ocupado. Ten en cuenta que cuando estás en un proyecto no lo tienes en mente solo cuando estás haciéndolo. Imagino que cuando tuvieras en mente una nueva novela, no pensabas en ella solo mientras escribías. Estoy convencido de que con unos días que te ocupes de algo, desaparecerán todos esos ruidos, visiones y demás.

Me quedé tan alhelado con la explicación que se me olvidó preguntar cómo se explicaba la visión que había compartido con Chris.

—Antes de que vuelvas a casa, quiero que aproveches para hacer el escrito que te pedí.

—Supongo que lo querrás a mano.

Sonrió como si hubiera hecho una observación innecesaria.

Como excepción, pedí un bañador y fui a la piscina. En la calle rondaríamos los cero grados, pero la piscina estaba climatizada y cubierta, creando una pequeña atmósfera de invernadero que dejaba a cualquiera pasearse por allí hasta desnudo sin riesgo de perder el calor.

Puedo sacar algo de la frase que apunté antes de venir. También tengo el sueño de anoche, aunque sea como hurgar en una herida. Con las peculiares vacaciones que me estoy dando, lo menos que puedo hacer es colaborar; aunque dudo que sirva para nada más que para hacer un análisis de caligrafía. Querrá echarle un vistazo a mi letra, la capacidad de redacción, si dejo márgenes, cómo firmo si lo hago y demás. No acabo de creerme que la personalidad de una persona aparezca en la caligrafía, pero tampoco soy el profesional.

Después de que me llevaran una porción de lasaña precocinada y café a la habitación, me propuse recluírme hasta que estuviera hecho. Hacía tiempo que no contaba con que se sentara la musa en mi regazo, así que me puse a escribir partiendo de lo que había soñado. Tuve un mínimo cuidado en la presentación en la redacción, casi como si realmente estuviera haciendo los deberes y no quisiera pasarme la tarde pasándolos a limpio por arañar unas décimas en la nota, más que nada porque se supone que se trata de lo contrario.

Debido a la costumbre de escribir en un teclado, he notado que mi caligrafía ha empeorado hasta niveles alarmantes. Según escribía, iba mejorando hasta terminar siendo la que debería, como si empezara con las manos frías y se fueran calentando. Esperé que no tuviera demasiado en cuenta ese detalle, y en cualquier caso se lo podía explicar.

No sé cuánto tiempo me llevó la tarea. La mecánica en sí resulta sencilla, como si lo tuviera retenido en algún rincón del cerebro ansioso por que lo dejara salir. En lo emocional, tal y como me temía desde el principio, fue como someterse a una amputación sin anestesia. Precisamente por no removerlo más, no quise leerlo ni una sola vez al terminar.

Me lavé la cara y esperé un tiempo prudencial para que se eliminara cualquier señal de que me hubiera venido abajo. No preguntarían, pero prefería no arriesgarme. Cuando nadie pregunta, es más fácil ocultar cualquier cosa.

Pasaron solo tres días hasta que me dieron el alta.

No podía evitar la ansiedad ante la idea de salir. Me quedaría a vivir allí si pudiera, pero Brian insistía en que no necesitaba ese grado de vigilancia. Tuve tiempo de aprenderme la copia que me dejó quedarme de la evaluación, pero volví a repasarlo durante mi último desayuno.

Después de la parrafada que ponía en antecedentes al lector, relatando cómo había llegado allí, mi estado, enumerando las «visiones» que le había dicho, llegaba a las conclusiones. Había sacado todo su vocabulario técnico, el que se guardaría para ocasiones como aquella. Después de haberle conocido, costaba creer que lo había escrito la misma persona que luego me hablaba en cristiano, aplicándose la máxima de que los tecnicismos estaba para quienes los entendieran.

Pese a lo rebuscado del lenguaje, lo entendí bastante bien. No estaba tan mal de la cabeza como creía. Recogía y daba por cierto mi rechazo a que fueran imaginaciones mías y concluía que era todo fruto de alguna sugestión, unido a un aumento de estrés.

Había llegado a explicarme que la visión compartida podía deberse a una especie de contagio, que la muerte de Ron era una macabra casualidad y que estaba viendo cosas que solo estaban en mi cabeza. No quería presumir de algo de lo que no tenía la menor idea (creo que

siempre he evitado hacer eso), pero tampoco terminaba de convencerme la evaluación que me habían hecho.

Dicho lo cual, volvía a casa. Eso debía ser señal de que no estaba tan mal. Y, de propina, me cambiaban la medicación. Abandoné el tratamiento que llevaba administrando Sullivan desde nuestra primera consulta y se redujo a una sola pastilla redondeada después de comer. Supuse que estaría una temporada con la dosis mínima y, en función de su actuación, aumentaría. O si recibía una visita interesante de algún comercial farmacéutico. No me parecía de esa gente, pero nunca se sabe. Además de la nueva medicación, tenía que hacerme practicante de esa pseudoreligión llamada «terapia ocupacional», que se limita a la máxima de «mantente ocupado en minucias que te impidan pensar en lo que te preocupa de verdad». No es que te quite los problemas, traumas o depresiones; pero no piensas en ellas, así que como solución rápida y barata está bien. En circunstancias normales habría considerado insultante a estas alturas la sugerencia de apuntarme a un taller de escritura, más que nada porque me parece que un escritor que vive de su trabajo, con más de veinte *best seller* publicados, ya le quedan pocos talleres a los que presentarse. Pero Brian me caía bien, así que me repetí hasta convencerme de que no pretendía insinuar que me hiciera falta mejorar en un trabajo que tenía aparcado, sino sugerir algo que encajara en mi profesión. Al enterarse de la oferta de Samuel, pensó que era una oportunidad única para salir del bache.

Partiendo de ahí, había tomado la decisión en firme de volver a trabajar. Tenía que hablar con Sam en cuanto pudiera, y con Wreström para cancelar el contrato con ellos. No sabía en qué quedaría la trilogía, pero no tenía ganas de escribir dos novelas con la misma historia, por muy de moda que estuviera el formato. La reedición como novela gráfica no sonaba tan mal. Realmente, la sugerencia era lo primero que oía en mucho tiempo que tenía sentido y que llegaba a interesarme.

Ann llegó puntual a media mañana para recogerme. Pasó unos minutos reunida en privado con Brian en su despacho, supuse que le estaría poniendo al corriente de mi estancia allí. Tenía buen aspecto, y me repitió demasiado que yo también parecía mejor. Le pregunté por Chris en cuanto nos subimos al coche, pero no sabía nada de él. Esperé que siguiera en casa de sus padres, o que al menos estuviera mejor. No me perdonaría que hubiera empeorado y me enterase con días de retraso por estar en un manicomio con balneario.

El escalofrío en la columna me dio la bienvenida al entrar en casa. Me despistó oír el murmullo de la televisión. Antes de que pudiera preguntarle a Ann a quién había dejado en casa solo, esta apareció por detrás de mí dejando caer los hombros al verla encendida.

—Creía que la había apagado antes de salir —comentó algo avergonzada yendo a apagarla—. Llevo unos días que no sé ni donde tengo la cabeza —suspiró de cansancio antes de contestar. La seguí hasta la cocina, porque algo me decía que realmente había dejado la televisión apagada antes de salir.

—No sabía que habías encontrado trabajo.

—Ah, sí. Poca cosa. Vi el cartel cuando salí a comprar el primer día. Empecé hace un par de días.

—¿Y estás bien allí? —Un puesto de camarera no era lo más apropiado para pasar desapercibida; si se estaba escondiendo de alguien y si estaba embarazada...

—Sí, todo es adaptarse —forzó una sonrisa de las que no se cree ni el que las pone. Señaló la cafetera y, a mi asentimiento, empezó a rellenarla.

—Será por los cambios. Me refiero a tu despiste.

Había evitado mirar el espejo al entrar, pero de alguna manera sabía que seguía en el mismo sitio. Al ser lo que me había llevado voluntariamente a la clínica, apenas había podido quitármelo

de la cabeza. No me bastaba con saber que había venido con Ann. Por alguna razón, necesitaba saber exactamente de dónde había salido.

—Oye, ese espejo que trajiste...

—¿Qué le pasa? —Preguntó, colocando una taza de café delante de mí.

—¿De dónde lo sacaste? ¿Hace mucho que lo tienes?

Ann me miró entre confundida y sorprendida. Me temí que tuviera que darle alguna explicación que, obviamente, no tenía preparada. Cualquier cosa que improvisara sonaría falso, y vale que mi nuevo psiquiatra decía que no estaba loco, pero decir que veía cosas en un espejo sin nada físico delante daba que pensar.

—No es mío.

—Lo trajiste tú.

—No, solo lo colgué.

No tenía la casa tan sucia como para haber pasado por alto un espejo en el salón. Si hubiera estado allí antes, lo habría visto. Además, no era precisamente discreto. Se trataba de un espejo de medio cuerpo, con un marco ancho de madera y un grabado que dibujaba una cenefa que rodeaba todo el cristal. No me gustaba, aparte de la imagen a la que lo asociaba. Se veía necesitado de unas manos que supieran mantenerlo. No lo quité en su momento porque estaba demasiado ocupado huyendo de mi casa, pero no descartaba hacerlo.

—Lo vi en el desván y me daba pena que estuviera ahí cogiendo polvo. Pensé que era de Mia —añadió, como si temiera pronunciar su nombre—. Es que a ti ese tipo de cosas... no te pegan... me extrañaba que fuera tuyo y por descarte... Bueno, la cuestión es que subí a limpiar, lo vi y pensé que ahí estaría mejor. ¿Por qué?

Era un alivio que al final hubiera tenido a una persona real y física andando por el desván; ya tenía explicación a los ruidos del techo. Me hubiera encantado que eso bastara para explicar todo lo demás, pero algo es algo.

—Si no te gusta, me lo quedo. Tenías de todo ahí, hasta muebles. Lo más chulo, aparte del espejo, lo he llevado a mi cuarto. Son cajas con cartas, fotos y una caja de música preciosa. Pensaba llevar las cartas y las fotos al ayuntamiento por la exposición que están preparando, pero todavía no he tenido tiempo de verlas.

Las palabras me salieron solas. Ni siquiera sabía que lo tenía en la cabeza.

—Déjamelas a mí antes. Puede que me venga bien.

—Ah, sí, eso me recuerda que te ha llegado correo. Te lo he dejado arriba.

Vacíé la taza y volví a subir al despacho. Ya ni me acordaba de la última vez que me había sentado allí, aunque deduzco que sería cuando tuve el accidente. No tenía ninguna gana de quedarme solo en esa planta, y menos en una habitación que quedaba al fondo, con el trastero justo encima de mi cabeza. Pero el olor a quitamanchas me recordó que Ann se habría tomado la molestia de limpiar la habitación, así que me abrí la camisa y me remangué para reconciliarme con la silla del escritorio.

Revisé los cajones de la mesa, encontrando un bloc mediano y lápices a estrenar. En el segundo me había dejado un par de carpetas de cartulina. Por el recuerdo que tenía, juraría que había más luz en la mesa cuando trabajaba allí, incluso estando justo delante de la ventana. Encendí la lamparilla y el pequeño portátil para abrir iTunes y empezar con las cartas que ya me había dejado allí.

Publicidad de la óptica hablándome de las maravillas de operarse la vista. El oficio me había quemado la vista en su momento, por lo que necesito gafas desde la primera novela. Me propusieron por aquel entonces que me dejase andar con láser en los ojos, teniendo el detalle de

enseñarme el vídeo de una operación. Entiendo que sea un gustazo librarse de las gafas y las lentillas, pero la aprensión que me provocó el vídeo hace ganar mucha comodidad a las gafas. Estrené la nueva papelera.

La de Wreström Books venía firmada por el abogado de la agencia. Con muy buenas palabras, me recordaba que tenía un contrato firmado con ellos para una trilogía y que la actitud de la agencia había sido más que comprensiva en atención a mi situación personal. Sin embargo, si decidía poner fin a nuestro vínculo, tendría que devolver el adelanto, más un cincuenta por ciento más en concepto de indemnización. Preferí no echar la cuenta. Contaba con que me pidieran el maldito adelanto, pero no que la comisión fuera tan alta. Tendría que comentarlo con Sam antes de hacer nada. Puede que él pudiera hacer algo para reducir los daños. Como si hubiera tenido tiempo de pensar en negarme, el grupo cultural municipal quería verme para pedir lo que tuviera de los primeros años de la casa. Estaba embobado mirando la foto de mi casa en sepia del folleto que habían adjuntado cuando un dedo frío rozándome el entrecejo casi me hizo saltar de la silla. El corazón seguía brincando en el pecho cuando vi a Ann conteniendo la risa delante de mí.

—Te van a salir arrugas —frunció el ceño, haciéndome burla. Mia también decía que fruncía el ceño cuando me centraba en algo. Por fin soltó lo que la había llevado a darme un susto de muerte—. Me tengo que ir, te dejo esto por si quieres echarle un vistazo.

En cierto modo, el paquete que había hecho con el montón de cartas y fotografías me decepcionó solo con que lo soltara en la mesa. Lo había esperado más grande. A ojo, habría solo unos diez papeles.

El modo aleatorio empezó con *Black in Black*, lo que me ayudó a retomar el papeleo con otro ánimo. Separé primero las fotografías de los sobres. Las ojeé una a una, comprobando que por la imagen de la casa se podían ordenar cronológicamente. La primera era la misma que ya había visto en el cartel de la biblioteca. Las siguientes presentaban la casa construida; y por la poca idea que tenía de moda histórica, las tres últimas ya eran de la primeras dos décadas del siglo veinte.

Las cartas se podían ordenar perfectamente gracias a la fecha. Tuve la suerte de que eran cartas manuscritas; no había facturas, ni cheques ni nada con letra de imprenta. Era fácil suponer que habrían sido escritas por una mujer, por la forma ligeramente en cursiva y la finura del trazo, como si se hubiera tomado su tiempo en escribirlas. Estaba un poco emborronada. La tinta y las plumas que se usarían entonces no dejaban una escritura tan clara como a la que nos ha acostumbrado el bolígrafo. Producía una emoción extraña tener en las manos algo tan antiguo, algo entre la emoción y la incomodidad. Por un momento, me sentí como si estuviera violando la intimidad de alguien.

«Querida Jane,

Acabo de desembarcar en Southampton con la única idea de escribirte. Me he tenido que sentar en una posada sucia y maloliente, con una mujer en la barra muy amable, aunque poco agraciada. Se ha empeñado en alojarme en una de las habitaciones libres que tiene en el piso superior.

Confío en que estéis bien. En cuanto a lo que me pediste, puedes estar tranquila. Esta misma tarde, haré una visita al despacho del señor Collins. Confío en trabajar para él esta misma semana.

Tengo la completa seguridad de que de aquí a un año podré volver. No pienso en otra cosa desde que te dejé.

Con afecto,

R.

20 de marzo de 1845.»

Sería un Robert, por ejemplo, que habría dejado allí a la tal Jane para irse a Europa a hacer fortuna y que su puñetero y clasicista padre les dejara casarse. Historia de tías, pero estaría bien si podía enredarla un poco. Podía imaginar algún motivo para la tirantez del padre, más allá que estar en contra del amor verdadero o que quiera algo mejor para su hija y todo eso. Algo más aparte de lo de siempre.

Mick se calló de repente donde no debía. La falta de fondo musical acaparó toda mi atención. Supuse que le habría parado sin darme cuenta y volví a darle al play. Funcionó unos segundos, pero volvió a pararse. Repetí, pero en lugar de detenerse, empezó a cambiar de canción solo, con el panel de iTunes delante de mí y las manos alejadas del teclado o del ratón, que de hecho no se movía del centro de la pantalla. Cuando vi moverse solo el cursor del volumen, actué sin pensarlo antes. Agarré el pequeño ordenador notebook, me puse de pie y lo tiré con fuerza al suelo. No se rompió en pedazos ni se abrió, pero al menos se apagó.

No podía ponerme a pensar en otra cosa, por más que quisiera. Antes de que ni siquiera tuviera tiempo de que me bajara el pulso, volvió el correteo en el techo. Pero hubo algo más que quedó por encima de eso, de la imagen del cursor del volumen y de cualquier otra cosa. No tuve que esforzarme mucho, porque se oía con sorprendente claridad. Un murmullo que venía del piso de abajo.

Me constaba que Ann habría apagado la televisión antes de salir, pero en cuanto bajé las escaleras vi la pantalla de nuevo iluminada. Era el anuncio de la asociación cultural local en el que pedían ayuda para la exposición, y recordaban que en la biblioteca municipal «Benjamin Franklin» se podían consultar el registro civil y decenas de libros sobre la ciudad.

No sabía que tenía en la mano todavía la carta que había leído un momento antes. El cerebro me volvió a funcionar con la idea de que tenía que volver por la biblioteca.

Sam era considerablemente más optimista en cuanto a la situación con Wresttröm. Y con el borrador de la segunda novela. Qué fácil es verlo cuando lo tiene que hacer otro.

Pude hablar con él sobre la carta de Wresttröm a la mañana siguiente cuando, haciendo caso de la petición de Phill, me presenté en su nueva oficina para empezar a trabajar en serio en la edición de *Araña*. El título obra de Phill y, por tanto, algo provisional. No me convencía su idea de resumir al mínimo posible cualquier título. Sin embargo, partiendo de la base de que a mí nunca se me ha dado bien elegir nombrar mis novelas, aceptaba cualquier sugerencia.

Fue lo primero que quise hacer al llegar. Nos encerramos en su pequeño y aún desordenado despacho y leyó con tranquilidad la carta que había recibido de la editorial.

—No te preocupes —dijo, entrecerrando los ojos al acabar—. Es un formalismo. Antes era parte de mi trabajo, pero ahora que no estoy empezará a recibir estas cartas. Es como cuando te las manda el banco para que pagues un recibo atrasado —se notaba que no había recibido muchos si se le ocurría esa comparación—. Se ponen pesados, incluso amenazan, pero tardan en dar el siguiente paso —lo dicho.

—No le des importancia —añadió—. Además, puedes publicar esa segunda parte con ellos sin ningún problema. Si quieres, puedes contestarles para decir que ya estás trabajando en la edición del manuscrito, eso puede bastar para bajarles los humos. Y si, llegado el caso, quieres anular el contrato antes de publicar, se puede negociar, pero eso será más adelante. Ahora lo único en lo que tienes que centrarte es en acabarlo. Luego, ya veremos.

Fue un alivio poder trabajar fuera de casa. El hecho de cambiar de ambiente parecía oxigenarme la mente. La mañana resultó productiva. Dejamos esquematizado el final, optando por la sugerencia de Phill de terminar con el secuestro de la hija de August, que yo inicialmente había dejado a la mitad. Eso engancharía de cara a la tercera parte, que seguía sin querer escribir, pero también serviría para que el abogado de Wresttröm y quien estuviera detrás de él se tragaran cualquier amenaza que se les ocurriera en un futuro.

Por la tarde tenía previsto volver a la biblioteca con fines bien distintos. Si había algún sitio en la ciudad en la que hubiera información sobre mi casa y los primeros propietarios, era ese, tal y como la asociación cultural repetía orgullosa en sus anuncios. No creía que me pudiera servir para escribir nada, pero necesitaba saberlo. Solo esperaba no encontrarme con ningún tipo de cementerio debajo de mi casa, ni asesinatos en ninguna habitación, ni las tonterías habituales. Más que nada porque no tenía otro sitio a donde ir.

Mientras almorzaba, traté sin éxito de ponerme en contacto con Chris. Me tenía francamente preocupado.

Al día siguiente me aplicaría los consejos de mi psiquiatra y me mantendría ocupado. No descuidaba la medicación y trataba de seguir las reglas. Con eso, y obviando las últimas hazañas de los aparatos eléctricos de mi casa, al menos no había vuelto a ver ni al niño ni a la mujer, y por la noche había dormido como un bebé por primera vez en años. Eso tenía que ser buena señal.

Yo había optado por la solución más sensata, pero temía la opción que hubiera tomado Chris. No se me ocurren las motivaciones que podría tener, pero su silencio no era en absoluto tranquilizador. Estaba muy afectado con la muerte de Ron y casi le da un infarto al ver a la mujer en el espejo de mi casa.

Mi manera de esperar volver a soñar con Mia había cambiado. Me faltaba el aire si me quedaba en que podían pasar semanas o meses hasta la próxima vez, pero siento una extraña gratitud de que el subconsciente me la devuelva. Empiezo a creer que es absurdo sentirse como una mierda al comprobar que es un sueño. Lo único que debería importar es que por un momento he vuelto a estar con ella.

La primera tarde de vuelta a la rutina me senté en un rincón apartado en la biblioteca, después de pedir en recepción todo lo que tuvieran sobre mi barrio. La idea era pasar la tarde con la nariz enterrada en libros, investigando a la antigua usanza.

Me hubiera sido más cómodo llevármelo todo a casa, si no fuera porque la televisión ya me sacaba de quicio. Mientras desayunaba acelerado, faltó de tiempo por una puntualidad innecesaria que me impuse, llegué a oír a Jimmy volviendo a hablar de la muerte de Ron, aprovechando para dejar caer que era amigo mío y que pocos días antes había estado aquí. Esta asociación conmigo le sirvió para anunciar, en un tono algo más suave del habitual cuando hablaba de mí, que había cancelado el contrato con Wreström; algo que todavía estaba por hacer. No había que dejar que la realidad anulase una exclusiva. Remató enumerando una serie de fracasos que había tenido la editorial, con lo que me enteré de que estaba cada vez más cerca de su cierre, detalle que había que coger con pinzas viniendo de quien venía. Por lo visto, había un par de agencias interesadas en comprarla. No pudo quedarse con las ganas de repasar también mi carrera, pasando un poco de largo por la muerte de Mia, algo que me sorprendió, porque habitualmente era lo que más le gustaba echarme en cara a través de la pantalla.

Y, cómo no, repitieron la historia de mi tratamiento psiquiátrico, con detalles nuevos. Parece que el factor «pueblo pequeño», donde cada habitante lleva dentro un pequeño Gran Hermano que le deja enterarse de todo lo que hago antes incluso de que se me ocurra, se extiende a niveles nacionales gracias a la televisión. Parte del equipo de Sullivan, despechados por un inoportuno despido, habían hablado para el programa. Me imagino a Jimmy frotándose las manos, excitado al verlos llegar a su mesa. Cuando oí su oferta directa de un reencuentro televisivo, apagué la televisión mandándolo a la mierda y volví a trabajar. Me ha costado, pero me doy cuenta de lo poco productivo que es ver la televisión. Puede merecer la pena si es para ver alguna de las series que se están haciendo en los últimos años. El resto es basura.

Me habitué a mi nueva rutina en menos de una semana.

El país estaba inmerso en la fiebre del consumismo que suponen los preparativos de cualquier fiesta. Desde que murió Mia, era otro día en el calendario, pero ahora suponía que Ann querría que fuera distinto. De ser así, debería ir poniéndome al corriente.

Un golpe seco de otro libro cayendo sobre el que ya tenía esperando me hizo levantar la vista. A modo de agradecimiento, sonreí a la recepcionista y volví a lo mío.

Lo del pueblo no era tanto como habría podido esperar y lo vi en una tarde, así que extendí la petición a los alrededores. El barrio antiguo, familias, industrias, cualquier cosa, por estrafalaria que pareciera a simple vista. Casualidad o no, conocí a la organizadora de la exposición, con un interés poco normal en mi casa. Tuve que improvisar que no tenía nada tan antiguo, escudándome en que la compré hacía pocos años. Para zanjar el asunto, reconocí que no sabía nada de Karen, esperando que no se la ocurriera pedirme un teléfono o una dirección. No obstante, me pidió que buscara entre las cosas del desván. Quedaría bastante mal negándome, y más si terminaba saliendo la razón por la que no quería subir al trastero.

Brian había tenido razón en parte. Al estar ocupado había estado menos pendiente de los ruidos del techo y de las sombras traicioneras que se paseaban por el pasillo y mi habitación, sobre todo por la noche. No había pensado en ello en todo el día. Eso tenía que ser buena señal.

Además, el estar ocupado me estaba agotando de una manera especial. Había dejado de descansar hacía mucho, y cierto que siempre o casi siempre estaba cansado, pero ahora tardaba mucho menos en dormirme. Al poco de meterme en la cama, llegaba a relajarme tanto que sentía que no podría moverme si quisiera. Mientras que antes el aburrimiento me hacía recurrir al mp3 primero y al iPhone después, que llegué a dejar debajo de la almohada, y fundía la batería durmiéndome con Guns 'N Roses, Bon Jovi y demás; ahora, como máximo en la cuarta canción, lo tenía que apagar para que Axl, Jon y compañía me dejaran dormir en paz.

Lo difícil era hacer que no veía las puertas que se abrían o cerraban solas. O decirme que la televisión cambia sola de canal o de volumen sin tocar el mando, porque sí. O no quedarme un momento congelado al entrar en la cocina y ver todos los armarios abiertos de par en par. Actuar como si todo aquello fuera la cosa más natural del mundo.

Me resultaba especialmente llamativa la pasividad de Ann. Era imposible que aún no hubiera visto nada. Ella ya pasaba poco tiempo en la casa después de su paliza inicial de limpieza, y, si había visto u oído algo, no lo había dicho.

Me estaba llevando más de lo que esperaba volver a acostumbrarme a las gafas. No tardaba mucho en empezar a dolerme la cabeza. Solo me hizo falta ver que era casi la hora de cenar para que mi estómago aprovechara la coyuntura y se quejase. La biblioteca estaría a punto de cerrar. Me extrañaba que no me hubieran invitado a irme todavía.

Me pusieron en préstamo de un mes los tres libros que me habían quedado por ver. De tapa dura, grandes y aparatosos para llevarlos a la vez, adiviné que me dolerían los brazos cuando los soltara.

El tiempo que tardé en llegar en autobús me despejó. Me vino bien para hacerme un sándwich para cenar. Ann había dejado una nota avisando de que pasaría la noche fuera. Después de cenar la curiosidad pudo más que el cansancio y empecé con uno de los libros que había llevado. No tardé ni cinco minutos en encontrar una fotografía de mi casa, la misma del cartel de la exposición. La había visto tantas veces que ya había dejado de impresionarme. La diferencia esta vez fue la nota al pie. Por fin, se presentaba al personaje principal.

Como me había imaginado, el tal Albert J. Erikson era el que pagó la construcción. Por el informe de la casa, se trasladó aquí con su hija en 1840. Su mujer, Alice, había muerto en 1815, al dar a luz a esa única hija de la pareja, Jane. Tenía un banco, por lo que era una de las principales fortunas de la ciudad. Murió a los pocos años de instalarse aquí, en 1852, como su hija y un niño, que se especulaba que era su nieto. Todos a tiros. La propiedad había pasado a una hermana de Albert, cuyos descendientes la habían mantenido hasta que la compré.

Fue un alivio que este primer libro con el que había empezado (y a pesar de que era un verdadero tostón) invitara a revisar otro que recogía más información sobre los Erikson. Como si pareciera calculado, lo encontré entre los que la bibliotecaria me había dejado en lista de espera, y por tanto, se había venido conmigo.

Tenía más fotos, y esta vez sí se la vio. Al menos le pude poner nombre a la mujer del cartel de la biblioteca. En el libro me la presentaron bien vestida y peinada, conteniendo una sonrisa que debería ser más amplia, si no fuera por la humildad y modestia que quedaba tan bien en las niñas de buena familia. Tendría unos quince o dieciséis años, según podía suponer de su cara redondeada y rasgos aún añados.

La historia que contaban en el libro era bastante trágica. Jane había vivido casi recluida como una monja desde que nació, ninguneada por un padre que posiblemente la culpaba de la muerte de su madre. Había recibido una educación poco más que básica, sin tener contacto con otros niños, por una profesora alemana que tampoco era el alma de la fiesta. Ese celoso encierro

al que la tenía sometida su padre solo variaba para conocer a los amigos, socios o como se les quisiera llamar de este. Se rumoreaba que en algún momento habría tenido una relación con alguien que seguramente sería del servicio de la casa o a quien el padre no consideraba apropiado para ella. Si antes se la veía poco, entonces prácticamente desapareció, como si ya estuviera muerta. Sin embargo, su cadáver apareció a la vez que el de su padre y el de un niño de unos seis años, muy parecido a ella. Años antes, Albert ya hablaba como si su hija hubiera muerto, y la mantenía encerrada ante las visitas, que, por otra parte, eran cada vez más escasas.

El triple asesinato, aunque solo se hubiera resuelto oficialmente, quedó como consecuencia de un robo, pese a que no faltaba nada de valor. Sin embargo, al ser uno de los hombres más ricos de la ciudad no era imposible, por lo que era la teoría más aceptada.

No había que ser un genio para suponer que el niño sería hijo de Jane. Casi podía ver la historia completa. En un momento dado, ella consigue saltarse el régimen carcelario en el que la tiene el impresentable de su padre, y efectivamente tiene una relación, con el «R» de la carta. A qué se dedicara es lo de menos. La cuestión es que la relación evoluciona hasta que ella se queda embarazada, algo que, por razones obvias, el padre termina descubriendo; y, ante su honor herido, pasa de un régimen carcelario estándar a una Alcatraz a pequeña escala. Años después, decide ponerle fin real a esa situación que tanto le daña el ego y se carga a Jane y al niño. Se emborracha, por arrepentimiento o por celebrarlo, y ante el marrón de tener que deshacerse de los cuerpos solo ve posible suicidarse para que a nadie se le ocurra hacerle pagar por los crímenes, como si eso fuera posible siendo quien era. Eso por no añadir que igual tenía enemigos, que esa gente los suele coleccionar.

Me daba cuenta de que prácticamente se escribía solo, y sería aún más fácil de vender. Jane se convertiría en una nueva heroína romántica, siendo igual a todas las demás, por supuesto. Uno de esos ejemplos en los que se cambia algo para que nada cambie. Una historia sencillita, para tías, para que se identifiquen con ella y lloren por su amor frustrado mientras se imaginan a sí mismas como protagonistas de otro triste cuento de hadas. Harían clubes de lectura en los que desgranarían la historia y sus personajes, queriéndole encontrar un sentido al argumento y las actuaciones que posiblemente no tengan nada que ver con lo que yo quisiera dar a entender, y mi legión de aparentes *fans* aumentaría para dar cabida a otro sector, que viene de leer novelas de forracarpetas.

Siempre me ha agobiado el tema «*fans*». Estaba más cómodo antes de tener contacto real con ninguno de ellos. Antes eran como un ente que estaba pero no se dejaba ver. Ahora resulta que hasta se habían intentado poner en contacto conmigo.

Sam me dio una pequeña caja llena de cartas manuscritas y correos electrónicos de *fans*. La editorial había facilitado una dirección a la que enviar todas esas cosas, para crear la ilusión de un contacto más real conmigo. Los primeros llevaban una fecha en la que aún estaría en el hospital.

No sé bien lo que me llevó a leerlos. Si fue el ego, el aburrimiento o la curiosidad. La cuestión es que lo que encontré me inquietó en su mayoría.

Me encontraba con seguidores más o menos desquiciados, supongo que como todo el que se dedique a algo parecido. A excepción de la chica de la cafetería, nadie ha llegado a límites preocupantes sobre la invasión del espacio vital, aspecto que no se puede pasar por alto desde lo de John Lennon. Pero hay gente que se considera con la capacidad crítica suficiente para decirme lo que tengo que hacer simplemente por haber comprado un libro que haya escrito. He recibido cartas en las que me dicen lo que tengo que escribir, o cómo tenía que haber desarrollado un argumento o un final. Que si esto debería eliminarse, extenderse más aquí, cómo te atreves a matar

a *mi* personaje, qué es eso de que no vas a escribir una segunda parte... Espero no haberme comportado así con nadie nunca, porque esa gente me da mucha lástima. A veces me pregunto qué estarán haciendo ahora. Si alguno se habrá dado cuenta de que hay vida más allá de *su* personaje o de la idea que tengan de mí.

Estuve a punto de consultar los perfiles en redes sociales que me dijo Sam, pero implicaba hacerse uno y decliné la idea. Preferí no exponerme tanto.

Era la época que peor llevaba del año. Poco después, el siete de diciembre, era mi cumpleaños. Pese a ser de escasa importancia, cuando no nula, siempre terminaba siendo especialmente difícil de aguantar sin beber para que al menos esté inconsciente. En mi defensa, quiero recordar que celebrar el cumpleaños es lo que está bien visto; no sé de ninguna ley que prohíba hacerlo solo. Puede que este año me viniera bien estar ocupado, o puede que al levantarme me diera cuenta de que en realidad no había cambiado nada, y que todo esto sirve para poco más que distraerme, sin solucionar algo que por definición no tiene solución.

Sam y Phill querían salir de la ciudad para celebrar Acción de Gracias, así que Sam decidió cerrar desde el miércoles hasta el lunes siguiente, cuando volveríamos con un trabajo delicado. La gran exclusiva de Jimmy no había caído muy bien en Wreström, y querían reunirse con nosotros cuanto antes, pero sin echar a perder un día festivo, por supuesto. Teníamos algunas decisiones tomadas, que pensamos que beneficiarían a todos, así que no tenía por qué salir mal. Sin embargo, el hecho de que se hubieran enterado por un programa poco menos que sensacionalista no hablaba muy bien en mi favor.

Por otra parte, la idea de quedarme recluso en casa tantos días seguidos no me atraía lo más mínimo. La nueva medicación tenía algunos efectos positivos, pero no hacía desaparecer la realidad. Hablar con Chris, aunque solo fuera para comparar estados mentales, me habría ayudado mucho; pero no sabía cómo localizarle. No estaba en su casa, no contestaba al teléfono ni a los mensajes. Tanteé un poco el terreno llamando a su madre, pero me dijo que solo había pasado allí una noche y que para ellos también estaba desaparecido.

Pensé en aprovechar para pasar más tiempo en la biblioteca, pero evidentemente también era festivo para ellos, y, aunque aún abrían el miércoles, lo hacían solo hasta el mediodía, cuando cerraban hasta el lunes siguiente. El martes anterior a las mini vacaciones, llegué a la oficina esperando con que algo les hubiera hecho cambiar de opinión, pero no tenía tanta suerte. Discutir los contras de tomarse libre tantos días seguidos me habría llevado a dar demasiadas explicaciones, por no hablar de mis dos años sin trabajar me dejaban sin ninguna autoridad para exigir ahora trabajo de nadie en un día festivo; así que acepté con resignación.

No me sorprendió que Ann quisiera hacer una cena típica, aunque solo fuéramos a estar nosotros. Yo era la única familia que tenía en miles de kilómetros a la redonda y no pude negarme. Además, con eso de que estaba a un paso de que le admitieran en el reparto del musical, se suponía que tenía algo que agradecer.

Ann siempre ha sido muy tradicional en lo que a fiestas se refiere. No le importa el trabajo que conlleva una cena así, tanto el previo de preparación como el de después para recoger. Menos mal que no es de las que empalman la noche de Acción de Gracias con el Viernes Negro, haciendo cola toda la noche para pegarse con otra por un triste jersey. El miércoles me hizo madrugar para acompañarla a hacer la compra y porque la tarjeta estaba a mi nombre, pero eso no lo dijo. Estaba intentando devolverme a un estado social mínimamente normal, así que supongo que no debía quejarme.

Le pregunté si había invitado a alguien más que hubiera conocido. Era muy sociable y no me hubiera extrañado que ya se considerase amiga íntima de decenas de personas. Pero su respuesta

fue negativa. Puede que eso también influyera en que quisiera simular una cena de Acción de Gracias tradicional con su amargado hermano, en lugar de divertirse por su cuenta, que hubiera sido lo normal.

Después de comer, se quedó encerrada en la cocina, preparando la cena. Me temí un experimento, o algo que quisiera emular el de mi madre o el de Mia, pero la verdad es que me sorprendió gratamente. Hizo el relleno con una pasta de nueces y avellanas, y la clásica guarnición de verduras y patatas cocidas. Hasta se molestó en hacer puré de patatas natural. Fue lo mejor que he comido en meses. Bueno, para ser exactos, desde el accidente.

La cena me ayudó a coger el sueño con asombrosa facilidad.

Creo que nunca olvidaré esa noche. Sus sueños hacen que me acuerde hasta de los detalles más ridículos, como los días de grandes catástrofes.

Me vi subiendo unas escaleras, oyendo el crujido de la madera bajo los pies, como si fuera real. Era un sitio oscuro, con manchas y huecos de la pintura que se había caído y un pegajoso olor a moho. Me pregunté cuántos años tendría el edificio. Siempre me han gustado esos edificios viejos; les encuentro un aire romántico. Siempre que estuviera en buen estado, claro. Eso de que esos bloques de casas parecen un nido de drogadictos, borrachos y prostitutas, resulta un tópico en la mayoría de los casos.

Me encaré con una puerta en el segundo piso y llamé. De esa manera extraña de los sueños, sabía a dónde iba. Abrió una chica joven, que se hizo a un lado, invitándome a pasar diciendo solo que estaba encantada de «conocerme por fin», antes de salir de la casa.

Era absurdo, pero solo pude pensar en que esperaba que no se hubiera olvidado de la hora a la que iba a llegar, porque no me hacía ninguna gracia esperar solo en una casa ajena, aunque fuera para esperarla.

Llevaba solo unos segundos allí, aguardando en medio del humilde salón, con un par de puertas que llevarían a las habitaciones y al cuarto de baño. Todas estaban cerradas, hasta que se abrió una y apareció al otro lado.

Mia me sonrió antes de salvar la distancia que nos separaba y echarme los brazos al cuello. Me volvió la vida cuando la abracé.

Solo unos segundos después, la estaba desnudando en la habitación de la que había salido.

—Te he echado de menos—dijo algo después, cuando se tumbó a mi lado, subiendo la sábana hasta cubrirse el pecho—. Hacía ya tiempo de la última —no tanto. Se me ha hecho largo, pero ha habido precedentes peores.

—A mí me lo vas a decir...

—¿Qué vas a hacer con lo de Sam?

Era de lo que menos me apetecía hablar, porque no pintaba nada.

Estoy seguro de que se me puso cara de bobalicón y tuve que contener la risa, como si todo fuera real.

Cualquiera diría que Mia era físicamente tan normal que resultaba invisible. No era el bellezón que te hacía girar la cabeza si se cruzaba contigo en la calle, pero tenía algo. Sus ojos de color miel se volvían más o menos oscuros dependiendo de la luz. Un absurdo complejo con sus dientes hacía que sonriera curvando los labios hacia abajo, tratando de esconderlos. Como si hubiera estado diseñada a propósito, el pelo castaño claro, largo y con alguna onda que rompía el liso le caía desordenado por la espalda, con un mechón que le acariciaba el rostro. Por un segundo me acordé de cómo era verla salir de la ducha envuelta en su toalla, con ese pelo cayéndole empapado por la espalda, parando el mundo como si fuera una aparición divina.

—No lo sé —contesté cuando insistió, tumbándome boca arriba. Me removí algo incómodo bajo la sábana. Siempre me llama la atención la sensibilidad que uno gana cuando está desnudo, incluso en esas circunstancias.

—Yo creo que te vendría bien. Y suelo tener razón.

—No se trata de que no quiera hacerlo. Es que me he quedado sin nada que decir —dije,

pasándole los dedos por la mejilla, llegando con el pulgar a los labios rosados, suaves, preciosos —. Estoy mejorando, pero... no es lo mismo que antes. Editar siempre es más mecánico que hacer algo nuevo.

—Pero echas de menos escribir.

—Una cosa no quita la otra. ¿Qué voy a escribir? ¿Sobre zombis? ¿O más vampiros? ¿O un Hemingway cazador de extraterrestres?

—O San Pedro. La Iglesia te pondría a parir, con lo que venderás hasta aburrirte...

Me reí solo de imaginármelo. Su planteamiento en sí no era del todo malo, al menos desde el punto de vista comercial. Nada como que una institución más o menos potente te censure para que te hinchas a vender.

Mía se incorporó, quedando casi encima de mí. Cuando me besó en la frente tuve que contenerme para no cerrar los ojos.

—O sobre alguien que prefiere no tener que despertarse —Mía se rio entre dientes, como para sí misma. Le pasé las manos por la espalda. Me hacía volver a ser consciente de mi cuerpo, como si recordara que lo tenía. Lo mejor de todo eso es que podría ser muy real. Las sensaciones son las mismas que si lo fuera, así que se podría decir que volvía a estar con ella.

—Podrías cambiar de género —volvió a tumbarse sobre su costado. Me giré para seguir frente a frente y mis manos la buscaron en seguida por debajo de la sábana, hasta que una se apoyó en su cadera.

—Esto es lo último que me queda.

—Pero puede venirte bien.

Me escocían los ojos, pidiéndome a gritos que los cerrara. Un nudo me obstruyó dolorosamente la garganta. Mía me cogió la cabeza y me atrajo hacia sí, dejando que la apoyara en su pecho. Apreté los brazos en torno a ella, como si pretendiera que sirviera para sujetarme en ese estado. Respiré hondo varias veces hasta que conseguí que los ojos dejaran de dolerme. Tenía que alargarlo todo lo posible. Esta vez no había pasado tanto tiempo, pero en realidad no sabía cuándo volvería a tenerla.

Si es cierto eso de que todos tenemos un lugar en el mundo, aquel era el mío. Con la mayor cantidad posible de piel en contacto con la suya y sus brazos en torno a mí.

—Todavía no puedo creerme que sigas igual —me oí decir—. A veces no me acuerdo de tu voz, o del color exacto de tus ojos. Y entonces apareces —el gesto endurecido de repente de Mía casi me adelantó lo que dijo.

—Cada vez nos vemos menos, y no tendría por qué haber pasado nada. Pudiste evitarlo, y no te olvidarías de nada —contestó en un susurro. No podía cerrar los ojos bajo ningún concepto. Me abracé más a ella—. Lo bueno es que siempre estaré igual y que ahora sí puedes decir que estaré siempre.

Si me quedo así, no tardará en desaparecer. Será como si me durmiera y me despertaré en la realidad. Esta vez, al menos, lo hice con una media sonrisa. Había vuelto a verla, y eso era lo único que importaba.

De hecho, seguí viéndola sonriéndome desde la ventana.

Aquel Viernes Negro estuvo marcado por el luto nacional. Un Union Pacific había descarrilado cerca de la estación de Chicago el día anterior por la mañana. Una tragedia de la que casi todos los programas de televisión supieron sacar jugo, explotando los dramas personales de los fallecidos o los heridos más graves, que aumentaban conforme pasaban las horas.

Casi me sentí culpable por tener la sonrisa bobalicona pegada a los labios. Todo el país de luto, con concentraciones espontáneas en casi todas las ciudades, misas multitudinarias, los

fallecidos superando el centenar al mediodía, famosos dando el pésame en las redes sociales... Y yo pensando solo en que había visto a mi novia muerta mucho antes de lo que había esperado.

La tragedia influyó en el Viernes Negro tradicional, haciendo que cientos de tiendas en todo el país decidieran adelantar el cierre un par de horas. Ann estuvo para desayunar, pero después de comer decidió salir a ver unas compañeras.

Igual que mantenía fresca en la mente el sueño, también persistía y se negaba a desaparecer lo que había visto al abrir los ojos. Había durado solo unos segundos, y el escaso tiempo que había pasado desde entonces me había permitido enfocarla con otra perspectiva, mucho más fría. Internet es una fuente inagotable de información, solo hay que saber dónde buscar y distinguir la información útil de la simple paranoia o delirio de erudición de quien se cree más listo de lo que es. No basta con hacer una búsqueda estándar en un buscador; no porque en menos de un segundo facilite cientos de miles de resultados significa que ni siquiera la cuarta parte de ellos sean útiles. Y para distinguir, solo hay que tener paciencia.

No tardé en leer lo suficiente como para darle la explicación racional que necesitaba para lo que había visto.

La figura de Mia que se recortaba con toda claridad frente a la ventana, mirándome, se desvaneció lentamente cuando me levanté al verla sonreír. Resulta que hay veces que uno puede despertar de un sueño demasiado pronto, como si hubiera un proceso burocrático para despertarse que el individuo se saltase. No es que sea una operación matemática, pero eso puede generar una especie de proyección que hace que se vea en la habitación una figura que no debería haber. Hay incluso una especie de colección de las figuras más frecuentes. La propia página web advertía que «el sujeto» puede confundirlo con una alucinación o una visión paranormal, pero lo descartaba con escepticismo y argumentos sólidos de psiquiatras forenses, cuyas identidades podían comprobarse perfectamente.

Al tratarse de una página web de psicología clínica, me pareció lo bastante seria como para darle mi credibilidad de analfabeto total en la materia. Por otra parte, me alivió encontrar comentarios de personas que decían convivir con esto desde la infancia, que se lo tomaban con una naturalidad que me pareció pasmosa, pero que también me confirmaron que lo que me había ocurrido a mí no tenía tanto de extraño como cabría esperar en un principio.

Satisfecha mi curiosidad, me quedé con lo que me importaba: que no estaba loco. Ni había sido una alucinación. Y, de propina, había estado con ella. Después decidí pasar la que iba a ser mi primera tarde de encierro en solitario repasando lo que había sacado de la biblioteca. Me quedaba el ordenador de sobremesa, más antiguo y lento que el que me cargué cuando el iTunes del portátil se volvió loco, pero al menos servía para tener banda sonora.

Curiosamente, me apañaba mejor con los libros que con internet, puede que fuera porque había trabajado con ellos más tiempo que con cualquier dispositivo electrónico. La cuestión es que me resultó bastante fácil encontrar casi toda la información que quería. Tomé notas hasta que me dolió la mano.

Albert Erikson, de talante conservador, como casi toda la aristocracia de la época, procedía de una familia de emigrantes noruegos que llegaron al futuro Estados Unidos en el siglo XVII. Apenas había documentación, pero sus primeros pasos los dieron en la todavía colonia de Carolina del Sur. El patriarca, Olaf, aparece como propietario de una pequeña plantación algodonera. Me llamó la atención que no hubiera documentación sobre él anterior a la compra de dicha plantación, pero no le di mayor importancia porque tampoco me parecía relevante en ese momento. Probablemente se habría perdido.

La familia participa activamente en la Guerra de la Independencia, sabiendo jugar sus cartas

para asegurarse de quedar siempre en el bando ganador. La política, y sobre todo el dinero, crean un compañerismo cuanto menos curioso. Cuando se gana la dicha guerra, los Erikson ya son una de las primeras fortunas del nuevo país. No hay que ser muy listo para suponer lo que la expansión al Oeste sería para Gustav Erikson, el padre de Albert. Sus extensos terrenos familiares apenas habían sufrido daños, así que en seguida pudo vender su algodón a los telares ingleses. Nada como un buen negocio para que desaparezca cualquier rencor.

Pagó para que su representante defendiera su derecho a traficar con seres humanos, como tantos otros señores considerados respetables por sus semejantes. Lo máximo que consiguieron, que juzgaron suficiente, fue la moratoria de veinte años que se concedió a los estados esclavistas, en la ilusa idea de que la esclavitud desaparecería por sí sola. No hace falta leer cómo se tomarían la decisión del Congreso de prohibir la esclavitud en el Oeste cuando Jefferson compró Louisiana. Curioso que lo hiciera un presidente esclavista.

El hermano mayor de Albert, Frank, fue de los primeros en prestar su apoyo financiero al bando sureño que se sublevó contra el gobierno de Lincoln y que llevó a la guerra civil. Murió al poco de empezar la guerra en extrañas circunstancias, momento en que Albert heredó la fortuna familiar y se desentendió del conflicto. Al verse en el bando perdedor, no dudó ni un momento en invertir todo lo que pudo en salir de Carolina del Sur e instalarse en Maine. Empezaba de cero, pero en poco tiempo conoció a Alice M. Elliot, la única hija de un importante empresario maderero del estado. Se entendió mejor con su suegro que con su esposa, con la que se limitó a casarse y hacerle una hija que la mataría en el parto: Jane.

Su suegro creyó más oportuno legarle su fortuna a él que a su nieta. En su testamento, llegó a desearle a su colega y heredero que tuviera los hijos que permitieran salvar el legado de ambas familias, dando por sentado que Jane no heredaría otra cosa que no viniera fruto de su matrimonio.

La herencia, oportunamente cobrada, se dilapidó en cuestión de semanas en cubrir las deudas que había contraído al instalarse en la ciudad. Con su nuevo banco empezando a funcionar, pudo emprender la construcción de la que hoy es mi casa.

Jane tendría entonces quince cuando las obras se dieron por concluidas. Sería la edad casi idónea para ser presentada en sociedad, la forma elegante de sacar a una mujer al mercado. Albert no había vuelto a casarse, por lo que tampoco tenía un heredero, al menos legítimo; por lo que debería haber sido el primer interesado en conseguir un braguetazo rentable para su hija.

No entiendo entonces cómo le sentó tan mal que tuviera un hijo. Entiendo que un hijo ilegítimo chocaría frontalmente contra los aires de realeza que se gastarían; pero lo lógico sería que al final hubiera primado el sentido práctico. Tenía un heredero varón, que era lo que quería, sin tener que lidiar con otro hombre en la familia que le haría sombra más temprano que tarde. Que fuera un niño le permitía, además, amoldarlo a su antojo; lo que le reportaría más poder en su pequeño universo.

No le encontré el menor sentido a que se le cruzaran los cables y se los cargara. Es más, tenía aún menos sentido que después se suicidara. Su manera de actuar, que le venía en los genes, había demostrado ser mucho más fría como para llegar a tanto. No tenía que preocuparse de que le pillaran e inculparan. Su familia y él mismo habían sido expertos en librarse de marrones parecidos.

La fortuna de los Erikson, basada en uno de los primeros bancos del país y acciones en plantaciones en el sur, heredadas desde su llegada a este lado del mundo, se repartió entre tías y sobrinas de Albert. Con el reparto, fue solo cuestión de apenas dos décadas que todo el imperio quedara reducido a algunas casas. La mía había sido la última propiedad de la que se deshizo la familia.

Desde luego, el linaje entera daba para escribir un buen libro, si se hacía bien. Y si no, siempre podía acabar de culebrón.

En cualquiera de los dos casos, salía ganando; puede que incluso se me pagara más con el segundo. Se me iluminó la bombilla como hacía tiempo que no lo hacía y me propuse empezar con ello en cuanto pudiera.

Sobre las diez de la noche tuve que tomarme un descanso por el punzante dolor de cabeza que me había producido tantas horas de lectura. Había empezado después de comer y solo había parado para ir al servicio o beber agua.

Me obligué a separarme de la mesa de trabajo y sentarme frente a la televisión, en espera de que las dos pastillas hicieran su trabajo.

Oportunamente, hubo alguien que consideró que tenía que impedirme descansar. El teléfono sonó estridente. Solo lo descolgué por que dejara de sonar, suponiendo que sería Ann. Sin embargo, se presentó una tal Julie Carrson, que dijo trabajar en el programa de Jimmy J., uno de los que tienen una cruzada personal contra mí.

—No sé si ha visto últimamente el programa —tanteó la mujer.

—No. No veo mucho la tele.

—Ya —se lo creyó. Noté que se cohibía ligeramente—. Bueno, el motivo de mi llamada es saber si estaría dispuesto a concedernos una entrevista.

A estas alturas, pocas cosas hubieran podido sorprenderme; pero me quedé a cuadros.

—Soy consciente de las críticas que hemos vertido sobre usted los últimos meses —se apresuró a añadir, antes de que tuviera tiempo de gritarle, si esa hubiera sido mi intención—, pero debe saber que hay un verdadero propósito de reconciliación por nuestra parte.

—Todo eso está muy bien, pero no entiendo a qué viene. ¿Qué preguntas harían? —Según lo dije, me di cuenta de la lectura que podía tener aquella pregunta, pero ya era demasiado tarde—. Quiero decir que no tengo nada nuevo que contar.

—Bueno, está lo de su antigua compañía, además de la agencia por la que ha fichado ahora. Tenemos espectadores que le siguen y que están interesados en sus planes —no supe lo que responder, y Julie aprovechó mi silencio—. ¿Nos concedería una entrevista?

—Depende.

—El programa está dispuesto a pagar hasta cinco mil dólares —sabía que seguramente ofrecerían algo más. Nunca eran generosos en esas cosas y la primera oferta siempre era a la baja. Por otra parte, eso podía cubrir parte de la indemnización de Wreström—. Y si lo que teme son las preguntas, le puedo asegurar que no se entrará en terreno personal o privado.

No se me ocurrió ninguna excusa para rechazarlo. Si lo rechazaba sin dar una explicación lógica, lo usarían contra mí, sobre todo, habiéndome interesado antes que nada en lo que pudieran preguntar. Así que me conformé con conseguir algo de tiempo.

—Le agradezco el interés, pero ahora si no le importa estoy algo cansado. Tengo una migraña horrible. ¿Puede llamarme mañana?

—Claro, no hay problema.

Colgué dando las gracias y sin despedirme ni esperar respuesta.

Eché la cabeza hacia atrás y me froté la frente, aspirando a hacer un masaje de cerebro. Temí que Ann estuviera con el mendrugo que la había hecho venir. Los ruidos habían desaparecido, por lo que supuse que la tontería del espejo les habría alertado. Debería ir pensando en aparecer, se está haciendo tarde, y juraría que ha dicho que no iba a pasar la noche fuera.

No sé por qué soy incapaz de estar ni cinco minutos sin pensar en algo. Puede que se

considere hiperactividad, porque no creo que sea normal del todo. He pensado y especulado sobre lo que hablarían en la reunión que tendrían en privado Ann y mi psiquiatra. Hablarían de mí, claro, pero creo que entonces o también debería haber estado presente.

El teléfono interrumpió la cábala. Aunque el aparato no reconocía el número, y a pesar de que no suelo coger llamadas desconocidas o cuando no quiero hablar con nadie, descolgué. Recé porque, al menos, me llevase poco tiempo.

—Diga.

—¿Bruce? —Dijo Mia al otro lado, en voz baja, muy nerviosa—. Soy yo.

Un golpe seco en el pecho me cortó la respiración. Juraría que llegó a pararme el corazón una milésima de segundo.

No podía ser verdad. Hay millones de cosas que juzgamos imposibles cuando en realidad solo son muy improbables, pero el grado de imposibilidad de que me estuviera hablando por teléfono mi novia muerta era demasiado como para tomárselo con tranquilidad.

Tenía que ser Ann. Me estaba confundiendo. No podía ser otra cosa que eso.

Respiré hondo, conteniendo las ganas de gritarle por el teléfono. No es que no quisiera, ni que lo mereciera, porque se estaba pasando; pero era mayor mi deseo de no darle el gusto. Prefería hablar con ella con la cabeza lo más fría posible.

No podía dejar que se me metiera la imagen de Mia en la mente antes de tiempo; la tenía bien controlada, esperándome en la cama durante el día, y ahí tenía que seguir. Brian me había aconsejado mantenerme ocupado, y me dispuse a ser un buen paciente. Subí a la segunda planta y me metí en la ducha, muy caliente, para hacerme entrar en calor. No cerré el grifo hasta que no pasé del frío incrustado en los huesos al calor sofocante con el que me palpitaba todo el cuerpo.

Vi lo del espejo en cuanto abrí la cortina. Sabía que acabaría pasando aquello, pero eso no quitaba que casi me cayera en la bañera del brinco que pegué.

Entre la fina capa de vaho que cubría el cristal, un dedo fino había intentado escribir un mensaje. «I I I». Jane, o su supuesto hijo, ya se veían con la confianza de dejarme recados. En cuanto pensé en los dos pasando el dedo por el cristal empañado mientras me aislaba en la ducha, tuve que sacudir la cabeza. Lejos de sentirme paralizado como antes, noté cómo una corriente eléctrica me recorría de arriba a abajo, obligándome a moverme, a hacer algo, a no quedarme allí esperando que dieran otro paso.

Mientras iba por el pasillo con la toalla envuelta en la cintura, sin saber dónde meterme, una voz resonó en mi cabeza, sugiriéndome lo que podía hacer. Algo que había rechazado, que unas semanas antes no se me habría ocurrido, que tuve que contenerme para no reírme cuando me lo sugirieron.

Todos mis esquemas se estaban desmoronando. Todo lo que creía que era de una manera concreta y no cambiaba si no era por razones naturales desaparecía. Y, por más que trataba de mantenerlos en su sitio y orden original, estaba claro que esos esquemas tenían otros planes.

No creía en fantasmas ni en seres sobrenaturales de ningún tipo, ya lo he dicho. No soy capaz de creerme que haya entes en mi casa; no los ha habido hasta ahora, no tienen por qué aparecer. Es más, ni siquiera pido saber si debajo de mi casa hay un cementerio indio, colonial o filipino. *No-quiero-saberlo.*

Ya tengo bastantes problemas, no necesito que me den más.

Pero, por otro lado, sé lo que he visto, oído y sentido. No se trata de creer o no en lo que dice nadie, en su historia o en la persona; sino de mí. No puedo obviar lo que ha pasado. Puedo encontrarle sentido o aferrarme a una confusión propia, a una sensación o a un sonido, pero no a la imagen en el espejo y al mensaje que alguno ha dejado ahora. Si no puede ser, si es imposible, ¿qué es lo que he visto?

Y Mia. En mi escepticismo me parece aún más inconcebible la vida siguiendo en el mundo cuando algunos recibiríamos la muerte como una liberación, un merecido descanso. Igual es de

injusto desaparecer y que todo se pudra con nosotros. Me niego a creer que haya desaparecido. Necesito creer que está en alguna parte. No ha podido desaparecer.

¿Quién dice que no era ella la que me ha hablado por teléfono hace menos de una hora? Si una muerta de hace más de cien años ha podido escribirme en el espejo, ¿por qué ella no va a poder ponerse en contacto conmigo?

Antes esto no pasaba, era aún más imposible de lo que es ahora. Antes estaba muerta en el más amplio sentido de la palabra. No hace falta pensar mucho para saber cuándo había cambiado eso.

La noche del experimento de Ron con la ouija.

Entre la idea de esperar sin hacer nada y sacar ese tablero y echar una partida, elijo lo segundo. No me entretuve en armar ninguna parafernalia, porque no hacía falta. Me senté en el pasillo, pobremente iluminado, apoyé la espalda en la pared y empecé antes de que pudiera planteármelo un segundo más. Puse el dedo índice encima del máster, en el centro del tablero, y esperé en silencio, sabiendo que no hacía falta decir nada.

No sé cuánto tiempo pasó, pero estaba a punto de rendirme cuando el máster se arrastró tembloroso con mi dedo encima hacia el «SÍ» de la izquierda. Me dolía todo el cuerpo de la tensión y me costaba mantener la postura, pero aquella respuesta espontánea me confortó. Fue lo último que necesitaba para animarme a preguntar en voz alta hacia el pasillo aparentemente vacío.

—¿Me conoces?

SÍ

—¿Quién eres?

...

Tardé en atreverme a preguntar, pero me obligué a hacerlo.

—¿Cómo te llamas?

M.

Me dio un vuelco el corazón. Miré a ambos lados del pasillo esperando encontrármela al principio de las escaleras o al final de él. Pero, evidentemente, no podía tener tanta suerte.

—¿Dónde estás?

...

...
ADIÓS

Supongo que a eso se referían los que decían que había que dar la partida por terminada para evitar posibles consecuencias, como las que había tenido yo, por ejemplo.

Estaba como si me hubiera parado de golpe en mitad de una carrera. Respiraba entrecortadamente, con el corazón martilleándome todo el torso, y el pecho encogido exigiendo más oxígeno del que era capaz de darle. Me obligué a respirar en largas inspiraciones por la nariz, algo que me pareció insuficiente en las primeras.

No sé cuánto tiempo estuve tirado en medio del pasillo, pero cuando volví a moverme me dolía todo el cuerpo. Aunque se había comunicado de esa forma, me había servido para recordar su voz, y había podido oírla. Ahora no conseguía borrar la voz de Mía de mi cabeza; casi parecía que estaba a mi lado y siguiera hablando. Parecía haberse convertido en una especie de voz interior que nos dice lo que hacer o lo que pensar. Y ahora me aconsejaba acostarme.

Me arrastré hasta mi habitación, la que estaba más cerca de donde me había quedado, y me

acosté. Había sido un día demasiado largo y tenía que ponerle fin antes de que pudiera ver nada que no quisiera.

Soñé en blanco y negro, lo que me avisó de que no estaría. Fue bastante incómodo; quise despertarme toda la noche. Es una situación demasiado extraña la de estar soñando, saber que nada de lo que ves o haces es real, por más que lo sientas como tal; gritar que no quieres hacer algo que sin embargo sigues haciendo, como si estuvieras poseído y perdieras por completo el control de tu propio cuerpo.

Cuando me vi en las manos la caja de cartón de la ouija, conseguí por fin abrir los ojos.

Solo pude ver que eran las tres y cuarenta de la noche, porque casualmente quedé mirando el reloj de la mesilla, con sus chillones números en rojo. Eso, abrir los ojos, fue todo lo que pude hacer.

Comprobé alarmado que no podía moverme. Estaba inmovilizado hasta el punto de no poder parpadear. No pude llamar a Ann, que esperaba que estuviera por fin en casa, ni hacer ruido con la garganta sin necesidad de moverme, porque la parálisis afectaba hasta las cuerdas vocales.

Recordé lo poco que sabía sobre el movimiento. El cerebro da la orden, esta pasa al sistema nervioso que pone en marcha músculos y huesos, los cuales obedecen sin rechistar. Desde las manos a un simple parpadeo. O eso tenía entendido.

Me ordené moverme, llegando a imaginarme esa orden viajando como una especie de ráfaga de luz, saliendo de la base del cerebro a la columna vertebral y de ahí al brazo hasta la punta de los dedos que tendrían que temblar, al menos. En teoría, porque en la práctica mis músculos no se inmutaban de ninguna orden. No tardé en llegar a una conclusión que me aterró: si todo eso dependía del cerebro y seguía sin poder moverme, es que algo fallaba en el coco, o, en todo caso, en la columna. No tenía otra explicación.

No podía respirar todo lo que quería. De alguna manera que no me pude explicar, el pulso se me aceleró, pero no le siguió la respiración y el pecho se me encogió por la falta de aire.

¿Cuánto tiempo iba a estar así? ¿Por qué me pasaba ahora? ¿Y si no podía recuperar la movilidad? Que una mala postura hubiera restringido el flujo de oxígeno en el cerebro...

En plena histeria contenida, me di cuenta de que algo se arrastraba por el suelo de la habitación. Eran pies descalzos. Se acercaban a la cama, y no era para algo bueno. Cuando pararon, supe que se habían quedado a mi espalda.

En seguida noté con cierto asco mis propias babas en la almohada. La cama se hundió a la altura de mis calcetines, como haría si alguien se sentase.

Algo se movió alrededor de mis pies. Los buscaba. Nunca he tenido tantos deseos de chillar o de dar un salto de la cama.

Era demasiado evidente que estaba allí. Aunque no pudiera verla, sabía que estaba allí.

—No te asustes. El efecto pasa en seguida.

No hubiera podido moverme por más que quisiera. Por más extraño que fuera lo que había vivido las últimas semanas, la voz nítida de mi novia muerta llenando la habitación me congeló en la cama. Y, en cualquier caso, estaba completamente inmobilizado.

—Siento que hayas creído hasta ahora que estaba muerta y no haber podido contactar contigo antes. Es lógico que dudes de todo esto.

Solo pude pensar que el efecto se pasaría en seguida. Y que era provocado. Sentí un enorme alivio, porque entonces terminaría y recuperaría la movilidad.

—Es mejor que no te muevas. Pueden verte —dijo, como si oyera lo que pensaba—. Tienes que tener los ojos muy abiertos, Bruce. Nadie se te acerca por casualidad.

Pude cerrar la boca, y me di cuenta de que podría volver a hablar. Esperanzado, intenté mover los pies o las manos, pero eso ya era demasiado pedir.

De lo que había oído, algo seguía resonando en mi mente como si lo hubiera repetido. Había dicho que sentía que hubiera creído que había muerto. Eso llevaba irremediamente a que estaba viva. Era un alivio por razones obvias, pero al mismo tiempo me llevaba a muchas más preguntas.

—¿Por qué ibas a desaparecer así? —Pregunté, arrastrando las palabras, con la boca aún dormida.

—Me hicieron desaparecer. Aprovecharon que tú estarías en Cuidados Intensivos durante bastante tiempo y que creerías cualquier historia cuando pudieras salir.

—¿Quiénes?

—No puedo decírtelo. Seguro que, si lo piensas bien, llegas a la conclusión por ti mismo. Querían hacerte el daño suficiente como para que desaparecieras.

—¿Por qué iba nadie a hacerlo?

—¿Por qué? ¿Y por qué no? De hecho, no se han quedado solo en esto. Me pondré en contacto contigo cuando pueda. Te quiero.

Oí sus pasos en el suelo saliendo de la habitación y alejándose por el pasillo, aunque fue tan sigilosa que no pude deducir por donde desaparecería. Lo hizo antes de que pudiera rogarle que esperase a que pudiera verla, como si esperase que lo hiciera. Sin embargo, mi leve frustración es lo de menos. No hay que obcecarse en eso, porque cuando uno se obceca en lo minúsculo, pierde de vista lo importante.

La había oído perfectamente, la cama se había hundido bajo su peso, me había tocado. No eran ilusiones mías. No tengo tanta imaginación, ni capacidad para recrear algo tan vívidamente. No había desaparecido por la pared, ni se había desvanecido como lo hubiera hecho un fantasma o una alucinación. Se había ido andando por el pasillo.

Solo pasaron unos escasos segundos antes de que notara que los dedos empezaban a responder por espasmos, como si recibieran pequeñas descargas eléctricas.

En cuanto pude, me di la vuelta dando un salto en la cama.

Cabía suponer que lo que había dicho era real. Todo lo que había dicho.

Si estaba viva, no la había perdido. Podía verla y cabía la posibilidad de que en un futuro todo pudiera volver a la normalidad. Analizando lo que había dicho, llegué a la conclusión de que la tenían retenida contra su voluntad. Había pasado tiempo suficiente para que ella se adaptara a

la situación y ganara una escasa libertad. Y lo primero que había hecho había sido ponerse en contacto conmigo, sabiendo lo que yo pensaría.

Era evidente que mi parálisis había sido provocada, puede que por ella misma. No me explico del todo con qué fin, pero tendría sus razones. Había dicho que podían verme... La respuesta más obvia era que había cámaras en la habitación. O quizás en toda la casa.

Como si se hiciera la luz, los ruidos en el techo cobraban sentido. Un equipo de vigilancia, y más tan discreto como el que me habrían puesto, debería haber conllevado un importante trabajo de instalación. Era lógico que hicieran algo de ruido.

Incluso se podían explicar las visiones. En ese estado permanente de alerta y paranoia, una ráfaga de luz puede convertirse en cualquier cosa. Verían un filón en la ocurrencia de Ron.

Ron... ¿Estaría muerto también? Y en el caso de que sí, ¿habría sido la macabra casualidad que había creído hasta ahora o estarían detrás *ellos*? ¿Y dónde demonios se había metido Chris?

Fui a la habitación que ocupaba Ann. De repente, tenía la necesidad ineludible de asegurarme de que estaba allí.

Ni se enteró de que había abierto la puerta de su cuarto y encendido la luz. Siguió roncando como si estuviera sola en la casa. No se habría enterado ni de que alguien habría entrado y se había paseado por allí.

No habría entrado por la fuerza. Si la tenían retenida y se había escapado, como me daba a entender, no podía dejar una huella tan evidente como una cerradura reventada.

Los días siguientes apenas pude pensar en otra cosa.

A ratos, el hecho de estar drogado para inmovilizarme perdía toda la importancia. Me quedaba con que estaba viva y podía volver a hablar con ella y tenerla cerca de verdad, sin tener que esperar un regalo de mi subconsciente. Pero, por otro lado, si podían verme por las cámaras que había en casa, era lógico pensar que a ella también, luego ya no tenía ningún sentido que yo estuviera paralizado.

No sería tan simple. Por más que quise resistirme a ello, abrigué la esperanza de que pudiéramos volver a vernos de una manera normal, sin inyecciones paralizantes ni conversaciones susurradas. Fantaseé con que la siguiente vez que viniera me explicaría en qué estábamos metidos y qué expectativas de futuro podíamos tener.

Apenas valoré posibles riesgos. Alguien que hace desaparecer totalmente a una persona anónima durante años para perjudicar a alguien cercano debía tener poder suficiente como para quitarnos de en medio, literalmente. A estas alturas no me importaba lo que me ocurriera. No tenía absolutamente nada que perder recuperándola; todo lo contrario.

No quise elucubrar quién o quiénes podían ser ni hasta dónde podían llegar sus tentáculos. Mia me había dicho que me alejara de todos, dándome a entender que no había nadie en quien confiar al cien por cien. Tenía sentido que hubieran colocado gente a mi alrededor para controlarme sin llamar la atención. Pero que fueran absolutamente todos me parecía excesivo. Suponer quién sería un enemigo sin tener de dónde partir era como resolver una fórmula física de seis incógnitas sin ningún dato inicial. Por más que repasé las actitudes de todo el que tuviera contacto conmigo, no encontré nada fuera de lo común, para mayor frustración.

Seguro que ella sabría darme algún nombre, o al menos indicarme hacia dónde mirar.

De repente, todo se volvió tan lógico que no entiendo cómo pude pensar que había muerto. No llegué a ver su cadáver. Cuando me retiraron la sedación tras el accidente ya había una tumba con su nombre. No había querido ver ningún informe médico sobre el asunto, así que encima lo puse fácil.

Curiosamente, estoy más aliviado que enfadado. Han sido más de dos años en los que he

perdido la vida, sin haber hecho nada para merecerlo. Puede que ni siquiera las otras víctimas sean reales. He leído sobre la manipulación cerebral, por lo que sé que hay formas de crear recuerdos que no son reales. Puedo recordar el accidente con la viveza propia de una víctima, pero no tiene por qué haber ocurrido. O puede que sí se provocase el accidente y luego sencillamente a ella la hicieran desaparecer. De hecho, probablemente sea lo más fácil. La única pega que tendría son las hipotéticas víctimas colaterales, pero esas no tienen importancia. No para la clase de gente capaz de algo tan enrevesado como hacer pasar por muerto a alguien completamente anónimo solo para dañar a alguien que no lo es.

La cuestión es que ese factor amplía mucho el marco de sospechosos.

La pregunta que no conseguía sacarme de la cabeza era por qué querían hacer algo así. Mia no hablaba de temas incómodos, ni amenazaba intereses de grandes empresas. Y yo solo escribía. Si lo que querían era que dejara de hacerlo, no tenían más que boicotearme, como se ha hecho desde siempre con otros. No veo por qué es necesario matar a alguien o destrozarle la vida para silenciarlo.

Y, en cualquier caso, es injusto incluso para mentes retorcidas y antisociales como las que se me ocurren. Es caer demasiado bajo incluso para ellos. Desde que me conozco, no he hecho otra cosa que sobrevivir. Nadie me ha regalado nada, así que nadie tiene derecho a quitarme nada sin pagar por ello. Lo único que quiero ahora es saber quién o quiénes estaban detrás y cobrarme la deuda. Sí, ya, el ojo por ojo deja al mundo ciego. Eso también lo llevaba yo por bandera antes de que me hicieran esto.

El método de matar lentamente, como si el culpable se recreara en su perversidad, es propia de grandes empresarios. Me he metido bastante con los banqueros, pero no he sido el único, así que por muy obvio que sea no tiene sentido que ninguno esté detrás de esto. Siguen ganando demasiado porque sigue habiendo gente que incomprensiblemente se fia de esa gentuza, puede que por aquello de la admiración a los delincuentes; así que yo solo sería un tipo más de los que les hacen mala publicidad, motivada por experiencias e ideas personales que para ellos y quienes les sostienen siempre estarán injustificadas. Soy más insignificante que el polvo de sus zapatos. Habría sido más fácil que me atropellara un conductor que aparece de la nada y se da a la fuga, o que envenenaran el tubo de la pasta de dientes; por no hablar del juego que les ha dado las sobredosis de barbitúricos. Y son solo ejemplos fáciles.

Estoy de mejor humor. La expectativa de volver a verla en menos tiempo y de forma más real que antes ha provocado un cambio en mí del que es imposible no darse cuenta. He vuelto a ducharme y a limpiar voluntariamente, con lo que Ann no ha podido evitar preguntar qué me ha pasado sin que ella se enterase. No acaba de gustarme la situación en lo que respecta a ella. Preferiría poder contárselo. No puedo creerme que ella forme parte de todo esto, aunque su aparición haya sido tan oportuna.

No es que nadie deba saberlo; es que nadie tiene por qué. A ojos de cualquiera, yo simplemente estoy intentando retomar mi vida. Es fácil aparentar que no pasa nada cuando nadie pregunta, así que no tengo por qué hablar de Mia.

Brian está claramente sorprendido. Le vi poco después de la aparición de Mia y, aunque fue el único que pareció notar que le ocultaba algo, no preguntó. Lo que no entiendo es por qué aumenta las sesiones. De una a la semana, hemos pasado a tres: lunes, miércoles y viernes. Sigue cobrando lo mismo, así que no sé por qué quiere verme más.

Esto altera mi rutina de trabajo. Phill sigue empeñado en trabajar en la oficina con Sam, en un despacho que nos han habilitado. Empezamos cada mañana a las nueve, paramos a las doce, media para comer y retomamos a las dos, hasta las siete los martes y los jueves. Cuando tengo que

ir a ver a Brian, se deja a las cuatro y media.

Realmente, el trabajo que estamos haciendo es el de edición. No sé cuántas veces he leído y releído el maldito borrador estas últimas dos semanas. Phill ha dado muchas ideas y ha desarrollado personajes que se habían quedado a medio definir. Está haciendo un buen trabajo, tanto que me siento culpable de haber querido echarle cuando se presentó en mi casa sin avisar.

Sobra decir que los ruidos en mi casa, aunque continúan, no tienen la misma importancia que antes. Ahora es fácil fingir que no pasa nada. Aunque es incómodo notar unos ojos fijos en mí todo el tiempo que estoy allí, la explicación es mucho más terrenal que antes, y eso tranquiliza.

También he estado trabajando en el relato que me inspiró la historia de la familia que era antes propietaria de mi casa. El resultado son poco más de doscientas páginas que también corrige Phill, y que se publicará en unos meses bajo el sello de Sam.

He firmado un contrato cediendo los derechos de *El buen alumno* a HBO, algo que me parece caído del cielo. Lo único que he pedido es que se respeten los argumentos y que los guionistas se limiten a adaptar, algo muy diferente de imaginar historias alternativas. El que quiera escribir que lo haga, pero no cambiando algo que ya está hecho.

Y menos si es mío.

Tengo pendiente una visita a los estudios donde se va a grabar para conocer a los actores, al director y sobre todo a los guionistas.

Era una de las excusas en las que se había apoyado la ayudante de Jimmy para la entrevista, a la que terminé accediendo en pos de la promoción. La entrevista a la que me sometería sería parte de un programa especial basado en los escritores *best seller* de los últimos quince años, una especie de dossier de nueva generación de la ficción, y al parecer alguien consideraba oportuno incluirme.

Me habían adelantado que estaban a la espera de la respuesta de algunos que casualmente estaban o estarían en promoción en pocos meses.

Aunque puede que a uno en concreto le respetase más, no terminaba de gustarme ninguno. Los «libros para tías» se me hacen especialmente cargantes. Entiendo que gusten, son un género en sí mismo; pero pasé los días previos a la entrevista esperando que no me pidieran una opinión sobre sus trabajos, ni que tuviera que fingir lo contrario porque a alguien se le hubiera ocurrido la brillante idea de juntarnos a todos en una especie de tertulia literaria. Precisamente por eso tampoco dejé intuir que no me gustaría. Al fin y al cabo, estamos hablando de un periodista que tiene más de feriante que de reportero. Una buena pelea de egos le valdría meses de espectadores, y, si se lo montaba bien, un premio.

Otro detalle que me ponía nervioso era tener que encontrarme cara a cara con Jimmy después de todo lo que había llegado a decir de mí. No le había visto en persona desde meses antes del supuesto accidente. No rehuyó el encuentro y fue a buscarme cuando estaba en maquillaje.

Empezaba a notarse su pelea contra el tiempo. Supuse que sería cliente habitual de algún surtidor de *botox*. La palidez enfermiza destacaba sus labios, que parecían pintados sobre su piel tirante, así como sus ojos castaños, que parecían hundidos debajo de unas cejas anchas y oscuras. A pesar de su inevitable y conocido coqueteo con los sesenta, estaría convencido de que aparentaría veinticinco. Me habría gustado poder sacarle de su error y decirle que empezaba a parecer una caricatura.

Por lo demás, el trato fue cordial, incluso amable. Nadie habría dicho que había estado haciendo campaña en mi contra. En un momento dado, me pidió perdón por ello. Pese a que traté de sonreír y mantener el buen rollo, no pude evitar preguntar por el cambio en su actitud. De

alguna manera mi presencia allí manifestaba mi intención de que las cosas volvieran al estado anterior, que trataba de retomar mi vida profesional y que estaba empezando a pasar página. Jimmy parecía más nervioso que yo desde que había fingido la casualidad al encontrarnos en la sala de maquillaje.

—He estado dándole vueltas, repasando entrevistas y, aunque siga pensando que lo que hiciste fue muy grave, que no hay forma de justificar algo así... Creo que ya has pagado suficiente. No soy en absoluto partidario del ojo por ojo; creo que todo el mundo se merece tener una segunda oportunidad y volver a empezar. Si hubieras seguido como si nada, no estarías aquí; pero también me consta que has estado en tratamiento desde entonces.

»Por otro lado, se filtró que se iba a hacer este programa y nuestra página web se colapsó en pocas horas de gente pidiendo que contáramos contigo. Muchos toman tu cambio de compañía como señal de que vas a publicar en breve. Mira, sé que te habrá parecido que tenía una especie de cruzada o algo así contra ti, pero nada más lejos. Sencillamente, en ese momento me parecía mal que se obviasen las consecuencias del accidente. Es cierto que no fue premeditado, y llamarte asesino como han hecho otros es excesivo. Pero tampoco me parecía bien excusarte o defenderte... —levantó las manos con las palmas hacia arriba, en un gesto de impotencia—. No sé cómo explicártelo.

—Lo entiendo —y se había callado que había muerto gente por conducir borracho, al menos oficialmente.

—Si te parece bien, he pensado que podrías echarle un vistazo al guion de la entrevista antes de empezar.

Me dio un puñado de folios grapados. No me hizo falta mirar la última hoja para suponer que serían un total de unas quince o veinte páginas, escritas a doble espacio. No llevaría ni una hora de conversación si nos ceñíamos a ella. Eso no significaba que fuéramos a terminar pronto, pero me permitió esperar que no me llevase todo el día.

Sentí un nudo en el estómago al sentarme en el plató preparado. Lo reconocí como un plató que tenía la cadena para programas de relleno en los que solo hay que cambiar el decorado. Siempre me ponen nervioso los minutos previos, desde que me piden que me siente en mi butaca hasta que tengo al periodista delante y empieza la entrevista, con gente yendo y viniendo, escondiéndose detrás de paneles que parecían la pared. Son como los minutos antes de un examen, en los que quien se la juega hace más acopio de valor que un repaso mental. Cualquier pregunta que conteste sin leerla correctamente, pensando más en quitársela de encima que en hacerlo bien, le puede costar el trabajo de todo el curso. Una entrevista con un periodista que ha tenido una cruzada personal contra uno es más o menos parecido. Puede estar preparando un enfrentamiento; su gran momento. Tengo que centrarme en leer entre líneas para evitar llegar a tanto, aunque sea solo por echárselo a perder.

Deduje que era inminente cuando Jimmy se sentó en la butaca que había frente a la mía, ojeando las tarjetas mientras permitía estoicamente que una chica le pasase almohadillas de maquillaje por la cara.

—Bueno —susurró cuando nos quedamos aparentemente solos; todo el mundo se había retirado y empezaba a bajar el volumen a hablar—, ¿preparado?

—Cuando quieras —asentí.

El director empezó la cuenta atrás mientras el plató se terminaba de vaciar de gente. Jimmy empezó un monólogo mirando hacia la cámara, lo que me dio unos segundos antes de saber que me enfocarían. Tengo la relativa suerte de que uno de esos tipos a quienes les gusta mucho oírse hablar, de los que sueltan un discurso de quinientas palabras para decir la mayor tontería

imaginable.

—...sobran las presentaciones. Más de diez novelas publicadas, todas *best seller*, traducidas a veinte idiomas; número uno en Estados Unidos, Canadá, parte de Europa, Japón... ¡Bienvenido! —No me confié. Primero vienen los halagos para que baje la guardia y dejarme más desarmado cuando venga la puñalada. Hipócrita, sonreí inclinando la cabeza—. Y todo eso con menos de cuarenta años; ahora tienes treinta y cinco, con lo que eres considerablemente joven. Recuérdanos a qué edad publicaste tu primera novela.

—Con veinte años. Realmente la escribí un par de años antes, pero no me decidí a moverla hasta entonces.

—Veinte años... recién salido del instituto, de la secundaria, ese... universo... que siendo tan corto en el tiempo, influye tanto en la vida posterior de las personas —ay, Dios... ya empieza—. Y hay quien opta por desperdiciarlos en tonterías, buscando solo alimentar lo más simple del ser humano —habla como si estuviera recitando. Es típico de los que se creen que escriben bien, aunque estén equivocados. Normalmente, viene alimentado de una corte de empleados o los aduladores típicos («mi niño escribe muy bien...»), y a largo plazo es peor, especialmente para quienes tenemos que sufrirlos—. Y tú, sin embargo, empiezas a escribir. Es curioso. Cuando se pregunta a los escritores, profesionales o no, por qué empiezan a escribir, la mayoría, si no todos, coinciden en que tienen algo que necesitan dejar salir al exterior. En tu caso, ¿por qué empezaste? ¿Qué fue lo que te impulsó a escribir, a contar lo que llevabas dentro? ¿Cuándo empezaste?

En serio, no me creo que haya tanta gente como él dice escuchándole embelesado cada discursito.

—Empecé cuando me enseñaron, sobre los seis años, como todo el mundo...

—Bueno —interrumpe con su odiosa sonrisa de «te callas, que este plató es mío»—, todo el mundo siempre que tenga acceso a la educación...

—Claro. Lo que quiero decir es que empezar a escribir es algo muy abierto. Como cuando preguntan a los cantantes cuándo empezaron a cantar y la mayoría, si no todos, contestan que en el colegio. Cuando a todos nos hacen cantar en el colegio, siempre y cuando tengan acceso a la educación, claro.

No sé cómo fui capaz de contestar en un tono tan neutro y casi sonriendo.

Me sonrió abiertamente, pero era la típica sonrisa que te perdona la vida. Cree que he intentado quedar mejor o por encima de él, y eso este tipo lo lleva muy mal.

—Lo que quiero decir es que no tiene por qué haber una razón concreta. Quería hacerlo y punto.

—Sí, bueno, pero alguna razón habría. Es cierto que a veces hacemos algo sin saber muy bien por qué, que no hay un motivo concreto y único —vaya, y yo que creía que era porque teníamos algo que necesitábamos dejar salir—. Pero es lo habitual. Cuando he entrevistado a más autores, mejores o peores, los más vendidos a nivel mundial —se le llenó la boca, y creo que hasta se empalmó al pensarlo—, la mayoría coincide en eso. Pero es verdad: hay ocasiones en las que no tiene por qué, que está muy bien también. Volviendo a esa etapa de tu vida; la publicaste con veinte años, siendo apenas un adolescente —claro, un niño Disney, no te jode—. Pero la habías escrito ya antes...

—Cuando salí del instituto, sí —osé interrumpirle, y me echó una mirada de odio contenido que supo vehiculizar muy bien.

—Porque hay que recordar que saliste del instituto a la fuerza, digamos. Tus padres murieron y dejaste los estudios para hacerte cargo de tus hermanos —en lugar de ir una asistente social. Por donde vivíamos no venían mucho; siempre son más cómodas las visitas a los barrios

de clase media—. ¿Cómo fue aquello? ¿Qué supuso para ti ese golpe tremendo que te mete de cabeza en la vida adulta? Ahora, con el tiempo, ¿cómo lo recuerdas?

—Ahora, con el tiempo, sigo prefiriendo que no pasara. En realidad fue muy poco tiempo. Creo que fueron unos dos años o incluso menos. Y, por alguna razón, he olvidado casi todo. Puede que por la rutina o porque sea una especie de mecanismo de defensa cerebral que hace que apenas lo pueda recordar. No voy a decir que no lo pasáramos mal, pero tampoco quiero que parezca que estábamos en una historia de Dickens. Puede que me haya influido a nivel subconsciente, pero no ha sido ni de lejos mi intención. No me puse a escribir esa novela para desahogarme, ni para dar salida a mi frustración ni nada parecido.

Respiró hondo, como si se armara de paciencia. He hablado más que él... y con más contenido, además.

—Y un buen día te llama Wreström Books y te cambia la vida, te da un giro de ciento ochenta grados prácticamente. ¿Qué pensaste en ese momento? Ese momento, ese instante, en el que ves físicamente tu libro en una librería, que lo puedes coger, hojear... ¿Cómo fue?

De pronto, me vino a la cabeza un anuncio que preguntaba por el olor de las nubes.

—Vértigo. No sabía cómo me afectarían las críticas, por mucho que mi entorno hablase bien del libro, y a veces es más cómodo no exponerse.

—¿Y cómo te afectaron las críticas negativas?

—Entendí desde el principio que no podía gustarle a todo el mundo, así que no me atormenté demasiado. Me centré en las opiniones que me parecieron constructivas y traté de aplicármelas.

—Muy maduro. Muchos, en cualquier ámbito, a esa edad tan temprana no lo habrían asimilado así. Y ahora siento hacerte esta pregunta, pero es obligado —como se le ocurra mencionar a Mia, no sé cómo voy a reaccionar—: ¿cómo ves a Wreström Books?

Parece una tontería, traída por la actualidad y porque he publicado siempre en esa editorial; pero en realidad me la juego mucho con la respuesta. Es de las más peligrosas, porque estoy seguro que tiene gente pendiente hasta de mi pulso para sacar todas las interpretaciones posibles de mis respuestas, y si puede derivar en una tensión mediática que termine perjudicando mi negociación con la compañía o las futuras ventas.

Estaban perdiendo autores casi a diario, hasta el punto de que la estábamos dejando al borde de la quiebra. Esa misma mañana se había sabido que un importante jeque árabe había invertido millones en la compañía. Se contó como una gran noticia, claro, el remonte heroico de la agencia cuando estaba prácticamente agonizando, cuando en realidad estaba comprando barato.

Improvisé la respuesta más diplomática posible sin haberlo previsto, confiando en que sería difícil de tergiversar.

—Sé cómo suena esto después de haberme ido, pero es una pena. Casi todos los libros que he tenido siempre son de Wreström. La desaparición de algo que forma parte de tu vida es bastante triste. Espero de todo corazón que se recuperen. Hay gente muy trabajadora allí, perfectamente capaces de sacar la editorial adelante.

—Hablemos ahora de tu obra. Menos la literatura romántica, has publicado en todos los géneros. En confianza, te aseguro que la mejor para mí es *El buen alumno* —había perdido la cuenta de todas las veces que había oído eso, y no lo entendía porque no comparto esa opinión—. Y al saber que no hiciste estudios universitarios me gustó aún más, por el trabajo que llevaría de investigación. Porque se habla de la novela histórica con mucha ligereza. Hollywood ha hecho mucho daño y hay quienes se toman esas producciones llenas de... testosterona y cosas que sobran...

»Por ejemplo, yo como espectador no necesito que el protagonista aparezca fornicando cada dos por tres o que las actrices salgan desnudas cada pocos minutos. No me parece que aporte nada, salvo distraer del objetivo principal que debería tener cualquier película o serie, porque se están haciendo series que parecen películas en todos sus aspectos —a ver si me entero de lo que me quiere preguntar—. Y nos creemos en seguida que las mujeres romanas se paseaban desnudas por la calle, y lo dudo mucho. Pero a lo que iba: tú no acabaste la secundaria y aun así hiciste un trabajo de investigación que ya quisieran en Hollywood. En un caso así, la parte creativa va un poco en subordinación de la más fría, de la investigación. ¿Cómo fue el proceso de creación en esa novela?

—Pues primero se me ocurrió la idea principal, con su momento histórico. Y luego la etapa de documentación... —Para su desesperación, me encogí de hombros, haciendo una mueca, como si me hubiera llevado una tarde de trabajo relajado— como cualquier otro tema. Además, tengo entendido que cualquier autor, incluso los más vendidos a nivel mundial, llevan a cabo un trabajo de investigación sobre lo que quieren escribir. La historia nunca ha sido mi asignatura preferida, y puede que por eso me costase un poco más, a nivel de voluntad, decir «voy a leer a tal autor, porque por su currículum me parece el más apropiado, y a tomar apuntes y etcétera».

»Pero tampoco creo que a todo el mundo le entusiasme todas las facetas de su trabajo todos los días. Creo que ha sido la novela de la que mejores críticas me han llegado y me halaga, pero para mí no ha sido ni más difícil ni fácil a priori. En realidad, la base de la novela es muy clásica, y hubiera encajado igual en casi cualquier otro entorno. La documentación en sí tampoco es especial. A la hora de documentarse para un libro da igual que sea la etapa colonial, la psicopatía, sociedades secretas, economía...

—También, además de la historia y del trabajo de documentación, hay unos personajes muy trabajados. Aparte de los protagonistas, o los dos o tres personajes principales que se ven involucrados en mayor medida en la trama principal, tienes toda una red en torno a ellos de personajes secundarios que están tan trabajados como los principales. Todos tienen su propia historia, su carácter propio, sus propias tramas que se cruzan con la principal... Para mí, ese es otro valor añadido. Porque luego, muchas veces, en las listas de los más vendidos encontramos novelas que se venden muy bien, que luego se adaptan al cine, pero que tienen un protagonista o dos y están rodeados de otros que parecen meros espectadores de excepción. Esa imagen, desde fuera, a mí me parece surrealista. No me llega igual una historia así que otra en la que todos los personajes, o la mayoría, tengan algo de especial. A la hora de planificarse, ¿eso es aparatoso?

—Desde luego, es más difícil que esos otros que comentas. A mí tampoco me gustan —por una vez, ha tenido razón.

—Precisamente, te quería preguntar también por el último personaje especialmente fuerte que nos has dado: August Forman. Has dicho más de una vez que prefieres a los personajes... «impopulares», por así decirlo, no el típico héroe. ¿Hay algo que te inspirara especialmente para August?

Fue una porción de tiempo tan minúscula que no se puede medir. Recordé la voz de Mía advirtiéndome de lo que había hecho, y en lo que había derivado, con tanta nitidez que creí que la tenía a unos pasos detrás de mí. Tenía sentido que Jimmy estuviera con ellos, y esa pregunta, aparentemente inocente, podía estar tan envenenada como para matar a alguien que respirase cerca.

—Son los nuevos malos. Antes teníamos a los nazis, los comunistas, extraterrestres, perturbados variados... Y ahora, ellos. Pero si me preguntas por alguien en particular, no ha habido nadie. Aunque, evidentemente, he podido ver actitudes en cierta gente que cuando estaba

trabajando en él pensé que encajaban con el personaje.

—¿Por qué siempre hay personajes de ese tipo protagonizando tus novelas?

—Cuando empecé la primera iba a ser más tradicional, con el héroe típico que se queda a la chica, etcétera. Era una fórmula segura, pero me di cuenta de que lo que le da juego a cualquier historia son los malos. Por poner un ejemplo, Batman, sin toda esa panda de locos complicándole la vida a Gotham y de paso a él, sería un coñazo protagonizado por un millonario muy trastornado y traumatizado que prefiere pelearse con ellos a ir al psiquiatra —me di cuenta de que la broma me costaría un rumor sobre que me he burlado de DC, más todos los fans de Batman, entre los que me incluyo, que se me echarían encima; pero ya era tarde. No sé por qué me cuesta tan poco reírme de mis propios gustos; lo normal sería lo contrario—. Y, como él, todos los demás.

—Es un personaje que desde luego da para más de un libro. Poco después de que publicaras el que por ahora es tu último libro, confirmaste que sería una trilogía. Y es una noticia que no deja de ser curiosa viniendo de ti, porque siempre has criticado las sagas.

—No, no es eso. Hay sagas, normalmente trilogías, que cuentan una historia que en un solo volumen o una sola película, sería demasiado denso; y en esos casos es preferible, tanto para el creador como para el lector o espectador, que se haga más partes de esa historia. Las sagas que no me parece que tengan una historia que den para tanto e invierte tres libros en contar lo que se podría contar en uno, para mí son innecesarias. Si la historia que cuentan da para dos partes o cuatro, merece la pena y sus autores tienen creatividad para eso y más, adelante. El problema es que no todos pueden hacer eso.

»Por ejemplo, sería incapaz de criticar la obra de Tolkien. Aunque no me guste, percibo un trabajo de creatividad y de disciplina para llevarlo a cabo que me encantaría tener a mí. Por contra, hay otros autores que publican una novela y solo tienen que molestarse en dejarla abierta para tener la excusa de continuarla. Y dicha continuación, lejos de una evolución de los personajes o de una trama que se vuelva más compleja con la aparición de nuevos personajes, es una repetición casi constante. Esas, en mi opinión, deberían quedarse en ese primer libro.

—En cualquier caso, se ha filtrado que estás trabajando en la continuación. Pero antes de esta, vas a publicar una colección de relatos con tu nueva agencia. No sé si se puede adelantar algo de alguna...

—Estoy trabajando en ambos proyectos —cierto que esperaba que lo de mi casa sirviera para algo, pero no lo iba a contar. Se suponía que tenía que aprovechar para venderme y no sabía cómo encajaría, teniendo un tratamiento psiquiátrico, contar que había creído tener fantasmas en casa; todo ello mientras trataba de mantener la guardia. Una cosa era haberme prestado a aquello para «reinsertarme», arriesgándome a arrastrarme por el fango, y otra muy distinta era ponérselo en bandeja—. Van a ser en principio diez relatos, no muy largos, y algunos los tenía ya escritos pero no había visto cómo sacarlos. Hasta ahora no ha surgido la posibilidad de sacar un libro así y lo máximo que tenía pensado para los que ya tenía escritos era aprovecharlos en algún otro argumento. En cuanto a fechas, aún es pronto para dar una, ni siquiera aproximada. Te podría decir algo, pero sería sin ningún tipo de seguridad.

—¿Y sobre August Forman? —Joder, por lo menos podría ser más discreto.

—Llegué a empezar la segunda parte, pero llevará más tiempo. Aunque esté en ello, no le dedico lo mismo que en su momento.

La pantomima se alargó aproximadamente media hora más de pullas más o menos discretas que creo que supe esquivar. Por supuesto, con un monólogo de cierre de al menos dos páginas. En pos de forzar la reconciliación, me invitó a comer y no pude negarme. Contaba con que fuera a pasar todo ese tiempo tratando de sacarme más información. Al menos, invitó él.

No es que fuera difícil, más bien incómodo, o tenso. Creo que se me da bien mentir, solo hay que hablar de algo como si fueras el primero que se lo cree. Como no podía ser de otra manera, apareció el tablero de ouija y la muerte de Ron. Lo morboso vende muy bien. Lo que Jimmy había olvidado, o creía que lo habría hecho yo, es que si había una clase de persona en el mundo quien no le podía dar demasiadas explicaciones era a un periodista, y más después de meses tachándome de enemigo público y censurándome a mí y a quien hablase en mi defensa.

Volví a casa con la cabeza como si se me hubiera hinchado el cerebro. Ya era de noche y Ann parecía haberse volatilizado. La verdad es que no tenía ganas de que me sometiera a ningún interrogatorio sobre cómo había ido el reencuentro con la prensa, aunque fuera con la mejor intención. Estaba buscándola por la planta baja cuando oí ruidos en el techo. Subí llamándola pero no obtuve respuesta.

La puerta de mi despacho estaba abierta, dejando una lengua de luz que salía al pasillo. Ann no solía entrar allí, salvo cuando lo limpió. Y habría salido al oírme.

Si no era ella...

La voz de Mia hablando de «ellos» volvió a mi mente, tal y como si me lo estuviera repitiendo al oído. Hubo unos segundos en los que me quedé bloqueado en medio del pasillo, temiendo haber llegado cuando no debía y que no me dejaran salir. Por otro lado, si no habían salido ya para hacer su trabajo, sería que no me esperaban. Un fallo de comunicación que volcaba la situación a mi favor. No había voces, y apenas había ruido, así que se podía suponer que sería solo una persona.

Aunque fuera el típico armario de las fuerzas especiales, no me esperaba. Los segundos que tardara en entenderlo yo podría aprovecharlos para romperle en la cabeza la silla que Ann había dejado a mitad del pasillo, no me explico para qué. Tenía un bate, pero estaba en mi habitación y, aunque me pillaba de paso, suponía abrir una puerta y pasearse, y hacerlo demasiado despacio para evitar ruidos que lo echara todo a perder.

Di los primeros pasos muy despacio, sin atreverme apenas a respirar. Lo más difícil fue levantar la silla sin que rozase en las paredes. A mitad de camino empecé a envalentonarme. Sería fácil. A esas alturas ya podía haber intuido algo.

Seguía sin oírse nada, y por un momento me lo imaginé esperándome sentado en mi silla. Mejor. Así la mía haría más daño al caerle encima.

Y además estaba en mi legítimo derecho. Ha entrado un desconocido en mi casa por la fuerza, dudo que con buenas intenciones y podía ir armado. Puedo hacer lo que se me ocurra.

Si daba un paso más, me pondría a la vista. Ya no me atreví a respirar, porque se oiría desde dentro. Seguía sin oír ningún ruido dentro de la habitación. Tenía que girar levantando la silla, encontrar al tío y avanzar rápido para derribarle. Cuando estuviera en el suelo, habría que inmovilizarle cuanto antes.

No habría venido solo. Si no había otro más en la casa, estaría fuera, esperando cualquier imprevisto para entrar y evitar que yo llegase demasiado lejos. Claro que, de ser así, le deberían haber avisado de que estaba entrando en casa.

No podía quedarme ahí pensando demasiado tiempo. Conté en silencio hasta tres y cerré los ojos antes de levantar la silla y girarme, quedando en el umbral de la puerta. Me quedé parado un segundo o dos. Demasiado tiempo. Me di cuenta en seguida. Le daba al intruso tiempo más que de sobra para reaccionar de cualquier manera.

Y lo hizo.

Y me dejó helado en el sitio.

Su risa era inconfundible.

Abría los ojos temblando mientras trataba de contenerse la risa, sin éxito.

—Siempre tan melodramático.

Me quedé un momento sin respiración, como si me dieran un golpe invisible en el pecho. No daba crédito a lo que veía, aunque ahora sí sabía que podía ser verdad.

Mia se levantó de mi silla y, rodeando la mesa, se puso frente a mí. Apartó la silla que ya había dejado en el suelo y me rodeó el cuello con los brazos, un poco fríos. Apenas recuerdo aquel momento. Solo podía pensar en lo endiabladamente guapa que estaba. Como si no hubiera pasado un solo día desde que fui a buscarla al hospital por última vez.

—Hola, amor. Te he echado de menos.

Asentí con gesto bobalicón. Ella sonrió y me besó.

Aquel día a finales de febrero no sabía lo que iba a cambiar mi vida cuando me levanté. Y puede que fuese lo mejor, aunque el conocimiento influyera poco en el resultado.

Apenas me di cuenta del transcurso del tiempo desde entonces.

Mía estaba cambiada. Físicamente, su aspecto insinuaba que había pasado más tiempo por ella que por mí. Siempre he pensado que no todos envejecemos igual, y que las condiciones de vida influyen en el aspecto y la aparente edad de una persona. No hace falta poner por ejemplo que un banquero o alguien con una buena calidad de vida envejece menos (o más despacio) que alguien de clase baja. Seguro que el hijo de un senador de mi edad tiene un aspecto más juvenil que yo, aunque tenga dinero para drogas y el alcohol que quiera desde los trece años. Y con Mía se había producido un cambio parecido.

Aunque a decir verdad, pensándolo fríamente, antes de «morir» parecía más joven. Ahora eran solo unas finas líneas de expresión en la frente y los lados de la nariz hasta los labios. Estaba más delgada, casi daba sensación de fragilidad. Y el pelo, mucho más corto, a la altura de la barbilla. Esa primera noche que volví a pasar con ella fue capaz de contarme algo de lo ocurrido, pero no quiso hablar demasiado de lo que le había pasado.

Insistió en que sentía no haberse puesto en contacto conmigo. Que ella sí me había visto casi todos los días. No había forma de hacerla entrar en detalles sobre lo que le había pasado exactamente. Creo que ni siquiera ella sabía muy bien quién estaba detrás de su desaparición. No recordaba el hospital ni el accidente. Al parecer, antes de que pudiera recuperar la consciencia, fue trasladada a lo que cree que sería un hospital militar, donde pasó unos meses recuperándose, en régimen casi carcelario. Solo había tenido contacto con médicos en este tiempo.

No puede decirme dónde está, pero asegura que está cerca. La primera noche la pasamos hablando a susurros en nuestra habitación en penumbra. Al menos a mí no se me ocurrió hacer otra cosa. Además, todo lo que me pudo contar fue demasiado absorbente como para nada más.

—Tienes que seguir como hasta ahora. No pueden sospechar que lo sabes.

—¿Quiénes son?

—No lo sé. Pero tienen mucho poder, el suficiente como para montar todo esto. Mi desaparición, la cruzada contra tu trabajo, las alucinaciones...

—¿Tienen la culpa de las alucinaciones?

—Claro. ¿Qué creías? ¿Que tenías fantasmas en casa? —Aun en penumbra, pude ver que ponía los ojos en blanco—. Por favor, Bruce... Ni que tuviéramos un cementerio debajo o sea escenario de un asesinato... Puede que no estuviera previsto, pero Ron dio la excusa perfecta con la partidita.

—Pero no lo entiendo.

—¿El qué?

—Todo esto. Quiero decir; no soy nadie. Solo escribo. O lo hacía. ¿Qué sentido tiene montar todo esto? ¿No sería más fácil boicotearme?

—No lo sé, Bruce. Yo también me lo he preguntado mucho, y no encuentro una razón lo bastante importante como para llegar tan lejos. Da igual —debió intuir la cara que puse, aunque no pudiera verla con nitidez—. Sí, da igual. Lo único importante es lo que tenemos, y no las razones ni preguntarnos por qué han elegido esto y no algo aparentemente más sencillo. No tiene sentido

elucubrar.

Esa primera noche di algunas cabezadas. No puedo describir cómo me sentía al despertarme y comprobar que seguía allí. Hasta que, rozando el amanecer, me despertó para despedirse.

Al principio, las elucubraciones que ella juzgaba insignificantes y el cuidado de las apariencias me absorbían toda la energía mental; algo que repercutió en mi trabajo. Tuve que poner toda mi confianza en el impecable trabajo que estaba haciendo Phill.

El trabajo de la segunda parte se está alargando más de lo que se había previsto. Buena parte de la culpa la tiene la negociación con Wreström. Tras varias comidas de negociación, se acordó ofrecerles parte de los beneficios que se generaran con las dos novelas que quedaban por publicar. Ingenuo de mí, creí que entre lo que pagó la productora por los derechos de *El buen alumno*, más lo que me pagó el programa de Jimmy, bastaría. Sin embargo, una vez lo recibí no me hizo falta hacer cálculos para comprobar que no alcanzaba el importe del adelanto más la indemnización que pedían. Sam ha ejercido de intermediario entre la agencia y yo.

Parece que le ha salido bien el cambio. Casi todos los escritores que trabajábamos con él nos mantenemos. Solo unos pocos se han quedado en Wreström, justo los últimos que le habían adjudicado, que habían considerado más prudente permanecer en una editorial que conocen desde siempre.

Ya ha reeditado algunas de mis novelas, las más vendidas llevan ilustraciones incluidas. Hemos firmado el acuerdo del que me habló para la recopilación de relatos que saldría a la venta en unos meses y estamos valorando a varios dibujantes para adaptar *El Callejón* a novela gráfica.

En pocas palabras, me estaba sacando del pozo.

No se sabía nada de Sullivan. Prefería que me siguiera tratando Brian, que me daba más confianza. En las primeras sesiones tras la vuelta de Mía, temí que pudiera intuir que pasaba algo. Imagino que esta gente sabrá ver más allá, intuir cuando se les oculta algo por el tono de voz, gestos involuntarios o yo qué sé. No pareció, sin embargo, que sospechase nada; lo que resultó tranquilizador.

No sé dónde leí o escuché que la mentira hay que construirla y puede resultar agotador mantenerla. Bien, pues sí y no. Sí, es agotador tener una doble vida; y no, o no tanto. Lo único que hay que hacer es ser el primero que se cree la mentira. Igual que es fácil ocultar algo cuando no se pregunta; nadie sospecha que pase algo cuando no hay cabos sueltos. Saber mentir no es solo que la mentira sea buena o haya una buena actuación, solo ha de creerse. Y fue fácil creerse que Mía seguía muerta.

Lo que no conseguía terminar de borrar de mi cabeza era esa vocecilla que me decía que era todo demasiado enrevesado, si era tal y como ella me decía. Pasadas las primeras semanas, no llegué a una conclusión más que un gobierno, por perverso que pueda ser, no se complica tanto la vida. Les basta con mandar a un equipo militar y liquidar a cualquier ser vivo que haya en la casa en ese momento. ¿Para qué van a montar un accidente en la carretera y secuestrarla para hacerme creer que ha muerto? Incluso aunque el accidente fuera tal y se hubieran limitado a aprovechar una oportunidad de oro, ¿para qué dejarme a mí?

A no ser que quisieran utilizarla en mi contra posteriormente. Pasado un tiempo, ella podría ganar confianza y con ello libertad, y volver a acercarse a mí, para asegurarse de que me quedo calladito en casa, tal y como me pedía que hiciera.

Mi cerebro empastillado y empapado en alcohol me hacía la peor pregunta antes de dejarme dormir.

Mía me quería. No podría hacerme daño.

No necesitaría hacerme daño o amenazarme con absolutamente nada para que hiciera lo que

quisiera. Ni siquiera necesito que todo vuelva a ser como antes. Solo que siga estando aquí, o que pase el menor tiempo posible solo en casa. Cuando tengo que salir (porque Phill se niega a venir a trabajar aquí) no puedo evitar preguntarme si volveré a verla, o si vendrá a la habitación cuando me acueste sin que tenga que conformarme con una fantasía.

No solo hemos hablado, obviamente. Curiosamente, no he echado de menos el acto en sí. De hecho, desde que se fue no he estado con ninguna tía, ni siquiera para follar. Supongo que la falta de sexo no es un problema tan grave cuando tienes otros de verdad. Ha sido el menor de todos, al menos es fácil de resolver.

La parte negativa que ha tenido su vuelta es una faceta nueva como correctora de textos. Está revisando el borrador de la novela que Phill y yo no acabamos de terminar. Una de las razones de que no acabemos es que la mitad de las veces que Mia aparece por aquí es para revisar lo poco que haya avanzado y ponerle pegas. Leía, tachaba, cambiaba el orden de los acontecimientos, quitaba diálogos... No se quedaba a gusto hasta que no me ponía a escribir lo que quería.

Era fácil desde su punto de vista porque no era la que se tenía que enfrentar con otro escritor. Alguien además que hacía un buen trabajo cinco días a la semana, que siempre empezaba con su trabajo tan distorsionado que no parecía suyo. Hacía un par de semanas, ya muy harto de mí, me preguntó directamente cómo se me había ocurrido todo aquello que había puesto en lugar de lo que se había terminado el viernes anterior. Y yo, como si fuera imbécil, me limité a contar hasta donde podía. La versión oficial es que el sábado me despertaba de madrugada con la necesidad física de escribir y, sobre todo, de arreglar lo que ya había escrito; por puro afán perfeccionista. Tal cual lo dejaba esa noche, ya rayando el amanecer, lo volvía a rehacer la madrugada del sábado al domingo; que pasaba en su mayor parte durmiendo o vigilando que la televisión no se moviera de su sitio.

El pobre Phill estaba desesperado. Recuerdo que cuando se encaró con el primer borrador y me sugirió limitarme a editar lo que tenía, que no me llevaría más de un mes, se había alargado a un triple. Estábamos en febrero, como si no hubiéramos trabajado ni una hora en ese tiempo, prácticamente en el mismo punto.

Todo se arreglaría si pudiera contarle a alguien lo de Mia. Pero, evidentemente, era imposible. Una parte fundamental de su tiempo conmigo era que nadie lo supiera.

—¿Cuánto dijiste que llevabas trabajando con ese chico?

Nos habíamos acostumbrado a hablar en susurros. Al parecer, se había ganado la confianza de sus captores como para poder venir casi días alternos. No había que ser muy listo para suponer cuál era el precio.

—Unos meses. Llegó poco antes de que volvieras.

—Ya...

A veces llegaba a ser insoportable. Recelaba de todo. Quería excusarla, repitiéndome que lo que le había pasado le había obligado a ser así, pero eso no le daba derecho a pagarlo conmigo.

De todas formas la conozco, y sé que no lo hace con mala intención. Era desconfiada por naturaleza, tardaba en confiar en la gente y era hasta coherente que recelase de cualquiera. Además, no podía conocerle.

Había algo que no le había dicho. Me daba cuenta de que solo estaba en la casa cuando estaba solo. Ann se comportaba como si no hubiera nadie más aparte de nosotros dos, algo que me tranquilizaba porque se suponía que mantenía sus visitas en secreto. Pero era extraño que a veces se presentase de manera imprevista y llegase a pasearse por la casa y no llegara a verla por solo unas milésimas de segundo. El secretismo extremo me había llevado a una conclusión muy incómoda. Algo que evidentemente no le había dicho a Mia.

Solo yo había podido verla e interactuar con ella. Y me venía hablando de alguien que estaba detrás de su desaparición y de su falsa muerte. Había escrito algo parecido unos años antes y, de mi formación de casi analfabeto en el tema, concluí que podía estar volviéndome loco de manual.

Sin embargo, sabía lo que veía. Si solo la viera, podía pensar con facilidad que tenía alucinaciones. Pero la sentía físicamente. Podía tocarla y tener conversaciones normales, con sentido, algo que no hacen las alucinaciones. Se supone que una alucinación aparece, y dice algo o no y se esfuma, como un fantasma. La aparición en el espejo, de la que tampoco he querido preguntar, encajaría más con una alucinación. Y Mia no lo era. Cuando se me metía en la cama, era muy real.

Cada vez que me convencía de ello, pasaba a preguntarme quién estaba detrás de su desaparición y de mi muerte en vida. Y vuelta a empezar a las elucubraciones de las que no podía esperar respuesta de su parte.

Aquel día a finales de febrero no sabía lo que iba a cambiar mi vida cuando me levanté. A veces los días importantes empiezan como cualquier otro, como si el gran cambio estuviera esperando agazapado en el limbo el mejor momento para trastocar tu vida.

Por la mañana tuve una reunión en la oficina de Sam con este y una nueva autora. Publicaba su primera novela y necesitaba que alguien consagrado y reconocible leyera la obra y diera una especie de sentencia que incluir en la contraportada. Daba buena publicidad. A mí no me lo hicieron hasta la tercera novela. La presentación me dio una pereza espantosa: era otra novela erótica, que además avecinaba saga... Con suerte convencería a Mia para que la leyera ella y dejase la mía tranquila.

Después de comer tenía que ir a casa de Jane Cooper.

La historia de la familia de mi casa era un filón para cualquiera con el tiempo libre suficiente. En pleno subidón por una inspiración que hacía tiempo que creía muerta, le dije a Sam que tenía algo nuevo en mente, de dónde salía y la época en la que me tendría que mover. Él, encantado de la noticia, me puso en contacto con Jane, la historiadora local. Había publicado unos veinte libros sin dejar de trabajar en la cocina de la cafetería del instituto de secundaria del pueblo. Tenía unos sesenta años, de los cuales los tres últimos estuvo inactiva por una jubilación antes de tiempo debido a una operación de columna. No es que saliera mal, pero la recuperación no fue la deseada y no podía pasarse ocho horas de pie.

Está haciendo un gran trabajo. No sé de dónde saca tanto material; debe tener un acceso especial a archivos del gobierno o algo así. Además, es capaz de dar con la intrahistoria, la parte que no es oficial y que no es tan fácil de encontrar. Me ha facilitado todo lo que podría necesitar. Registros de nacimiento y defunción de la familia en cuestión, biografías, ensayos sociales, listas de páginas web donde ver hasta recreaciones en 3D de ciudades y monumentos, leyes aprobadas en el momento histórico en el que me tengo que mover, un ladrillo de mil páginas sobre la Guerra de la Independencia, también la civil y sus consecuencias. Todo el conjunto permite casi hacer un cuadro tan fiel que parecería un viaje en el tiempo.

Puede que esa gente esté más acostumbrada y sepa buscar mejor, pero me sigue pareciendo una hazaña. Su último informe me hablaba de la vida de la otra Jane. Su institutriz tenía un hijo poco mayor que ella que vivía en la misma casa y que vino a ser el único amigo que tuvo la chica. Llegados a cierta edad y con ese régimen de aislamiento, era inevitable que al menos ella estuviera interesada en algo más con ese chico. Pero el hijo de la profesora tenía previsto primero ganar dinero, probablemente para ganarse el visto bueno de Alfred, y emigró a Inglaterra. Se llamaba Robert.

Volví a casa rozando las nueve de la noche, sin hambre y con avances. El sofá me acogió como si los cojines me echaran de menos tanto como yo a ellos. Me lo imagino como una de esas imágenes empalagosas de una pareja corriendo uno hacia el otro en la playa. Fue uno de esos días en los que uno no se da cuenta de lo cansado que está hasta que se para. Daría cualquier cosa por ser capaz de dormirme así, sin ni siquiera cambiarme de ropa o tener que ir al servicio. Pero, evidentemente, no tenía tanta suerte.

Tuve que ir a la cocina a por agua para calmar una sed insoportable. Al encender la luz, la imagen de Mia sentada a la mesa de la cocina estuvo a punto de provocarme un amago de infarto.

—¿Qué haces aquí a oscuras?

—¿De dónde vienes?

Estaba cabreada. Se me cayó el alma a los pies. La quería, y estaba encantado de que hubiera vuelto, pero no estaba para eso.

—Había quedado.

—Con Jane, ¿verdad? —Siguió, hablando sin esperar a que contestara. Por un momento me pareció una ametralladora humana—. No sé lo que te dará, pero está claro que prefieres estar con ella a estar conmigo. Fíjate que después de lo que ha pasado esperaba que fuera al contrario, pero está visto que no es así. Pues, oye, dímelo y dejo de molestarte.

Se me hundieron los hombros ante la idea de me amenazara con volver a perderla y el cansancio de todo el día. Cansancio físico (por la falta de costumbre) y mental porque no es fácil hacerse el simpático cuando no se tienen ganas más que de quedarse en la cama.

Me senté en un taburete frente a ella y me froté la frente, agradeciendo que al menos se callara un momento, aunque sabía que se estaba preparando otro discurso parecido.

—No sé cómo puedes pensar eso.

—¿Que cómo puedo pensar eso? —Preguntó con sincera indignación—. Ya me dirás. Llevo tres horas esperándote. Con el trabajo sales todas las mañanas. Podrías arreglártelas para hacerlo todo por la mañana y volver aquí por la tarde.

—A esperarte.

—Oye, no tienes ni idea del riesgo que corro por venir. Y está claro que no lo valoras.

Se levantó dispuesta a irse. No podía dejar que se le ocurriera, tenía que quitárselo de la cabeza como fuera y no sé si es que pensé en voz alta o ni siquiera pensaba en lo que decía, pero el caso es que lo dije.

—Tenemos que hacer algo para arreglarlo definitivamente —la retuve cogiéndole la muñeca, lo que fue suficiente para pararla, pero siguió sin mirarme—. No podemos pasarnos la vida así. Tenemos que desaparecer.

Se rio entre dientes, como si hubiera dicho una tontería.

—No sabes lo que dices. ¿A qué te refieres exactamente?

—Puedes escaparte para venir casi todos los días. Tienes cierta libertad. Eso demuestra que no tienen mucho control sobre lo que haces. Podemos vengarnos.

Ahora se rio más, pero al menos se volvió y se puso de nuevo frente a mí. Aproveché para abrazarla por las caderas y colocar una pierna por delante de sus pies, dejándola prácticamente encajonada entre mis rodillas.

—Seguro que lo has pensado, incluso antes que yo. Te conozco. No habrías llegado tan lejos si no lo hubieras pensado en algún momento —suavizó el gesto, aunque había resignación en él. Había acertado de pleno, pero ella ya lo había descartado. Lo supe incluso antes de que lo dijera.

—Es imposible. Tienen más poder de lo que parece. Esto —añadió, señalándonos a ambos— es solo parte de su control. No es estrictamente que no sepan que estoy aquí, es que... digamos

que es una libertad condicional. Pero no supone que pueda ir más allá. Ni mucho menos lo que insinúas.

Me acerqué más a ella al ponerme en pie. No me lo iba a quitar de la cabeza tan fácilmente. Ya no.

—Las cosas están cambiando. Dentro de poco publicaré otra vez, no podrán controlar tanto mis movimientos. Al menos no al nivel actual.

Vi la alarma en su rostro y me di cuenta de mi error. Me había olvidado por un segundo de que nos estarían viendo y escuchando. Puede que lo que dijera fuera para distraerme, aunque no sé cómo se le pudo ocurrir.

—Eso será si lo publicas.

—Está prácticamente acabado.

—Sí, ¿por quién? Ya era peligroso cuando lo escribías solo tú; pero ahora lo hace un completo desconocido.

—Phill es inofensivo.

—Esos que parecen inofensivos son los más peligrosos, simplemente porque no los vigilas. Párate a analizar su comportamiento —cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, cansado de esta conversación que ya era repetida—: escribes el fin de semana y él se pone a cambiarlo todo durante la semana. El viernes pasado ya ni siquiera dejó que trajeras una copia. A ti, al autor. Se está aprovechando de ti y de tu trayectoria, y eso siendo generosa.

—¿Quieres decir que está detrás de esto? ¿O que forma parte? ¿Es que has visto u oído algo que lo meta a él, expresamente?

—No lo entiendes.

—No, no lo entiendo. Me da la sensación de que sabes más de lo que me dices. Y no sé por qué a estas alturas ocultas información.

—Sé quién nos ha hecho esto.

Literalmente sentí un puñetazo invisible en el pecho, tan real como si me lo hubiera dado ella misma.

—Y tú también lo sabes —añadió.

—¿Cómo voy a saberlo?

—¿Te acuerdas de un giro que le diste al primer borrador? El que le diste a medias a ese chico. Se te ocurrió poco antes del accidente. No era nada nuevo, pero a la novela le daba el empujón que necesitaba para acabar toda la trilogía.

Las últimas revisiones me habían recordado ideas que tuve en su momento. Los trapicheos del poder dan mucho juego y habría sido una torpeza imperdonable no idear uno para la novela. Alguien como August facilitaría una financiación ilegal al partido republicano. Mi idea era que obtuvieran la presidencia en unos veinte estados gracias a la manipulación de los votos electrónicos. No era nada del otro mundo. Después de las elecciones generales del año 2000, aquello que yo proponía como ficción era un chiste en comparación. Al menos mi personaje era inteligente y no tenía por imbéciles a los ciudadanos. Mi sistema no decía a las claras que se manipulasen los votos, ni siquiera alertaba sobre fallos en el recuento. El votante salía de la cabina convencido de que el sistema funcionaba a las mil maravillas, pero su voto iba al partido republicano quisiera él o no. El crimen perfecto.

—Resulta que está más cerca de la realidad de lo que te puedes imaginar.

La idea resulta hasta cómica. He escrito algo que no sabía que se hacía, aunque me lo pudiera imaginar. Ahora resulta que soy vidente. Algo así como Verne con los submarinos.

—No es para tanto. La idea es buena, y por lo tanto no es difícil que se le ocurra a algún

asesor medianamente inteligente que tenga el partido, que los hay.

—¿Y cómo iban a leerlo? Ni siquiera había enviado nada aún a la editorial.

—¿Sabes lo que es un hacker? Solo necesitan que tu ordenador tenga *wifi*.

Era tan obvio que me sentí tremendamente estúpido de no haber caído. Con lo fácil que habría sido que se filtrara el borrador antes de que pasara nada. Claro, si pueden entrar en el ordenador y robar información para joderme las ventas, también podía acabar en malas manos.

Me dejé caer en el taburete como si tuviera el mundo encima. En serio, no sé cómo he podido ser tan torpe. Si solo se filtrado información ahora no estaríamos en esta situación.

Así que al final era todo así de simple. Insinúo que tengo una información delicada sobre una organización poderosa y me quitan de en medio sin mancharse las manos. Era fácil descartarles como culpables, porque tradicionalmente no tienen reparos en mancharse. El crimen perfecto, curiosamente.

El peso de saberlo me deja bloqueado unos minutos que Mia espera pacientemente sentada frente a mí, con un gesto de comprensión casi maternal. Dice algo, pero ya no la oigo. Me oigo a mí mismo dando vueltas.

Si dice esto abiertamente significa que lo puede hacer. No nos escuchan. Si vieran una actitud extraña, como esta, se preguntarían qué pasa y Mia ya se habría ido. Así que tampoco nos ven. Si hay un momento para hablar de planes, es este. Y solo soy capaz de concebir uno ahora mismo.

—Podemos desaparecer.

Mia se rio para sí, pero vio que yo no la seguía ni parecía descartarlo, desanimado.

—¿Cómo pretendes hacerlo?

—No digo que sea fácil, ni rápido. Solo hay que encontrar la forma y tener paciencia. ¿Qué podemos hacer si no? ¿Seguir como hasta ahora? ¿Para siempre? ¿De verdad te conformas con vivir así?

Se ablandó y supe que estaba pensando en la sola posibilidad. No es que ya la convenciera, pero sabía que no tardaría. Una vez que la idea se le colaba en la mente ya no se le podía sacar, hasta el punto de considerarla propia.

—La verdad es que en momentos de crisis sacas lo mejor de ti.

—Hay que sobrevivir.

No sé en lo que pensó, pero lo que empezó en una sonrisa se congeló y fue deformando hasta convertirse en una mueca. Contenía el aliento hasta que no pudo más y sollozó.

Apretó los brazos en torno a mí mientras recuperaba el aliento. Siempre lo hacía. Casi se me saltaron las lágrimas al caer en ello.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que me devolvió a la realidad con un hilo de voz.

—Vale. Hagámoslo.

Hacía mucho tiempo que no me sentía así. Tenía una rutina de trabajo que debería haberlo provocado desde hacía meses, pero ahora era diferente.

Nuestro nuevo objetivo absorbía mi mente casi constantemente, desde que me despertaba hasta que me dormía. Mis ciclos de sueño se estaban recuperando. Aunque no dormía del tirón todas las noches, era más de lo que tenía meses atrás.

El trabajo avanzaba más ahora que Mia no tenía tanto interés en corregir. Esto había mejorado mi relación con Phill y Sam, que por fin se sentían satisfechos con los textos. Lo mejor es que con ellos ocupándose de evitar mi bancarrota y desaparición definitiva del mundo editorial, era más fácil para mí ocultar que Mia había vuelto y lo que teníamos entre manos. No es que no me fiase de ellos. En realidad a Phill no lo conocía; y Sam... era una cuestión de prevención. Mia me había advertido que no me fiara de nadie y en ese nadie entraba todo el mundo. Además estaba el factor de la protección. Puede que estuvieran más seguros si no sabían nada. Si *ellos* sabían que Sam y Phill no tenían idea de nada, probablemente no les hicieran daño.

Ann apenas estaba en casa, lo cual también facilitaba las cosas para todo. Le habían ampliado la jornada en el trabajo y me dejó caer que estaba conociendo a alguien. Algunos días no había señales de que hubiera dormido en su habitación. El día menos pensado se iría a algún apartamento y Mia podría moverse con más libertad por donde quisiera.

Me preocupaba su nueva faceta observadora. O puede que lo haya sido siempre y no me haya dado cuenta hasta ahora. A veces hace preguntas extrañas: cuánto tiempo estoy en casa, si no me parece suficiente trabajar por las mañanas con Sam o Phill para seguir haciéndolo aquí, si no debería trabajar más por mi cuenta y dejar que Phill solo corrija... Tiene también un interés especial en las sesiones con el psiquiatra y las veces que tengo que ir a casa de Jane.

Hablando del rey de Roma, me sigue pidiendo redacciones. Debo haber comentado sin querer que está escribiendo más mi becario que yo. Lo bueno es que escribir ya no me cuesta tanto como antes. A veces ni siquiera me paro a pensar en lo que quiero decir. Como si me reconciliase con la hoja en blanco, me encaraba con ella y empezaba a redactar sin más. La mayoría de las veces leía al terminar sin más intención que ver el resultado. No pretendo arreglarlo; ya es bastante que sea capaz de teclear algo mínimamente coherente. Me sigue sorprendiendo lo que termino escribiendo. He dicho varias veces que al hacerlo es como si alguien me susurrara al oído lo que tengo que poner. En ocasiones resulta hasta erótica esa imagen.

En una segunda lectura no siempre es tan sugerente. Es como si lo escribiera otra persona. Otro que no me cae especialmente bien.

En las primeras redacciones no me importó, pero ahora me preocupo por la presentación. Procuro que quede un margen más o menos uniforme a la izquierda, que los renglones estén rectos, que no haya demasiadas palabras tachadas... Casi como si me preocupara la nota que me fueran a poner, como cuando estaba en el colegio. Notas, por cierto, que no me daba nunca.

Lo que de verdad me tenía con las pilas al máximo, como si me corriera pura adrenalina por las venas, era la escapada de la cárcel en la que vivía. He pensado en la posibilidad de fingir un accidente: que todo el mundo me dé por muerto y pueda empezar literalmente de cero en cualquier parte del país o del mundo. Había momentos que lo veía muy posible y hasta fácil; y otros en los que no me libraba de la certeza de que no lo permitirían. Resulta alarmante lo fácil que es

fantasear y dejarse llevar por cualquier imagen hasta creerla a nuestro alcance. Es inevitable soñar despierto con una vida diferente, y siempre mejor. Una casa más grande, con todas las comodidades, viajar un par de veces al año, un buen seguro médico, un director de banco que solo llama para arrastrarse, rogando que le pidas algo. Llevaba tiempo sin tener por qué soñar y ahora me doy cuenta de que no me conviene hacerlo. Reconozco que tiendo a frustrarme con cierta facilidad. Si me pongo a planear la liberación y por cualquier minucia sale mal... no sé cuánto tardaré en reponerme. Solo con que hablase de ello con Mia, *ellos* estarían al tanto y lo impedirían de cualquier modo. Si era para acabar conmigo definitivamente, me parecía hasta aceptable; pero no soportaría que volviera a desaparecer ella.

Está claro que cualquier cosa que se me ocurra y que decida llevar a cabo no puede saberla nadie. Si no hablo del asunto, no podrán saberlo.

Resultaba todo demasiado fácil a simple vista. Pero, evidentemente, se tenía que complicar.

Con la perspectiva del tiempo pasado, creo que todo se empezó a joder casi al mismo tiempo que recobré la esperanza por mi propia vida. De una manera muy absurda y aparentemente sin importancia. Volvió a demostrarme que no importa cuánto nos esforcemos en planificar, porque siempre se está sujeto a algo que escapa del control propio. Fue un domingo que empezó como cualquier otro día no laborable, con la expectativa de tener demasiadas horas sin nada que hacer más que calentar el sillón. Algo debió avisar a alguien de que era demasiada la tentación de estropeármelo, con carácter inmediato además de duradero. Mi hermano Jack se presentó sin avisar, pillándome a medio desayunar, con su sonrisa falsa y una hipócrita intención de retomar la relación. Por supuesto, mi interés en ello es lo de menos.

No es que Jack me caiga mal y no quiera saber nada de él. Es solo que me parece un tipo un poco impresentable. Es el tipo de persona que se las arregla para vivir a costa de alguien. No conozco a su novia, pero deduzco que será igual o alguien a quien no le importa mantenerle por amor. Supongo que por amor se hacen demasiadas estupideces, y siempre hay alguien que sale ganando. Como de costumbre, Jack sale beneficiado.

Estaba claro que, al igual que en el caso de Ann, había una razón que me ocultaba para que estuviera allí. Una razón más siniestra y que no me convenía.

Que se presentara con una maleta, dándose por invitado después de meses sin una mísera llamada de teléfono, me hizo darle vueltas a sus posibles intenciones. Lo primero que recordé fue que Ann comentó que su novia estaba embarazada. Calculé el tiempo que había pasado desde que me lo dijo y de cuánto estaría ella en ese momento. Siendo optimistas, no tardaría en dar a luz. No me extrañaría que me sugiriera instalarse aquí con la noble y desinteresada intención de hacerme compañía y colaborar en mi recuperación, para en cualquier momento deshacerse de mí y quedarse con la casa o con lo que pueda sacar de ella vendiéndola cuanto antes, no necesariamente bien. Le conozco demasiado como para no descartar totalmente la posibilidad.

Al día siguiente de su instalación contra mi voluntad, ya estuve a punto de partírle la boca. Llegó a decir sin el menor tapujo que solo se casaría con su novia con la firma de un contrato prematrimonial. Ninguno tenía propiedades individuales, pero su intención era que su casa, coche y demás estuviera a nombre de ambos o del hijo que nacería en breve, de tal forma que en caso de viudez, el cónyuge vivo no perdía nada. Nada material al menos.

Más allá de lo macabro, no parece que se le pase por la cabeza el hecho de querer estar con el que se supone que es el amor de su vida. Y, por supuesto, no habla de la posibilidad de que la viuda sea ella.

—Mira lo que te ha pasado a ti. Mia ha muerto y no te ha dejado nada. Menos mal que la casa está a tu nombre; si no, ahora estarías en la calle —porque, evidentemente, después de morir

mi novia él no habría podido dejarme su sofá—. Tienes suerte de que los libros te den dinero. Ha habido escritores mejores que han muerto pobres.

Siempre me ha parecido de lo más interesante la capacidad de la familia para soltarte lo que sea, desde el cariño se supone.

Una mirada censuradora de Ann y su mano en mi hombro bastó para que hiciera el esfuerzo y respirase hondo en lugar de dejarme los nudillos en su cara. Aunque si Mia siguiera muerta, probablemente lo habría hecho. Pareció darse cuenta de que su nivel de estupidez a veces roza lo insoportable.

—Bueno, ya sé que no sería suficiente, y que no te serviría para nada. Pero... bueno, ya sabes lo que quiero decir...

Sí, claro que lo sé, gilipollas.

Lo bueno es que tampoco tengo que aguantarle demasiado. Mantengo mi horario de trabajo en la oficina por la mañana, la terapia o una reunión con Jane o el equipo de la serie por las tardes hasta la noche, cena y cama. Día sí, día también. Coincidimos en el desayuno. No sé a qué se dedicará él durante el día, pero dudo que sea a nada productivo. No es de esos.

El trabajo de Phill está dando frutos. Estamos a punto de terminar la novela y mandarla a la imprenta. Ya se ha filtrado a un par de medios de comunicación una fecha inicial de publicación, que por supuesto se retrasará por cuestiones que ya se nos ocurrirán, además de detalles sobre el argumento que nada tienen que ver con el real. Es un trabajo de promoción que aparentemente me perjudica, tanto a mí como a la agencia, pero al final es todo lo contrario: crea expectación y hace que se hable de mí y del libro con mucha más antelación que si esperáramos a las semanas previas de la publicación. Y, como aparentemente lo hacen hackers y gente que no tiene nada que ver conmigo, el posible lector al que le llega la información la da por buena y la difunde; haciéndome al final una labor publicitaria impagable.

Al ritmo de trabajo actual, la novela podría estar terminada la semana que viene.

A veces creo que tengo los mejores seguidores del mundo. Y decirlo queda bien en las promociones.

Otra forma sería que me involucrara personalmente con una simple cuenta de Twitter, pero prefiero evitar el contacto con parte de esos fans que al parecer tengo. Mia también me ha advertido al respecto. No es que me moleste de por sí, pero no sé quién puede haber tras un perfil de internet, y prefiero curarme en salud. Y, por otro lado, no quiero *groupies*. No sé si los escritores los tenemos, pero estoy más cómodo sin comprobarlo.

O lo estaba. Porque al parecer sí las tengo.

Nunca he entendido del todo el fenómeno *fan*. Puede que me equivoque, pero no comprendo cómo se puede venerar a una persona a la que no conoces ni sabe que existes. Todos tenemos nuestros ídolos, por supuesto, pero no se me ocurriría hacer guardia en la puerta de la casa de ninguno.

La *fan* que nos abordó a Sam y a mí en la cafetería apareció tímidamente una mañana en la puerta de la agencia. No fui capaz de reaccionar, así que me volví a quedar como alelado por la situación. Si no corregía eso, terminaría creyendo que era tonto. No es que me importase su opinión, pero no me puedo quedar alelado; a saber lo que pensará. Iba con una amiga, o lo que fuera, que grabó todo el encuentro con el móvil.

No sé si es que Sam está más acostumbrado que yo a este tipo de encuentros, pero él desprendía una soltura y simpatía pasmosa. Lo único que entendí de todo aquello es que quería un autógrafo. Otro. Será que los colecciona.

Me clavó en el pecho la libreta y el bolígrafo. Por inercia, como un autómatas, le firmé otra

vez. Lógicamente no se iba a conformar con eso, y antes de que terminara de hacer el garabato se había vuelto a poner a mi lado y nos hacía una foto. La siguió su amiga, que no iba a ser menos. Y de ahí, al interrogatorio.

—He leído que publicas la nueva en nada —parecía emocionada con la noticia. Casi me pareció una crueldad no decirle la verdad.

—Sí, la segunda parte. Está casi a punto.

—¿La segunda parte de la trilogía que no querías hacer? —Preguntó la amiga, aún a mi derecha, más cerca de lo que querría—. Siempre has criticado el formato.

En serio, no me acuerdo de cómo se llama, ¿qué le hace pensar que puede juzgar lo que hago o dejo de hacer? Ni que mi carrera fuera su problema.

—Sí, pero tal y como quedó la anterior, hay que darle un final. Estaban todas las tramas abiertas.

—Ya, bueno... ¿Y cuándo algo nuevo? Con personajes nuevos...

—Pronto —intervino Sam, con su mejor sonrisa—. Está ya trabajando en algo.

—Sí, pero no se puede hablar de ello aún.

—Tampoco es para tanto —este Sam...—. Seguro que puedes hablar un poco del argumento.

No bastó la mirada que le eché; no sé si era de súplica o de contención de ira. Traté de ponerme en el lugar de las chicas e improvisé.

—Va a haber una protagonista femenina y estará ambientada a mediados del siglo diecinueve. En la fundación de una ciudad.

—¿Una novela romántica? —Esta va para tertuliana de televisión.

—No lo sé.

—Pues para ser el próximo proyecto...

—¿Ya has empezado a escribir?

—No, prefiero acabar antes este.

—Chicas, gracias —intervino Sam, por fin para salvarme—, pero tenemos el tiempo justo y...

La primera, la de la cafetería, al menos no perdía la sonrisa, y dio las gracias como diez veces antes de estar lo bastante lejos.

—En serio, esto... ¿por qué? ¿No podríamos haberlas evitado o limitado el tiempo?

—Siempre es bueno el contacto con los seguidores —No digo que sea malo. Solo incómodo—. Tendrías que acostumbrarte a ver alguno en ambientes sin controlar. Hasta ahora, todo lo que se te han acercado era en aceleradas firmas de libros o en platós de televisión, con acercamiento pactado con la agencia o la cadena. Si todos creen que pueden contactarte contigo, si eres más sociable, caerás mejor a los futuros lectores.

—Eso no tiene nada que ver con que me compren los libros.

—Influye más de lo que crees. Si en vez de atenderlas pacientemente hubiéramos hecho como si no estuvieran, eso se traduciría en el video que grababan en Youtube y redes sociales tachándote de arrogante, prepotente y demás sinónimos. Sin embargo, ahora lo subirán hablando maravillas. Y sus contactos lo compartirán y así sucesivamente. Aunque lo vea gente que no te lea o no le gusten tus libros, todos coincidirán en que has sido encantador. Y eso siempre es positivo.

Solo espero no tener que acostumbrarme a que ningún desconocido me aborde por la calle en cualquier momento y todavía le tenga que poner mi mejor cara.

Por costumbre, cierro algunos aspectos de la publicación antes de enviarlo a la imprenta. Detalles como la portada, la disponibilidad en formato digital o el tipo de tapa. Parecen chorradas, pero en la publicación de la segunda novela lo dejé para el último momento y me

presentaron una docena de portadas que me encantaron y retrasé el trabajo de la imprenta por mi indecisión. La semana previa a la publicación estará disponible oficialmente el primer capítulo en plataformas digitales para leer y descargar de forma gratuita. Esos mismos días aparecerá el primer tráiler promocional de la serie basada en *El buen alumno*, de esos que duran casi dos minutos y no dan ni la fecha de emisión.

La semana de la publicación aparecerán entrevistas con los actores y el director de la serie, y se empezarán a dar fechas aproximadas para el estreno. Ya tengo concertadas tres entrevistas. La semana siguiente, habrá un pase especial en cines del primer capítulo. Se está barajando la posibilidad de si sacar las entradas a la venta de forma abierta o hacer una especie de sorteo en algunos medios. Nunca me he fiado de esas cosas, pero supongo que siempre es más seguro. Cuando se deja algo al azar es como provocar que salga mal. Y es lo último que necesito. Así que un sorteo es perfecto. Ellos sabrán cuáles son los ganadores habituales, pero en el caso de que haya ese club de *fans*, es fácil.

Lo más importante es que parece que vuelvo a tener una vida medianamente normal. En cierto modo, es una pena que sea justo ahora cuando haya que renunciar a ella.

Tuve que pasar por casa de Jane al volver. Suele pedirme que pase una vez a la semana y la verdad que me parecía demasiada frecuencia para la documentación sobre mi casa. Pero por otro lado, no me cuesta trabajo ir a verla. Me cae bien esta mujer. Tiene una vitalidad y unas ganas de hacer cosas que muchos con la tercera parte de su edad no tienen ni un día bueno.

Me ofreció café. Por inercia, mientras ella desapareció para prepararlo, dejé un par de tazas en la cocina. Cuando volvió, lo hizo también con una carpeta de cartulina. Se colocó en el largo de la mesa libre, quedando a mi lado.

—Te veo mejor cara —me recuerda a una abuela de la televisión, de las entrañables, no precisamente la mía—. ¿El trabajo sigue bien?

—Avanzamos mucho. Puede que salga en junio.

—Mejor para junio que para septiembre —la gente compra menos después de verano, demasiados gastos más importantes que una novela.

—También me lo parece. ¿Qué tienes? —Me sabe un poco mal ser tan directo y ansioso, como si tuviera ganas de salir.

—Tu casa es muy interesante, y la familia constructora, todavía más. Yo hubiera encerrado a más de uno en un psiquiátrico, pero eso ya es cosa de cada uno. Aparte de que hicieran las cosas de una manera más o menos correctas; parece que tenían una afición curiosa por lo esotérico o sobrenatural. A finales del siglo diecinueve o principios del veinte, era frecuente que la gente de la alta sociedad viera entretenido tratar de contactar con el Más Allá, y no era raro que se hicieran sesiones de espiritismo con videntes incluidos.

—Si era lo habitual, no es que estuvieran para el encierro ¿no? Quiero decir, que si es algo puntual, que haga una sola persona y suponga un daño, de acuerdo; pero si es algo que «está de moda», por así decirlo...

—Sí, sí. Aparte de que es una tontería juzgar con patrones actuales lo que ocurriera hace siglos, una cosa es que sea como un *hobbie* y, como dices, no suponga un daño para el practicante o terceros; y otra es que sea algo inevitable para tomar decisiones del día a día. Es como si dijeras, «estoy entre A y B, decido a cara o cruz» y la cosa queda ahí; y otra es que siempre recurras al cara o cruz, incluyendo decisiones de negocio, o que no seas capaz de seguir con tu vida normal sin recurrir al «a cara o cruz»; o de una partidita a la ouija, a la que la familia de tu casa era muy aficionada.

La ouija siempre por medio, cómo no. Esto lo coge Spielberg y hace otro pelotazo. Por un

momento volvió a mi cabeza la idea que tuve de que hubiera muertos bajo la casa; un cementerio indio, por supuesto, porque si es posterior a la ocupación continental, no tiene el mismo *glamour*. A priori, y con la perspectiva que otorga el saber lo que pasaba en realidad en mi casa, la idea me vuelve a parecer descabellada por lo imposible. Más allá de las creencias místicas o no, sencillamente soy incapaz de creer que los difuntos o sus espíritus vuelvan después de haber muerto.

Si algo he aprendido de todo esto, es que ni invitándoles a venir lo hacen. Mia estaba viva desde el principio.

—Pero era lo habitual, una moda. No veo qué tiene de relevante.

—Digamos que el bueno de Albert, el que mandó construir la casa, no es que fuera un aficionado al espiritismo; es que llegaba al grado de adicto. No salía de casa sin echarse una partida de ouija y, al menos una vez a la semana, tenía que visitar a una médium a la que puso un piso en su misma calle. Para tenerla a mano.

Era también relativamente fácil pensar que fuera una amante. ¿Tanto podía influir en una persona sus supersticiones? En fin, no es que me considere un ejemplo, pero para que le regalase una casa a nadie en mi misma calle, tendría que ser alguien muy importante para mí. Y para eso, mejor meterla en casa. Se gastaría menos.

Vale que no haya que juzgar algo tan pasado con los valores actuales, pero no me acabo de poner en situación para entenderlo.

La excusa de la sociedad tampoco me parecía suficiente para explicármelo. Albert era viudo. Su mujer murió al dar a luz a Jane, por lo que no tenía por qué guardar las apariencias. Cierto que la alta sociedad se caracteriza por un exceso de hipocresía que la encorseta. Pero, por lo que sabía de él, me parecía que no era el tipo de personaje que se cohíbe por el qué dirán. Seguramente en lo que respectase a la libertad de su hija, sí; pero a la propia... eso ya es otro tema.

—Si estás pensando en una posible relación amorosa, no he encontrado nada que lo confirme ni lo desmienta, así que por poder... Como escritor, ya sabrás que el «podría haber sido» es un cajón de sastre sin fondo, entra todo ahí. Así que si piensas escribir algo inspirado en todo esto, siempre le puedes dar el toque picantón. Si la médium además es una... no sé... ¿una *dominatrix*? También puede ser dulzón, si hay una historia de amor que lucha contra las estrecheces de la sociedad del diecinueve; de interés, si tiene alguna información comprometida sobre él que supondría su ruina; combinación, para enredarlo aún más... Todo eso y mucho más, de momento, no ha aparecido; así que lo de crear ya es cosa tuya.

Me resultó chocante oír hablar a alguien de su edad en esos términos. Bueno, en ese, los demás eran aptos para todas las edades y generaciones.

Me dio toda la documentación y, en lugar de citarme para la semana siguiente, como era habitual, me avisó de que me llamaría cuando tuviera algo más para mí. Además de advertir que no esperaba sacar mucho más, tenía previsto un viaje para ese mismo fin de semana.

Camino a casa me di cuenta de un detalle en el que no había caído: había visto algo en el plano que me había llamado la atención, pero no había llegado a preguntar.

El plano original se mantenía casi intacto en la construcción. Se habrán hecho pocas reformas o estas no habrán afectado a la planta de la casa. La planta principal se conserva prácticamente sin cambios mientras que en la segunda ahora había una habitación más, en un espacio ganado al lavabo. Pero no era eso.

Había una estrecha franja que recorría la planta superior, el salón y la cocina en la baja y el desván. No recordaba nada parecido al ver el plano de la casa cuando la compré. Lo primero que

hice al llegar a casa fue buscar entre los papeles que tenía allí el plano en cuestión y extenderlo sobre el original, para compararlos.

Y, efectivamente, esa especie de pasillo no aparecía en la casa que habitaba ahora.

Solo se me ocurrió que tendría que ser un conducto de ventilación, pero no había ninguna salida en las habitaciones. No tendría sentido dejar tanto hueco entre las paredes si no era con un fin práctico. Siempre he pensado que la casa parece más grande vista desde fuera que una vez dentro. Me pareció tan extraño que intenté calcular cuánto espacio se suponía que había. No hay que ser un genio para calcular algo sobre plano partiendo de la escala. Hasta yo, sin acabar la secundaria, lo puedo hacer. Con calculadora y apuntando, pero puedo.

Mía me sorprendió a la espalda cuando terminaba.

—Has tardado más hoy —dijo a mi espalda.

Tenía la costumbre, odiosa a veces, de aparecer como de la nada. Se había incrementado desde que había vuelto de su falsa muerte.

Sin embargo, en cuanto la vi, supuse para qué estaban esos túneles. O más bien, para qué se habían aprovechado.

—¿Habéis avanzado mucho? —La tuve que poner al día antes de que me pidiera detalles. Me retiré de los papeles al notar que estaba mirándolos de reojo. Efectivamente, en cuanto le dejé el sitio libre, empezó hasta a pasar hojas con gesto de curiosidad.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Mmm...

—¿Estabas en los túneles?

Me miró sorprendida, como preguntándose cómo había podido llegar a esa conclusión. Le señalé con la mirada el plano de la casa y se dio cuenta de cómo lo había adivinado. Se habría podido mover por la casa sin ser vista. Además, explicaba lo de los ruidos en el techo y hasta el mensaje en el espejo del baño. Puede que la idea original fuera llevarme a pensar que su fantasma rondaba por la casa y terminase perdiendo el poco juicio que aún tuviera.

No me parece retorcido ni demasiado perverso para ser verdad. De hecho, eso es precisamente lo que me convence de que tiene que haber sido así.

—¿Cómo has sabido que eso son túneles? O que es un espacio vacío. Por lo que aparece aquí, podrían ser conductos de ventilación.

—Ya, pero en su momento fueron túneles —la tetera soltó un silbido agudo, avisando que el agua estaba hirviendo. Serví una infusión frutal de Ann a Mía y esperé que me lo contase todo. De algún modo extraño, sé que no me va a gustar oírlo, pero aun así necesito saberlo. Supongo que habrá una explicación lógica para que queramos saber cosas que de antemano sabemos que no queremos oír.

—Vale —soltó, dejándose caer en un taburete. Parecía que se quitaba un peso de encima—. Después del accidente y de unos días anestesiada de los que no recuerdo apenas nada, me desperté en una habitación como de hospital. Pero, de alguna manera, sabía desde el principio que no estaba en un hospital. Pasé días sin hablar con nadie. Entraban médicos y enfermeros, comprobaban mi estado, me alimentaban por la sonda; pero no hablaban, ni contestaban a mis preguntas. No dejaba de pedir que me dijeran dónde estaba, qué había pasado, cómo estabas tú...

»Cuando pude levantarme, acorralé a un enfermero en la habitación y me dijo la verdad. No he vuelto a verle. Me trasladaron a aquí, pero seguía sin saber dónde estaba hasta que dejaron visible el espejo del salón y una puerta a nuestra habitación. Tuve que dejar pasar un tiempo para ganarme su confianza, dejar que creyeran que aceptaba mi situación con tal de que me dejaran seguir aquí. Es un alivio que lo hayas deducido tú solo.

—Bueno... en realidad, no sabía nada de esos túneles. Venía en el plano original de la casa que me ha dado Jane.

Su gesto cansado se transformó en alarma en el instante en que la mencioné.

—¿Y por qué tiene el plano original?

—No es que lo tenga. Pero ha sabido dónde encontrarlo. Es historiadora. Sabe de esas cosas...

—¿Cuándo te lo ha dado?

—Hoy.

Mía soltó la taza, se levantó y empezó a pasear por la cocina, esforzándose por respirar hondo.

Su cambio de actitud tan radical me alarmó a mí también. No sabía qué, pero sabía que había hecho o dicho algo malo. Temí que hubiera estropeado algo de nuestros planes.

—¿Qué pasa?

—¿No te resulta chocante que te dé una información que no has pedido? Bueno, chocante es quedarse corto... ¿Un plano de tu casa?

—Le había pedido información sobre la casa y me la ha dado. No veo el problema por ninguna parte.

Se rio para sí, en una clara intención de dejarme como un estúpido. Probablemente lo era por no ver lo mismo que ella; pero no estaría de más que me dijera en qué me estaba equivocando.

—Te he dicho que no te fíes de nadie y tú vas y pides datos sobre la casa. Das demasiada información. Haciendo preguntas sin una razón clara y obvia, llamas la atención.

—Jane no tiene nada que ver con ellos.

—¿Qué te hace pensar eso? ¿Que la conoces? ¿Su edad? Dime algo que la libre de sospechas.

—No se puede ir sospechando de cualquiera porque sí, simplemente porque tenga contacto conmigo.

—¿Y tú quieres desaparecer? —Contestó, riéndose.

—Basta con no hablar del asunto. No tiene por qué estar todo el mundo detrás de nosotros.

—Claro... Dime una cosa, ¿de qué conoces a esa Jane? ¿Vuelves a trabajar y te envían a su casa? Esa gente no se anuncia en los periódicos ofreciendo trabajo de documentación para escritores, así que ¿de dónde sale? Además, te da más información de la que necesitas, antes incluso de que sepas que la necesitas, ¿y a ti te parece normal? ¿Te quedas tranquilo? Te dije que no te fíaras de nadie.

Recuperando un gesto de cansancio insoportable, se dejó caer en el taburete que había dejado antes vacío.

Se frotó la frente con una mano y estuvo en silencio el tiempo suficiente como para preocuparme, pero por su ánimo. Habló en apenas un hilo de voz. No estaba enfadada ni estresada. Estaba triste.

—¿Es que no te das cuenta? Nos estás poniendo una diana en la frente.

Se me subió a la cama por los pies y se hizo un ovillo junto a ellos, pero sabía que no se iba a quedar ahí.

Llevaba varias noches así. Al principio me despertaba pensando que era Mia que se me metía en la cama, pero tardé poco en comprobar que no era ella. Tampoco podía ser fruto de mi imaginación. Lo que ocurría era muy material. Había algo que alteraba físicamente mi alrededor, así que no era mi imaginación.

La cama se hundió en mis pies. Se recrea y, lentamente, empieza a subir por mis piernas, que no responden. Me han dado lo mismo que utilizó Mia para venir la primera vez, cuando me dejó saber que seguía viva.

Pero ahora no entiendo para qué lo hacen.

Era frustrante estar inmovilizado, completamente vulnerable ante alguien que me vigila y pretende hacerme daño. Es imposible estar tranquilo en esta situación. Se me acelera el pulso y me falta el aire. Las manos que me habían despertado tocándome los pies subieron por mis piernas hasta el torso, empezando a presionarme contra la cama. De un salto, se me subió encima y me apretó del cuello. Definitivamente, aquello no era cosa de mi imaginación.

Fui perdiendo las fuerzas. No podía respirar y el pecho protestaba dolorosamente por la falta de aire. La sensación era familiar, incluida la presión en los ojos que parecen querer salir de sus cuencas. Como si también se rindieran, los párpados se me cayeron, según dejaba de oír el forcejeo de la cama y la respiración de mi asesino. Y entonces, algo nuevo.

Me habló.

No fue más que un susurro. Un hilo de voz que, a la altura de la cabecera de la cama, me llamaba por mi nombre. Pareció devolverme la vida y pegué un bote en la cama, parecido a los que damos cuando creemos que nos caemos en un sueño.

Encendí la luz y revisé toda la habitación, deseando echarme a la cara al hijo de puta que había estado a punto de matarme. Había tenido dos años para hacerlo, ya llegaba tarde. No sé por dónde se metió para desaparecer, pero allí no había nadie más que yo, para mi frustración.

No era la primera vez; ya me había pasado en varias ocasiones, pero esa había sido la peor hasta ahora. Esta última vez me desperté boca arriba, mirando hacia la puerta. Por la noche, la habitación quedaba siempre en penumbra, con lo que podía ver perfectamente el cuarto. No había demasiada nitidez, pero podía distinguir bultos, como la figura de un hombre a los pies de la cama. Su imagen, poco más que una forma más oscura que el resto de la habitación, me hizo olvidarme de la incapacidad para moverme o hablar. Todo perdió importancia al concentrarse en esa sombra que me vigilaba.

No tuve más que esperar unos segundos para percibir el siseo que llenó la habitación, y poco más para entenderlo.

«No lo hagas».

En cuanto pude parpadear, la sombra se difuminó en la penumbra habitual.

Así que todo eso se reducía a que querían intimidarme. Pues llegaban tarde.

En otro momento puede que fuera verdad que me hubiera creído que el espíritu de Jane estaba de okupa en mi casa. Aunque no sé por qué me hubiera querido estrangular.

No me había pasado nada así hasta que no empecé todo esto. Se ha intensificado desde que

Mia me ha hecho ver mis errores. Tenía razón. Queriendo aparentar que me estaba recuperando, que volvía a tener objetivos y, por tanto, necesitaba información, me había expuesto demasiado. No es que estuviera mal, es que había sido un cambio demasiado radical. Había pasado de querer morirme a todo lo contrario prácticamente de un día para otro. Eso es llamativo en cualquier persona, no necesariamente el objetivo de un grupo terrorista o lo que fueran *ellos*.

No hay nada que me haga pensar que ella esté mal. Está preocupada, como es lógico. El plan va tomando forma, y a medida que pasan los días se acerca el momento de llevarlo a cabo. Lo que me preocupa es que a ella también puedan hacerle daño, y son esas señales las que no aprecio cuando la veo.

En cuanto a mí, si quisieran matarme, ya lo habrían hecho. No se andarían con estas tonterías de la droga para simular un estrangulamiento. Me liquidarían y punto; se tarda y cansa menos. Si no lo han hecho es porque no pueden, así que la única opción que les queda es disuadirme de los planes que no saben que tengo. Pueden hacer lo que quieran. Pronto habrá acabado todo, y eso es lo único que importa. Pese a que es agradable tener un objetivo firme y aferrarse a él, no es tan fácil quitarse el susto del cuerpo. Por la mañana, cuando bajo a desayunar, todavía me cuesta tragar. Estoy convencido de que tengo señales de los dedos en el cuello.

No es conveniente que Ann o Jack las vean, así que me enrolló una bufanda. Tengo una pinta ridícula, pero mejor eso que llamar la atención con las marcas.

Sentiré sinceramente separarme de Ann. Creo que es la única persona normal que me queda en la familia, incluso con sus teorías positivas poco realistas de amor y felicidad que se retroalimentan. Tengo que pensar en cómo recuperar el contacto con ella cuando sea seguro. No creo que Mia lo vea mal. Al principio se negará porque será más importante mantenernos a salvo; pero Ann siempre le ha caído bien, y estará de acuerdo con recuperarla llegado el momento. El pack Jack-Alice es otro asunto.

Decidí por una vez adelantarme y prepararle el desayuno. En el tiempo que llevaba allí, aunque salía muchos días antes de que me levantara, se tomaba la molestia de dejarme la cafetera llena. Soy muy consciente de que Ann no tenía por qué tomarse ninguna molestia. Puede que se sintiera culpable por haberse metido en casa y quisiera compensarlo de algún modo. He estado demasiado tiempo encerrado en mí mismo y en mis ganas de morir, pero eso no me da derecho a tener ninguna criada.

Si estuvo embarazada en algún momento, no ha llegado a notarse. No tengo muy claro lo que sintiera al respecto. La he visto desanimada puntualmente, pero no hay forma de saber por qué. Que yo recuerde no está a favor del aborto, salvo en circunstancias como una violación o el riesgo de vida. Encajaría con que si decidiera abortar estuviera algo deprimida, por haber renunciado a sus principios, por lo inoportuno del embarazo, pensando en la madre que hubiera sido, en el niño o niña...

En cualquier caso, no llegó ni a engordar. Ella sabrá.

—No tenías por qué molestarte —dijo somnolienta al llegar a la cocina y ver la tetera en el fuego, mientras yo ya estaba chutándome de cafeína en mi rincón habitual en la mesa.

—¿No te vas hoy?

—No, lo tengo libre —hizo una mueca de dolor con el agudo pitido de la tetera. Era muy desagradable, parecía taladrar los oídos. Se sirvió y me acompañó a la mesa—. Jack ha salido temprano.

—¿Por qué? —No me había enterado.

—Solo sé que tiene que estar todo el día fuera.

—Creía que la novia estaba embarazada.

—Por lo que sé, lo seguirá estando. No tardará en dar a luz.

—Me extraña que si falta poco haya venido. Lo lógico sería que se hubiera quedado con ella hasta entonces. Si el parto le pilló aquí, no podrá llegar a tiempo.

—Imagino que lo tendrá en cuenta. En cualquier caso...

Se encogió de hombros, dando a entender que le importaba más bien poco lo que hiciera Jack.

No me convenció. En primer lugar, porque Ann sabía siempre más de lo que reconocía, aunque no tuviera importancia. Y en segundo, porque no se desentendía de los demás. Puede que a ella le fuera indiferente lo que le había llevado a allí, pero lo sabía. Eso seguro.

Lo que me llevaba a preguntarme por qué tenía que ocultármelo.

Cada vez que pensaba en lo que se me podía ocultar, volvía a oír la voz de Mia en mi cabeza repitiendo que no me fiara de nadie, porque no había nadie que estuviera libre de sospecha. Igual que todo el mundo es inocente hasta que se demuestra lo contrario, cualquiera puede ser culpable de igual forma. Me resulta incómodo sospechar de según qué personas. Ni siquiera creo que Jack me hiciera algo así, pero en estas circunstancias hay que recelar de todo y de todo el mundo. Es triste, pero es lo que hay.

Por otro lado, estos últimos días me he dado cuenta de que pocas veces en mi vida me he sentido tan libre como ahora. Es curioso que para ser libre haya que desaparecer, o que nadie sepa tus planes.

Me preguntó por la novela. El trabajo o los proyectos monopolizaban la escasa conversación que tenía en casa, con gente oficialmente viva.

—Esta semana se envía a imprenta y se da una fecha de publicación. Creo que ya andan buscando entrevistas para la televisión y demás.

—Me alegro mucho —contestó con una sonrisa amplia, que me pareció muy sincera; y los ojos aún brillantes de sueño, que se resistía a desaparecer—. De verdad, te mereces salir del agujero. Sé que diga lo que diga no será suficiente. No puedo ni imaginarme lo que has pasado y me sabe mal haberlo querido solucionar con la visualización —no pude evitar sonreírme al acordarme, pero ella también lo hizo—. No es que haya cambiado de opinión, pero no lo expliqué bien.

—No era lo oportuno.

—No, pero lo importante es que estás saliendo. Igual esperar que vuelvas a ser el de antes es mucho, pero es un buen paso.

Al igual que yo, no es muy dada a las muestras de cariño, por lo que me extrañó bastante que me besara, abrazándome con un brazo. Encajaba más con ella la imagen de levantarse cabizbaja de la mesa, como si se avergonzara, y se pusiera a fregar la taza para desaparecer por el pasillo después.

No había llegado a hablar de la novedad prevista para esa misma mañana.

Vendría a la oficina un tal Jake Stevens, el nuevo publicista. Otro contacto de Sam. Aún no sabía nada de él ni de su empresa, pero me tenía que fiar del criterio de Samuel. Solo esperaba que no fuera tan pesado como Phill. No pretendía ni siquiera que me cayera bien, solo que no estuviera más pendiente que yo de mi trabajo.

Puede que esté exagerando, pero lo bueno de escribir es que al final la parte creativa es cosa de uno mismo. Otros te asesoran, dan información e incluso puntos de vista que resultan determinantes para una historia; pero al final el que se tiene que sentar horas para darle forma a todo es uno solo. Y, por supuesto, el que recibe las críticas es uno solo. Lo que quiero decir es que me gusta mi trabajo porque no me obliga a depender de nadie para que se lleve a cabo. Con lo

cual, fracasar o no solo depende de mí, y por mi experiencia eso se traduce en mejores resultados.

Phill revisaba unas cien veces cada página que le entregaba ya revisada por mí. Al principio tenía gracia, me parecía hasta entrañable, como si un crío juzgara un dibujo de un adulto. Pero ya empezaba a molestarme. No por los fallos que según él aparecían, sino por los que se callaba. Me he fijado en sus expresiones al leer con su lápiz de la fatalidad en la mano derecha, como un profesor que está deseando suspender. Con el ceño fruncido, suspirando de frustración al menos dos veces en cada página, anotando en los márgenes, tachando y quedándose con las ganas de hacerlo, pensando «voy a dejarle esto, que se ha esforzado». El niño me está hartando. Puede que fuera un superdotado y que leyera a la velocidad de un Ferrari, pero eso no le daba el menor derecho a corregirme.

En fin, había que confiar en que no sería peor. Total, sería difícil.

Haciendo de tripas corazón intenté motivarme con música de camino a la oficina de Sam. En estas últimas semanas ha reformado la sala de reuniones, su despacho y el de Phill. En el recibidor, fotos de varios escritores que parecemos vigilar al visitante y a la chica que se esconde tras el mostrador de madera. Mira desde abajo con una sonrisa amplia y tras unas monturas oscuras, de las que lleva todo el mundo porque ahora resulta que las gafas grandes con montura gruesa son de lo mejor, no como cuando te las plantaban en el colegio. A un lado, una pequeña zona de espera con un par de sofás oscuros rodean una mesita de cristal que básicamente hace de expositor de revistas de literatura. Esta da a un pasillo en el que están la mencionada zona reformada, los baños y la cocina. Me da la sensación de que es otro de esos apartamentos reciclados como oficinas.

Sam tarda apenas unos minutos en aparecer con Jake a su espalda. Tendrá aproximadamente mi edad, pero aparenta algunos años menos. Lleva gafas de montura gruesa, cómo no, y cristal ahumado. Me pregunto ahora si el oscuro del pelo es natural, porque tiene reflejos azules según la luz. Lleva un traje, con la camisa morada desabrochada en los primeros botones. La imagen en conjunto da un aire de desaliño muy calculado.

Lo malo de la primera impresión es que no se puede cambiar, y lo bueno es que siempre puede mejorar en cuanto la persona empieza a hablar.

Sam hizo de guía hasta la sala de reuniones, junto a su despacho. Nos cruzamos con Phill, que iba a la cocina camino de su tercer café de la mañana. Esperé que no se uniera, aunque con lo que le gustaba darse importancia, albergaba escasas esperanzas.

Apenas nos sentamos en las sillas que rodeaban la mesa percibí que Jake no me quitaba los ojos de encima. Nunca me ha gustado que se me quedaran mirando con ese aire de curiosidad. Me ha hecho pensar siempre que esa persona espera algo concreto de mí o que me analiza mentalmente. Puede que sea un admirador de esos que al parecer tengo, pero me resultaría más lógico que se limitara a decirlo.

—Creo que no habéis trabajado juntos antes —comentó Sam, señalándonos a ambos, que negamos con la cabeza, aunque Jake parecía ignorarle descaradamente—. Jake Stevens es publicista independiente...

—¿No trabaja con ninguna agencia? —Me pregunté en voz alta, y me arrepentí al instante de haber interrumpido.

—No, trabajo con quien quiero —intervino el aludido—. Eso es lo mejor.

—Sí —respondió Sam, alargando de más la palabra. Estaba claro que no se quedaba todo en eso que parecía más bien un eslogan. La chica del mostrador de recepción entró y dejó en la mesa una bandeja con café servido. Acercó una taza a cada uno y volvió a salir cerrando la puerta—. Tiene un buen currículum y está muy interesado en trabajar con nosotros.

O sea que quiere perder esa «maravillosa libertad» de la que acababa de presumir... No cuadra.

—Tiene unas ideas para relanzar tu carrera que creo que te pueden interesar —los dos me miraron como si me pidieran en silencio permiso para empezar a convencerme. Me eché hacia atrás, bajando las manos cruzadas al regazo y encogiendo los hombros, lo que le bastó a Jake.

—Lo primero que quiero que os quede claro es que al elegir con quién trabajo... —que sí... que molas un montón...— ...me interesa la persona para la que trabajo y su trabajo a un nivel personal. Las agencias, por lo general, cobran por un trabajo; ponen lo mejor de sí mismos, por supuesto, pero el resultado no es lo mismo que si lo hiciera alguien como yo —a ver si iba a ser un *fan* de esos... solo espero que no me espere a la puerta de mi casa, y menos con ganas de hacerse famoso a mi costa—. Te propongo que antes de que decidas darme el trabajo veas lo que puedo hacer.

O sea que cobre a trabajo hecho, cuando aprovecha para pedirte un cheque de los que marean basándose en un buen resultado. No suena tan bien como «dame una oportunidad sin compromiso por tu parte», pero es básicamente eso.

—¿Y propones...?

—Ahora se venden muy bien las adaptaciones televisivas. Creo que ya tenéis algunos proyectos que van por ahí. En mi opinión, es aconsejable gastarse unas pelotas en el reparto, nadie se imagina lo que aumenta las ventas que el protagonista esté bueno por muy paquete que llegue a ser —ahora se pone a dar clases de algo que ya sabíamos todos. Está claro que no le hace falta abuela—. Otra buena herramienta son programas que indaguen en tu vida personal. Algo así como un par de reportajes en los que concedas entrevistas y permitas que se te grabe en momentos concretos de tu vida diaria...

—¿Un *reality show*?

—No exactamente. No estoy hablando de un American Idol, ni las casas de los famosos. Quiero decir que grabes las semanas previas a la publicación del nuevo libro. Con tres o cuatro bastará, y que se vayan emitiendo en tiempo casi real, de manera que la fecha de publicación coincida con el último capítulo —será que ahora no se llama *reality show*.

—Eso ya nos da una excusa para retrasar un poco la publicación —intervino Sam—. Mañana filtraremos en las redes sociales que se publicará a mediados de abril. Con este sistema lo retrasaríamos a finales de mayo.

—Creía que estos programas se grababan con bastante antelación.

—Eso es lo habitual; pero de esta forma se reflejarían tus impresiones ante toda la promoción de una manera más realista que cualquier *reality*, ya que sería en tiempo real. No es como cuando un famoso te enseña la casa en la que supuestamente vive y la cadena lo emite después de que se mude, o casi un año después de la boda que se prepara en el programa. En ese caso solo se cuenta con los seguidores del protagonista, pero hay escasas posibilidades de que acuda público nuevo. Lo que yo propongo es el equivalente a que te ofrezcas a hacer una entrevista vía Twitter. Sería algo casi inmediato.

No es que sonase mal. Como alguien que había pasado demasiadas horas delante de la televisión los últimos años pusieran lo que pusieran, podía decir que sonaba interesante. Puede que ninguna cadena lo pusiera en *prime time*, o que acabara incluso de programa de relleno, pero no sonaba del todo mal.

Claro, que todo se reducía a algo mucho más materialista.

—¿Y eso cuánto costaría?

—En cuanto al dinero, a ti, nada. La cadena gana dinero a base de la publicidad. Le ofreses

un producto y lo compra o no, pero recupera la inversión gracias a la publicidad. Por eso en una serie nueva se emite menos publicidad que a mitad de temporada. Según los índices de audiencia, las marcas están más o menos interesadas en bombardear con sus seguros, cereales o lo que sea a mitad de un programa. Lo único que tendrías que hacer sería consentir que te graben en las últimas semanas antes de la publicación, tanto aquí en la editorial como en casa.

Un momento, ¿habla de meter cámaras en mi casa? ¿En la casa donde mi novia oficialmente muerta sigue secuestrada entre las paredes planeando nuestra huida?

—Serían solo unas horas, se pueden fijar con antelación —se apresura en aclarar. Ha notado que estoy dudando. Claro que no sé cómo esperaba que aceptara tan rápido—. Eso incluiría entrevistas. Sería interesante que contaras cómo ha sido este tiempo para ti. Cualquier espectador, aunque no sea admirador, empatizaría contigo. Y en otro sentido, le encantarás al público femenino. ¿Puedo hacerte una pregunta? —A estas alturas aún no había asimilado la idea de tener gente grabándome en mi casa varias horas al día, seguía intentando organizarme mentalmente para evitar que se viera nada que resultase inconveniente. Mi silencio fue entendido como un consentimiento—. ¿Has tenido alguna otra relación desde que murió Mia?

Lo preguntó tan a bocajarro que incluso Sam se revolvió incómodo en su silla.

—No creo que eso sea... —se dispuso a reprochar, aunque con escaso ímpetu.

—No.

—No me malinterpretes, pero las hará llorar como magdalenas y les encantarán. La que no te haya leído aún, se lo planteará. Y de esas, más de la mitad acabarán siendo las mayores *fans*.

—No quiero *fans* —digo como un autómatas. No me lo creo ni yo, claro. Con lo caro que va a ser empezar de cero.

—Llámalas *fans*, llámalas admiradoras, que suena más políticamente correcto; al final es lo mismo —suspiró y se acercó más a la mesa, quitándose las gafas ahumadas y mirándome directamente con unos ojos muy azules—. Entiendo que la situación a la que te expones no es la más cómoda para nadie, pero créeme cuando te digo que solo este programa te hará vender los siguientes cinco libros aunque solo tengas escrito el primero. ¿Confías en Sam?

—Sí.

—Pues él se fía de mí. Si no, no estaríamos hablando ahora. De todas formas, no tomes una decisión ahora. Medítalo, piensa en tus condiciones y en unos días ponte en contacto conmigo.

Dando la reunión (o su participación) por concluida, se levantó y se cerró la americana. Sam y yo le imitamos, aunque no íbamos a salir. Lo mínimo es acompañarle al recibidor.

Estrechó la mano de los dos para despedirse, diría que no era necesario coger la mía entre las dos suyas, ni mucho menos el apretón casi cariñoso de la que puso encima, pero es lo de menos.

Sam me llevó de vuelta a la sala de reuniones. Noté por enésima vez en la mañana que me vibraba el móvil en el bolsillo y, harto del tembleque, comprobé quién tenía tantas ganas de hablar conmigo. Era siempre el mismo número, pero al no estar guardado en la memoria del teléfono no podía reconocerlo. Supuse que sería Jack o Ann. Al primero nunca tenía ganas de escucharle.

Esta vez sí apareció Phill. Me pregunté cómo había aguantado sin aparecer en la de antes. Comprobó que el café servido estaba frío y pidió a gritos desde la puerta que lo renovaran. Me chocó su comportamiento, aunque encajaba con él bastante bien.

—Si aceptas la propuesta de Jake, habrá que reajustar el calendario —en apenas segundos abrió el calendario en la *tablet*. La conectó al proyector, que mostró la misma imagen de la pantalla en una pared blanca enfrente de nosotros. Era la única pared que estaba libre de decoración. No había reparado en el proyector que había en el extremo más lejano de la mesa

hasta entonces—. Phill, ¿tienes el filtro para mañana?

—Tengo a un tal «AugustMan», es de los que tienen más seguidores en Twitter. Un *friki*, pero bastante respetuoso, en mi opinión. Es el administrador de Bruceworld punto com —¿en serio?—. Hay de todo: análisis de las novelas, *merchandising* —¿perdón?—, *fanfics* de todo tipo —¿el qué?—, y un subforo en el que se habla de todo lo demás.

Creo que mi cara delataba perfectamente todo lo que me estaba preguntando. Menos mal que Phill, en su infinita sabiduría comparable solo a su paciencia, tuvo la bondad de explicármelo.

—Venden *merchandising* relacionado con tus novelas: tazas, chapas... esas cosas. También tienen salvapantallas e imágenes editadas como fondos de escritorio que se pueden descargar de forma gratuita —será que he tenido alguna ganancia de ese *merchandising* y no me he enterado hasta ahora—. Los *fanfics* son relatos paralelos. Imagina que nosotros somos fans de *Star Wars* y se te ocurre un relato alternativo en el que Leia y Luke no son hermanos y tienen un lío.

—¿Pero eso es legal?

—Sí, siempre que no se publique con ánimo de lucro, ya que está la cuestión de los derechos de autor. Pero siendo como es, es perfectamente legal. Hay, de hecho, cierto *best seller* calenturiento que partió como un relato de este tipo.

No me acostumbro a la idea de que estoy en el centro de algo así. Ni siquiera en mi momento de apogeo de ventas y buena publicidad era capaz de imaginarme que sería el centro de la vida para tanta gente. Por un lado estaban esos *fans* y por otro *ellos*. No sé qué bando me preocupaba más.

—En realidad se llama Alfred y parece un tipo bastante normal. Tiene algunos seguidores que se creen amigos tuyos por hacerse veinte fotos delante de tu casa, pero bueno, locos hay en todos los campos —joder, joder, joder—. He contactado con él diciendo que soy un becario en la agencia, un *fan* más para el que trabajar en una oficina por la que te dejes ver de vez en cuando ya es un sueño hecho realidad. Por sus mensajes y su manera de llevar la comunidad virtual, parece bastante sensato; si se le pide discreción, la mantendrá. Puede que le cuente el bulo a gente muy cercana, de su confianza, pero será lo suficiente para que ellos hagan lo mismo, y de ahí a que tome forma el rumor hay solo unas horas.

—¿Cuánto crees que se le puede decir?

—Yo apostaría por todo, incluida la propuesta de Jake, como algo que está en el aire. Además de la fecha inicial de publicación, claro.

El móvil volvió a vibrar en el bolsillo. Otra vez el mismo número. No podía contestar ahora, ¿por qué costaba tanto entenderlo?

Al mediodía, cuando salimos a comer, tenía cinco llamadas más. Quien fuera estaría hasta el gorro de intentar hablar conmigo, así que cedí y llamé. Como fuera un tele-operador intentando venderme un seguro...

La voz agitada de Ann apareció al otro lado.

—¿Dónde estabas?

—En la oficina. ¿Ha pasado algo?

—La madre de Chris ha llamado nada más irte. Ha preguntado si sabes algo de él. Al parecer, lleva semanas sin dar señales de vida.

Sabía que la relación tan estrecha de Chris con su madre terminaría salpicándome.

—¿Y qué espera sacar de casa?

—¿Cómo voy a saberlo yo? Pensaría que estaba aquí o que tendrías noticias de él.

Qué mujer. Ni que su hijo tuviera cinco años o algún trastorno. Habría salido y a saber dónde había ido a parar. Las madres tienen una curiosa habilidad para ponerse siempre en lo peor.

A veces me pregunto si la mía también hubiera sido así.

—Dile que no tengo la custodia de su hijo y que él no tiene por qué darme un parte de sus idas y venidas.

Comí con Sam en un restaurante con aspecto de ser caro. Nos dieron mesa a los pocos minutos de llegar a pesar de que había gente esperando, que no disimularon lo mal que les caímos.

Llegué a casa a media tarde, con el cansancio de después de comer y la actividad unida a la pérdida de la costumbre. Solo podía pensar en ponerme cómodo y calentar sofá. El invierno en Maine es bastante frío; no me acostumbro. No tardará en venir algún temporal de nieve de los que te hacen prepararte para encerrarte como si te fueran a invadir. Seguro que no falta alguno que dice que le encantaría tener su calle cubierta de nieve, como si la realidad fuera como la de las postales navideñas.

No podía tener la suerte de que el mundo me dejara en paz. En cuanto vi el coche de Policía aparcado en la acera, supuse que vendrían a casa.

Eran dos. Me esperaron uno con los brazos en jarras y el otro caídos a lo largo del cuerpo, abombado por la cazadora. El primero era mayor, y de hecho parecía más suelto en la situación. El otro, al menos por la edad que tendría, puede que acabara de salir de la academia.

—Buenas tardes —dijo el mayor, tocándose levemente la visera de la gorra—. ¿Es usted Bruce Miller?

Hacía tiempo que no me preguntaban por mi identidad. Por experiencia, cuando la Policía te pregunta tu nombre para asegurarse de que eres tú, no es para darte una buena noticia.

—Sí —por Dios, que solo quieran un autógrafo o una foto conmigo, o incluso las dos cosas.

—Han denunciado la desaparición de Christian Swan. Usted le conoce, ¿no es así?

Vale, la madre de Chris ha llegado a un nuevo nivel en el catastrofismo.

Me sentí obligado a invitarles a entrar y ofrecerles café caliente, algo que el policía más joven agradeció. No me di cuenta del riesgo que estaba corriendo hasta que me quedé solo en la cocina, preparándolo. Había dejado entrar a dos desconocidos solo porque aparentemente eran policías. Aunque, bueno, puede que eso diera a entender que no estaba ocultando nada y se volviera a mi favor. Con suerte, hasta Mia llegaría a esa conclusión sin tener que explicárselo cien veces.

El policía se aferró a la taza de cerámica como si fuera una tabla salvadora en medio del océano. Donde esté una taza de cerámica que se quiten todos los vasos de cartón, por muy *fashion* que sea la cafetería.

El mayor no se había permitido ni quitarse la gorra. Según lo que había visto en la televisión, que viniera el uniformado a preguntar por una persona desaparecida era señal de que todavía esperaban encontrarla, o que la denuncia de desaparición es reciente.

—¿Qué es lo último que ha sabido de Christian?

Tengo que recordarme que es Chris. Ni me acuerdo de la última vez que oí referirse a él por su nombre de pila.

Estuve dispuesto a contestar demasiado rápido, como si le hubiera visto hacía un momento. Me bloqueé al darme cuenta de que no hacía tan poco tiempo que sabía nada de él. De hecho, tuve que hacer memoria para acordarme de la última vez que le había visto. El día del espejo, antes de que Mia saliera de su cárcel entre las paredes.

Me alarmé, pero traté de disimular. Chris estaba siempre localizable, lo máximo que había desaparecido había sido un fin de semana, y eso teniendo novia. No supe calcular cuánto tiempo había pasado ahora, pero desde luego era para preocuparse.

Me sentí un poco mal por haber pensado tan así de su madre.

Estaba tardando demasiado en responder.

—Hará un par meses, más o menos —no, era más.

—¿Cómo le notó la última vez que le vio? ¿Había algo fuera de lo normal?

Si le cuento...

—Estaba nervioso, pero no sé por qué. Otro amigo nuestro acababa de morir y le había afectado mucho. Dijo que iría a casa de sus padres.

—Es su madre la que ha puesto la denuncia. No sabe nada de él.

—¿No fue a su casa entonces?

—Por lo visto, no.

Vale, aquello ya no tenía gracia.

Me dejé caer en el brazo del sofá, con un cansancio de los que parecen espesar la sangre en las venas.

Tenía que haberme interesado antes por él. En el estado en el que iba, a saber dónde se habría metido. Por un momento, recordé la voz de Ron tan nítida que parecía que me estuviera hablando al oído allí mismo. Me decía que a Chris le había pasado algo. No era normal en él estar tanto tiempo sin hacerse notar. Y con lo unido que estaba a su madre...

El policía joven se terminó el café y me devolvió la taza, mientras su compañero me daba unas indicaciones rutinarias sobre cómo actuar si sabía algo de él o recordaba «cualquier cosa, por absurda que me parezca...» para ayudar en la investigación. Le oía como si tuviera algo tapándome los oídos. Sabía lo que me decía pero estaba en mis propias cavilaciones.

Se me congeló algo dentro cuando llegué a la conclusión de que podía haberle pasado lo mismo que a Ron. Las nuevas circunstancias me hacían preguntarme si de verdad lo de Ron fue un accidente. No creo que sea una casualidad que Ron muera, Mia vuelva a aparecer y me cuente lo ocurrido y Chris desaparezca.

Me están avisando de lo que puede pasar.

Por describirlo de algún modo, se podía decir que el gesto de Mia estaba entre la conmoción y el reconocimiento. Como quien recibe un golpe que, aunque le sorprende, se lo esperaba.

Teníamos nuestra reunión habitual en la cocina. Al verla aparecer, temí que Ann viniera de repente y se encontraran. En ese caso no sé lo que podríamos hacer por seguir adelante. No era solo que a Ann no le convenía saberlo por la investigación que habrá cuando desaparezcamos, sino que, si sabe la verdad, no quedará más remedio que ponerla al tanto de todo el plan, con lo que nos arriesgamos a que se malogre. Sin embargo, con una pasmosa tranquilidad, me aseguró que sabía que Ann no iba a volver pronto.

Como ya he dicho, su tranquilidad duró poco. Sabía que había tenido la visita de una pareja de policías, y en cuanto le conté lo que habían ido a buscar, se inquietó.

Se sentó en su taburete y le serví un té de los que le gustaban cuando estaba oficialmente viva. Apenas le hizo el menor caso.

—Tú sabes lo que ha podido pasarle a Chris.

Era evidente quiénes estaban detrás de su desaparición.

—¿Hay alguna posibilidad de que le tengan escondido en alguna parte? Como a ti...

—¿Para qué? Yo tengo una utilidad aquí: evitar que pasaras página. Pero él... y Ron... — suspiró y se levantó para dar un par de paseos por la cocina, como un león enjaulado. No me imagino lo que estará pasando estos días, y lo que habría pasado hasta que saliera de su encierro. La cogí de la mano y la retuve en el mismo punto; no le convenía ponerse a dar vueltas. Sacaba lo mejor de sí cuando se centraba—. No. Ellos tienen un fin mucho más simple.

—Lo que no entiendo es por qué han esperado hasta ahora. En fin, si el objetivo era hacerme daño, habría sido más devastador perderlos a los tres en menos tiempo.

—Puede que no hiciera falta meterles a ellos en todo esto al principio.

—¿Y por qué ahora sí?

Solía ir un paso por delante de mí; desde siempre, no solo porque ella supiera a quiénes nos enfrentábamos. Me miró unos segundos y entendí que no lo iba a decir textualmente, bien porque era obvio o porque no era seguro. Dado el orden de los acontecimientos creo que me estaban avisando de lo que me podía pasar si seguía adelante. El hecho de que hubieran esperado hasta ahora para suicidar a Ron y hacer desaparecer a Chris me daba a entender que podían saber que Mia no estaba tan recluida o limitada como *ellos* desearían.

La pregunta ahora era, teniendo en cuenta lo que podían saber, ¿qué podíamos hacer? Podíamos conformarnos con lo que teníamos, que al parecer consentían y era más de lo que tenía hace solo unos meses. La vida parecía considerablemente más llevadera en esta situación, estando con ella prácticamente a diario, aunque fuera en secreto y siempre en zonas controladas dentro de la casa. Era muy limitado, pero aceptable en comparación con una muerte oficial.

O podíamos vengarnos siguiendo adelante.

La cosa estaba clara.

—Va a haber que acelerarlo todo —me atreví a decir. Su gesto de alarma delató que me tendría que haber callado, pero ya estaba hecho.

—Pero hay que esperar a que pase el temporal.

Mierda...

En unos días estaba más que anunciada la llegada de un fuerte temporal que afectaría a toda la mitad norte de la costa este. Duraría solo un par de días, que se podían hacer eternos si se pasaban encerrados en casa cuando podía ser el sitio menos seguro de la ciudad. Sería una oportunidad idónea para *ellos*, para acabar conmigo definitivamente, pero Mia tenía la teoría de que, con mi regreso anunciado, hacerme desaparecer me convertiría en mártir. En mi opinión, eso nunca les ha parado, pero ella tiene más información. Además, estaba ya cerrada la retransmisión de mi entrevista en televisión. En poco tiempo, se volvería a hablar bien de mí, y sería el peor momento para que tuviera algún extraño accidente. Les hubiera venido mejor a sus fines hacerlo antes, cuando la opinión negativa era la predominante.

Por otra parte, el caos que puede generar un buen temporal sería la situación perfecta para desaparecer. Pero no puedo exponer a eso a Mia. Yo puedo aguantar el frío, la incomodidad, la humedad, todo; pero hacer que lo pase otra persona por acompañarme es demasiado.

Con lo cual, aprovecharlo a nuestro favor está totalmente descartado. Hay que aguantar hasta después.

—Tengo que irme.

Sigo sin saber por dónde desaparece, por su expreso deseo. Nos despedimos con un abrazo y un beso, pero después tengo que darle la espalda unos minutos para darle tiempo a desaparecer. Sin embargo, es ella misma quien me hace romper el ritual.

—¿Qué es esto?

Ha visto un bote de la nueva medicación, la que cambió el psiquiatra mientras estuve ingresado voluntariamente.

Cuando se lo explico, le vuelve la alarma al rostro. Solo lee la composición, aunque durante demasiado tiempo, en mi opinión. Leer la pequeña etiqueta no debería llevar más de unos segundos, por lo que deduzco que se toma más tiempo para memorizarla. Después, la deja en su sitio en la repisa de la cocina y me hace una señal con la cabeza para que vuelva a darme la vuelta.

Se supone que no debo ver por dónde desaparece.

La idea de aprovechar el temporal es tan tentadora que no consigo quitármela de la cabeza. Solo tendría que exponernos a los elementos y buscar un sitio en el que cobijarnos en el momento más crudo. Con el abrigo suficiente y provisiones, no es descabellado pensar que podríamos llegar a una estación de autobús y desaparecer. Desaparecer es tan fácil como no llegar al destino que figura en el billete. Por ejemplo, compras un billete de tren a Nueva York. Diariamente pueden llegar a Nueva York miles de personas. No es llamativo, pero te pueden encontrar sin mayor problema. Un compañero de instituto trató de escaparse de casa precisamente así; en cuanto se bajó del tren un policía le llamó por su nombre y contestó. Como de los errores ajenos también se aprende, me acordaba perfectamente de esa anécdota. No hubo que ser muy listo para ir a las estaciones y comprobar que, efectivamente, el chico había comprado un billete y no hubo más que avisar a la Policía y que éstos le esperasen en la estación de su destino. Algo que se habría evitado bajando en cualquier punto intermedio. El billete sale más caro, pero es más seguro.

Eso mismo podríamos hacer nosotros. Evidentemente, si alguien nos llamase por nuestro nombre, evitar contestar, porque no hace falta decir el grado de tontería en esta forma de ser descubierto.

En cualquier caso, ahora lo más importante era no delatarse. Y la manera más sencilla era actuar como si no planease nada.

Dado que mi hermana no daba señales de vida, no creo que les pareciera sospechoso que saliera voluntariamente a por provisiones para el temporal. Decían en las noticias que el periodo

más crudo llegaría en dos días y que duraría al menos veinticuatro horas. Dadas las circunstancias, ya se podía considerar que estaba esperando demasiado.

Por un momento me pregunté por Jack. Sabe cuidar de sí mismo, pero espero que esté bien. No me gustaría que hubiera caído en sus manos.

Corría un viento que avanzaba lo que estaba por llegar, con golpes que parecían venir de todas partes. Era el único descerebrado que había salido de casa andando y pensaba seguir haciéndolo. Según mis antecedentes, no es buena idea que me dé por conducir. Algunas bofetadas de viento me empujaban violentamente a los lados, pero seguí andando.

La gente de la tienda se apiadó de mí y me llevaron de vuelta a casa con mi compra en la furgoneta. Fue un detalle.

No es que hiciera frío. Lo molesto de estas rachas de tiempo es más el viento y la sensación de que estás mejor quedándote recluso en casa, y si la cosa se pone peor, el corte de electricidad o de agua, temporal en ambos casos. Ann seguía sin aparecer. Me obligué a llamarla; no creo que hubiera nadie que se le ocurriera meterse en una cafetería tal y como se estaba poniendo el día. Solo me salió el buzón de voz.

Aproveché que no podía salir de casa ni hacer nada llamativo para meterme en internet y seguir documentándome y, con suerte, hacer un primer esquema de personajes o argumento. Volver a trabajar no es que hubiera despertado mi creatividad, pero la estaba incordiando el cansancio. Algo es algo.

Se me cerraban los ojos de mi sueño crónico cuando saltó la alarma de correo electrónico. Sam me avisaba de que el programa de entrevistas que había hecho Jimmy hacía unos meses por fin se iba a emitir la semana siguiente, justo después del temporal. Llevaban anunciándolo desde las Navidades. Tenía cierta curiosidad por ver el resultado.

Hubo otro correo más interesante. Estuve a punto de borrarlo considerándolo *spam*, no sé por qué me pareció que tenía que abrirlo. Fue como si algo me avisara en silencio de que tenía que leerlo.

No había ningún mensaje, solo un enlace a una página de medicina. El titular me dio un respingo. Alucinaciones. No llegué a leer un párrafo entero, pero el mensaje que extraje fue que las alucinaciones se podían provocar mediante drogas que no tomaba o como efecto secundario en ciertos medicamentos, normalmente suministrados para tratar la depresión.

No me podía creer que Brian estuviera implicado en mi tortura. Sullivan, en cambio...

Dejé el portátil nuevo en el sofá y subí a saltos al cuarto de baño de la planta de arriba, donde guardaba las medicinas. Los nombres que había visto me sonaban a chino, y pedía una comprobación de lo que estaba tomando.

Mía me esperaba en nuestra habitación, escondida a un lado de la puerta.

—¿Lo has visto?

Entendiendo que no podía salir de la habitación, disimulé por si me estaban viendo y cerré la puerta al entrar.

—¿Se supone que me han drogado?

—Eso, o en algún cambio de medicación —claro, como efecto secundario—. Hay algunos antidepresivos que pueden provocar alucinaciones, y has sido un buen conejillo de indias.

—O sea, que no saliste en el espejo.

—Pues no, Bruce —contestó, entrecerrando los ojos en un gesto de superioridad que normalmente detestaba. De estar en su lugar, se me quedaría la misma cara—. Ni que esto fuera una película.

Casi me hizo gracia, pero estaba muy cansado de todo esto. Me senté en el filo de la cama y

tuve que aguantarme las ganas de cerrar los ojos.

—¿Sigues con los dolores de espalda?

—Claro —siempre los he tenido, es otra constante en mi vida.

—¿Dejaste de tomar lo que te aliviaba?

—Por no mezclarlo con las otras pastillas.

—¿Y qué has ganado con el cambio? Dolor. Sí, has salido ganando... —se sentó a mi lado y me abrazó—. ¿No te has preguntado por qué te han recetado tantas pastillas distintas? Ahora que sabes lo que ha pasado...

—Querían volverme loco, o algo parecido.

—Más bien hacerte creer que lo estabas. En poco tiempo terminarían ingresándote de manera permanente, y todos contentos. Te hacen desaparecer pero sin convertirte en mártir.

Era tan retorcido que tenía que ser verdad.

—¿Te sigue pareciendo una locura desaparecer?

—Inseguro, no una locura. Tengo más ganas que tú de salir de aquí. De hecho, cuanto antes lo hagamos, mejor —la miré, tratando de adivinar lo que quería decir, como hacía ella, pero soy más torpe—. El temporal va a ser una oportunidad muy buena, puede que la mejor que tengamos en mucho tiempo. Hay que evitar la parte más cruda, y aprovechar cuando se haga un repaso de los daños. ¿Has comprado provisiones?

—Claro.

—¿Sabes algo de Ann o Jack?

—No.

—Hay que saber dónde están. Ann suele salir a trabajar, pero sabe dónde está Jack y por qué ha venido.

—Le pregunté, pero no sabe nada. Me lo habría dicho —como respuesta, ella repitió el gesto de antes.

—Sigue creyendo eso, pero ten en cuenta que no le sorprendió que apareciera Jack de repente. Sabe que te fías de ella y que si te dice que no sabe algo, la vas a creer. Sea lo que sea lo que tenga que ver ella en todo esto, los hechos son que Jack está desaparecido y ella está pasmosamente tranquila. Y, de remate, ella también desaparece.

—¿Y si han sido *ellos*?

—No —respondió tajante—. Nos habríamos enterado ya. Ellos no han sido la causa, no les han hecho desaparecer. Y aparecerán. Habrá que ver qué excusa ponen...

Casualmente, sonó mi móvil en el bolsillo. Ann, por fin, como si hubiera adivinado que hablábamos de ella. Lo puse en manos libres, para que Mía también pudiera oírlo.

—Lo siento, acabo de ver tu llamada. ¿Ha pasado algo?

—No, no —tenía que aparentar normalidad, que no me temblara la voz ni pareciera nervioso—. Solo que con el temporal acercándose me he preocupado por ti.

—Estoy bien, Bruce. Tengo que estar unas horas más aquí, pero iré a casa. Cerramos a partir de mañana y hasta que acabe el temporal.

—¿Qué sabes de Jack?

—¿No ha llamado? Debe de haber vuelto a casa; Jess estará a punto de dar a luz.

¿Y no ha dicho nada? Ni de guasa. Mía negó con la cabeza, de acuerdo conmigo.

—Te tengo que dejar. Luego te veo.

Pasaron unos segundos en los que Mía parecía repasar la conversación.

—Jack no ha vuelto a casa, y ella lo sabe.

—Pero ¿por qué lo iba a ocultar?

—Lo has sabido desde el principio, Bruce. Jack no está aquí por casualidad. Lo que le haya traído, sea lo que sea, no te conviene.

—Entonces mejor que se haya ido, ¿no? —Suspiró de desesperación. No la culpo. No debe ser fácil hacerme entender nada tan retorcido.

—Dicen que al amigo hay que tenerlo cerca, y al enemigo, al lado. Era más seguro que estuviera aquí y supiéramos lo que fuera a hacer. Ahora mismo, podría estar vendiendo alguna historia sobre ti y no nos enteraríamos hasta que fuera tarde.

—¿Y entonces qué hacemos ahora?

—Esperar —ah, qué bien...

—¿Y con las pastillas? ¿Las dejo de tomar?

—No. Ni por equivocación. Si dejas de tomarlas, se preguntarán por qué. Se darán cuenta de que serás menos manipulable y te internarán. Además, dejar de tomarlas de repente puede derivar en síndrome de abstinencia, y no te conviene.

—¿Entonces?

—No me he explicado. Oficialmente, las tienes que seguir tomando. No sabemos si Ann controla las pastillas que tomas, pero es prudente que te vea haciendo que las tomas. Escóndela debajo de la lengua y luego puedes echarlas al fregadero, al retrete... De verdad, no me puedo creer que te lo tenga que desmenuzar tanto...

—Vale, vale —seré torpe, pero no creo que sea para tanto. Nunca he tenido que aparentar hasta ese extremo—. No sé... Además, la del dolor también tiene efectos secundarios...

—Sí, un probable corte de digestión. Náuseas y vómitos, desorientación y alucinaciones... —levantó las manos y las movió imitando una balanza—. Lo mismo... puedes elegir entre seguir pasando por el dolor gratuitamente y exponerte a algo que te afecta al cerebro, o no... Yo ya te lo he avisado. Tú mismo.

La verdad es que la idea de poder tomarme una pastilla para el dolor de espalda y que este desaparezca me ponía al borde de la emoción. Ni me acuerdo de la última vez que me pude permitir tal lujo.

Volvió a sonar mi móvil. Esta vez fue más sorprendente.

—He oído lo del temporal nada más bajar del avión —dijo Jack entrecortado—. ¿Necesitáis algo? ¿Estáis bien?

—No ha empezado, pero ya estamos preparados. ¿Dónde estás?

—Jess sale de cuentas esta semana. Me ha llamado Ann, al parecer estabas preocupado.

—Me ha extrañado. Ya sabes cómo es.

—Claro... Bueno, os llamaré cuando pueda.

—Espero que vaya todo bien.

—Gracias.

Tenía que aprovechar para volver a casa antes de que fuera imposible por el tiempo. Tiene su lógica.

Evidentemente, Mia no lo ve tan simple.

—Qué oportuno... Preguntas por él a Ann y en minutos te llama y te da toda la información inofensiva que le pidas... En fin, sabes que tengo razón. En cuanto a la medicación, haz lo que quieras.

Lo mejor, como de costumbre, va a ser hacerle caso.

Lo bueno es que, sin proponérmelo, he conseguido lo que quería. Vamos a aprovechar el temporal a nuestro favor. A partir de ahí, no habrá más pastillas, ni vigilancia ni nada que no queramos. Libres.

Cuando era pequeño, me imaginaba a un señor con pinta de vampiro cambiando las bolas de los bombos de la lotería para evitar que el nuestro saliera premiado. Tendría una televisión y la mejor videoconsola para mí solo si no fuera por ese tío al que no le había hecho nada.

Los que ponían siempre las mismas canciones en la radio y los mismos vídeos en la MTV serían amigos suyos. Por alguna razón, no querían salir de una reducida lista de cantantes, que no necesariamente músicos. Decían que eran los mejores. Yo opinaba que tenían el criterio en el culo, eso el que al menos sabía mentir.

Siempre me ha parecido triste la idea de vigilar la vida de alguien para hacerla peor. Como los mejores villanos de un cómic, que prefieren perturbar la vida del protagonista antes que enfrentarse al héroe cuando se pone el disfraz.

Por otra parte, debo ser importante para que se tomen tantas molestias. A un Don Nadie no le perseguirían.

La CNN anunciaba cada hora y algo el programa para el que Jimmy me había hecho aquella entrevista. Por fin había fecha de emisión. Supuestamente por casualidad, se emitía con pocos días de diferencia de la salida al mercado del libro con la colección de relatos. *Araña* ya estaba en imprenta. A Mia y a mí nos gustaba el resultado. Oficialmente, sin embargo, se retrasaba unas semanas, para publicarse a principios de julio.

La campaña de lavado de imagen ya había empezado. Casi me había olvidado de lo que era tener cierta expectación depositada en mí, y sentía un poco de vértigo. No es como la primera novela, que sin haberme atrevido a imaginármelo se convirtió rápidamente en un *best seller*.

La emisión de la entrevista era una herramienta más. Jimmy podía caerme mal y ser pesado de oír, pero era una plataforma. Había un público que parecía esperar a consumir hasta que se lo recomendara Fulano o Mengano de tal. No voy a entrar en la faceta manipulable que al final podemos tener todos. Mientras compren el libro, que lo hagan por lo que sea.

El tal AugustMan, el fan al que Phill había filtrado información para que la difundiera, había hecho su trabajo mejor incluso de lo que había esperado. Tengo pendiente una revisión de las opiniones en su web; más por curiosidad que por intención de involucrarme de cualquier manera.

He podido supervisar el reparto de *El buen alumno*. A la mayoría no los conozco, pero hay algún protagonista tradicionalmente de cine. No acabo de acostumbrarme a ver a actores de cine en una serie de televisión, por buena que esta sea. Para mí no tiene nada que ver, como tampoco es comparable al teatro. En el colegio tenía una profesora, creo que era la de música, que decía que casi todo el mundo podía quedar bien en una película, pero el teatro exigía más nivel al actor o actriz. Tampoco era una profesora a la que hubiera que tomar muy en serio sus opiniones, teniendo en cuenta que daba clase de una manera al listo y de otra a los demás. No dejaba de lucir o hacer que el genio de la clase se luciera para engordar su ego, mientras que en los demás invertía el mínimo esfuerzo. Por otra parte, puedo entender que es mucho más gratificante dedicar esfuerzos a quien no lo necesita.

No me di cuenta en su momento pero, con la revisión que me he obligado a hacer para la serie, me he dado cuenta de que a un nivel subconsciente me habría influido más de lo que me gustaría. No es que tenga rencor al respecto. La única aplicación profesional de la música es que

me sirva de hilo de fondo mientras escribo.

Por eso presté especial atención al actor que escogieran para el personaje que daba el título. No tanto por el alumno en sí, que no es más que una metáfora del perfeccionismo; sino por el personaje que en lugar de alentar al que no llega o no queda tan bien, sigue empujando al que no necesita su apoyo simplemente por su egoísmo. Además de que respeten el argumento, algo que al parecer han hecho, he pedido que el trabajo de los actores sea creíble para mí. No me vale de nada que se limiten a poner al tío bueno de moda para el protagonista, aunque sea bueno. Quiero que cuando vea un vídeo de ese actor con un diálogo relevante de su personaje, me lo crea. Y, si coincide con que esté de moda, perfecto.

No ha sido fácil; he rechazado a algunos. En internet se han sacado motivos que van desde lo ridículo a lo paranoico. Ni me he molestado en contestar a ninguna crítica por mi actitud. Siempre he pensado que crear algo es mucho más difícil que sentarse a criticar. Las críticas también son publicidad y, además, gratuita.

Ahora lo único que queda es esperar.

Tengo la última reunión en la agencia antes del parón por el temporal. La información del tiempo avisa de que la fase más aguda solo va a durar dos días como máximo, pero lo engorroso en cuanto a logística vendrá después; cuando haya líneas de teléfono que no funcionen y te quedes incomunicado, o cierren las tiendas y resulte que hayas olvidado comprar agua embotellada y demás minucias cuya importancia no valoramos hasta que no las podemos conseguir.

Han decidido trabajar con Jake, cuya primera misión ha sido preparar el *reality* que sugirió cuando le conocí. También esto ha motivado el retraso en la publicación del libro nuevo, por su manía de que sea todo mucho más realista que si se emitiera meses después de la publicación. No me parece bien por lo que supone meter cámaras y desconocidos en mi casa, pero me da la sensación de que he tenido poco que opinar en este asunto.

Haberle concedido plenos poderes a Sam en su momento había sido muy cómodo, pero ahora no estaba seguro de que me conviniera tanto dejar que nadie controlase la dirección de mi carrera. Además, no creía que un escritor tuviera que hacer ningún *reality*. Mia estaba de acuerdo conmigo, y era en quien tenía que pensar por encima de todo.

—Espero que al menos no hagan noche aquí para hacer la pantomima de grabarte haciéndote el dormido y que parezca que te despiertas sin legañas.

—Los famosos siempre nos despertamos ya peinados y maquillados, vivimos preparados para la cámara.

—No compares al famosete que necesita esto porque pocos se acuerdan de él con un escritor que solo ha tenido una crisis —siempre ha tenido mejor concepto de mí que yo mismo—. Ten un poco de amor propio.

—Es todo por la publicidad.

—No necesitas esa publicidad. De hecho, te recuerdo que tu intención es la de desaparecer.

—Posiblemente sea mejor desaparecer cuando haya remontado mi imagen. Como el que se retira con un número uno.

—¿Y un *reality show* te va a dar eso?

—Creen que me va a acercar a otro público.

—Ah... creen...

Mia no tenía un buen concepto de Sam y menos de Phill, al que ni siquiera conocía. Había llegado a congeniar muy bien con Sam cuando estaba oficialmente viva, pero ahora que no podía tratar con él directamente era mucho más crítica con las decisiones que me involucrasen. En cierta manera, era una faceta más de su encierro. Cuando salgamos de aquí, volverá a ser la misma de

antes.

Cada vez está más cerca. Aprovechar el temporal es una buena idea, pero un poco arriesgada. Dudo que lo terminemos llevando a cabo en esas circunstancias. Tampoco es cuestión de matarnos en el intento. Mia está de acuerdo.

Jack no ha vuelto. Por una vez, tiene una actuación lógica y ha decidido quedarse en casa unos meses con Jess y su hija recién nacida. Ha enviado como cien fotos, casi todas iguales. Siempre le hace las mismas fotos, sentada en la sillita, en el mismo punto de la casa, con las mismas perspectivas, a razón de seis fotos diarias en las que solo cambia el punto de vista y la ropa. Ya que esté pendiente de la niña si no es a través del móvil me cuesta creerlo. Imagino que llegado el momento que la saque a que se aíre en el parque hará lo mismo.

Por eso en ese momento era fácil actuar como si todo fuera a seguir su curso previsto después del temporal. Todavía no sabía lo que pasaría.

—Para el día de la publicación ya está acordada una firma de libros en Portland —anunció Sam—. Ya están todas las reservas hechas.

—¿Quién me acompaña?

—Vamos los tres —no entiendo qué pinta Phill en un evento así, pero paga Sam, así que allá él.

—Quiero acordar también un evento con los *fans* para el mismo día. Ya se lo he dejado caer a Alfred y tengo un par de posibilidades para el acto en sí. Algo íntimo —o sea, pequeño—, para que puedas tratar más directamente con el grupo que consiga entrada.

—¿Se van a vender?

—Si las sacamos a la venta, nos arriesgamos a que no se vendan. Da mejor publicidad decir que hemos tenido cientos de solicitudes para conseguir entrar que decir que han quedado la mitad sin vender. Le daremos tres o cuatro a Alfred y el resto se sortearán.

Un sorteo en el que sabes quién se va a llevar el premio... Debe ser descendiente del vampiro que cambiaba las bolas de la lotería.

—La serie se empieza a rodar en junio —anunció Sam—. Te he enviado una lista de las localizaciones y la agenda del proyecto.

—Si empiezan a rodar en junio, ¿cuándo estrenarían?

—Calculo que en Navidades.

—O lo retrasarían por alguna programación especial.

Casi todas las series dejan de emitirse en Navidades. Creo que no lo entenderé nunca, si no es para mantener la ansiedad del seguidor. Da igual. Es antes de lo que pensaba, y esperaba verlo en mi idílico escondite del mundo.

—Y la semana que viene tenemos el programa de Jimmy. He consultado en la web del programa, la de Jimmy y en las redes sociales, y la expectación llega ya a niveles interesantes. Siguen los que te defienden a ultranza y los que no quieren que aparezcas en ningún medio de comunicación por lo del accidente; y, en medio, los que alaban la profesionalidad de Jimmy y los que le tildan de vendido por haber renegado de sus principios.

Siempre me sorprenderá el mundo *fan*. Aparece lo mejor y lo peor, pero siempre es entretenido. Ahora que tengo que estar encerrado unos días, tengo que aprovechar para ver qué se dice de mí. Por curiosidad.

—¿Has avanzado con la siguiente? —Preguntó Sam. Se le veía impaciente por terminar la reunión—. La de época.

—Sí. Ya tengo un análisis preliminar de algunos personajes, y el hilo principal.

Mentí, con toda mi sangre fría. No tenía ningún plan de trabajo básicamente porque no

pensaba escribirla. Porque llegado el momento de empezar a trabajar en esa nueva novela, ya habría desaparecido.

—Pues nada más —nos despidió un Sam sonriente, casi parecía aliviado de que me fuera—. Nos vemos la semana que viene. Sigue entero.

De camino a casa hice las últimas compras para la reclusión. El cielo encapotado parecía anunciar lo que se avecinaba. Las tiendas ya estaban escasas de agua embotellada y latas de comida. Traté de hablar por teléfono con Ann, porque no sabía nada de ella desde la noche anterior. No la localicé.

Empezaba a llover cuando entré en casa. Llamé a Ann a voces para comprobar si estaba antes de ir a la cocina, el punto de encuentro habitual con Mia.

No fallaba. Me esperaba sentada a la mesa. Creo que no hay forma de describir cómo me siento al volver a verla cuando llego a casa. Parece tonto por lo cotidiano y lo pequeño del gesto, pero me parece lo normal. Lo anormal y extraño era cuando no estaba.

—Vienes pronto.

—Vaya, gracias; si quieres me voy —es pesado cuando le da por tonterías de ese tipo. A estas alturas, ya lo decía en tono de broma. Sonreímos—. Tenemos tres días.

—¿Tres? Dicen que la fase aguda va a durar menos de cuarenta y ocho horas. Bueno, tú tienes la información oficial de los medios.

—¿También manipulan la información del tiempo? —Pregunté con cierto escepticismo. Me parecía excesivo.

—La gente compra según la información que tenga. Todo es susceptible de manipulación.

Bueno, pues mejor.

Puse agua a calentar para hacer chocolate. A Ann también le gustaría beberse una taza cuando llegara.

—¿Sabes también a qué hora puede llegar Ann?

—Claro. Tenemos dos horas. En realidad algo más, pero las dos horas son seguras. ¿Y bien? ¿De qué habéis hablado?

Tenía que mantenerla al día de las reuniones en la editorial. Hacía algunas semanas que ya no veía a Jane Cooper, ni Mia pregunta por ella, supongo que le dará poca importancia.

—Eso de internet...

—Lo tienen como forma de contacto con los lectores. Tampoco es que sea mala idea. Innecesaria, pero no es mala.

—No, para nada. Lo que me pregunto es por qué no han sugerido que te encargaras tú. En fin, se tratan de tus lectores... Si estás ocupado escribiendo, puedo entender que delegues en otra persona, pero ahora...

—Tampoco sé si quiero hacerlo. En cierta manera, estoy más cómodo sin saber directamente lo que opinan.

—De todas formas, ya te leían antes de ese despliegue de internet... No sé... Me parece curioso... —la forma de decirlo. Creo que fue eso. Le serví la taza con una montañita de nata y canela encima. El mío iba muy reducido con leche, para dejar suficiente a Ann. Tenía que asegurarme de que al menos la taza que usaba Mia quedase limpia y seca, como si no se hubiera utilizado, para no despertar sospechas—. ¿Por qué no lo miras por ti mismo?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Como he dicho, para que veas por ti mismo lo que hay en lugar de esperar a lo que te cuenten. Te han puesto como imprescindible el contacto con los *fans*, cuando no lo es. Todos los artistas tienen una distancia con sus seguidores, y sí, luego dicen que se deben a ellos, que no

serían quienes son sin ellos, que son los mejores... Chorradas. Al final, lo más prudente es mantener la distancia, porque tampoco influye negativamente.

—Dicen que...

—Ya me dijiste lo que dijeron, pero evidentemente no te iban a decir la inutilidad de hacerlo cuando te lo quieren vender. Deberías plantearte en qué va a derivar todo esto. Si quieren contacto con los *fans* es para redirigir tu carrera hacia donde ellos quieran, no hacia lo que quieras tú. ¿Te has parado a pensarlo?

Se estaba equivocando. No digo que fuera imposible, pero eso estaba completamente fuera de mis perspectivas de tiempo.

—Mía... no creo que vaya a sacar nada más después de este libro. No puedo desaparecer y publicar...

—Bajo pseudónimo...

—Daría igual. No sería *mi* carrera, sería la de Fulano Smith —por una vez pareció que la convencía, pero no se iba a conformar.

—De todas formas, creo que deberías ver tú mismo las opiniones que para ellos son tan importantes, y tener tu opinión propia al respecto. Pero tú mismo.

Iba a tener que hacerlo, aunque solo fuera por no pensar en ello.

En mi fuero interno, sabía que tenía razón. Habría sido mejor haberlo comprobado por mí mismo desde el principio, pero me pareció un poco ególatra meterme en internet para comprobar lo que se dijera sobre mí.

Si esperaba un momento, se me ocurriría algo más interesante con lo que llenar el tiempo que teníamos, pero saqué el portátil y entré en Google para poner mi nombre en la barra de búsqueda. Al instante la página se llenó con enlaces de páginas web de librerías y grandes superficies que vendían lo que había publicado hasta la fecha. Una fila de fotos, casi todas robadas, tomadas sin ser consciente yendo por la calle o gente que posaba con fotografías antiguas mías, profesores y compañeros de clase de los que hacía años que no tenía noticia. La web de Wreström anunciaba el final de nuestra relación profesional, mientras que la de Sam tenía una buena parte de su web dedicada a mi persona. Encontré también el foro del que hablaban y, por curiosidad, lo abrí. En la milésima de segundo que el ordenador tardó en abrir una ventana nueva con la orden que le acababa de dar, Mía captó mi atención con un enlace que no había visto.

—¿Tienes Twitter?

La respuesta era obvia: no, que yo supiera. Pero volví a la lista proporcionada por Google y ahí estaba, justo debajo del enlace que había pulsado. Mi perfil oficial de Twitter.

No sé cuántas posibilidades hay de que haya un perfil en una red social de alguien distinto a mí con mi nombre. Puede que no sea tan difícil que haya algún otro Bruce Miller en alguna parte del mundo. Y en un primer momento no me alarmé.

Sin embargo, al entrar en este perfil, me hicieron falta solo unos segundos. Aunque me haya mantenido distante de redes sociales, tengo una ligera idea sobre cómo funcionan. La fotografía de perfil era la misma que había elegido Sam como oficial mía para que saliera impresa en una solapa de las cubiertas. En un cuadrado en la parte superior de la pantalla, una escueta descripción sobre la persona que supuestamente estaba detrás de ese perfil: escritor, autor de todas las novelas que había publicado más *Araña*, a lo que añadía «(próximamente)». Tenía más de cinco mil seguidores, y se suponía que seguía a ciento cincuenta y tres personas, entre las que se encontraba el perfil oficial de la agencia de Sam, este y Wreström. Mía me guio por la pantalla para ir al historial de mensajes. El primero coincidía con el inicio de la agencia de Sam. Difundía mensajes propios, hablando de eventos que iba a hacer a pesar de que no lo sabía, del libro que

estaba por empezar y del tercero y último de la saga.

—Parece que lo tienen todo pensado a largo plazo —comentó Mia, sentada a mi lado en el sofá—. Si las circunstancias fueran diferentes, me alegraría de las expectativas.

Tenía que aclarar aquello. No tenía el menor sentido. Estaba claro que Sam o Phill estarían detrás de aquella farsa, y si me lo hubieran dicho me molestaría menos; pero debían haberse molestado en pedir mi opinión.

¿Qué libertades eran esas de hablar en mi nombre? Ciertamente que le había concedido plenos poderes, porque se suponía que se podía confiar en su criterio profesional, y yo no estaba para ocuparme de mis asuntos, pero aquello era demasiado.

Además, me exponían demasiado. No quise plantearlo en voz alta, pero estaba convencido de que Mia estaría de acuerdo en lo arriesgado que era aquello.

Y, para colmo, aunque fuera lo de menos, se reían de mis lectores. Seguramente entre esos seguidores habría gente que le daría escasa credibilidad a un perfil de una red social, por mucha verificación que hubiera, pero también habría gente como la *fan* esta que me abordó en la cafetería... esta chica... bueno, como se llame; que se creería que estoy de verdad detrás de ese perfil, *contestando a sus mensajes*.

El poder se les estaba yendo de las manos.

—Tengo que irme —soltó Mia con preocupación cuando vio que iba a llamar a Sam, después de pasarme como una hora dando vueltas por el salón, como un león enjaulado; posiblemente con el mismo peligro—. Ten cuidado con lo que le dices y cómo, ¿vale? No conviene alterar a nadie ahora.

Como si el tiempo fuera un reflejo de mi estado de ánimo, empezó a tronar. No tardaría en llover con fuerza, si no lo hacía ya.

Me besó y desapareció escaleras arriba.

Me llama la atención el efecto de la ira sobre el cuerpo. Hacía tiempo que no me sentía con tanta energía como en ese momento. Puede que a muchos les dé por el deporte precisamente por un acceso de rabia que tienen que aplacar.

Sam tardó más de lo que deseaba en coger el teléfono. Estaría preguntándose por qué le llamaba o inventándose alguna excusa.

—¿Se puede saber por qué tengo un perfil en Twitter del que no sabía nada?

—Ah eso... —lo último que necesitaba era que estuviera tan calmado—. Creí que te lo habíamos dicho.

—Sí, esta es mi reacción de saberlo desde el principio.

—Cálmate. No es para tanto. Sabes que pensamos que te conviene un trato más directo con los lectores, y lo más fácil era un perfil en una red social. Como sabía que no te entusiasmaría, se lo encargué a otra persona.

—Que habla como si fuera yo.

—Ehm...

—¿Sí o no?

—Sí, sí. Habla como si fueras tú. Si quieres hacerte cargo...

—¡No quiero un perfil en Twitter! ¡No lo he necesitado nunca y no lo necesito ahora!

Tardó unos segundos en responder. Su tranquilidad contribuía a mi histerismo.

—De acuerdo. Lo hablaremos a la vuelta, si te parece. Ahora, tengo que dejarte.

Y me colgó el teléfono.

Creo que nunca he estado con tanta rabia corriendo por mis brazos, palpitando en el estómago, pidiendo a gritos que aporreara algo, cualquier cosa. El puño empezó a subir y bajar en

el aire. Un trueno y el apagón simultáneo parecieron ejercer de detonador para que la emprendiera a puñetazos contra la pared. No sé cuántos fueron, pero el dolor punzante en los nudillos me hizo parar.

No volvió a encenderse la luz, por lo que la casa quedó hundida en la penumbra. El picor en los nudillos me adelantó que habría una buena herida. Ahora que me concentraba en respirar hondo y me calmaba, me di cuenta de que posiblemente no merecía la pena haberme hecho tanto daño en la mano por algo así. Esperaba que no me hubiera roto nada, pero me dolía como si tuviera el dorso de la mano lleno de alfileres.

El teléfono irrumpió escandaloso en la calma de la penumbra y el eco de la tormenta. Me sobresaltó un poco. Sería Sam, puede que quisiera hablar del tema o incluso disculparse.

—Dime.

—Hola, Bruce.

La voz masculina que apareció al otro lado no era la de Sam. De hecho, no la reconocí. Sonó muy calmada, hablaba despacio, como si quisiera remarcar las sílabas al hablar.

—¿Quién es?

—Seguro que te lo imaginas. O lo harás cuando lo pienses. Piensas mucho en mí y en los míos.

La idea me resultaba un tanto descabellada. No me imaginaba que se pondrían en contacto conmigo, me había imaginado que se mantendrían ocultos, sin dar la cara mínimamente. Como buenos cobardes.

—¿Qué quieres?

—Quiero que te tranquilices, Bruce. No hablo del numerito que acabas de montar a tu jefe, eso me da igual. Me gustaría que se te bajaran los humos un poco y volvieras a conformarte con lo que tienes.

—Creo que es un poco tarde para decirme eso.

—No te confundas. Si tienes acceso a Mia y vuelves a trabajar es porque dejamos que lo hagas. De ti depende conservar lo que te concedemos.

—¿Y si no? ¿Volveréis a esconderla? ¿Acabaráis con mi carrera? ¿Conmigo?

Pude contar hasta diez oyendo su respiración al otro lado de la línea.

—¿Te acuerdas de Milton Donald, Bruce?

Sonó un suave *click* y, a continuación, el pitido intermitente.

Volver a hablar con él sería tan fácil como pulsar el botón de re-llamada, pero por respuesta solo obtuve un pitido agudísimo, que parecía estar pensado para perforar un tímpano. Esa señal aparece cuando el teléfono no existe o es erróneo.

Apenas podía ver nada con claridad. Se volvió imprescindible tener una vela o una fuente de iluminación hasta que volviera a restablecerse la electricidad. Velas que había en un cajón de la cómoda de la entrada.

Parecía que estuvieran esperando a que estuviera junto a la puerta para llamar desde la calle. Alguien aporreó la puerta con urgencia. Ann, que se habría dejado las llaves.

En cuanto desencajé la puerta de la cerradura, esta se me echó violentamente encima, chocando con mi nariz. Dos o cuatro brazos me sujetaron y empujaron hacia abajo hasta que di con las rodillas en el suelo. Mantuve la cabeza gacha, por la nariz congestionada debido al golpe y la sangre que empezaba a amontonarse. Apenas noté el pañuelo húmedo que me apretaban en la cara.

Los primeros segundos que abrí los ojos no llegué a ver nada. Había demasiada luz, pero no era suficiente para que no pudiera dormir. No sé cuántas veces me desperté hasta la definitiva; pero esa vez ya estaba en una habitación solo.

Es curioso cómo el cerebro se me volvió a activar casi instantáneamente al despertarme desde que me enteré de la verdad. Supongo que estoy permanentemente alerta.

En seguida detecté el olor tan particular de los hospitales pegado a la garganta. Esa mezcla agresiva de limpiador, medicinas y enfermedad. Tenía una gasa tapándome la nariz. Había leves oleadas de dolor, soportables. Seguramente tendría el tabique roto. Fue un alivio que me la colocaran mientras estaba inconsciente.

No oía nada que estuviera fuera de la habitación, ni siquiera el viento que corría furioso fuera. La ventana, cerrada, supuse que a cal y canto. Sentía el cuello rígido y tenía sed, pero aparte de eso me sentía físicamente bien.

Detesto profundamente los hospitales. A día de hoy no me han aportado nada bueno. En un hospital me devolvieron la vida que no quería, en un hospital murieron mis padres, una supervisora corta de reflejos hizo ir a Mia a un hospital para nada... Bueno, técnicamente...

Creo que nunca me he planteado la posibilidad de las circunstancias que rodeaban al accidente en el que oficialmente había matado a Mia. Siempre me había parecido extraño que le cancelaran la guardia una vez estuviera ya allí. Puede que la conspiración estuviera ya en marcha desde que Mia llegó esa noche al hospital. No había vuelto a saber de esa supervisora, pero no me parecería descabellado.

Tenía una vía en el codo izquierdo, que iba directamente al suero que colgaba por encima de mi cabeza. Me busqué más marcas de pinchazo, sin éxito, al menos por donde alcanzaba a ver.

La pregunta más insistente en mi cabeza era por qué estaba allí, y, para colmo, anestesiado. No creo que una nariz rota sea suficiente para que te metan en una habitación con ese pijama que roza lo pornográfico y con una vía en el brazo. Notaba también el dolor de la mano que me había perjudicado contra la pared y que ahora estaba vendada; pero seguía sin ser suficiente. Y el hospital parecía privado. La habitación era amplia, luminosa, de colores suaves y bien ventilada. Solo estaba mi cama, el aseo y la butaca para el acompañante. A la derecha de la cama, la pared de la puerta estaba cubierta por una cortina de pliegues abiertos, que me permitió ver que al otro lado, en el pasillo, había cierta tranquilidad. El detalle me indicó que no debía estar en la zona de urgencias. Debería ser tranquilizador. Estaba justo frente al mostrador de información, con dos enfermeras que podían estar y ver sin que las viera. Y ahí la tranquilidad desapareció como si estallara una burbuja de jabón.

Me tenían vigilado. O podían hacerlo con toda la facilidad imaginable.

Antes de que nadie entrase y dijera alguna tontería sobre que no debía levantarme, puse los pies en el suelo, comprobando con alivio que tenía sensibilidad. Temía hasta dónde llegara esta, y lo que tardarían en responderme las piernas, pero me puse poco a poco en pie. Las notaba flojas y débiles, pero nada que me tuviera que preocupar. Habría estado más horas de lo habitual en inactividad. Es casi normal que estén adormecidas.

Preferí no tentar mi suerte más y volver a sentarme.

Poco a poco, surgió la pregunta inevitable: ¿qué estaba haciendo allí?

Tuve que hacer un esfuerzo por recordar lo que hubiera pasado. Y no aparecieron más que imágenes en penumbra: Mia desapareciendo escaleras arriba como el fantasma que había creído que era y la voz de ese hombre al teléfono. Alguien entró en casa... me dolía la nariz... y ya está.

El clic de la puerta abriéndose me sobresaltó. Ann apareció con gesto cansado y preocupado. Se había recogido el pelo sucio en un moño desaliñado, con ni un solo mechón en su sitio. Parecía no haber dormido en días. En solo tres zancadas, se colocó a mi lado.

Sin embargo, había algo que no cuadraba. Ann no era capaz de salir de casa con el pelo sucio y ese aspecto que llaman «cara lavada», que no es más que decir que la chica en cuestión se ha maquillado lo mínimo.

—Por fin te has despertado. No deberías levantarte. ¿Necesitas algo?

—¿Qué hago aquí?

—Te encontré inconsciente en la entrada de casa —contestó, como si fuera una tontería, como si debiera tener un recuerdo propio de cómo había llegado al hospital—. Llegué justo cuando salían. Ya los han cogido. No he vuelto por casa, así que no sé si falta algo. Cuando puedas volver...

—A ver, a ver... —Ann suspiró con paciencia... Ella...

—Hubo grupos que aprovecharon el apagón para cometer pequeños robos en tiendas y casas. Hay pocas que se han librado, y más las casas como la tuya. Creo que los apartamentos han tenido más suerte.

Tiene sentido. Para algunos, por alguna razón, un apagón eléctrico o un temporal parece ser una invitación para el saqueo. Y no precisamente de artículos de primera necesidad. Temí por lo más aparatoso: televisión, ordenador y demás electrodomésticos. Sé que no soy ejemplo de sensatez, pero a ninguno de estos se le ocurre vaciar el cajón de las verduras.

Y luego estaba lo demás. No creo que vieran nada inoportuno que perjudicase mis planes.

—¿Falta algo?

—Creo que no. Cuando te encontré solo me ocupé de que te trajeran. Fue una suerte que todavía no hubiera empezado la fase más aguda.

—¿Cuánto llevo aquí?

—Tres días. ¿Por qué tienes tanta prisa? Todavía te quedan otros tantos.

—¿Pero por qué...?

—Te habían roto la nariz, hubo que operar. Y, bueno... prefieren tenerte aquí unos días más.

—¿Por qué?

—Ay, por qué, por qué, por qué... —soltó como si fuera una cantinela—. Qué más da. Tienes un buen seguro que lo cubre, y la casa no está aún para que vuelvas a allí. Reventaron la puerta y el seguro no va a enviar a nadie para arreglarlo hasta que no pase el temporal.

Casi me da un ataque al corazón al imaginarme la puerta principal abierta de par en par, sin nadie en casa, desde hacía al menos veinticuatro horas.

—¿Entonces la casa está abierta?

—Un amigo ha bloqueado la puerta. La cerradura estaba completamente destrozada —la idea me tranquilizó un momento—. No te preocupes. Solo quedan unos días y aquí estarás bien.

—¿Y tú?

—Estoy en casa de una compañera. Bueno, a ratos. En realidad, estoy casi todo el tiempo aquí.

Tenía poco sentido discutir y pelear como un crío queriendo volver a casa, aunque tuviera mil razones. Lo más prudente era tener paciencia y consentir.

Puse la televisión y Ann se tranquilizó, creyendo posiblemente que se salía con la suya. La

cosa duraría hasta que acabara el temporal, y esa definición me parecía demasiado abierta; necesitaba fechas aproximadas.

—¿Entonces puedes ir a casa a traerme un par de cosas? Ya que tengo para varios días...

—Claro.

Le pedí libretas y papel para escribir solo por disimular. En realidad, lo único que necesitaba era el portátil, porque era donde guardaba toda la información. Tenía algún *pen drive* con material de otras novelas, pero el último que había utilizado para trabajar estaría en la oficina.

Se me hizo eterno el tiempo hasta que volvió. Por fin, en la CNN dieron un boletín del tiempo que ponía fecha para el final del temporal. Al final, la fase aguda que siempre pintan como algo que roza lo apocalíptico se había saldado con un aguacero de unas cuatro horas y fuertes vientos que no habían costado ningún destrozo urbano. Se habían producido asaltos a comercios y algunas casas, pero eran puntuales. El caso de mi casa quedaría como una casualidad. Todo apuntaba a que en uno o dos días subirían las temperaturas y empezaría por fin el verano.

Según me iba despejando, se aclaraban los últimos momentos previos al ataque. Es fácil caer en «estos seguro que no están faltos de nada, mientras que yo me he quedado sin agua». No culpo a quien haya caído en el error. En fin, estaría más cómodo en mi casa con la nariz y la puerta en buen estado, pero lo entiendo.

Pero me llama la atención que inmediatamente después de la llamada de ese tipo, de uno de *ellos*, entraran por la fuerza en mi casa y me dejaran inconsciente, dejándolo como un intento de robo. Y que ya les hayan cogido, según Ann, que no falte nada...

¿Casualidad? ¡Y una mierda!

Les estaré poniendo nerviosos. No pueden eliminarme ahora que se vuelve a hablar de mí. Además, seguramente sería esta noche cuando emitieran la entrevista que me hizo Jimmy, el nuevo libro estaba a punto de publicarse...

El tipo había dicho claramente que «me concedían» volver a trabajar, como un renacimiento propio del ave fénix. Lo entenderían como si comprase mi libertad. Me han venido a decir «ahora que lo sabes, o estás quieto o te paramos». Contaba con un mensaje por el estilo desde el principio, así que ya ni me impresiona ni me intimida.

Efectivamente, ahí estaba el anuncio de la entrevista... aplazado para la semana que viene... No puede ser... Si recuerdo que lo emitirían por estos días... Tenía que haber pasado algo.

No hace falta ser muy listo para encontrar las funciones de cualquier televisión con el mando. Desde luego, no es tan difícil como a los monologuistas les da por insistir. Solo hace falta tomarse la molestia de hacerlo. Encontré la programación a varios días vista de la cadena y me la repasé de arriba a abajo. Además, la fecha confirmaba que era la fecha en la que en un principio se iba a emitir. En su lugar, solo ponía «emisión especial», pero no de qué.

¿Emisión especial? Eso tenía que ser lo mío. *Iba* a ser lo mío. ¿Qué cojones era eso? ¿Por qué lo iban a aplazar o cambiar a última hora?

Tenían que estar *ellos* detrás. Aunque para eso, mejor anularlo, no aplazar. No lo entiendo.

Ni siquiera especificaba sobre qué iba esa «emisión especial». Sentí una pizca de culpabilidad, pensando que en el mundo podía haber pasado algo más importante que una entrevista que me hicieron hace unos meses.

Ann volvió cargada con mis peticiones. Pegué un bote cuando entró, por un segundo había esperado que entraría alguien más siniestro.

—¿Poniéndote al día?

—Creo que iban a echar la entrevista hoy.

—No, la han aplazado. Por lo de este tío... ha muerto alguien... —ah vale, algo que solo pasa puntualmente...—. Milton no sé qué. Echan una especie de documental sobre su vida.

Milton, Milton, Milton...

—¿Milton Donald?

—Sí, creo que sí. ¿Por qué? ¿Le conocías? Creo que era escritor también.

—No conozco a todos los escritores, Ann.

—Bueno, ¿y sus libros?

—No.

Me di cuenta de que estaba alelado. Me acordaba de la voz en el teléfono preguntándome por él. Me recompuse como pude y traté de aparentar que me daba igual, para no despertar sospechas en Ann por mi reacción. No formará parte de *ellos*, pero no tiene que notarse nada demasiado extraño en mí.

Mía no aparecería por allí. Sería demasiado arriesgado. Probablemente, no tendría más visitas que Ann, y en todo caso, estaría muy controlada. Por un nivel elemental de seguridad del propio hospital, habría un registro de las visitas, sin necesidad de que me vigilaran.

Tendría que aprovechar la estancia allí para ponerme las pilas y empezar a tomar decisiones. Y mepecé en cuanto se fue Ann a casa de esa compañera.

El portátil no parecía perjudicado por el supuesto robo que había habido en mi casa. No creo que ningún ladrón se dejara un ordenador portátil, así que eso de que habían entrado a robar estaba claro que era mentira. Le pregunté a Google por el fallecido Milton Donald. Tuve que rebuscar entre la lista interminable de enlaces que me llenó la pantalla. Normalmente, huyo de la Wikipedia, pero fue lo primero a lo que recurrí. Al menos serviría para refrescarme la memoria.

El artículo ya se había actualizado para incluir la fecha de su muerte, hacía solo dos días. Era otro escritor de *best sellers*, de Wreström. Seguro que en algún evento con la editorial habríamos coincidido, lo que aumentaba mi frustración por no ser capaz de recordar nada sobre él.

Escritor de investigación de temas paranormales. Seguramente por eso no me acordaba de él. A pesar de eso, seguí leyendo el pobre artículo, repleto de enlaces que redirigían a otras páginas para quedarme helado en el último párrafo sobre su biografía:

«En octubre de 2013 ingresó de forma permanente en el centro de atención psiquiátrica Saint Rose, con un diagnóstico de esquizofrenia paranoide con picos de agresividad que le convertían en un peligro para sí mismo y los demás. Allí permanece hasta su muerte, el veinticinco de junio de 2015. No ha trascendido la causa de la muerte».

¿No trasciende la causa de la muerte? Alguien en un centro psiquiátrico, con vigilancia, aparece muerto, ¿y no está clara la causa de la muerte? No digo que haya sido un asesinato, pero habrá una autopsia. Habrá una autopsia y se habrá publicado para dar una explicación. No podían pretender que una persona aparezca muerta y a nadie le resulte extraño. La sociedad está aborregada, pero no hasta ese punto. Espero.

Entré en la web de una librería que aprovechaba la oportunidad macabra para sacar ofertas de algunos de sus libros. Sacaban *packs* de dos o tres, pero muy pocos. En el artículo de Wikipedia sacaban una lista de diez libros; pero esta, una de las mayores librerías del país, ni siquiera tenía en su *stock* más de esos tres títulos. Sus títulos más vendidos.

Que una los mayores centros de venta literaria estuviera más bien limitado en catálogo resultaba chocante, pero razonable. La muerte de alguien que llevaba tiempo desaparecido era imprevista. Puede que en una semana se hubieran puesto las pilas ante la posibilidad de hacer

caja. Posiblemente llevaran tiempo sin sacar más que esas obras, y el resto ni se molestasen en reponerlas cuando se agotaran. Raro, pero razonable.

Otras librerías estaban en la misma situación. Opté por poner en el buscador algún título que apareciera como descatalogado. *Cuervos trajeados*, descatalogado hasta por la editorial. Podía intentar ponerme en contacto con alguien de allí, pero me podían mandar a la mierda sin paños calientes.

Volviendo a Google, repasé varias reseñas de escasos lectores que habían conseguido un ejemplar en su momento. No eran muchos, pero bastó para hacerme una idea de lo que parecía imposible de encontrar.

No es que fuera un artista de los títulos. De acuerdo que yo tampoco, pero daba poco a la imaginación. No era difícil suponer de qué iba. Y, efectivamente, el libro era un *dossier* de casi quinientas páginas de historia corrupta del capitalismo. Al final, se resumía en lo que ya sabía todo hijo de vecino: que las grandes fortunas y poderes mundiales estaban detrás de las crisis cíclicas que afectaban a Occidente. Ganaban más dinero cuanto menos tenían los países para gasto público. Lo de siempre. No creo que fuera como para hacerlo desaparecer. Al fin y al cabo, no era ningún secreto.

Una de las reseñas me redirigió a un foro. No me hizo falta más que un vistazo para ver que entraba en conspiranoia punto com. Más allá de lo de acuerdo que esté con esa gente en según qué asuntos, el subforo dedicado a Milton me bastó por el momento.

Había una reseña de los libros que había publicado, una recopilación de entrevistas, artículos firmados por él o hablando de él y un apartado titulado como «próximo lanzamiento», con una fecha que llamaba la atención. Si Milton había entrado en el psiquiátrico en octubre de 2013, ¿cómo es que hacía dos semanas le había dado por anunciar algo relacionado con su trabajo?

Lo abría el administrador, de nombre oculto, posiblemente porque entraba y cotilleaba sin haberme registrado. Da igual, lo que me importó fue el titular que abría el hilo de conversación. En letras mayúsculas y negrita.

PRÓXIMO LIBRO: LAZOS ENTRE LA CASA BLANCA Y AL QAEDA

Publicación prevista para finales de verano

Había seguido trabajando. Mira qué bien.

Lo acompañaba la inseparable reseña que haría las delicias de los ávidos seguidores, todos muy entusiasmados con la noticia. En una entrevista exclusiva para la NBC, había hablado de su estancia en Saint Rose, de su tratamiento y confirmaba que seguía escribiendo, animado además por su equipo de psiquiatras.

Nada nuevo. No era el primero que insinuaba que el 11—S podía estar relacionado con nuestro mismo gobierno; bien por activa o por pasiva, permitiendo que pasara, buscando una excusa moral para montar una guerra. Por no hablar de sus jugosas ventajas económicas que sacarían con la fabricación y venta de armamento, y el suministro de miedo a la población, más pendiente de sus muchachos del frente que de los que les mandaban hacían aquí. El único inconveniente sería la pérdida de vidas humanas, pero por suerte los que enviaban a esas víctimas potenciales no tenían ese reparo. Por lo general, sus hijos se quedaban seguros en un despacho.

La cuestión es que una importante mayoría de la población estaría más que de acuerdo en invertir millones de dinero público en una guerra por supuesta justicia al otro lado del mundo después de algo como aquello. Y el que no, pues sería un rojo, un antipatriota y un montón de sandeces más.

Pero lo que me impulsó a leer el resto de la entrevista fue que no se quedó en lo que ya decían otros. No recordaba que nadie hubiera insinuado lo que él.

A Al Qaeda lo sustituía otro grupo radical, muy sanguinario. Era frecuente que empezaran los informativos con algún video en el que esta gente encapuchada salía decapitando o quemando vivo a algún preso, con acusaciones como espionaje, idolatría o traición a saber a qué. El catálogo de víctimas era bastante amplio y no hacían excepciones; lo mismo le valía un periodista europeo, que un soldado egipcio, que cargos administrativos de cualquier parte. No escatimaban en la crudeza y eran los medios occidentales los que terminaban censurando las imágenes.

La reacción social era siempre la misma: vídeo, indignación virtual y a otra cosa. Después de unos días o semanas, tocaba volver a empezar. Llevaban así más de un año. No necesitaron tanto para ir a Irak.

Era evidente que si el presidente no había mandado ya a sus muchachos uniformados en pos de la paz y el destroz de infraestructuras que luego se le vendería al gobierno democrático, siempre que fuera acorde con el nuestro, era por la falta de recursos que saquear allí. Si tuvieran petróleo...

Como un *flashback*, me acordé de uno de los primeros jefes que tuve cuando dejé el instituto. Era gilipollas, un tipo insoportable. No quise aguantar por no trabajar para o con él. Pero tenía razón en una cosa: un buen vendedor encuentra siempre qué vender a alguien, hasta hielo a los esquimales.

Milton planteaba si la razón de que los gobiernos occidentales se regodearan en su papel de espectadores a todo aquello no fuera la venta de armamento a estos grupos terroristas. Es un ataque a varias bandas. Ganan dinero con la venta y atemorizan a la población aquí con los vídeos, mandando el mensaje de que tienes suerte de estar en la parte civilizada del mundo. Partiendo de ahí, pueden quitarte lo que quieran porque acabarás pensando que no es para tanto porque, al fin y al cabo, otros están peor; y eso si se te ocurre pensar en ello, en un rato que tengas entre ir al gimnasio y comprar cosas para estar como la gente que sale en los anuncios.

Cuando les deje de convenir o haya una crisis en la industria armamentística estadounidense, no tienen más que plantear una «guerra de liberación». Nuestras víctimas y las de los países con ánimo de lamernos el culo, héroes; los civiles de allí, víctimas colaterales, inevitables, por desgracia. Los de arriba harán caja. Si la cosa se alarga, se conocerá oportunamente la muerte de un cabecilla radical, que se celebrará con banderitas y el himno hasta en el váter. Los soldados, cuando vuelvan, pueden ser héroes si defienden la versión oficial; si no, pues se les calla. Todos contentos.

Por supuesto, estaban involucradas la CIA, la NSA, la OTAN, la DEA... Todas las siglas. No podía ser de otra manera.

No era tan descabellado. Al fin y al cabo, ya había pasado.

Bueno, pues Milton iba a sacar en ese libro todas las implicaciones criminales de nuestro gobierno, primera democracia del mundo. Tenía huevos el tío.

Había sido su última entrevista. Dos semanas antes de aparecer muerto. Tendría que haber un hilo de conversación con la noticia. Entre tanta opinión, habría alguna que apuntaría bien.

El administrador abría el hilo en tono de dolida necrológica. Las respuestas reflejaban indignación y rabia, sentimientos lógicos entre seguidores; pero lo que me interesó fue que apuntaban a los posibles métodos de su asesinato. Nadie creía que fuera accidental. De hecho, con las declaraciones que había hecho recientemente, no iba a serlo. La hipotética sobredosis de barbitúricos se perfilaba como la favorita, especialmente por los precedentes. ¿En un psiquiátrico? No es que fuera imposible, habiendo administrado la sobredosis alguien de dentro,

pero no resultaría creíble.

Si quisiera sentenciar su muerte como accidental, habría optado por algo que provocara un infarto o una mala caída en un baño. Nadie sería tan inocente para pensar que había sido por error, pero, con la excusa adecuada, al menos se dudaría.

El tiempo que me llevó leer todas las opiniones bastó para que se filtrara el informe de la autopsia, que ya salía recogido en la web en un nuevo hilo. Sobredosis de barbitúricos. Si en lugar de eso salía una confesión de un alto cargo de la CIA reconociendo abiertamente que lo había matado él personalmente, la reacción popular sería la misma. Así que para qué andarse con tonterías buscando una buena excusa.

El mensaje quedaba claro: no te metas donde no te llaman.

Había leído lo suficiente para querer verlo. Jimmy había improvisado una biografía documental para hacer el programa vestido de luto, con una exagerada mueca de dolor por la pérdida. El muy hipócrita. Unos meses antes también a él lo estaba censurando, tachándole de desequilibrado cuyo trabajo no aportaba ni siquiera papel para el cuarto de baño. Y ahora, «era una gran pérdida para nuestro amplio panorama cultural».

Nada como morirse para que todo sean buenas palabras. El que vivo era un genocida se convierte en historia viva de su país en cuanto deja de respirar.

No me molesta que le dediquen un documental a un escritor al que han silenciado y asesinado impunemente. Lo que me molesta es que aprovechen ese asesinato para ningunearme a mí. Les ha venido de lujo que estuviera Milton en un psiquiátrico y yo a punto de sacar la cabeza. Su muerte no es accidental ni una casualidad. Aparte de mandarme una amenaza velada con su muerte, están intentando hacer que vuelva a desaparecer para todo el mundo. La noticia (más grave) de un asesinato es suficiente para que la gente esté más centrada en ella que en mí, que sigo vivo. Es más incómodo seguirme a mí que mostrar duelo por alguien a quien hace una semana la mayoría posiblemente no sabían ni quién era.

La buena noticia, si es que podía haberla, es que su trabajo se revalorizaría a partir de ahora. El que *ellos* consintieran, claro está.

Pero se han equivocado en una cosa. Supongo que no es difícil suponer que cualquiera en mi situación podría captar el mensaje y tuviera tanto miedo por su integridad física, su vida o las de sus seres queridos; que prefiriera quedarse con su verdad en su casa, donde no les moleste. Es más fácil de controlar e incluso de comprar en un momento dado. Pasado un tiempo, por si se le ocurría volver a la carga, se simulaba un asalto o se le ponía en medio de un tiroteo y tema resuelto. Nadie sospecharía que un pandillero te pegara dos tiros en la calle, con cualquier excusa. Sería una pena, saldrían asociaciones anti-armas a hacer pequeñas manifestaciones, que serían respondidas fogosamente en los medios de comunicación. De hecho, el debate sería una cosa más o menos así:

A la izquierda, los personajes más visibles o con más carisma de las asociaciones en contra del uso de armas, o con aspiración a que se limitara, angelitos... En frente, miembros de los sectores más conservadores, del sur en su mayoría, con sus lazos al cuello y alguno hasta con sombrero de vaquero. En medio, el presentador de turno, con el ego hinchado hasta casi salirse del plató. Dependiendo del talante de la cadena, habría más en un lado o en el otro.

—Es una pena lo ocurrido y cualquier muerte injusta, pero eso no cambia que la mayoría de americanos de bien solo quieren un arma para protegerse, a sí mismos y a sus familias.

—No hace falta llevar una automática encima para eso.

—El pobre señor X —da igual— también hubiera podido ir armado; si no lo iba, no es razón para eliminar algo que está en nuestra Constitución.

—Sí, del siglo xviii. Estamos en el veintiuno y se supone que deberíamos haber evolucionado... ¿Por qué no recuperamos muchas otras tradiciones? ¿Acusamos a una mujer de brujería porque sí? —Risas de suficiencia del lado derecho.

—Vosotros tan radicales como acostumbráis. ¿Qué tenéis en contra de nuestra Constitución? ¿Tenéis idea de lo que costó sacarla adelante? ¿De las vidas que costó? ¿Acaso estábamos mejor antes?

—Utilizar un contexto histórico concreto, completamente diferente al actual, no es un argumento.

—Si la gente consigue armas por el mercado negro, el problema no es el derecho de llevarlas; sino precisamente los controles que exige el mercado legal...

—Eso lo cambia todo, claro...

—¡Vuélvete a Rusia!

En un mes hay otra cortina de humo. Y aquí no ha pasado nada.

Yo podía convertirme en ese señor X en cualquier momento si seguía adelante, y eso en el mejor de los casos. La diferencia es que yo ya tenía poco que perder. Y que sentía más indignación por lo que me habían hecho ya que miedo por lo que me pudieran hacer.

Además, no soy idiota. No me voy a dejar coger. Si gente más peligrosa y torpe que yo puede desaparecer cruzando la frontera, yo también. Lo más obvio, por distancia, sería pasar a Canadá. Tenía que averiguar cómo conseguir un pasaporte falso, aunque seguro que cruzar sería más sencillo si aparentaba que no iba a quedarme. Para cuando quisieran localizarme, Mia y yo ya estaríamos en medio de ninguna parte. Para desaparecer solo hay que desprenderse de teléfonos o cualquier cosa que pueda emitir una señal satélite. Puede que sea un coñazo, pero es preferible al panorama si nos quedamos.

Otra opción, mucho más aparatosa y arriesgada, pero precisamente por eso interesante, por las opciones de éxito, sería ir hacia el sur. Me da hasta la risa imaginarme el momento de decirle a Mia que huimos a México, como si estuviéramos en una película. Allí, al menos, hará más calor que aquí. El idioma será un inconveniente muy vistoso, y tardaríamos bastante más en llegar al objetivo, muchos más kilómetros en los que pasar desapercibidos cuando tendríamos a un pequeño ejército buscándonos.

En cuanto al momento en el que salir, el mejor sería el más inesperado. Durante la promoción del libro nuevo, habría que guardar las apariencias un par de eventos, y, de repente, no aparecer en el sitio acordado. Seguro que a la hora de llevarlo a cabo no sería tan fácil, pero no podía rendirme dadas las circunstancias.

La espera hasta que me dieron el alta resultó exasperante. Me encontraba perfectamente desde el primer día. La noticia de la muerte de Milton y los planes habían resultado terapéuticos. Tenía que adoptar una actitud concreta con respecto al mundo exterior, de voluntad e incluso dejarme llevar. Les haría bajar la guardia de cara al momento de mi desaparición. Ya sabía cómo contactar con quien me facilitaría una documentación falsa, y resultaba llamativo lo fácil que había sido encontrarlo. Ni siquiera era seguro que lo fuera a necesitar, pero quería tener esa baza.

Cuando pasó el temporal y empezó por fin el verano, me dieron el alta. Ann y Sam me recogieron. Fuimos los tres en el coche de él, bastante más humilde que el de sustitución que llevaba cuando retomamos el contacto en el funeral de Ron.

—Siento cómo me puse por teléfono. Fue desproporcionado.

—No importa. Además, tenías razón. Debimos decírtelo, por lo menos. Hemos aclarado que no llevas tú personalmente la cuenta de Twitter, pero que está dedicada a tu trabajo. Es como si lo llevaras tú, pero sin hacerlo. Te he mandado un correo con las claves, por si cambias de opinión.

—Bien.

—De hecho, hemos anunciado la entrevista de mañana.

—¿Mañana? —¿Tan rápido?

—Sí, vamos a presentar la novela ya. No estará a la venta hasta la semana que viene, pero vendrá bien de promoción. Solo prensa.

—¿Dónde?

—En la librería Poe.

La conozco, está cerca de mi casa.

Nos dejó a Ann y a mí en la puerta de casa y acordamos que me recogería a las nueve de la mañana. Como de costumbre, él se encargaría de todo.

Noté un cambio nada más entrar. Imperceptible a la vista, pero había algo diferente, que no estaba cuando me atacaron; aparte de la puerta nueva, obviamente. Era como si me hubieran cambiado algún mueble de sitio y estorbase. Ann actuó como si nada, por lo que me pregunté si no se daba cuenta o sabía de qué se trataba. No sé qué me resultaba más incómodo.

—Te he dejado comida preparada en la nevera. Mira a ver si necesitas algo antes de que me vaya.

Me sirvió para hacer un leve registro de la cocina. Le extrañaría que pidiera algo fuera de lo habitual, así que medí escrupulosamente el tiempo que tenía para responder.

—¿Sobre qué hora volverás?

—Me quedo hasta el cierre. Hay mucho que arreglar.

Me parecen abusivos los horarios que le dan. Pero casi me conviene que esté fuera el mayor tiempo posible. Allí había algo o alguien que no estaba cuando me fui y, cuanto más tiempo tuviera para descubrirlo, mejor.

En cuanto me quedé solo, recorrí varias veces la planta principal. Sin resultado. Fuera lo que fuera, estaría bien escondido. Subí a mi despacho y por fin di con algo. Colocado en mi mesa, como si pretendieran que lo viera en cuanto mirase, un CD de los que vendían vacíos para grabar me esperaba con una nota de Mia: «*pc*».

Algunas veces la cadena no reproducía ese tipo de discos, pero esa no sería la razón por la que me mandaba oírlo de una forma tan específica.

El lector del portátil tampoco es que fuera de lo mejor. Tardó unos segundos en reconocer que le había puesto un CD y tuve que pinchar varias veces en el icono para que me hiciera caso. El cacharro tenía ya unos años.

El programa del reproductor se abrió con esa especie de masa que se mueve con el ritmo de la música, como una lámpara de aceite. Había solo una canción, una de sus favoritas. Mia tiene un gusto musical curioso, por la variedad. Podía empezar el día con música clásica y terminarlo con un pop más o menos pesado, pasando por el *rock* y su amplia escala. Cada vez que suena el «*Highway to hell*» me dan ganas de dar gracias a Dios, aunque supongo que le daría la risa y corearíamos el estribillo.

Compartimos el amor por ciertas canciones, pero las que le hacían sonreír de manera especial estaban contadas. Por eso, siempre que suena «*Across the Universe*», aunque no me entusiasme especialmente y considere que los Beatles tienen decenas de canciones mejores, la dejo acabar. No me he metido en la historia del grupo, pero tengo entendido que es famosa su época de consumo de alucinógenos, que se supone que «*Lucy in the Sky with Diamonds*» habla de LSD, que estos subidones se volcarían en sus composiciones... Como si hacer una obra de arte fuera tan fácil como cogerse un buen colocón. Aunque es una buena excusa para los mediocres.

Cuando empezó el estribillo, comenzó a aparecer un texto en la parte inferior: «Hay que

adelantar la huida. Tengo todo listo a falta de unos detalles, solo tienes que esperarme. Iré a buscarte cuando llegue el momento. Te quiero.»

Habíamos dedicado mi tiempo en el hospital a lo mismo: planear cómo ponernos a salvo. No podía quererla más.

Habría estado bien que no pensara que estaba esperando a que me lo solucionaran, que yo también había pensado en algo. Aunque seguro que su plan estaba mejor pensado y no tenía tantos cabos sueltos.

Entré en Twitter con las claves que me había enviado Sam y eché un vistazo al perfil. Entendía que lo hacía porque era parte de su trabajo y probablemente yo tampoco diría a alguien algo de lo que ya sabría su respuesta. Quizás debería haberme implicado más en mi carrera y menos en buscarme problemas.

Leí el comunicado del que me había hablado. Había decenas de respuestas de seguidores que decían haberlo adivinado desde el principio, seguramente de esos que adivinaron el final de *El sexto sentido*, y otros más o menos enfadados con la revelación.

Mayores aún eran los enfados a la convocatoria de prensa para el día siguiente. Que a ver quién me creía que era para prohibir a un lector acercarse, que si es que había que pedirme cita para que atendiera y una que «me echaba de menos porque hacía semanas que no veía mensajes míos», que por qué no podía contestarle a ningún tweet... Cualquier intención que pudiera tener en entrar ahí, la hizo desaparecer de golpe en tres tweets de esos. Espero que no haya quien alimente esta clase de conductas, aunque seguro que sí. El ego puede ser muy cabrón.

Lo que sí hice fue escribir un texto que meter comprimido en un tweet. Mi condición de analfabeto en la materia «redes sociales» provocó que tuviera primero que pasar un rato investigando cómo se hacía algo que seguro que resultaría ser de lo más simple. Los ciento sesenta caracteres de límite no daban para parrafadas. Parecía pensado más bien para un titular, algo corto con mucha información, nada que ver con mi media página. No pude resumirlo tanto.

Así que opté por lo fácil y lo publiqué en la página web, donde me manejaba mejor. No tengo nada en contra de las webs o blogs personales, de hecho tengo uno desde hace un par de novelas. Estaba con telarañas, pero era una buena oportunidad para darle uso, probablemente el último. Por inercia, o no sé por qué, publiqué el enlace en un tweet:

«En primer lugar, quiero agradecer el apoyo de quienes me han sacado de la oscuridad en la que vivía desde que desapareció Mia. Nada ha sido lo mismo desde entonces, y nada será lo mismo a partir de ahora.

En estos últimos meses ha cambiado algo en mi vida. Ha ocurrido algo que me ha hecho replantearme mi presente y mi futuro. Se han esclarecido puntos oscuros y he tomado una decisión. No puedo entrar en detalles; solo diré que los que lo han provocado todo lo pagarán. Me cobraré con lo que mejor sé hacer, y que aún no me han quitado: escribir.

Estoy ya trabajando no solo en el cierre de la trilogía, sino en un libro diferente a todos los que he escrito, algo que quitará máscaras y pondrá a cada personaje de mi historia personal en el lugar que le corresponde. Soy consciente de los riesgos de esta comunicación, pero estos no me harán callar. Ya no me callarán más.

Pase lo que pase, solo espero que quien lea esto se aplique una costumbre: que no se lo crea todo porque sí. Detrás de lo que nos cuentan, hay algo mucho más oscuro que no quieren que sepas. Cuestionatelo todo, sea cual sea la fuente. Algunas cosas serán verdad, pero estará tan mezclada con las mentiras que costará llegar a ella. Sin embargo, pese a todo lo que acarrea, merece la pena descubrirla. Siempre es mejor llegar a la verdad que vivir engañado.

La información es la única arma que tenemos para evitar la dominación. Si convengo a

una sola persona de la importancia de esto, me consideraré útil.

Gracias por estar ahí, espero volver a agradecerlo en un futuro.

Bruce.»

Puede que me estuviera poniendo una diana en la espalda, pero ahora ya sabrían que lo que me pasara no sería un accidente, ni una casualidad, ni mucho menos un suicidio. Ya era tarde para recurrir a esa excusa.

Al día siguiente estuve frente a la puerta de casa puntual. El que no se presentó a la hora fue Sam. Algunos viandantes prefirieron la acera de enfrente cuando se acercaban a mí, y me miraban al pasar desde allí, con un buen campo de visión sin coches que se interpusieran. Un par de hombres, poco discretos, se quedaban cerca aparentando que hablaban por el móvil o que leían algo en la cafetería de enfrente, en un punto en el que me veían bien tras la cristalera. Supongo que es absurdo disimular la vigilancia cuando el sujeto en cuestión ya sabe que le vigilan. Ahora me doy cuenta de que alguno de esos hombres llevan meses pululando por aquí y la oficina. Es curioso que se hagan notar más ahora, que no voy a tardar en darles esquinazo.

Unos dedos como alfileres con los que no contaba me sacaron de mi análisis de la situación. Esa chica, la fan... Diane... ¿Qué cojones hacía allí, exponiéndose de esa manera?

—He sabido lo del hospital y el asalto a tu casa, ¿cómo estás? —Su gesto no delataba preocupación, sino enfado contenido. Preguntaba por quitarse la pregunta obligada cuanto antes. Yo lo único que quería era que desapareciera. Que no me cayera especialmente bien no significaba que quisiera que le pasara algo.

—Bien, gracias.

—Estupendo. ¿Cómo es que el acto está reservado solo para la prensa?

—Es cosa de la agencia, son quienes lo han organizado.

—Claro, y tú no tienes voz ni voto en esto, ¿verdad? Creí que eras diferente, que lo que te había pasado te habría hecho valorar más a la gente que te quiere...

—Me parece que no es momento ni lugar... —Dios, nos están mirando cinco personas distribuidas de forma que no podría llegar ni al final de la calle sin tener a tres encima. Seguro que no van a tener escrúpulos en dar uso a las armas que llevarán en la cintura. Y mejor no dejar testigos. ¡Lárgate de una puta vez!

—Creía que te importaba...

—No. Mira, me da igual lo que hayas creído porque te atendiera un par de veces, no es mi problema. En cualquier caso, no tienes derecho a decirme cómo llevar mi trabajo.

—¿Que no tengo derecho? Te debes a la gente. No habrías publicado el segundo libro si no fuera por nosotros. Que no se te olvide.

Sam. Y en el coche. Miré involuntariamente al cielo, agradeciendo la salida a un dios en el que no he creído nunca.

La aparté lo más suavemente que pude dada la tensión que llevaba encima. En cuanto desapareciera, la dejarían de vigilar y estaría a salvo. Igual si pudiera saberlo hasta me lo agradecería. O podía creer que la protegía, por alguna razón sentimental.

—Sí, eso, vete. Vete a darte el baño de prensa que quieres. Cuando saques a la venta el libro, que te lo compren ellos. Ya verás entonces cómo aprendes a valorarnos.

Estaba más pendiente de ella de lo que seguramente parecía. Por el rabillo del ojo pude ver algo que me inquietó más de lo que ya había pasado. Tuve que contenerme para que no se notara que me había dado cuenta de lo que ocurría y mirar en la misma dirección que ella, a algún punto en la acera de enfrente, al que hizo un leve signo de afirmación.

Mientras Sam se alejaba, miré disimuladamente hacia atrás. El hombre del móvil había

desaparecido, aunque sabía que en la charla que me había dado Diane estaba, y muy pendiente. Ella se había reunido con otro que no había visto en el análisis de antes. Hablaban, pero desaparecieron de mi campo de visión cuando pasamos una esquina.

Nunca me lo habría imaginado. Ahora que lo sabía resultaba tan obvio que estuviera en el ajo desde el principio que me sentí tonto por no haberlo visto antes. Sería un agente en un papel perfecto, al poder acercarse a mí sin despertar sospechas de ningún tipo. Si no fuera el objetivo, me parecería una estrategia brillante.

Traté de centrarme en lo que tocaba ahora. Nada como una rueda de prensa para sentirse expuesto.

Allí estaban ya un pequeño grupo de periodistas, acomodándose en la pequeña librería. Fuera, acaparando el cristal, se quedaban siete u ocho curiosos, móviles en mano. Cuando salí del coche uno me ofreció tímidamente un ejemplar de bolsillo de *El buen alumno*, con el bolígrafo ya preparado. Por inercia, garabateé mi firma, unos escasos segundos en los que otra aprovechó para ponerse a mi lado y hacer un *selfie*. Me sobresalté al notar su mano en mi hombro opuesto para hacer una segunda foto, esta vez asegurándose de que estuviera mirando al móvil. Era consciente de que me hacían más, pero mientras solo fuera eso...

Fue un alivio entrar por fin en la librería. Phill estaba allí, en un ir y venir constante en el que no hacía nada pero del que se echaría mérito. Habían preparado una mesa rectangular, frente a las sillas de la prensa. Sam y yo ocupamos nuestros sitios y cuando estuvo seguro de que estaban listos, empezó a hablar.

Sam dio un pequeño discurso en el que habló de fechas, de mi pasado reciente (o al menos la parte que conocía de él), de un futuro prometedor en mi carrera y no sé cuántas cosas más. Estaba sentado a mi lado y no había ruido en la habitación; el pequeño grupo de reporteros estaba en un respetuoso silencio, y el grueso cristal del escaparate se encontraba acaparado por lectores y gente sin carnet de prensa, grupo que, por cierto, no dejaba de crecer, todos tras una barrera de móviles. No me gustaban estas cosas. En el momento en que asumí publicar con mi nombre real, en lugar de un pseudónimo que tenía pensado y que me hubiera protegido tanto del fracaso como del éxito, sabía que esto no lo llevaría bien. Pese al encuentro con la falsa fan de hace unos minutos, un tanto desagradable si nos aferramos a las apariencias, nunca he tenido el menor problema con mis seguidores. Eran como un ente que estaba en algún lugar, pero sin hacerse notar.

Las nuevas circunstancias, en las que *ellos* podían utilizar tantas formas para acercarse a mí de forma desapercibida, me hacían estar permanentemente alerta y desconfiar más que nunca de todos los que estaban allí. Un acto como aquel sería perfecto para vigilar hasta el ritmo de mi respiración, una forma de decirme «estamos aquí y en cualquier momento vamos a por ti». Me revolví varias veces en la silla, casi incapaz de contener las ganas de salir corriendo. Mía me reprocharía mi impaciencia. Era consciente de que me estaba delatando. Debía aparentar tranquilidad.

Me conformé con hablar lo menos posible a cada pregunta. Ya casi podía leer las críticas. «Fríó, distante, con gesto arrogante, deja todo el protagonismo a su representante». Por suerte, hay cada vez menos gente que toma decisiones de consumo en función de las críticas.

Duró menos de una hora, aunque se me hizo eterna, pero Sam y los reporteros parecieron apiadarse de mis prisas. Sin embargo, mi alivio duró poco. En el rincón más aislado de la librería se había dispuesto un buffet de desayuno, con bebidas calientes, bollos, zumos variados y fruta troceada. Un lujo; ese tipo de derroche solo me lo he permitido en viajes con Mía. Todos se abalanzaron sobre la mesa con más o menos discreción, todos con bromas al respecto y hablando de lo sano que era desayunar solo cosas naturales. Por supuesto, la bandeja de los bollos era la más solicitada. Sonreí en los primeros comentarios, pero no tardaron en cansarme. Por alguna razón, cuando se ofrece comida siempre tiene que haber gente que resulta ser dietista o especialista en nutrición o tiene un máster en lo que queda bien comer. Del mismo modo que hay gente que se cree más lista que los directores de cine, por no hablar de los actores, y les salen habilidades que ni Spiderman, los loco-sanos no dejaban a nadie vivir tranquilo. Con lo bien que se vive sin meterse en lo que comen o dejan de comer los demás... Con lo bien que se está sin meterse en la vida de los demás, en general, en ningún campo.

Cogí el último bizcocho de chocolate, que haría añadir a las críticas que era un gordo que no cuidaba su alimentación, lo que me llevaría a morir veinte años antes, ahogado en mi propia grasa. Lo que me iba a reír leyéndolo meses después en mi cabaña perdida en algún monte canadiense, libre de todos.

Sam se me acercó con una copa de champán en la que se había servido zumo de naranja. Al parecer un vaso no luce igual.

—Ya eres *trending topic* a nivel nacional. Gracias en buena parte a los que están ahí fuera —había trasteado lo suficiente como para saber que suponía que era de los temas más hablados en

Twitter. Supongo que es bueno—. Por lo demás, ¿cómo estás?

—No he pasado buena noche —improvisé.

—Bruce —me cogió del brazo y me apartó suavemente del grupo para hablar en privado—, he visto lo que publicaste ayer en la página web...

—¿Y qué?

—Evidente —respondió con una sonrisa tensa—. ¿Tienes un proyecto nuevo? Tendría que saberlo.

¿Sam? ¿En serio? No me lo podía creer.

—Bueno, solo es una idea. Ni siquiera la tengo bien... definida. Es algo que he estado pensando pero que llevará más tiempo. Ayer quise decirlo como muestra de trabajo a más largo plazo, me pareció que les interesaría a los seguidores... pero ni siquiera tengo un plan preliminar —observé detenidamente sus reacciones gestuales. Asentía levemente con la cabeza y levantaba mucho las cejas, como sorprendido. No supe definir el tipo de interés que estaría gestando en él, pero su «tendría que saberlo» me resultaba bastante indicativo—. Puede que ni siquiera lo haga, o que lo vuelque en una novela, inofensiva...

—Ya... Bueno, me alegra que tengas planes para el futuro, pero recuerda informarme de estas cosas. Que me enteré de lo que habías publicado porque me llamaron del periódico para preguntarme al respecto. Recuerda que la comunicación es importante...

—Claro.

Sonrió asintiendo, como un profesor o un jefe que da un primer aviso, y me dio una palmada en el brazo para dejarme solo. El móvil me pitó en el bolsillo por un SMS. Casi me caigo del alivio.

«Ve al lavabo».

Mía me esperaba en el lavabo de caballeros, escondida en uno de los cubículos para cerciorarse de que estábamos solos. Era más seguro que entrase yo a apretarnos en ese pequeño espacio, como si eso supusiera un problema a que saliera ella y alguien pudiera verla.

—¿Cómo estás? ¿Te hicieron algo los que entraron?

—No, ya había salido cuando llegaron —no había podido saber nada de ella en esos días, y la idea me había angustiado bastante—. Bruce, tenemos que salir hoy.

Sentí como si me dieran un golpe en el pecho. No me esperaba que fuera tan pronto.

—¿A dónde?

—Es mejor que no sepas nada. Lo tengo todo preparado, pero no estaremos a salvo hasta que no estemos allí. Va a ser un viaje largo.

—Me lo imaginaba.

—Tienes que coger lo más imprescindible. No podemos ir muy cargados, iremos consiguiendo ropa o comida por el camino.

—Bien.

—Te espero en la puerta de atrás de casa en una hora. Ojo, nada de llamar la atención, ni de despedidas de ningún tipo que levante ninguna sospecha. Tienes que ir a casa como si fuera normal y cualquiera contase con que te va a volver a ver, hoy mismo si quiere.

Todo eso lo tenía previsto ya.

No pude evitar cierta decepción con el método. Finalmente, era ella quien nos salvaba a ambos. Desde que se me ocurrió todo esto tenía claro que lo menos que podía hacer por ella era salvarla; salvarnos de la situación asfixiante en la que vivíamos. Y, al final, ni eso era capaz de hacer.

—¿Alguna duda? —Preguntó casi alarmada, como si temiera que me viniera abajo.

—No —tampoco creo que tuviera derecho a quejarme. No después de lo que había hecho.

—Quiero que tengas cuidado cuando vayas a casa, Bruce. Has hecho algo que les ha alterado demasiado...

—Me llamaron...

—Sí, lo sé. Pero ha sido alguna otra cosa, o sencillamente han decidido dar un paso más.

—Entonces, ¿nos pueden... matar?

—No, ahora no. Estás demasiado expuesto. Si murieras ahora, sería contraproducente para su objetivo. Lo primero será destrozar tu imagen. Has visto lo ocurrido con Milton...

—Sí —como para olvidarse.

—No acabó en Saint Rose en concreto por casualidad; podía haber sido asignado a cualquier otro centro, más cerca de su familia. Pero el Saint Rose les pertenece. Tardarían menos en matarnos, pero las balas o el asesinato repentino en tus circunstancias, a punto de salir del bache, de recuperarte, te convertiría en mártir. Si lo hacen a su manera, te convertirán en un paria. Harán cualquier cosa para ello y no sé cuándo. Por eso tenemos que irnos ya.

Pues bien. Tendría que esperar en aquella encerrona de Sam unos minutos, y largarme cuanto antes. A estas horas Ann no estaría en casa. Me sabía mal no poder dejarle ni una nota que la tranquilizara cuando se diera cuenta de que no iba a volver, pero era más seguro que ella no supiera nada. Si no podían alcanzarnos a nosotros, irían a por ella. Así que mejor así. Ya habría oportunidad de ponerme en contacto con ella.

—Una hora —recordó, cogiéndome la cabeza entre las manos. No podía contener la sonrisa, estaba tan impaciente y emocionada como yo, pero ella siempre mantenía la sangre más fría. Era evidente que sin ella aquello no habría salido bien.

—Una hora.

Me besó y volví a salir.

Me di cuenta al instante de que el tiempo que había pasado en el servicio, añadido al comentario de que no había pasado buena noche, jugaría a mi favor para salir en unos minutos. Busqué con la mirada algún reloj de pared que pudiera ver en cualquier momento. Las nueve y media. Perfecto, veinte minutos y me largo.

Había otra cuestión. Sería preferible irme solo, pero eso tenía un inconveniente: el grupo de gente que seguía creciendo a la entrada de la librería. Allí estaba Diane junto a la puerta, para mi asombro. Y con buena cara, sacándome más fotos con el móvil. Tenía que esquivarla, a todo el grupo, pero a ella muy especialmente. En cuanto me viera salir, daría parte, me entretendría y daría tiempo a los suyos a que se pudieran colocar en el camino a mi casa para abordarme en cualquier momento.

Analiqué la posibilidad de que Sam me llevara a casa. Podía pedírselo con alguna migraña o malestar como excusa. Jugando su papel, me llevaría en volandas a través de ese grupo y haría de malo negando cualquier gesto que nos retrasara. A él lo que le interesaba era que había congregado a una considerable cantidad de gente para lo que hacíamos allí, casi de un día para otro, por la mañana y un día laborable. Luego daría algún tweet en el que explicase que me encontraba indispuerto y que lamentaba no haber podido atender a nadie. Y quedaríamos bien ambos. Lo que ya pasara de camino a casa, o hasta que me dejara a la merced de algún compañero, era otro cantar.

Probablemente intuiría que la razón real por la que quisiera ir a mi casa sería escapar, y, en ese caso, su función sería llevarme a un escenario controlado por *ellos*, que ya tendrían acordado. Seguramente la oficina, con cualquier excusa.

Me dolía especialmente la implicación de Sam. No me lo habría imaginado. Ahora encajaba todo. Que apareciera casualmente en el entierro de Ron... Dios, ¿y si no lo había asesinado él?... Que me ofreciera trabajo con los precedentes que teníamos, que controlase todo el proceso de publicación, que mandara a Phill a trabajar conmigo... Sería una opción que se les ocurriera para tenerme controlado, haciéndome creer que era yo quien controlaba mi vida.

Eso me dejaba en una opción que me daba más pereza que un programa de debate en el desayuno: Phill. No tenía razones para fiarme de él, puesto que había sido enviado por Sam, y era repelente. Independientemente de su implicación, estaría en su derecho de decirme que no era su función acompañarme a casa, ni ayudarme a salir del grupo de la entrada. Y si lo hacía, se pasaría el camino echándome en cara el favor que me estaba haciendo. Además, no me fiaba de él. Me caía mal ya antes de descubrir lo de Sam.

Diez menos cuarto.

El dueño de la librería no perdía la sonrisa. Puede que no fuera habitual para él este tipo de actos y creyera que era una buena publicidad. Me recordaba un poco al señor Koreander de la película, pero sin esa mirada de recelo odioso hacia los niños. Era la única opción que me quedaba.

Se le congeló la sonrisa en su pequeño rostro, posiblemente intimidado.

—No me encuentro muy bien. ¿Hay alguna puerta trasera? Más discreta...

Asintió con comprensión y me invitó a seguirle.

Sam, eficaz en su trabajo, se interesó por mi alejamiento del grupo y, sobre todo, de la vista de los de la puerta. Diez menos diez.

—¿Pasa algo?

—No me encuentro muy bien. Tengo una migraña horrible. Lo siento.

—De acuerdo, deja que te acompañe. No te vayas solo en ese estado...

—No, no te preocupes. Además, alguien tiene que atender a la prensa.

—Déjame pedirte un taxi...

—No te molestes, de verdad —intenté controlar el tono, que pareciera que agradecía su disposición. Otro diferente, con urgencia, delataría mis intenciones—. Si salgo a una calle tranquila, puedo llegar en cinco minutos. Lo que no quiero es que me entretengan ahí fuera —no era delatarme, pero encajaba muy bien.

—Como quieras... Luego me paso.

—Posiblemente me acueste. Te llamaré en cuanto pueda.

Forzó el gesto de conformidad y se separó.

El hombre me llevó hasta el pequeño almacén, que le debía de servir de despacho también por el escritorio repleto de libretas y el ordenador de sobremesa encendido.

Abrió la puerta y aparecí en una callejuela que calculé que sería paralela a la de la puerta principal. Suponiendo que hubiera un trazado en damero, sería fácil callejear sin llegar a la calle principal. Era un tipo de urbanismo heredado de las principales ciudades europeas tras la revolución industrial. Cuando todos los obreros empezaron a amontonarse en las ciudades, el hacinamiento y las pobres condiciones higiénicas del trazado antiguo provocaron la necesidad de expandirse, esta vez con una construcción planificada previamente. El trazado en cuadrícula, con calles perpendiculares y dos principales, heredado de la cultura grecolatina; fue de los más aplicados en Europa primero y en las colonias después. De hecho, el trazado de Manhattan es una cuadrícula.

No podía tenerlo tan fácil. Pasados unos cincuenta metros, tuve que volver a la calle principal. Por suerte, ya estaba a la distancia suficiente para no llamar la atención al grupo de la

librería, que seguían atentos al interior. Recé por que nadie mirase en mi dirección y alertase al resto, pero no miré. Seguí andando en dirección a mi casa, como si no tuviera mil ojos puestos en todas partes.

Faltaban menos de cinco minutos para las diez. Tenía poco más de media hora para estar en la puerta trasera de casa, listo para la huida.

Sin embargo, cuando tomé la calle de mi casa, cuando ya podía ver mi puerta, hubo algo que me dejó los pies clavados en el suelo. Debí haberme contenido y haber seguido como si nada. De hecho, debía haber evitado llegar a mi casa, haber improvisado cualquier ruta para aparecer en la puerta trasera, o donde ella pudiera verme. Pero no pude evitarlo. No suelo encontrarme un despliegue policial y una congregación de vecinos curiosos en frente de mi casa.

Me mantuve en el principio de la calle, con la esperanza de que no llamaría la atención, intentando adivinar qué había pasado para que hubiera ese operativo. Me estaban esperando. Eso estaba claro. Algo les habría alertado y habrían tirado de tentáculos para enviar a la Policía a mi casa. La camilla con un cuerpo humano cubierto con una sábana casi me paró el corazón. Dios. Ahora me explicaba lo que me escamaba cuando había vuelto al hospital, lo que encontraba extraño. ¿Qué habían hecho? Una acusación de asesinato. Nada que ver con el accidente, que no deja de ser un accidente, sino un asesinato, en mi casa. De ahí a una condena a la perpetua, sino a muerte, había unos años de espera en prisión.

No podía respirar. Tenía que salir de allí. Por alguna razón, todo lo que me vino a la cabeza fue la voz de Ann hablando de esa «visualización».

Si algo he aprendido los últimos años es que no puedo acostumbrarme a un presente cómodo con un futuro mínimamente prometedor. Todo lo que en algún momento le daba sentido o estabilidad a mi vida ha terminado desapareciendo. Cada vez que he conseguido recuperarme, ha ocurrido algo que me ha devuelto de una patada a la casilla de salida, como si cayera en la casilla de la muerte. Por alguna razón, los dados me tienen inquina. Siempre parecía el paso definitivo y luego resultaba no serlo.

En cambio, aquello era diferente. No sé por qué exactamente, pero sabía que esta vez no habría renacimiento. Ya olía a muerto.

Ver a Ann a lo lejos me tranquilizó. Al menos ella estaba bien. Sin embargo, mirándola más detenidamente, me di cuenta de que tenía un gesto apesadumbrado. Y Brian... ¿Qué pintaba allí? Y prestando atención a lo que le dijera Ann. Ann, de repente, empezaba a perder el papel de testigo desagradable de lo que hubiera ocurrido a tener un puesto más protagonista en aquella pantomima. Sacó el móvil y sonó el mío.

No podía ser verdad. ¿Ella también? ¿Había alguien que no estuviera para vigilarme?

—Bruce. ¿Dónde estás?

—He tenido que salir. ¿Por qué?

—He llamado a Sam y me ha dicho que venías hacia aquí.

Tardé unos segundos en reaccionar. Se me estaba cerrando la garganta, entre la ansiedad y frustración. No tenía cómo salir de esa. Diez y diez. No podía avisar a Mia. No podía deambular porque en veinte minutos ellos seguirían allí, esperándome.

—No voy a ir a casa, Ann —mi miopía me impedía verla con nitidez. No sabía qué gesto pondría, pero me la imaginé entrecerrando los ojos, expresando lo que tuviera a la vista. Siempre hacía ese gesto cuando se concentraba en algo. Estaría intentando pensar rápido en cómo sacarme la información que necesitaba.

—¿Por qué no? ¿Dónde estás?

—No me cogeréis, Ann —dije en un hilo de voz, casi pensando en voz alta. Fue

completamente involuntario, cuando quise darme cuenta ya lo había dicho—. No entiendo cómo has podido hacerme esto.

—Bruce... —decir mi nombre alertó a la gente que la rodeaba, que se pusieron en marcha. Los policías, de uniforme y dos de paisano, que serían o harían de detectives, hablaron por un dispositivo que llevaban en el oído o sacaron sus teléfonos. Alguno entró en casa, otro bajó las escaleras que había a la entrada para alejarse unos pasos, intuyendo que no andaría lejos. Uno de los detectives sacó su arma. Un policía uniformado se acercó a los vecinos y les pidió que se alejaran. Se preparaban para un tiroteo.

Oí a Mia tan claramente como si estuviera allí.

«Lo primero será destrozar tu imagen».

Una acusación de asesinato. Si luego moría en el tiroteo, sería una tragedia, sí, pero nadie lo lamentaría. Era justo lo que querían, y en menos tiempo.

Mia... No podía fallarla otra vez.

Las diez y cuarto, ya pasadas. Mia no llegaba al minuto a ninguna parte. Llegaba pronto. Si conseguía pasar desapercibido, podía llegar a la parte trasera. Seguro que ya estaría por los alrededores. Estaría pendiente de que me acercara para encontrarse conmigo y huir. Sería demasiado arriesgado estar justo en la puerta, o cerca, una zona que además estaría despejada por los policías. Estaría al principio o al final de la calle, o entre el hueco de la fila de casas que había detrás de la mía. Solo tenía que ir por la siguiente a esa para que no me vieran *ellos* y pudiéramos encontrarnos. La seguridad de que ni siquiera tenía que acercarme más a la casa en esa calle me animó.

Era el mejor momento para deshacerme del móvil, así que lo dejé caer. Contuve las ganas de pisotearlo, por no llamar la atención, y empecé a andar en la dirección contraria a la que había llegado. Tendría que cruzar a la acera paralela y andar desde allí antes de ir a la parte trasera de la fila de casas consecutiva a la mía. Volver a cruzar y recorrer la fila de casas hasta dar con Mia. Diez y veinte. Todavía sería puntual.

Una voz aguda a mi espalda. Un grito acusador que ni siquiera pude reconocer.

—¡Allí está!

Involuntariamente, miré hacia atrás y eché a correr.

No sé cuántos salieron a mi espalda. Crucé la calle principal sin atender a los coches que no esperaban una invasión así y que a punto estuvieron de llevarme por delante y acabar con mi carrera desesperada.

Tenía que renunciar a mi nuevo plan. Tenía que correr todo lo que pudiera, sin rumbo fijo, hasta encontrar un escondite. Mia tenía los recursos suficientes para encontrarme. Tenía que confiar en eso.

Tuve una ligera sensación de triunfo cuando llegué a la acera al otro lado, con bocinazos e insultos de conductores. Me metí por una callejuela entre dos locales, que me llevó a un solar con cubos de basura y un coche aparcado que me sirvió para coger impulso y saltar la valla metálica. Cuando pudiera repasar en mi cabeza la carrera, me haría gracia la tontería de saltar la valla, como si estuviera en una película. Ahora, no podía pararme a pensar.

Seguí corriendo por la sucesión de aparcamientos de comercios. Cafeterías, una tintorería, una lavandería... Salían curiosos, alguno pensaría que habría robado algo de una tienda, pero normalmente en esos casos no hay nadie que se meta, por si el que huye resulta que lleva un arma y al final la buena acción cuesta un disgusto.

No podía respirar. Me habría venido muy bien haber sido más deportista. Pero no podía parar. Parar era prácticamente suicidarse. No hay vómitos por carrera que merezcan la pena.

Fue como si me arrollara un tren. Una fuerza descomunal me atacó por la derecha y me derribó. Ya en el suelo me empezó a doler todo, el pecho se me encogió y los músculos protestaron por la agresividad del parón. Tenía un gorila encima, un tipo de unos dos metros y cien kilos de peso.

—Por favor —me oí rogar—, no puedo respirar...

—Tienes suerte si eso es lo peor que te va a pasar hoy, colega.

Aflojó la presa, sentándose a horcajadas en mi cintura y sujetándome las manos contra el suelo. El corazón me brincaba violento en el pecho, temí que me fuera a reventar. Casi sería un alivio.

Solo pasaron unos segundos hasta que tuve a un detective apuntándome con un arma.

—Deje, ya me encargo yo. Gracias.

En lo que el gorila se levantó, el detective me agarró de un brazo y me dio la vuelta hasta dejarme con la cara apretada contra el asfalto. Noté clavarse su rodilla en medio de mi espalda. Me agarró una muñeca y giró el brazo hacia atrás, repitiendo maniobra con el otro, pasa ponerme las esposas.

—Bruce Miller, queda detenido por el asesinato de Christian Swan —el impulso hacia arriba me ayudó a ponerme en pie—. Tiene derecho a guardar silencio...

Mia... Miré a mi alrededor, temiendo y esperando al mismo tiempo que estuviera por allí. Espero que ella pueda irse. Si mi sacrificio sirve para centrar la atención en mí y que ella pueda huir, al menos la habré salvado. Eso es lo único importante.

Epílogo

No dejo de darle vueltas a todo desde que me encerraron. Lo he repasado tantas veces que sé que me estoy dejando el detalle clave, la minucia en la que fallé para que todo terminase mal.

En cualquier caso, saberlo da igual. No va a cambiar nada. Puede que sea mejor así. No me va a aportar nada. A parte de que necesite saberlo. Por algo irracional que no comprendo, necesito saber en qué me he equivocado. Imagino que el paciente de una enfermedad terminal también quiere saber lo que le pasa; prefiere el dolor de la verdad que la comodidad de la ignorancia. De hecho, solo somos conscientes de lo bien que estamos en la ignorancia hasta que nos damos cuenta de que lo estábamos. Será por desear siempre lo que no tenemos.

En las migajas de información que me ofrecen, han tenido a bien darme la razón oficial de mi reclusión. Según un informe repleto de tecnicismos, padezco de «esquizofrenia paranoide con picos de agresividad que me convierten en un peligro para mí mismo y los demás». Ann dirigía el equipo de psicólogos que me ha evaluado y ha aconsejado mi internamiento en el Saint Rose hasta que se celebre el juicio por el accidente en el que murieron dos personas, cargos que añadir al asesinato de Chris.

Mía tenía razón, como siempre: primero destrozarán mi imagen y luego me eliminarán a mí.

Según la versión oficial, Chris fue asesinado en mi casa, y oculté el cadáver. La última vez que le vi fue cuando me provocaron la visión de Mía en el espejo. Él también la vio, y cuando se fue estaba vivo. No sé cómo es posible que haya matado a alguien sin haberle visto.

A esto hay que añadir el juicio por las muertes de la pareja que iba en el coche que chocó conmigo en el accidente que me destrozó la vida. Con lo cual, me enfrento a una triple acusación de asesinato.

No soy idiota. Sé que detrás de esto realmente están *ellos*. El estado de Maine no aplica la pena de muerte, pero eso no quiere decir nada. Puede que llegue a ver el final del juicio, que oiga mi sentencia, pero no creo que salga vivo de aquí. Podían haberme ingresado en cualquier otro centro, con cualquier otro diagnóstico, ni siquiera hacía falta que fuera un psiquiátrico. En el juicio me declararán culpable, y me caerá una condena larguísima, de las destinadas a que por más reducciones que haya, me pase la vida aquí; solo así se explican las condenas a dos cadenas perpetuas. En lo tarden en hacerlo, saldrán reportajes de prensa, libros, películas para televisión o cine, etc.; siempre por los autores que permitan *ellos*.

A veces no sé cómo se me ocurrió la sola posibilidad de que consintieran mi huida. No tengo un plan que repasar, salvo algún fallo entre el encuentro con Mía en la librería y mi detención. Lo he repasado un millón de veces y no hay ninguna fisura. Lo único que tiene sentido es que tuvieran sus tentáculos mucho más cercanos a mí de lo que hubiera llegado a pensar.

No dejo de preguntarme si ha podido escapar. Puede que la hayan vuelto a encerrar en algún zulo o que la hayan asesinado. En los tres meses que he cumplido esta semana no ha aparecido. Pregunto por ella y no quieren responderme.

Ni siquiera estoy seguro de que esto sea un psiquiátrico, porque no se parece en nada al que iba a mis consultas. Se parece más a la idea que puede tener cualquiera de un manicomio. Mi celda-habitación es muy sencilla. Solo tengo una cama y un pequeño aseo a un lado. La pequeña ventana debajo del techo está fija, no puede abrirse. No sé qué ha sido de mi ropa y todas mis cosas; imagino que se las habrán repartido mis hermanos después de que *ellos* hicieran una buena

limpieza. Aquí todo lo que tengo es un pijama blanco y zapatillas de velcro a juego, por si se me ocurre ahorcarme. Hijos de puta. Llegan tarde.

Mi régimen carcelario no incluye salidas. Dado que tengo retrete y aseo en la habitación y me traen las comidas, se entiende que no tengo por qué salir. El enfermero que me trae el desayuno me deja también un pijama limpio, muda y una toalla. Al lote se une una pastilla de jabón cada tres días.

Es evidente que los enfermeros que me traen la comida y ropa limpia no son exactamente enfermeros. Tendrán formación de enfermería, pero no es su profesión. No creo que los enfermeros necesiten estar hormonados hasta las cejas o llevar ropa que les quede estrecha, obviamente para intimidar. Puede que sean marines o una división especial del ejército.

Se puede concluir que este sitio no es exactamente un psiquiátrico sin más. Más bien un cuartel o una zona custodiada por el ejército, pero secreta; del tipo del Área 51.

Ni que decir tiene que no hay ni un solo entretenimiento. Es parte más de la tortura psicológica. No es difícil desquiciarse después de varios días sin poder ocuparte de nada más que respirar. La intención es provocar algún brote de ira que termine en alguna droga intravenosa. Todo ello, obviamente, para añadir un párrafo a mi evaluación en el que diga que tengo episodios violentos. Tengo que recurrir a toda mi concentración para no darles el gusto.

Creo que hace semanas que perdí la noción del tiempo. Ni siquiera sé qué día de la semana es. Solo si es de día o de noche, y el tiempo que puede hacer fuera.

El marine enfermero que me trae cada comida se queda aquí hasta que vació los platos. La comida sabe rara. No es que sea el sabor peculiar de los hospitales, es que noto el sabor de las pastillas que me echan antes de meterla en la habitación. Aún no se me ha ocurrido cómo librarme. Si intento rebelarme y enfrentarme a semejantes armarios, lo mínimo que harán será reducirme y meterme las pastillas en la garganta.

El tiempo que pasaba intentando dormir era el más duro, el que no quería seguir dándole vueltas a la cabeza y esta no quería parar. Vuelvo a despertarme varias veces durante la noche.

El silencio hace demasiado ruido. Me di cuenta en casa cuando empezó todo y allí volvía a hacerse patente. No se oye nada que pase fuera de la puerta. Al principio, me incomodaba la ventanita que hay en la entrada. Ya ni me fijo hasta que pasa alguien por delante, que llega a sobresaltarme.

Por eso atrajo tanto mi atención aquel ruidito. Era casi imperceptible, y la primera vez ni abrí los ojos, pero la tercera vez era demasiado para hacerme el sordo.

Eran dos ruiditos parejos, sonaban dos veces y, después de unos segundos, se repetía. Contuve la respiración y afilé los oídos. Parecía como un grillo, pero mucho más suave y con silencios. Ts-ts, silencio, ts-ts. Era como si alguien me estuviera llamando. No había llegado a dormir, así que la posibilidad de que hubiera entrado alguien mientras dormía quedaba descartada. Tenía que ser algo que diera en la ventana.

El bote que pegué cuando noté el golpe en el colchón, a la altura de mi espalda, casi me provoca una parada cardíaca.

—Aquí abajo —susurró alguien.

Estaba más intrigado que asustado. Tenía que haber entrado la noche antes y esperar. No puedo imaginármelo. Me asomé por el lateral de la cama y la vi. En la penumbra no veía más que la figura redondeada que salía de debajo de la cama. Pero no podía ser otra persona.

Se incorporó para sentarse y quedar a mi altura. Entró en el trayecto de luz nocturna que me permitió verla con más claridad.

Tuve que tocarla para creérmelo. Y, aun así, todavía pensé que estaba soñando.

—¿Cómo has...?

—Tengo mis métodos —sonrió con suficiencia—. ¿De verdad pensabas que iba a dejar que te pudieras aquí sin más?

Sonreí, y cuando me besó creí que se me saltarían las lágrimas. Me acordé del pequeño rectángulo de la puerta, y supe que pasaría alguien en ese momento para quitarme aquello. Tampoco podía tapanlo; resultaría alarmante y sería como si pidiera a gritos que entrase alguien. Tenía que limitarme a ocultarla.

Me eché hacia la pared y retiré la sábana. Dudó, miró a la ventana, pensando lo mismo que yo, pero entró. Eché la sábana por encima de nuestras cabezas. Seguía sin verla, pero estaba allí y eso me bastaba.

—Siento que todo haya salido mal. No sé qué ha podido fallar... —comenté. Chistó casi en silencio.

—No tienes nada que lamentar. Hicimos lo que teníamos que hacer. Salió mal, pero nadie dice que no haya otra posibilidad en un futuro.

—Seguro que has visto dónde estamos y estás más enterada que yo de lo que me depara.

—Por supuesto —casi me reí. Cómo no iba a estar enterada de todo—. No digo que sea fácil, ni mucho menos inmediato. Va a haber que tener mucha paciencia, y ser constante.

No tenía tantas ganas ya ni de intentarlo. No creo que mereciera la pena arriesgarse a perder nada más.

—¿Puedes venir? ¿O solo va a ser hoy?

—Vendré todo lo que pueda. No será tanto como antes, pero no te dejaré —contestó como si hubiera preguntado una tontería—. ¿Cómo iba a hacerlo, después de todo lo que te has arriesgado por nosotros? No puedo dejarte. Te quiero.

Mientras creía que estaba muerta, sentí que nunca se lo había dicho lo suficiente. Cómodo con la seguridad de que ella lo sabía, no hacía falta decirlo. Fue después cuando me di cuenta de lo que me equivocaba, cuando ya no podía decírselo.

También es fácil acordarse de lo que se siente cuando se vuelve a oír.

Balbuocé la respuesta entre dos besos suyos, a lo que se rio en susurros.

—Siempre estaré contigo.